

LEOPLAN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

2
JULIO
1941



EN ESTE NUMERO:

MENTE NEGRO, novela de aventuras por EMILIO SALGARI

CANCION DEL PERAL, cuento famoso de PAUL FEVAL

SARLANGA

DIME QUE TIENES EN LOS BOLSILLOS Y TE DIRE QUIEN ERES,

reportaje a OLINDA BOZAN, JAIME SARLANGA,

GRAN

Conscripción

DE ALUMNOS

CON MOTIVO DE
LAS FIESTAS PATRIAS.



Asociándose a la celebración de la INDEPENDENCIA de nuestra patria y misión de ayudar a todas las jóvenes que anhelan progresar y conquistar su independencia económica, la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, Instituto de Enseñanza por Correspondencia, inaugura una extraordinaria CONSCRIPCION DE ALUMNOS, ofreciendo a todos los que se inscriban durante este mes y el mes de agosto las siguientes ventajas excepcionales:

1

EXENCION DEL PAGO DE LA MATRICULA!

Todos los inscripciones que se reciban dentro del plazo arriba indicado, quedan libres de gastos de matriculación!

2

20 % DE DESCUENTO SOBRE EL PRECIO DE CUALQUIER CURSO!

Todos los que inicien AHORA sus estudios, obtendrán un descuento sobre el precio de cualquier curso que elijan!

3

40 BECAS PARA LOS MEJORES ALUMNOS!

Entre todos los alumnos ingresados durante esta CONSCRIPCION, se elegirán 40 BECAS para los que rindan los mejores exámenes! Las becas se distribuyen: uno para cada Provincia y Gobernación y una para cada país Centro y Sudamericano.

4

GRATIS como siempre y a pesar de haberse suprimido el pago de la Matrícula, el lujoso Cornet del Estudiante y un "Diccionario Enciclopédico Costeado por la Farmacia en Casa".

Mándenlos HOY MISMO el cupón adjunto, pidiendo mayores detalles! ¡Decidan con todo entusiasmo, que así uno de nuestras becas podrá ser suya y entonces a usted le resultará GRATIS!

(*) Para los países centro y sudamericanos se admitirán inscripciones en esta Conscripción hasta fines de septiembre.

IMPORTE DE LOS CURSOS COMPLETOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES.

Tecador de Libros	\$ 40	Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes	\$ 65
Contador General	\$ 190	Acetatos y Grasas	\$ 65
Contador Mercantil	\$ 100	Dibujo Artístico	\$ 100
Jefe Oficina	\$ 100	Dibujo Industrial y Comercial	\$ 105
Empleado Bancario	\$ 105	Radiofonía	\$ 125
Suplente	\$ 40	Electrotecnia	\$ 100
Empleado de Comercio	\$ 40	Construcción	\$ 170
Corresponsal	\$ 40	Arquitectura	\$ 155
Secretariado	\$ 95	Mecánico Automóvil	\$ 140
Mecanografía	\$ 18	Mecánico Aviación	\$ 160
Tagigrafía	\$ 43	Motors a Explosión	\$ 140
Tagi-mecanógrafo	\$ 50	Perito Agrimensura	\$ 195
Caligrafía	\$ 30	Adm. de Estancias	\$ 100
Aritmética Comercial	\$ 25	Técnico Tintero	\$ 40
Redacción y Ortografía	\$ 37	Mecánico Agrícola	\$ 65
Marillero Público	\$ 54	Avicultura	\$ 45
Administrador de Hoteles	\$ 105	Jardinería y Arboricultura	\$ 70
Pracuración	\$ 145	Corte y Confección	\$ 30
Prop. Idónea Farmacia	\$ 130	Técnico en Argumentos del Cla. Nacional	\$ 170
Técnica Industrial	\$ 125	Publicidad	\$ 135
Técnico en Vinos y Licores	\$ 100		
Jabones y Perfumes	\$ 110		

IDIOMAS: Estudie con el modernísimo sistema "Fono - Voz" de enseñanza por discos.

Estudie TELEGRAFIA y RADIOTELEGRAFIA por medio de nuestro práctico y sencillo método por discos.

Los alumnos de la Capital Federal, pueden estudiar por correspondencia o en nuestro Departamento de Enseñanza Oral, si así lo prefieren.



Envíenos este cupón y recibirá junto con nuestras BASES, el importante libro "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Dr. Ing. B. Margulien, Director de la "UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA", Rivadavia 2465 - Buenos Aires. Remítame GRATIS y sin compromiso las BASES DE SU GRAN CONSCRIPCION DE ALUMNOS.

NOMBRE _____
DIRECCION _____
LOCALIDAD _____

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 79.920

UNA PUBLICACION DE
LA EDITORIAL SOPENA
ARGENTINA, S. de R. L.

ESMERALDA 116
U. T. 34-4067 - Buenos Aires

AÑO VIII = N.º 169
2 JULIO 1941



LOS PUENTES ILUMINADOS se ilustra en esta revista gráfica con apoyo de la página 8 del presente número y a la cual corresponde esta bella fotografía.

Sumario

UNA OBRA FAMOSA:

CARGAMENTO NEGRO.
novela de aventuras por EMILIO
SALGARI..... 76

CUENTOS:

MAJADABLANCA, por JOSE
MARIA GABRIEL Y GALAN..... 16

LA CANCIÓN DEL PERAL,
por PAUL TOVAL..... 36

SEDUCCION, por Rolf Auerheimer..... 60

EL "TAPAO" DE DON GOYO, por
Angelica Aranda de Almada..... 68

UNA ENCUESTA LOCAL:

**DIME QUE LLEVAS EN LOS BOLSI-
LLOS Y TE DIRE QUIEN ERES**,
por Tibor Sekelj..... 66

CRONICAS:

ELOGIO DE LAS MUCAMAS,
por MARK TWAIN..... 34

**LOS EXTRANOS FANTASMAS DEL
PAIS DE LOS CEREZOS**, por Agus-
tin M. Valenzuela..... 52

REPORTAJES:

CUANDO BEN-AMI ERA SANSON
SE ENAMORO DE DALILA, por
Carlos Zel..... 42

**LAS FOCAS, MORADORAS DE TODOS
LOS MARES, LE TIENEN MIEDO
A LA TORMENTA**, por Jacinto Ra-
mos..... 46

**COMO VIVE Y COMO PINTA SAL-
VADOR DALI**, por Jorge Cros..... 52

ARTICULOS Y NOTAS:

**HACIA UNA CERAMICA ARGENTI-
NA**, por Horacio Alberto Estol..... 38

**VIAJE SUBTERRANEO DESDE EL
RIACHUELO A WILDE**, por Baldo-
mero Alvaraz..... 48

NIAS, LA ISLA DE ORO, por Ger-
mán Solles..... 56

**EL PATRONATO DE CIEGOS ACU-
SA**, por Gerardo Mendisobol..... 72

SECCIONES:

SIN COMPAS NI RITMO..... 24

AQUI LE CONTESTAMOS..... 112

PARA MATAR EL TIEMPO..... 114

NOTAS GRAFICAS:

LA MUJER ESTATUA..... 4

LAS FUENTES ILUMINADAS..... 8

LOS POTENTADOS SE DIVIERTEN..... 12

TOREROS EN CIERNE..... 18

LA PERRITA IMPACIENTE..... 20

Ilustraciones de RAUL VALENCIA, BER-
NABO, ARISTIDES RECHAIN, FAIRHURST
y DOMINGO VILLAFANE. Fotografías de
ANGEL CASTELLANO, JULIO PODESTA,
FLORENCIO ROMERO y PEDRO CONESA.

Págs.

En el próximo número:

COLOMBA
la magnífica novela de
PROSPERO MERIMEE.
**COMO SE ENGAÑA
A LAS MUJERES**

cuento famoso por
TEODORO DE BANVILLE.

**LA REBELION
DE LOS NEGROS**
crónica de J. Luis Lanuza.

y
UN JUGADOR amadoramente relato de
PAUL BOURGET.
LEOPLÁN APARECE el 16 de JULIO

COMO VIVE Y COMO PINTA
SALVADOR DALI, una intere-
sante nota que se inserta en
este número en la página 52





Peggy Diggins es la más estatuaria de las figuras norteamericanas, y se luce en los deportes y en cualquier postura que adopte. Aquí está en pose.

La mujer estatua

Pero miss Peggy Diggins, la estatua de Hollywood, desafía al fotógrafo, y lo deja hacer, mientras ella se dedica a su juego favorito: el críquet.



Peggy mira cómo
lota de moderno
pe. Es una gran
con ella es por
atende al juego



Peggy sigue jugando, y en sus movimientos se advierte la seguridad de que todos sus momentos son felices; no se desarmonea, es una "estotua" magnífica.



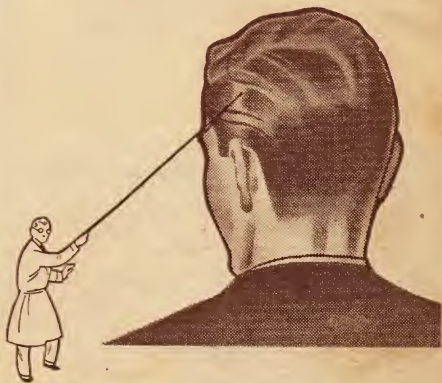
Del viejo mundo

BUDA. Pest. Dos nombres antiguos y exóticos, en los que descansan muchos siglos de historia, unidos por sobre las aguas de un río legendario para nombrar una de las bellas capitales del viejo mundo: Budapest. A la izquierda, Buda, con sus residencias laciares y sus castillos y parques señoriales; a la derecha, Pest, en la que se desarrolla un intenso comercio, y en la cual es posible apreciar, aún hoy, el *Belvaros*, la ciudad vieja, rodeada antes por una pesada muralla. En la presente nota gráfica se destacan cuatro hermosas fotografías de la bella ciudad húngara. En esta página, arriba, una procesión tradicional de Corpus Christi, pasando por la ciudad vieja. Abajo, el palacio de estilo medieval del Museo de Agricultura, en el parque Municipal. En la otra página, arriba, una vista de Pest, con el monumental edificio del Parlamento, y, abajo, un tipo de carro húngaro con su característico tronco de caballos.



LE DUELE LA CABEZA?

Tome GENIOL!
GENIOL quita el
dolor y despeja
la cabeza.



GENIOL

QUITA EL DOLOR

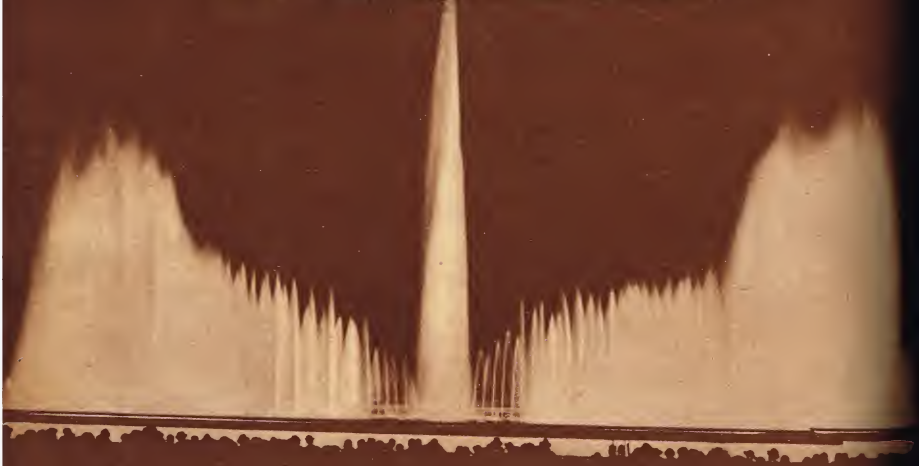


Trazando en las tinieblas su trayectoria luminosa, las fuentes proyectan a chorros, en la noche, su rauda fantasía multicolor. He aquí una de estilo simple y gracioso.



Parece la realización de un sueño fantástico esta gigantesca coreografía, un palacio encantado de las "Mil y una noches". La vista no se cansa de admirar.

Las fuentes iluminadas



De proporciones monumentales, esta fuente —diamante y ópalo cegarzados en el joyero de la noche—, que lanza sus raudales espumosos hasta las alturas, mantiene tensa la atención de los espectadores que se adivinan en las sombras. Abajo, una escalinata que parece flanqueado por inmóviles fantasmas de



El estilo clásico de esta fuente cuna en el bronce el simbolismo de sus figuras y la vistosidad de sus caprichosos reflejos.

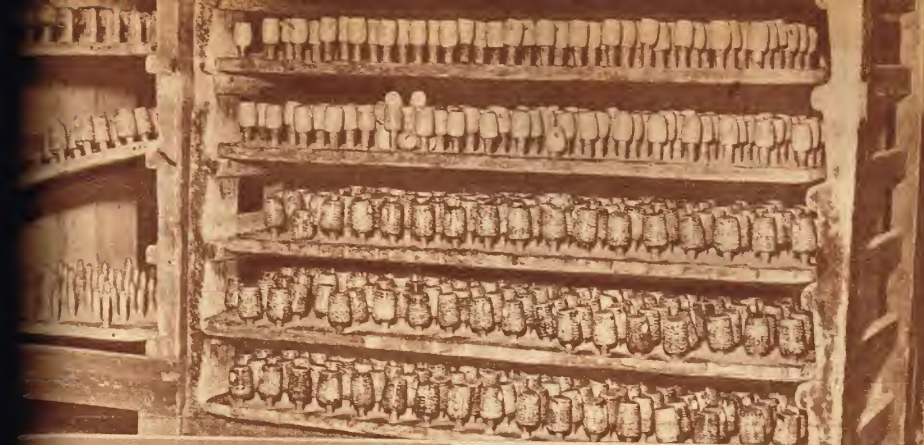




Novedad para los fumadores

PIPAS de mazorca! Cuando ya nadie que alguna vez podría ser reemplazada por la raíz de "bruyere" o el palo de guinda, la fabricación de pipas, he aquí que aparece una espiga de maíz, desgranada, como un lleno de virtudes para dicho objeto. Según relata H. La Guardia, inventor y fabricante de la rara nueva pipa, la mazorca presenta las





...es de ser liviana, de tener un dibujo natural decorativo,
...dar un buen gusto al tabaco y de absorber la nicotina.
...qui podemos ver tales pipas, su inventor y las distintas
...es de esta curiosa industria que prospera, naturalmente,
...los Estados Unidos. Pero..., ¿no se romperán pronto estas
...as? ¿No se quemarán a poco de fumar en ellas? ¿No se
...vertirán en seguida en sutil humo? Su inventor, el popu-
...y dinámico alcalde de Nueva York, asegura que no. *



DOLORES REUMATICOS

Untisal

DONDE LO PONGAN, CALMA



Los potentados se divierten



Para aquellos que, tomando demasiada al pie de la letra la parábola bíblica, afirman rotundamente que los comerciantes no saben apreciar la bella, esta
tacular fotografía y los otros dos de la página de enfrente serán, sin duda, toda una revelación. Se trata de algunos de los coristas y batucaneros que
ran con su presencia y sus danzas, cantos y otras habilidades afines, la cena anual del "Pobre Ricardo", que los potentados de las finanzas norteamericanas
bran anualmente en Nueva York, para recordar sus tiempos de juventud, cuando tenían muchas ilusiones en la cabeza y pocos dólares en el bolsillo. En la
Wilma Kasper, Luba Choiken y Harriet Gibbons pasan y sonríen de una manera que... en fin, que hace pensar en que no sólo el vino mareo. En la
gina, arriba, Evelyn Lampshire, otra sugestiva animadora, y abajo, de nuevo, Luba Choiken, que, como está a lo visto, bien se merece los honores de ap...



**OH, MAMITA! SI SUPIERAS
LO QUE DOÑA MARIA DIJO
DE VOS...!**



-Dijo que por tu culpa, papito se queda en la oficina hasta muy tarde.

-Que dices Anita! Estas segura que hablaba de mí?



TE LO JURO, MAMITA!... Y ME DIJO QUE SI VOS FUERAS A VER AL DENTISTA POR TU-TU MAL ALIENTO, PAPITO VENDRIA A CASA TEMPRANO!



EN LO DEL DENTISTA

COMPROBACIONES HECHAS, DEMUESTRAN QUE EN LA MAYORIA DE LOS CASOS EL MAL ALIENTO PROVIENE DE LOS RESIDUOS DE ALIMENTOS Y DE LA SALIVA QUE SE DEPOSITA ENTRE LOS DIENTES LIMPIADOS A MEDIAS. LE RECOMIENDO LA CREMA DENTIFRICA COLGATE. SU PENETRANTE ESPUMA ELIMINA ESOS RESIDUOS QUE CAUSAN OLORES, ES POR ESO QUE...



...COLGATE COMBATE EL MAL ALIENTO...
...DA BRILLO A SUS DIENTES!



La Crema Dentifrca COLGATE contiene un ingrediente limpiador especial que usan muchos dentistas. Su espuma se introduce entre los dientes, aún donde el cepillo no llega y limpia bien, desaloja las partículas que allí se depositan y destruye la película sucia que causan, a menudo, mal aliento.

Use siempre Crema Dentifrca Colgate que devuelve a los dientes el brillo y resplandor naturales, refresca la boca y perfuma el aliento.

DESPUES - GRACIAS A COLGATE

ES CIERTO QUE VAS A INVITAR A DOÑA MARIA AL ANIVERSARIO DE TU CASAMIENTO MAMITA?

SI, ES CIERTO, QUERIDA TENEMOS UNA DEUDA DE GRATITUD CON DOÑA MARIA.



EL MAL ALIENTO EL ROMANCE IMPEDIA ESTE SEGURA:
USE COLGATE DOS VECES POR DIA

CREMA DENTIFRICA COLGATE
TRIPLE DORADO
\$1.20
70

Sintonice • El Teatro Radial COLGATE por LR 3 Radio Belgrano y la 1ra. Cad. Arg. de Broad. Todos los días, 10.15 hs.

TOS

Y RESFRIOS
de los
NIÑOS

Resotil
centro la los
infantil

Los niños
lo toman

con facilidad por su gusto
agradable



Las ruinas

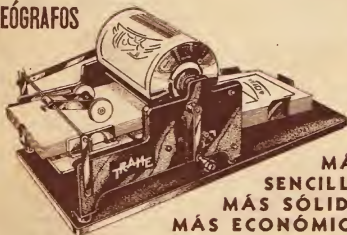
POR los restos de la civilización griega podemos hoy mirar la magnificencia de la civilización griega romana. En el año 79, la ciudad de Pompeya quedó sepultada bajo la ceniza de la lava del Vesubio bajo una capa de espesor, y así quedó enterrada, ignorada, durante siglos.



PRESENTAMOS...

¡Un orgullo de la Industria Argentina!

MIMEÓGRAFOS



MÁS
SENCILLO
MÁS SÓLIDO
MÁS ECONÓMICO

FABRICANTES:

PADIN, VILLAGRAN & Cía.

RECONQUISTA 220-228

U. T. 33-7800-7900

(Concedemos Agencias en el interior a casas establecidas)



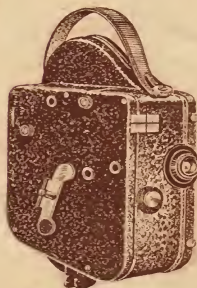
de Pompeya

toda la Edad media. Pero hoy, luego de sucesivas excavaciones practicadas desde 1748, tenemos a la luz las ruinas de sus templos y otras construcciones que nos hablan con toda claridad de la elevación de espíritu en que culminó la cultura antigua. ♦



CINE cuándo y cómo le guste con **BOLEX**

Los primeros pasos de su chico... Un verano inolvidable... ¿Inolvidable? ¡Ah!... ¡Con qué rapidez palidece el recuerdo! Pero eternizarlo es muy fácil, con una



Cámara de cine **BOLEX**

especialmente construida para los que nunca filmaron. Usted puede adquirirla con

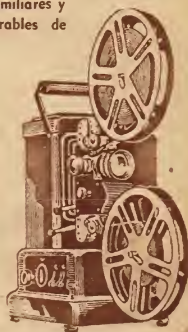
Sólo \$ 15.-
por mes.

Sus films, esos que usted mismo filmó, los verá con interés renovado. Y, alquilando, además, películas de nuestra cineteca (desde sólo \$ 1.— cada rollo), podrá brindar, a sus familiares y amigos, programas insuperables de cine con el

PROYECTOR **BOLEX**

Pero debe ser un **BOLEX**, por ser el proyector más perfecto para uso familiar.

Solo \$ 20.-
por mes



Servicio completo de
CINE A DOMICILIO
(Máquina, pantalla,
películas y operador),
des-
de..... **\$ 20.-**

CONSULTENOS, SIN COMPROMISO

CASA AMERICA

AV. DE MAYO 959 - Bs. As.
Dto. CINE-FOTO

MAJADABLANCA

El *tío Pelao* nos estropeó la vida: nos interrumpió la dulce siesta espiritual que dormíamos en el regazo blando y tranquilo del mundo honrado...

El maestro de escuela, el cura y yo vivíamos en Majadablanca como tres príncipes, como tres príncipes de Majadablanca, por supuesto. El lugarejo era chico y estaba escondido; por eso era nuestro; nuestro en el sentido amoroso de la palabra; por dominio natural de buena casta, porque era hijo de nuestra mayor cultura, puesta con nobleza de oro al servicio del mayor bien de las gentes del lugar. Tenían estas sus riñas y sus miserias, pero eran pocas y no de las de la médula. En fin, en Majadablanca era de lo mejorcito que quedaba en este mundo, porque el mundo no la había visto.

Pero al *tío Pelao*, que era el *tío más holgazán y más malignamente curioso del pueblo*, se le metió en la cabeza que un muchacho de ocho años que tenía saliera a "probal del mundo", y para ello se lo llevó a la ciudad y se lo dio a un albanil. Se lo dio, así como suena; porque en el fondo lo que el *tío Pelao* quería era "echal costo de casa", y aunque nadie le quedaba más que el chico, que vendría a costarle, a todo tirar, doscientos reales al año, mejor estaba sin él, porque a la holgazanería y al hambre le place mucho la soledad.

Se fué el muchacho, y nosotros tuvimos que resignarnos a que el padre no se fuera detrás de él. Por supuesto, lo teníamos a raya, porque la gente era nuestra, y el *tío Pelao* no tenía agallas para demandarse solo, y menos desde que le hicimos trizas un proyecto de soez concubinato con una infeliz mendiga medio ciega y medio imbecil.

El *Pelao*, como llamaban en el lugar al hijo del *tío Pelao*, estuvo por allá cinco o seis años, y cuando ya nadie se acordaba del santo de su nombre se presentó un día en la aldea, hecho un gordo guirapo, sin oficio, sin pan y sin vergüenza. Lo encontramos en nuestro habitual pa'co vespertino por el camino más ancho del pueblo. Me costó trabajo conocerlo. Había crecido mucho, venía flaco, venía amarillito, venía insolente, venía perdido. Al llegar junto a nosotros, fumando un cigarrillo maloliente, nos miró un momento con osadía, con impertinencia, y pasó sin saludar, como diciendo que buena cosa le importáramos nosotros a él.

—¿Quién es ése? —preguntó en seguida el cura.

—¿Ese? —contestó el maestro—; pues ése es el hijo del *tío Pelao*; como si dijéramos: el demonio, que viene a darnos que hacer.

El mozabete, en efecto, era un caso de estupenda perdición. En pocos días dio algo de todo: baile y cante de tangos desbaratados en la terna, a cambio de unos sorbos de aguardiente que le daban cuatro virios de carrones; raterías descaradas en huertos y gallineros; lenguaje perversamente achulado, bárbara jerga de los últimos periodos de la

chulería degenerada, que no ha degenerado, ¡ay!, para morir, sino para acabar de atormentar el buen gusto de las personas decentes; blasfemias en plena calle, y mayores si pasaba cerca el cura... En fin, el mozabete era un caso patológico, un precoz alcoholizado dañino, un impulsivo, un frenético... El cura estaba inconsolable y aterrado; el pedagogo estaba furioso, y yo llegué a acariciar el loco proyecto de pegarle al podrido adolescente una paliza brutal en la soledad del campo. ¡Nos contaban unas cosas...!

Una tarde de julio, cuando yo andaba engolfado en los trajes de la siega, pasé junto a una gran charca de las cercanías del pueblo, y mi caballo quiso ir a beber en ella. Y mientras él embullaba desde una orilla cántaros de agua caliente, verdores y fétida, observé lo que en la orilla opuesta ocurría. Ocho o diez chicos, sin escrúpulos de higiene, se bañaban, bajo el sol achicharrante, en las cenagosas aguas de la laguna y se divertían arrojándose unos a otros puñados de fango y limo, que se adherían a la piel colorada y reluciente de aquellos huescos cuerpillos escaldados. En el grupo de combatientes había uno que ya pasaba de niño. La distancia y la desnudez no me dejaron por el momento reconocer a *Pelao* en aquel ávido angustoso, con miembros de adolescente enflaquecido por las miserias más horribles de la carne y del espíritu; de acentuada inclinación dorsal hacia adelante, iniciada ya en las ingles; brazos larguissimos y fla-

cos; blandos meneos de manos...

Uno de los rapaces, en calor de la refriega, le denasado la puntería y le puso a *Pelao* entre los ojos una bola de fango pegajoso. El agredido lo escupió con cascadas de perro hidrófobo y volvió en una blasfemia espantosa, tan criminal y bárbara, que todos los combatientes se quedaron aterrados inmóviles, en las diversas actitudes sentrápticas en silencio horriblemente de los gritos horripilantes les hizo el oído y en el alma. Y así dijo al inocente agresor voz de saña asquerosa:

—Oye tú, vocerasta, ¡tí tío!

Y yo, que todo lo oí, estaba de que no es lícito reírse a un innoble bicho humano como lo las patas de un caballo. Es un animal muy noble, al mío por la senda polvosa que conducía a los trigales siega, sin volver atrás los pies por no ver otra vez al chachado canallita.

Pues no pasó nada más; y otra vez se me puso en la cabeza el mozabete! Era ya obsesión que estaba haciendo daño.

Fué una mañana, a la salida del sol. Yo había pasado la noche —una noche horriblemente cálida, de espesidumbre de la noche— en la orilla de la laguna, esperando el paso de la rejera de jabales que se venían a grandes festines de las hacinas.

Iba a salir el sol. Yo estaba distraído, ya en el lugar, y al cruzar una de las bordeadas de zarzales y cañas, el caballo se espantó, saltó y estiró a punta de resplando de costado, y por el suelo pedregoso.

Una mozuola rechoncha, colorada, flor de aldea, mal peinada, mal vestida, calza, venita huyendo, iracunda y como loba herida, con un pedrusco en la mano, mirando hacia atrás y apostrofándome con rabia. Al verme cerca cobró ánimos, me dio la huida y, parada en firme, recalcó invectivas. El sáltero se replegó con el miedo. No tuvo ni el poder de prenderse. Miró a la moza con ira y a la moza con odio. La muchacha lo miraba desde los brazos de la cólera triunfante...

Yo tenía el alma cargada todavía de las exquisites de la noche. El silencio de silencio que habló cosas de la tierra; una noche grande, de grandiosa, que cayó sobre mi alma como una noche doliente dolorosa, de la luz del día, pero a un llanto profundo, raudo, suelto de todas juntas las reses de la vida sentimental, las que salen de las entrañas del alma cuando que está sola y abierta por todas las hondas confidencias eternamente de la soledad augusta, que es honrada es muda, y del dulce silencio de los que es discreto porque se deja oír pocas. Una noche de aquellas que levantan el corazón por encima de los hombres...

Y entonces fué cuando tuve que ver a los, la criatura bestializada, cuya



creí que me haría descender a grandes tumbos de las cumbres aquellas del mundo espiritual y caer otra vez en la vida panza abajo y ridículamente espantado a pelear en el charco con risible gentileza de gusarapo engeuido...

Pues no hubo tal. Lo que sentí fue una lástima muy noble, una piedad dolorosa del momento, un deseo infinito de regenerar y perdonar, como si yo fuese Dios.

Y el sátriro, enojado, mientras yo pensaba tal, inició la huida, pero antes miró a la zafía Susana con ojos de sangre y le enseñó una navaja muy larga, que blandió en forma de amago; y a mí me enseñó otra cosa: me enseñó burlescamente la lengua, y con cinismo ensañamiento me hizo con la mano un gesto gráfico, injurioso y groserísimo, y a trote largo de lobo flaco se hundió en seguida en la red laberintica de las callejas sombrías de los buertos.

—¡Estamos frescos! —dije a mis amigos aquella tarde, en el paseo, habiéndoles del suceso.

—¡Lucidos estamos! —murmuró muy preocupado el maestro.

—¡Estamos perdidos! —exclamaba el pobre cura llevándose las manos a la cabeza.

—Pues ahí tenemos al héroe —añadió yo, señalando un grupo de chicos que veinte pasos a la derecha del camino rodeaban y escuchaban de pie y atentamente a Pelíno, que les hablaba sentado en el suelo y fumando un cigarrillo. Había puesto allí la cátedra.

Los escolares nos vieron pronto, y al pasar y frente a ellos se inició en todos un movimiento de duda. Nosotros, que habíamos muy calladitos, oímos que Pelíno les dijo muy despacio al más pequeño:

—¡Anda tú, batayo! Anda, *mándria*, a besarme a aquel tío la mano, y le dices de mi parte que él a mí...

El cura se santiguó horrorizado. El grupo de los muchachos se abrió como una granada, pero ninguno tuvo el valor de arrostrar la chacota de Pelíno, y se quedaron por allí como distraídos, rompiendo el césped con los ta-

cones de los zapatos o dando suaves golpecitos con un canto en la pared...

Y entonces el maestro, que era hombre recto, autoritario y de genio arisco, se fué en derechura a ellos, bufando como gato rencoroso; y sin previas explicaciones, rompió en una cachetina escandalosa, equitativamente repartida entre los pequeños renegados, que aguantaron la lluvia de pescocozones con mal disimulados gestos de vergonzosas protestas, verdaderos asomos de rebeldía no observados por el iracundo pedagogo, que no estaba para observar menudencias. Pelíno no se dejó echar el guante. Miró al maestro como miran los lobos a los mastines, y apreciando con instinto de frías su inferioridad de fuerzas, huyó vergonzosamente, a media carrera, de mala gana, como guardujo que se deja atrás la presa...

Reunidos al día siguiente nosotros en casa del cura, llamamos al tío Pelao, que, resumiendo su perorata defensiva, llegó a decirnos así:

—Y de toos mos y maneras, ésas son delicazas de ustés, y la mocedá es mocedá, y hay que ejal que ca uno jaga lo que mejo le paeza, que los tiempos son ya mu otros, y usté en la iglesia, y usté en la escuela, y yo en mi casa, y ca uno en la suya y Dios en la de toos, y punto concluido. ¿No verda?

Nos quedamos como mármoles.

Audimos en queja al alcalde, el cual nos dijo, sin mover las orejas:

—Si ustés habiesen cogio al mozo en flagrante, cogiendo algo de cualsiqui herea, santo y gñeno para fexhalli la ley encima; pero ondi no hay delito no pue haber castigo, y hoy en día no se pue jael na sin ley porque ca uno es ca uno, y la genti ya no mora na, y es menos aguantá ca yes, y a naide le gusta que naide se meta en ca naide, y a na que te escudes pa castigal, ya te están tirando por alto, v diéndote en tus jocos que si tal y que si cual, y que si crío o que si cocio, y que si pito, u que si frautas. ¿Están ustés?...

¡Ya lo creo que estuvimos! Estuvimos a punto de estrangular a la primera autoridad civil de nuestro pueblo; mejor dicho, del pue-

blo de Pelíno, porque suyo sería pronto, al paro que iba.

Las noches de la taberna, muertas antes, eran abiertamente ruidosas y alegres, porque los tíos que tomaron aquello primeramente como sesiones de títeres en que Pelíno era el héroe, se aficionaron con grosería a las veladas regadas con vino agrio y encendidas por la pimentada de chascarrillos roces de última fila, reídos por bocazas pueras y por barrigas repletas de guisotes picantes de carne de cabras tisadas.

Cerca de Majadablancia por entonces pasó el PROGRESO volando, y con las puntas de sus alas trazó en los campos dos vías: un tren y una carretera. Un comisionado de apremios, más filósofo y sociólogo que los tíos, predicó de ateísmo y de anarquía, de libertad y de sagrados derechos, de frailes y de monjas, todo junto. No lo entendieron bien todo, entre otras razones porque el otro tampoco lo entendía; pero es lo cierto que se los llevó de calle. De paso dejó establecida la institución del *caxé*, que creció como la espuma.

Lo demás lo hizo el demonio.

Hoy Majadablancia es esto:

Un cura que dice misa para diez o doce mujeres y para cuatro o seis hombres.

Un maestro jubilado que vive tomando el sol en el corral de su casa.

Otro maestro muy joven que enseña todo lo que hay que saber, menos los diez mandamientos.

Cinco vecinos que viven como Dios les da a entender.

Noventa y tantos ciudadanos libres que piensan como escuezos y blasfeman como demonios.

Otras tantas arpias desgrefadas que beben aguardiente y hablan como carreteros.

Y los ciento y pocos más vecinos del lugar defendiendo a tiro limpio los repollos de berzas de sus respectivos huertos.

El tío Pelao nos interrumpió la siesta, nos estropeó la vida...

Pelíno nos ha vencido. ☼



Toreros en cierne



1

1 Poniendo en práctico métodos curiosos y originales, un grupo de jóvenes se dedica, en México, a adiestrarse en el difícil arte del toro. Me aquí una caída realmente peligrosa.

2 El arriesgado deporte despierta pasiones todovía. Un bonderillero le pone aquí un par de púos al "toro", pesado armatoste que los entusiastas jóvenes utilizan en sus prácticas.



2



3

3 La suerte de...
El futuro torero...
lo embestido del toro...
presentado, en este...
por un compañero...
holla provisto de un...
astos unidas por un...



6

6 Suerte de...
Aunque esto...
na" ho de realizar...
tes que lo de a...
futuros diestros la...
yan sin seguir...
de las corridas...
resonte es op...





Esperando al toro, la espada en la diestra y la muleta en la siniestra, este matador llegará a emular quizá las glorias del diestro de la tauramaquia: Jaselilla...



El estoque adiestrándose. El golpe debe ser certero y a matar. Una falla sería, para el matador, un grave peligro, una vergüenza. Pero el gesto fiero del matador dice de su decisión.



Adorno aristocrático

El suave y persistente aroma de la Colonia de Preal, es el complemento ideal de toda mujer elegante. Colonia de Preal con su sutil y exquisito aroma crea una aureola de encanto y belleza.

La Colonia de Preal se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

En el Uruguay: J. C. Caldenazzi, Paysandú 906. Montevideo. Camauér & Cia. - Inclán 2839/47. - Bs. Aires.



COLONIA de PREAL



La perrita impaciente

El sombrero florido y alado de la miss, y la correa con la que ella ata a la pequeña Diana para dar el paseo matinal, esperan hace dos horas en el diván...

¡Zas! Ahora sí, Diana de sombrero. ¿Se parecerá a la miss? Lista para salir a la calle. "Con esto, ¿quién no encuentra un lindo novio en seguida?", piensa Diana.



Diana se muestra impaciente, corre de un lado a otro, mira en dirección a la correa, se acerca al sombrero florido, a la correa... ¿qué hacer? La moan...

"¿Dónde hay un espejo? ¡Trégonme inmediatamente un espejo!", grita Diana, cuando... se oyen pasos que se aproximan con rapidéz inquietante...





...viene la correa, ¡y viene el sombrero también! Tiene flores, plumas, una redondeo y pojo... ¡Qué lindo! Y qué divertido elerío, morderlo, sacudirlo...

"Oh, Dianol ¡Mi sombrero!", grita la miss; pero reconoce que la coquetaría y la travestura que hoy en la perrita son femeninas, y la perdona. Ahora, a pastar.



CRUZADA PRO

Independencia

DE LA MUJER!



En este mes, cuando se celebra la INDEPENDENCIA de nuestra patria, y fiel a su misión de ayudar a todas las jóvenes que anhelan progresar y conquistar su independencia económica, la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER, Instituto de Enseñanza por Correspondencia, inaugura su extraordinaria CRUZADA PRO INDEPENDENCIA DE LA MUJER, ofreciendo a todas las que se inscriban durante este mes y el mes de agosto (*), las siguientes ventajas excepcionales:

1

EXENCION DEL PAGO DE LA MATRICULA!

Todas las inscripciones que se reciban dentro del plazo arriba indicado, serán libres de gastos de matriculación.

2

20 % DE DESCUENTO SOBRE EL PRECIO DE CUALQUIER CURSO!

Todas las que inicien AHORA sus estudios, obtendrán un descuento del 20 % sobre el precio de cualquier curso que elijan.

3

40 BECAS PARA LAS MEJORES ALUMNAS!

Entre todas las alumnas ingresadas durante esta CRUZADA se distribuirán 40 BECAS para las que rindan los mejores exámenes. Las becas se distribuirán: una para cada Provincia y Gobernación argentina, y una para cada país Centro y Sudamericano.

4

GRATIS como siempre y a pesar de haberse suprimido el pago de la matrícula, se concederá el lujoso Carnet del Estudiante y un "Diccionario Enciclopédico Castellano" o "La Farmacia en Casa".

Mándenles HOY MISMO el cupón adjunto, pidiendo mayores detalles. Decidan a estudiar con todo entusiasmo, así una de nuestras becas podrá ser suya y adquirirá una profesión gratis.

(*) Para las alumnas de los países de Centro y Sudamérica se admitirán inscripciones en las condiciones de la GRAN CRUZADA hasta fines del mes de septiembre.

UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

TÍTULOS POR MES	TÍTULOS POR MES	TÍTULOS POR MES
Cerita y Cuelicillo \$ 25 \$ 4 por mes	Correspondencia \$ 25 \$ 4 por mes	Redacción y Ortografía \$ 25 \$ 4 por mes
Laborer \$ 25 \$ 4 por mes	Secretaría \$ 25 \$ 4 por mes	Aritmética \$ 25 \$ 4 por mes
Y Artes Decorativas \$ 25 \$ 4 por mes	Comercio General \$ 25 \$ 4 por mes	Tejido-maculagras \$ 25 \$ 4 por mes
Cocinas \$ 25 \$ 4 por mes	Maquinería \$ 25 \$ 4 por mes	Química Industrial \$ 25 \$ 4 por mes
Baquas y Balizas Fotométricas \$ 25 \$ 4 por mes	Maquinería \$ 25 \$ 4 por mes	Prep. plás. farmacia \$ 25 \$ 4 por mes
Tronadura de Libros \$ 25 \$ 4 por mes	Maquinería \$ 25 \$ 4 por mes	Química Análisis \$ 25 \$ 4 por mes
Cosméticos Mercaderes \$ 25 \$ 4 por mes	Maquinería \$ 25 \$ 4 por mes	Diseño Industrial \$ 25 \$ 4 por mes
Técnicas de Argamasa del \$ 25 \$ 4 por mes	Maquinería \$ 25 \$ 4 por mes	Alimentación \$ 25 \$ 4 por mes
Coc. Nacional \$ 25 \$ 4 por mes	Maquinería \$ 25 \$ 4 por mes	Berchillera y Jardinería \$ 25 \$ 4 por mes
	Publicidad \$ 25 \$ 4 por mes	Cajera \$ 25 \$ 4 por mes

IDIOMAS: Estudie con el modernísimo sistema "Fono-Maestro Argentino" de enseñanza por discos.

Las alumnas de la Capital Federal pueden estudiar por correspondencia o en nuestro Departamento de Enseñanza Oral, si así lo prefieren.

Mándenle este cupón a:
NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD

Estudie TELEGRAFIA y RADIOTELE-
GRAFIA por medio de nuestro práctico y sencillo método por discos.

LA VIDA MODERNA
EXIGE A LOS HOMBRES
CONSTANTE ACTIVIDAD



Evite que la depresión de los nervios se apodere de su organismo; conserve íntegra su vitalidad y será un triunfador. Mantenga sus energías y las puertas del éxito estarán siempre abiertas para usted.

Virilinet

moderno preparado de hormonas ha de ser su aliado. Se indica en los casos de debilidad sexual, impotencia, depresiones, fatiga, nerviosidad, insomnio, debilidad, flaqueza y falta de energía.



EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



Miss Claire Anderson, ha dado un gran salto y pasó volando por sobre Diana Sinclair, de Filadelfia, Estados Unidos. Lo que, no pudimos ver, es si el aterrizaje de miss Anderson se realizó con la felicidad por ella merecida.

Enfoques

Estos muchachos son ya "peritos lecheros", primer título que otorga la leche ha sorprendido en el instante en que realizan prácticas en dicho escuela.





...Taylor, de Nueva York, realiza un quite en buena forma, y sus hermanas
...fisonómicas se iluminan con la satisfacción del triunfo logrado. Es una
...más destacadas esgrimistas de la nombrada ciudad de América del Norte.

fotográficos

...Agencia de Nueva Hamburgo, Nueva York, y la cámara fotográfica les
...de lograr la destreza suficiente en la mejor manera de ordeñar las vacas.



PERSONALIDAD



La moda se dicta para todos...
pero en Vd. está el distinguirse
de los demás por su elegancia
personal. En Vd... y en la
competencia del sastre a quién
confía sus trajes

Vea las últimas nove-
dades en poplines para
CAMISAS; especialidad
en la medida fina.

Sr. Gerente:
Solicito me sea acordado un crédito por \$

NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD F.C.
EMPLEADO EN

VISTASE EN THE CITY

Su corte impecable y la alta
calidad de sus casimires re-
presentan el aporte más segu-
ro a la elegancia del hombre
moderno.



SASTRERIAS

THE CITY

VICTORIA Esq. PIEDRAS

A un paso de la Av. de Mayo U. T. 34 - 1941

UN CENTRO DE MODA PARA LA MODA

CREDITOS { **10**
Grandes facilidades PESOS
A SOLA FIRMA POR
MES

LA COLA DEL GATO

La flexibilidad que tienen los gatos, así como su habilidad para caer siempre de pie, se explica fácilmente si se considera que en la cola tienen tres veces más músculos que la mano y la muñeca del hombre.



SALUDO TIBETANO

No todos los gestos tienen la misma significación en las diversas partes del mundo. Si entre nosotros, por ejemplo, es una burla sacarle la lengua a una persona, en cambio es gesto, acompañado por el de cerrar la mano, es el saludo más cordial que puede hacerse a un tibetano. Pero si usted desea realizar la prueba, le aconsejamos que la primera vez lo haga desde lejos. Las costumbres cambian.

Epigrama

*Aunque al espejo se miran
las mujeres con frecuencia,
En el vidrio nunca ven
Que es de vidrio su belleza.*

J. de Triarte

Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRADAS

El precio de una nariz



La Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos acaba de condenar a un automovilista a pagar la suma de 15,000 dolares a una hermosa joven de Oklahoma a quien atropellara con su vehículo, ocasionándole la pérdida de la nariz y consecuencia del accidente. La Justicia estableció que dicho órgano es de tanta importancia para que dicho órgano sea un brazo o una pierna, y que su pérdida la incapacita en alto grado para conseguir un buen empleo. La noticia no dejará de ser una compensación para ciertos representantes del bello sexo, que han sido generosamente favorecidos por la naturaleza en el reparto de dichos apéndices, aunque sería de desear que, para algunos, éstos se cotizaran a tanto el centímetro...

COMPANEROS

Adoptar una lechuga como mascota es algo así como traer la mala suerte a casa, pero como, en cambio, se ahuyentan los ratones, Charles Kornet, guardabosques del Parque Nacional de Yellowstone, no ha tenido inconveniente en hacerlo. Y, por lo visto, ella se ha acostumbrado en seguida a su nuevo compañero, posándose en su pipa para seguirlo a todas partes. Si continúa así, dentro de poco va a fumar en ella, después de un espiro al muerzo de escarabajos y de ratones.

FIGURAS DE BALLET

El ballet tiene algo de liturgia pagana en sus complicadas figuras, y, desde luego, se necesita poseer alma de artista para descollar en él. Pero hasta el hombre menos artista sentiría deseos de emular a Yura Zarich, sobre todo si contara con una bailarina con tantas "condiciones" como lo de la foto. Para los profanos, no obstante, el ballet debe de tener alguna lejana semejanza con la taquigrafía. Para ellos, en efecto, ambas cosas se parecen en que es más difícil comprenderlas que ejecutarlas. Esta escena, por ejemplo, que asemeja un acto de magia o de encantamiento, representa el sueño de una princesa que piensa en su príncipe. Con razón dicen que el ballet es un arte complicado...



los incrédulos es simplemente una recurrencia del arte fotográfico.

LA VELOCIDAD DEL CARACOL

No hay ninguna exageración en aquello de "Tan lento como el caracol". Ese animal tarda, en efecto, nada menos que una semana para recorrer mil metros.

Acróbatas del aire

Hermosa foto que muestra dos aviones arrojando nubes de humo durante un simulacro de combate, y que dibujan en el aire los mil y un arabescos que describen al hacerlo. Podría decirse que son los pintores del cielo...

RESULTÓ CIERTO

—¿No me recuerda, señora? Ya fui quien el año pasado recogí el ramo de flores en su casamiento.



GOLF Y SILUETA

Una de las más modernas estrellas de nuestro nacional, mermosa escultural que provoca la admiración de cuantos la conocen, actualmente tomándose unas vacaciones de golf en el club de un club. Según parece, ella es diestra en los juegos en la cancha. Una de las señoras prácticas, el maestro "forma" muy bien. —No se afije, pronto será una buena jugador. Sus días por ahora, por tanto que tiene "forma" muy bien. —Le parece? —No, ella se pondrá en forma. Si usted imagino usted lo que tengo que hacer en este estado.

Médico afortunado

La cuenta más grande que se haya abonado a un médico fué hecha efectiva por la reina Catalina II de Rusia al facultativo inglés Dinnsdale. La reina, en efecto, lo llamó para que la vacunara, y le pagó por sus servicios 90,000 libras esterlinas, además de otras 1,800 para gastos de viaje. También recibió Dinnsdale un retrato de su real paciente, autografiado, la dignidad de par y una pensión vitalicia de 450 libras por año, y hay quien asegura que, a pesar de todo eso, la vacuna no le prendió...

SUPERSTICION

Los indios karoks, de California, guardan los horrores en una choza sobre la cima de una montaña, porque están convencidos de que si el salmón los viese, ellos no pescarían uno solo de estos peces. Una superstición como otra cualquiera...

ni ritmo

PIRELLAS Y HUMORISTICAS

VEINTE AÑOS Y CINCO HIJOS



N. G. Fite, de Houston, Texas, ostenta el nada envidiable record de haber sido el padre que a los veinte años de edad tenía la prole más numerosa. Fite, en efecto, que se casó a los catorce años con una chica de quince, tenía cinco hijos a esa edad y, actualmente, a los 48, tiene diez y seis hijos y veinte nietos. Además, conviene hacer notar que Fite se ha divorciado ya y vuelto a casar tres veces. Como se ve, un acaparador de records "caseros"...

Trampa matrimonial

El marido y la mujer discuten acerca de su casamiento.
—Yo no corría, por cierto, detrás de ti cuando me cortejabas—dijo ella.
—No: una trampa no corre tras el ratón, pero lo atrapa—replicó él.



ALGO MENOS Y "ALGO" MAS

El día 29 de junio de 1870 se inauguraba en Buenos Aires la primera línea de tranvías a caballo, y al año siguiente, el 1º de noviembre de 1871, el servicio llegaba hasta "el pueblo de San José de Flores". Los cocheros, como se les llamaba a los moteros, tocaban un cornetín al llegar a las esquinas, para avisar su paso a los transeúntes desprevenidos. En aquellos tiempos se tardaba en llegar al "pueblo" cerca de una hora y cuarenta minutos. Hoy los colectivos "ponen" en recorrer el mismo trayecto, al barrio de Flores, nada más que veinticinco minutos, y, a veces, nada menos que un muerto y varios heridos.



Epitafio

En un santalago aquí,
a la tumba phonotacada,
que jamás acertase
a mortuarse a sí,
una vez y mil novelas
leí una multa en día:
entonces la santología
cele, mas no a la bestia.
Lope de Vega

LO QUE SE DICE

Los hombres tienen tres maneras diferentes de arruinarse: las mujeres, los caballos y la agricultura. Esta última es la más lenta y la más aburrida. — Berry Wall.

Prueba de carino

—Ya veo que tú me has dejado de quererte, Juan—dijo ella usando su último argumento—; el doctor me ha dicho que necesito un tratamiento para adelgazar, y te niegas a darme el dinero para pagarlo.

—Pero, al contrario, querida, te quiero tanto, que no deseo perder un solo gramo de ti—contestó él.

DE ACUERDO...

—Fíjese usted en esas líneas de ferrocarril.
—Sí, son maravillosas.

VENTA DE AUTOMOVILES!



Retrato en verso

El célebre abogado madrileño Daniel Lemus emulaba al personaje de la "La casa de la Troya" en aquello de componer versos al vuelo. Cierta vez que defendía a una muchacha del pueblo, tan bonita como de genio arrebatado, le dijo el juez:

—¡Caramba, Daniel, qué cliente más hermosa la suya! Tiene una cabeza de Madona.

—Y qué cuerpo de Venus!—agregó el secretario, que se hallaba presente.

Entonces Lemus, sonriendo, recitó esta cuarteta, que acababa de improvisar:

Esta niña, Rosarito,
muchacha de poco seso,
tiene cuerpo de delito
y cabeza de proceso.

Delica. LA FOTO CURIOSA

fotográfico que muestra a un hada saliendo de una rosa. Aumentada a sus proporciones naturales, esta "hada" es como se ve—de las que no justifican, en modo alguno, aquello de que "de lo bueno, poco"...





Recordando el verano

"**S**E describe mejor el verano en un día de invierno", dijo Ibsen. Quizá ocurra así porque no hay como sentir frío para darnos clara cuenta de que el verano en una playa o en las praderas es algo maravilloso, sobre todo si hay sirenas en esa playa y Dianas jugando en esas praderas. Recordemos, pues, la feliz estación, representada en esta página; habremos de sentirla más intensamente hermosa cuanto más frío y gris sea el día de hoy. ♦





¡DEBE USTED PREPARARSE!

4 CARRERAS DE GRAN PORVENIR

RADIO

TELEVISION
CINE SONORO-DIFUSION
TECNICA DEL SONIDO

y todas las otras aplicaciones de esta maravilla de nuestra época, presentan oportunidades sin igual al hombre emprendedor que desea independizarse estableciéndose en Radiodifusión y Venta de Aparatos y Accesorios, a prestando sus servicios en puestos Técnicos, de responsabilidad y bien remunerados en Estaciones Difusoras y de Comunicaciones; fabricas de Receptores; Laboratorios; Operadores de Radio a Bordo, etc. etc.

AVIACION

VUELO-MOTORES
CONSTRUCCION DE AEROPUERTOS
TRAFICO AEREO Y COMUNICACIONES

y todas las materias relacionadas con la Aeronáutica son conocimientos indispensables para el progreso y de fensa de las naciones y de ahí que, quienes siguen estos estudios contribuyen al bienestar de su patria, o lo vez que laboran el suyo propio, por ser ellos los llamados a ocupar puestos importantes de Piloto - Oficial de Mantenimiento - Operador de Radio - Experto en Motores - Diseñador y Técnico de Construcción; Administración, etc. etc.

INGENIERIA MECANICA

DIESEL-MOTORES DE COMBUSTION y todas las fuentes de producción de energía están consideradas como bases fundamentales del adelanto económico del mundo industrial que conocemos, ofreciendo estas actividades un campo de acción amplísimo para el especialista en Fuerzas Motriz, tal como los prepara este Escuelas, para dedicarse a la Transportación; Agricultura; Minería; Marina; Construcción de Grandes Obras, etc.

ELECTROTECNIA-REFRIGERACION

DEBIDO AL ADELANZAMIENTO DE ABE son otras de las ramas de la Industria Moderna en donde existe en nuestros días, mayor demanda de hombres debidamente preparados. Este Plantel lo capacita, con su enseñanza, para desempeñar los más envidiables empleos de esta profesión, como Experto en Instalaciones; Planos y Subestaciones Eléctricas; Tranvías y Locomotoras Eléctricas y Diesel-Eléctricas; Refrigeración; Acondicionamiento de Aire, etc.

ESTUDIE EN SU CASA

Por medio de un Método por Correspondencia, COMPROBADO, que es el más fácil y eficiente. Comprende Equipo Profesional y Herramientas para que GANE MAS DINERO

PIDA LIBRO GRATIS

Fundado en 1903

NATIONAL SCHOOLS



EDIFICIO BOSTON
BUENOS AIRES
REP. ARGENTINA

Envíe hoy este cupón

Dr. J. A. ROSENKRANTZ, Presidente: Dapno. Núm. 380 - 7 X

● Mándeme su Libro "GRATIS" con datos para ganar dinero en la industria que he seleccionado y marque con una "X"

NOMBRE _____

DIRECCION _____

POBLACION _____

EDAD _____

IND. o PROV. _____

☐ RADIO

☐ DIESEL

☐ AVIACION

☐ ELECTROTECNIA

☐

☐

☐

☐



Rascacielos contra aviones

En Nueva York se estudia la posibilidad de utilizar los rascacielos como medio contra los ataques aéreos, emplazando sobre ellos baterías de ametralladoras. foto de arriba podemos apreciar el dominio que los ametralladores, desde estas edificaciones, podrían ejercer sobre el Hudson. Abajo, vemos el Centro Rockefeller, de 70 pisos, que con baterías antiaéreas sería un serio obstáculo para los aparatos enemigos.





El inmenso edificio del Empire State Building está considerado como el mejor punto para ejercer una perfecta vigilancia del aire, y también el más efectivo, en caso de tener que enviar desde arriba una lluvia de balas sobre el enemigo aéreo.

AHORA

es la época indicada para tomar el **GIROLAMO PAGLIANO**

ATENCIÓN
El legítimo está protegido por la estampilla fiscal, con el nombre de su inventor Prof. Girolamo Pagliano. - Emilio Frey - Buenos Aires.

GIROLAMO PAGLIANO

PURGANTE Y DEPURATIVO

¿Por qué seguir tosiendo?



Calme la TOS que mortifica sus bronquios y molesta a sus familiares y amigos. Lograrlo está en su mano y por muy pocos centavos.

Adquiera las **PASTILLAS** del Dr. ANDREU, un remedio eficaz y de confianza en un envase práctico y económico.

Calman, descongestionan los bronquios y facilitan la expectoración.

PASTILLAS Dr. ANDREU

¡Una poción pectoral de bolsillo!

Los extraños FANTASMAS del país de



...se ve mucha sangre de la herida
que este fantasma me ha dado.

DON QUIJOTE.

Siendo el escenario propicio: una calle estrecha y oscura, mal iluminada por una luna opaca semiculta por el lente ahumado de las nubes, o un caserón grande y viejo de desiertas y amplias habitaciones con rincones en tinieblas, nos es posible pensar detenidamente en fantasmas... Y por más que la época no da fe a esas apariciones incorpóreas que visten sábanas como sudarios y anuncian su presencia con el escalofriante chirrido de las pesadas cadenas que arrastran, el silbar un estribillo en boga puede servirnos de compañía. Alguien ha dicho que es una manera de ahuyentar el miedo. Pero aun así no siempre se recobra la perdida tranquilidad. Entonces pensamos, si las circunstancias nos obligan, que si al doblar

una esquina o penetrar en una de esas requisimas mansiones nos halláramos, en po de torcer el rumbo, con uno de esos tenebrosos, deberíamos confiar un poco nuestros recursos humanos. Tal vez, —si el temor no silenciara nuestras vocales—, hubiera un entendimiento mutuo si bien los fantasmas son seres inanimados puede pensarse que tal vez un impulso rior, perteneciente a su paso por la vida les obligara a acceder a un pedido nuestro. Pero todo puede no suceder como se desea. Si la vaporosa aparición ignorara el idioma; si fuera escapada de una de esas antiguas cromoxilografías creadas por la imaginación de uno de los artistas del Imperio del Sol Naciente, nada nos quedaría por hacer, sólo esperar. Y confiar en que oportunamente ráfaga de aire alejara de nosotros la inoportuna y molesta aparición. En ese caso, tratándose de un fantasma, en vez de la tranquilidad, lejos de ella, podríamos contar muchas cosas interesantes. Posiblemente diríamos que, como ni por qué, comenzó a danzar ante

Lo sirviente Oikuku rompió un vajiño de su ama, y desde su muerte, deambuló un extraño fantasma cuyo cuello está formado por los platos rotos.



los CEREZOS

UNA SERIE DE ATORMENTADOS PERSONAJES DE ULTRATUMBA, QUE SE MUEVEN EN TORNO A DIVERSAS LEYENDAS POPULARES JAPONESAS, HAN SIDO REPRESENTADOS EN CURIOSAS CROMOXILOGRAFIAS POR ARTISTAS DEL PAIS DE LOS CEREZOS

Escribe

Agustín M. Valenzuela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

El espectro terrible de Kohada Koheji. Durante los meses de verano levanta, con su mono descarnado, el pavor del moiguitero y asoma su mudo trágico.

eros sorprendidos ojos un farolito de papel, animado por una cara grotesca de ojos grandes y tristes; una cara enmarcada en unos cabellos lacios y renegridos. Y así, ignorándolo, habríamos compartido la compañía de Oiwa, la infortunada mujer que, según cuentan antiquísimas leyendas, tuvo la escasa suerte de unir su existencia a la de un hombre ensalmado; a la de un ser de bajos instintos que se complacía en torturarla y que terminó por darle muerte.

Pero como el de Oiwa, podría tratarse de otro de los numerosos fantasmas japoneses. El de Kasane, por ejemplo, que, como el anterior, pertenece también a una pobre mujer víctima del irascible genio de su cónyuge. Pero entonces podríamos mostrarnos orgullosos por ser los primeros en ver semejante aparición, que a través de la leyenda solo se ha presentado ante su tristemente célebre marido Yoemon.

En cambio, si se nos apareciera de improviso el espectro de Oikuku, tendríamos que agre-

Esta cromaxilografía del artista japonés Hokusai tiene casi cien años. Representa a la antropófaga Hannyo en momentos de atacar a una indefensa jovencita.





El trágico rostro de Oiwa, la infelicitada mujer que, según cuentan antiquísimas leyendas niponas, folleció o consecuencia de los terribles y continuos tormentos o que la sometió su desolado esposo.

par algo más. Difícilmente que hace muchos años, siendo la nombrada sirvienta de un caballero tan rico como malhumorado, tuvo la desgracia de romper un valioso juego de vajilla, y temiendo el castigo que tal accidente le acarrearía no halló a mano nada más expedito que arrojarle de cabeza a un pozo, dándose muerte; y que, ya transformada en espíritu, torturó de continuo a su amo reprochándole con palabras de ultratumba su crueldad para con sus inferiores. También de esa manera nos explicaríamos por qué el original espectro tiene un cuello extraordinariamente largo formado por los mismos platos que perdieron su forma al golpear violentamente contra el suelo...

Podría darse el caso de que viéramos otra clase de fantasma. Un mal proceder voluntario, una acción reprochable, una reacción mal controlada de cólera o enojo, nos enfrentaría a un juez inesperado: el fantasma de la venganza. Primeramente engeñeceríamos ante el brillo insoportable de pequeñas llamas azula-

das; después, de entre ellas, veríamos aparecer una figura extraña de caballos largos renegridos, de expresivos ojos y boca desdentada. Y solamente el arrepentimiento sin poder alejarnos de Iwa Fuji—tal es su nombre—que desde siglos atrás sabe que los hombres piensan en sus malas acciones y comprometen a no repetirlas ante su fantasmagórica presencia.

El fantasma de Kohada Koheji, en cambio no nos abandonaría jamás. Sería tal vez de los pocos que, ya perdido en el espacio, permanecería aún fijo en nuestra retina, si tuviéramos la poca suerte de ver su desdichado rostro, como se dice que lo vió quien se le acercó. Y ya acostumbrado a la vista a la curidad de la alcoba alcanzaríamos a distinguir una mano huesuda descorriendo lentamente un ángulo del mosquetero y tras de él emergiendo un rostro de pesadilla.

Pero si nada malo debiéramos reprocharnos podríamos también compartir nuestra soledad con espíritus—por lo general los fantasmas se presentan ante personas que se llaman rolas—con uno o dos de esos inquietos seres orientales. Con dos, tratándose de Uto Yasukata y de su esposa Nishigiki después de haber hallado la muerte al detenerse el hogar en que vivían felices en su anterior encarnación humana, revoloteando como pájaros durante muchos años en torno a las ruinas que los sepultaron. Y cuando se tratara de la antropófaga Haunya, condenada por los espíritus vengativos a ser continuamente, deruido el torso, con una espada, y a perseguir a las indefensas y vencidas que, sin compañía, se aventuraban a cruzar en horas de la noche las calles oscuras y menos transitadas del país de los cereales. Pero, de cualquier manera, fueran uno u otros los fantasmas que interrumpieran nuestra soledad, nadie llegaría a creerlos la cultura. Nos aconsejarían un sedante o una visita a un médico. Y nos dirían que las visiones pueden tener dos orígenes: el trágico, constante de una mente afebrada o el artístico de algunos pintores japoneses, dieron forma de cromoxilografías a unas yendas del Imperio del Sol Naciente. ☼

Iwa Fuji, el espectro de la venganza. Rodados de llamas azules, castiga a los hombres que, por sus malos instintos, hacen daño a sus semejantes.



Muchos artistas japoneses llevaron a la cromoxilografía creaciones fantasmagóricas, producto de su imaginación. La que reproduce el grabado es una obra de Toyokuni.

CREDITOS
a sola
FIRMA



CASIMIRES
"CAMPER"



N.º 303.—Traje de
recho 3 botones, de
corte juvenil y mo-
derno. Sugerimos te-
las tipo "pic and
pic", "el a fil" o a
pequeños cuadritos.

Modelo de SOBRETUDO
muy apropiado para todo
vestir, indicado para telas
espigadas y en diagona-
les, desde

\$ 120.-

CASAS EN:
AVENIDA MITRE 839
Avellaneda

DOMINGUEZ 599
Piñeyro

J. C. PAZ 221
Lanús

AVDA. LA PLATA 1616
Santos Lugares

RIVADAVIA 282
Quilmes



CUPON-OBSEQUIO
VALE POR LA PRIMERA CUOTA

NOMBRE

LOCALIDAD

"LOS ASES"

SERAN SUS SASTRES

EN CARLOS PELLEGRINI 68 CAP.

Una crónica de

Mark Twain

ELOGIO DE LAS MUCAMAS

CON RELACION DE LOS NUMEROSOS MODOS EN QUE CONTRIBUYERON
A HACER LA FELICIDAD DE SUS CAPRICHIOSOS PATRONES

"Con la más deliciosa de las desvoladuras se unen sus cabellos con nuestra gemada húngara, se perfuman con nuestra agua de colonia..."

NO recuerdo quién ha dicho que las mucamas son seres execrables, y contra esta injusta afirmación quiero protestar enérgicamente en representación de todos los solterones de la tierra.

Voy a defender, pues, a las mucamas, y para ello, lo más eficaz es recordar los grandes beneficios que prestan a sus felices amos. Ellas nos colocan el almohadón, solícitamente y sin fallar una sola vez, al lado opuesto del punto en que se encuentra la luz eléctrica. De modo que cuando queremos leer en la cama o fumar un cigarrillo—dos cosas que suelen gustar a los viejos celibes—, nos vemos obligados a mantener el libro en alto—posición perfectamente incómoda—para res-

guardar nuestros ojos de la luz.

Si, por casualidad, al día siguiente ellas encuentran el almohadón en su verdadero sitio, lo ponen en mal lugar, y al rectificar nuestra obra nos maldicen por la tiranía a que las tenemos sometidas. ¡Pobrecitas!

En el caso de que ya no puedan molestarnos más con la lámpara, recurren al cambio de colocación de la cama.

Si separamos el baúl un poco de la pared, con el propósito de poder abrirlo con comodidad, ellas se encargan de acercarlo al muro tantas veces como lo separamos, para demostrarnos que no sabemos en lo que nos hemos metido. Si queremos tener cerca de nosotros la salivadera, ellas nos la ale-

jarán lo más que les sea posible.

Si necesitamos con urgencia cambiarnos de zapatos, no los busquemos en su debido lugar. Es muy probable que se encuentren en los sitios más inaccesibles. Tal vez estén debajo del techo, cerca de la pared y cubiertos de polvo. Para llegar hasta ellos tendremos que adoptar posiciones inverosímiles, y al salir victoriosos del "subsuelo" de nuestra cama, habremos quedado más parecidos a un albañil en obra que a un *gentleman* vestido.

¡Benditas mucamas! Ellas son las que se llevan los fósforos a la cocina, y, en su lugar, colocan en la mesa de luz objetos perecederos, como, por ejemplo, un

botellón o un vaso, sin que el de proporcionar una agradabilísima sensación al entrar a oscuras en el cuarto, y tanteando en los fósforos, tropecemos con ellos.

Pero nunca están satisfechos a cada momento nos colman de deliciosas sorpresas. Pero que los muebles de nuestra casa han de encontrarse por la mañana. Nada de eso; a nuestro regreso, en la forma que los hemos dejado, el escritorio estará ocupado de una mecedora lugar de la sibaritica *rocking-chair*, cerca de la cama, el balde del tocador, y *rocking-chair* habrá ido a parar un puesto junto al

**Interpretación gráfica a cargo de la popular cancionista
y actriz cinematográfica Marta Swanson**

FOTOGRAFÍAS
DE
JULIO PODESTÁ

Y si nuestra desventura nos obliga a entrar sin luz en las habitaciones, correremos el riesgo de tropezar con la rocking-chair, deshacernos la cabeza contra el ropero, y sentarnos, por último, en el balde, el que seguramente va de estar lleno de agua hasta los bordes, la misma agua que hemos utilizado en las abluciones matinales.

¡Belas allí, recogiendo del suelo todos los papeles inútiles que arrojamos; ¡con qué cuidado los colocan sobre nuestro escritorio! Y, luego, ¡con qué indiferencia, con qué tranquilidad encienden el fuego valiéndose de nuestras notas y apuntes más necesarios!

Sin embargo, cuando intentamos desbarazarnos de algún objeto usado que nos estorba y con tal propósito lo arrojamos al canasto, ellas lo sacan de allí indefectiblemente y nos lo ponen en las narices una, y mil veces.

Con la más deliciosa de las desventajas se untan sus cabellos con

nuestra pomada húngara, se perfuman con nuestra agua de colonia y se lustran los zapatos con nuestra tintura para la barba.

Sus angelicales rasgos expresan un dulcísimo gozo cuando, estando en la puerta hablando con el novio, después de dejarnos subir sin saludarnos hasta el piso donde vivimos, el que siempre es elevado, nos oyen bajar en busca de la llave que está en manos de ellas.

Hay que admirarlas, en fin, en toda la grandiosidad de sus augustas funciones, y debemos confesar que las tratamos con tremenda injusticia cuando se dice de ellas que son seres dignos de toda execración.

Por lo que a mí respecta, puedo asegurar que si alguien eleva a la Cámara un proyecto de aniquilamiento de las mucamas, contará de inmediato con mi total adhesión. ☐



"Ellas nos colocan el almohadón, solícitamente y sin faltar una sola vez, al lado apuesto del punto en que se encuentra la luz eléctrica, de modo que si queremos leer un rato o fumar un cigarrillo..."



"¡Benditas las mucamas que se llenan los fósforos o la cocina y en su lugar colocan en la mesa de luz un botellón o un vaso, sin otro objeto que el de proporcionarnos una sensación agradabilísima cuando, al entrar a oscuros a nuestro cuarto en busca de los primeros, tropezamos con los segundos..."



"¡Con qué cuidado colocan en nuestro escritorio todos los papeles inútiles que arrojamos al suelo, y con qué indiferencia y tranquilidad encienden el fuego con los que, contentando nuestras ansiedades y dadas de verdadero importancia, dejamos sobre la mesa!"

EN uno de los extremos de la aldea había un gran peral, que en primavera semejava un ramillete de flores. Al otro lado del camino se hallaba la casa del jardinero. Esa tenía una portada de piedra que parecía la de un castillo. Y la hija del jardinero se llamaba Perrine, y era mi novia.

II

De diez y seis años. Tenía tantas rosas en sus mejillas como flores había en el peral. Fué bajo el peral donde le dije: — Perrine, Perrine mía, ¿cuándo nos casamos?

III

Toda ella parecía hecha de sonrisas; sus cabellos jugando con el viento; su talle cimbreante; su pie desnudo en los graciosos zuecos; sus manos, que hacían bajar una rana para aspirar el perfume de las flores; su frente purísima; sus labios rojos que mostraban sus blancos dientes. ¡Ah! ¡Cómo la amaba!

—Para la cosecha — me dijo — será nuestra boda, si el emperador no te hace soldado.

IV

La idea de tener que irme lejos de ella me rompía el corazón, y cuando llegó el momento del sorteo encendí un cirio. ¡Loada sea la Virgen María! Me tocó el número más alto. Pero no así a Juan, mi hermano de leche, quien por mala suerte sacó número bajo.

Lo encontré exclamando entre sollozos:

— ¡Madre mía! ¡Pobre mi madre!

V

—No llores, Juan; yo soy huérfano. — No quería creermelo cuando le dije: — Voy a partir en tu lugar.

Bajo el portal, vino Perrine con los ojos inundados de lágrimas: eran más bellos que su sonrisa. Y me dijo:

—Has hecho bien, Pedro mío, eres bueno; anda, yo te esperaré.

VI

— ¡Derecha, izquierda, derecha, izquierda, paso de carga! ¡Adelante, mar...!

¡Así fuimos hasta Wagram! ¡Tente firme, Pedro! Ahí estaba el enemigo. Vi una línea de fuego. Quinientos cañones tronaban a un tiempo, y el humo oprimía el pecho, y el pie se resbalaba en la sangre.

Sentí miedo y miré hacia atrás.

VII

Atrás... me parecía ver la aldea y el peral con sus flores, que ya se habían convertido en frutos. Cerré los ojos y vi a Perrine rezando por mí. ¡Loado sea Dios! ¡Heme aquí, un valiente! ¡Adelante, adelante! ¡Por la derecha, por la izquierda! ¡Apunten, fuego! ¡A la bayoneta!

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Es bravo el recluta!

— Muchacho, ¿cómo es tu nombre?

— Señor, me llamo Pedro.

— Pedro, desde hoy eres cabo.

VIII

¡Perrine! ¡Perrine mía! ¡Cabo! ¡Viva la guerra! ¡Son fiestas las batallas! Es fácil ascender en el ejército, no hay más que poner un pie delante de otro y siempre así...

— ¡Por la derecha! ¡Por la izquierda!...

— ¡Eres tú, Pedro?

— Sí, majestad.

— Ponte una charretera.

Había gran cantidad de ellas en los hombros de los muertos.



La canción del



peral

CUENTO FAMOSO

por **PAUL FEVAL**

ILUSTRACIÓN DE MARIO LEÓN

IX

—Señor, ¡infinitas gracias, y adelante hasta Moscú!

Los cadáveres marcaban el camino en la enorme llanura de nieve. Allí el enemigo, aquí el río. La muerte a los dos lados.

—Hay que poner en línea el primer pontón, ¿quién lo hace?

—Yo, señor!

—Siempre has de ser tú, capitán. Y me dió su cruz de caballero.

X

¡Loado sea Dios! ¡Perrine de mi corazón!, ¿cómo vas a estar orgullosa de mí! Tengo mi retiro porque ha concluido la campaña. Las campanas nos llaman a la boda. El camino puede ser muy largo, pero la esperanza va más lejos. La aldea está allá abajo, detrás de ese monte.

Veo el campanario, lo reconozco; parece que suena la campana.

XI

Suena... ¿pero el peral?

Llegó el mes de las flores; sin embargo no veo el árbol florido. Recuerdo que en otros tiempos se lo divisaba de lejos; es porque antes estaba en pie y ahora aparecía derribado.

El árbol de mis primeras ternuras va habiendo florecido, ya se cubrían de blancas flores sus ramas, pero éstas yacían dispersas por el suelo.

XII

—Dime, Mateo, ¿para qué repican?

—Para una boda, señor capitán — contestó Mateo, sin reconocernos.

—¡Una boda! Decía la verdad. En ese momento los novios iban subiendo las gradas de la iglesia. La novia era Perrine, ¡mi Perrine!, más alegre y bella que nunca; y el novio era mi hermano Juan.

XIII

A las personas de mi alrededor les oí decir: "Se aman".

—¿Cómo! ¿Y Pedro? — pregunté.

—¿De qué Pedro habla? — me respondieron. Yo había sido olvidado.

XIV

A la entrada de la iglesia me arrodillé y rogué por Juan y por Perrine: todo lo que yo amaba.

Cuando concluyó la misa, tomé una flor del peral, una triste flor marchita, y sin mirar hacia atrás continué mi camino. *

—¡Loado sea Dios! Se aman; ¡que sean felices!

XV

—Señor.

—Ya de vuelta, Pedro?

—Sí, señor.

—Eres comandante y eres caballero; v tientes veintidós años. Puedo darte por mujer una condesa, si lo deseas.

Pedro sacó de su pecho la flor marchita tomada del peral tronchado.

—Señor, mi corazón está así. Prefiero un puesto en la vanguardia, porque quiero morir como soldado cristiano.

XVI

Obtuvo su puesto en la vanguardia.

En el extremo de la aldea hay una tumba de un coronel muerto un día de victoria, a los veintidós años de edad. Y en lugar de su nombre, sobre la piedra hay grabadas estas tres palabras: ¡Loado sea Dios! *

HACIA UNA CERAMICA



Una bella alumna dando forma a una jarra que a su utilidad de utensilio doméstico ha de agregar, una vez terminada, el atractivo artístico de su linda decoración.



ACABA DE CREARSE LA ESCUELA NACIONAL DE CERÁMICA, EN LA QUE OCHENTA ALUMNOS DE AMBOS SEXOS ESTÁN APRENDIENDO YA EN BUENOS AIRES EL ARTE MAS ANTIGUO DEL MUNDO

Escribe Horacio Alberto Estol

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

I MAGINAN algunos que, en remotos tiempos, cuando el hombre prehistórico vió estampada en la tierra húmeda la huella de un pie, tuvo nacimiento la industria cerámica; y el primer recipiente modelado en tierra arcillosa y puesto a secar al sol, fué el

En la sección de alfarería, una joven de los últimos torneos en el torno griego a un jarrón de líneas clásicas.

ARGENTINA



Un grupo de alumnos del curso de cerámica, en el taller de la Escuela de Cerámica, en la ciudad de Buenos Aires.

fruto de aquella experiencia y el paso inicial del hombre en el largo camino de la civilización.

Data de entonces el vastísimo arte de la cerámica que, uniendo en sí las necesidades materiales y el espíritu artístico de la humanidad, procura con sus productos un perfecto informe del carácter de los pueblos y la civilización de cada época, de modo que la historia de la cerámica es también la historia de los progresos de la humanidad a través de los tiempos.

Los más antiguos pueblos reconocieron ya la importancia de este arte, que abarca desde el simple ladrillo y la tosca vasija hasta las más delicadas obras en porcelana; los antiguos egipcios lo incorporaron a la Mitología y el dios Khamus modela el universo sobre una rueda de alfarero, mientras los griegos atribuyen la invención de la cerámica a Ceramo, hijo del dios Baco y Ariadna... Ya en esas épocas tan lejanas las manifestaciones artísticas en cerámica iban más allá de la primitiva confección de vasos y vasijas, llegando hasta lo que fueron los magníficos azulejos

Sea MECANICO DENTAL



Profesión lucrativa para ambos sexos.

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES, CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS. Se otorga diploma. Usted podrá abrir laboratorio propio para atender trabajo de los Dentistas. HAY GRAN DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previa. ÁBRASE CAMINO EN LA VIDA! **GRATIS.** — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, a mejor pase a conversar personalmente. Escribanos hoy mismo.

Escuela de Mecánico Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

No se dictan clases por correspondencia.

Nombre
Calle
Localidad L. 169

MAQUINAS DE ESCRIBIR

NUEVAS Y DE OCASION,
ESCRITORIO Y PORTATILES,
GARANTIZADAS.

EL MEJOR SERVICIO MECANICO
DE LA CAPITAL.

A. TRASORRAS & Cía.
SARMIENTO 438 • U.T. 63-6220



que le demuestra la facilidad con que puede aprender INGLES práctica y rápidamente en su casa. Aproveche la oportunidad que se le presenta de mejorar su posición.

★ PIDA EL SUYO HOY MISMO ★

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente.
NATIONAL SCHOOLS, Edif. Boston.
Buenos Aires, R. Argentina. Depto. 380-71.
Mándeme el Libro GRATIS "El Idioma Ingles"
Nombre ciudad
Dirección
Localidad



Otra alumna, en la clase de escultura, termina los detalles de una figura de animal, que cobrará luego con el esmalte vistosos colores.



Uno de los aspectos iniciales es el del amorado del material, en el que se utilizan combinaciones. Cerámica ha solicitado de todas las provincias de nuestro territorio, muestras de tierra, con...

de Nínive y Babilonia y las pequeñas y maravillosas piezas estatuarias que los egipcios utilizaban para adornar los monumentos fúnebres.

También del Asia oriental llegan precéritas manifestaciones de este arte, y los técnicos afirman que la alfarería era ya conocida en China diez y siete siglos antes de nuestra era, completándose esta rápida reseña con la mención de las civilizaciones incaica y azteca, donde la alfarería alcanzó igualmente alto grado de perfeccionamiento.

ESCUELA DE CERAMICA

Puede parecer innecesario recordar todos estos antecedentes, ya que la simple contemplación de una cerámica sugiere, automáticamente, la doble importancia, industrial y artística, que se encierra en la obra; mas si recordamos tales antecedentes es para que se comprenda con mayor facilidad el carácter trascendental de una iniciativa destinada a difundir y auspiciar entre nosotros ese arte aplicado. Correspondió planear la iniciativa al ex ministro de I. Pública, doctor Coll, y el actual titular de la cartera, doctor Rothe, la ha llevado a la práctica creando la Escuela Nacional de Cerámica, que el 17 de marzo pasado abrió sus puertas en el local de la calle Bulnes 43. Corresponde señalar aquí, que en el país sólo exis-

te un establecimiento semejante, la Escuela Provincial de Cerámica en Córdoba, y que fuera de algunos ensayos tímidos y aislados, nada se ha hecho hasta ahora en serio por tan importante aspecto de la enseñanza práctica.

Hemos visitado, por eso, la escuela de la calle Bulnes, para revelar al lector la interesante obra que allí se realiza, dirigida por el señor Fernando Arranz, artista de excelentes méritos y creador, también de la escuela de Córdoba, a quien secdnda un seleccionado grupo de

colaboradores. En el interior del aula local, sorprendemos a las alumnas al turno de la tarde en plena tarea, y la escuela se nos ofrece como un gran taller que ha sido dividido en secciones modestos tabiques de madera.

—Tenemos 36 alumnas en el turno de la tarde —dice el señor Arranz— y alumnos en el de la mañana, aunque gniariamente la escuela fué proyectada para 50 plazas.

Nos explica entonces que la inscripción superó todos los cálculos, pues se presentaron 195 candidatos de ambos sexos, con tanto entusiasmo todos, que aun se registran ingresos cuando, un azar, queda libre una plaza, entre el alumnado.

INDUSTRIA Y ARTE

En las mesas de madera en los tornos griegos, en la espátula o en el amasado de arcilla, hemos visto hábilmente manos femeninas hacer una apasionada labor creativa; manos de mujeres jóvenes, amasando con arcilla nuestra tierra las primeras obras de la cerámica argentina, que pueden dar base de quién sabe que secciones artísticas e industriales. Para que eso sea posible algún día, se desearía en esta escuela un amplio programa de enseñanza con las principales materias que sirven de base a la cerámica. Esc...



Bajo la vigilancia del director de la Escuela Nacional de Cerámica, señor Fernando Arranz, a quien secundan en su labor los profesores Vicente R. Paig, L. Quercciala, L. Pasquali y Martín Pampin, esta oleana efectúa sus trabajos.



valor artístico a utensilios de uso común, cultivando estilos de ésta o aquella época...

Mas, paralelo a su apasionamiento de artista, logra imponer a su labor un importante sentido práctico, trabajando también por todas las posibilidades industriales que se pueden reservar para la cerámica.

Nos enseña una gran cantidad de pequeñas bolsitas, explicando:

—Estamos ensayando arcillas de todas partes del país. En la actualidad hemos hecho una excelente combinación con tierras procedentes de San Luis y de Balcarce, en la provincia de Buenos Aires, pero seguimos realizando indagaciones...

Para esos fines se han solicitado muestras de tierra a todas las provincias, por intermedio de las escuelas, y una nutrida correspondencia y un muestrario ya considerable prueban el interés que esos experimentos despiertan en el interior.

He aquí, a grandes rasgos, una idea de la obra que se está desarrollando en la primera Escuela Nacional de Cerámica; ochenta alumnos han comenzado este año a aprender el arte más antiguo del mundo, y, merced al esfuerzo de profesores y discípulos, en ese local de la calle Bulnes se trabaja ya para lo que algún día ha de ser —industria y arte— la cerámica argentina. ♦

En arcillas argentinas. La Escuela Nacional de arte de realizar combinaciones de esta índole.

alfarera, moldeado, decoración, cerámica, dibujo, química industrial e historia de la cerámica completan este programa que tiene, sobre todo, el mérito de traducirse en un inmediato resultado práctico.

—En 52 días de trabajo se han hecho más de trescientos cincuenta modelos —nos dice el señor Arranz, mostrándonos parte de esos trabajos en un armario, y agrega—: Todos están listos ahora para el primer fuego...

Se refiere el director de la escuela, entonces, al horno eléctrico de 1.250 grados, que figura entre los elementos del establecimiento y que es a la vez único en el país; en ese horno se efectuarán también trabajos de loza, destacándose para el caso el hecho de que se encuentra en Argentina un caolín —materia prima esencial para la porcelana— cuya calidad hace pensar que en este aspecto de la cerámica existen insospechadas perspectivas para la industria nacional.

ESPIRITU ARTISTICO Y PRACTICO

Recorremos el taller donde los profesores, vistiendo sus guardapolvos de trabajo, se confunden con los alumnos en cordial camaradería; se advierte en todos un simpático espíritu de colaboración y entusiasmo, de modo que pareciera que el creador y director de la escuela hubiese logrado infundirles ese personal apasionamiento por el arte, que él revela al referirse rápidamente a sus proyectos. Nos habla de los trabajos que se propone realizar, reproduciendo piezas de la cerámica clásica, incorporando


























Permanentes

Hermosas \$ 5.-

Tinturas Naturales

y al Aceite \$ 6.-

Depilación, Estética,

Belleza y Masajes \$ 3.-

Peinados Modernos

abonos a 3 servicios \$ 250

♦ ♦ ♦

LA ESMERALDA

Permanentes y Tinturas por excelencia

CASA MATRIZ:

PIEDRAS 79 U. T. 34 1019

(Antes Piedras esquina Venezuela)

CASA CENTRAL:

C. PELLEGRINI 425

U. T. 35-6645 y 35-1231

Suc. Centro:	Suc. Flores:	Suc. Once:
LAVALLE 73	RIVADAVIA 7150	RIVADAVIA 2579
U. T. 31-5720	U. T. 66-1099	U. T. 48-2267

ACEITE DE FLORES

Preparación a base de bálsamos y aceites de flores. Un leve masaje demuestra su bondad en las arrugas, nubes de galleta y bollos de los ojos. Frascos de \$ 3 y \$ 5. Al interior c. reemb.

CREMAS de BELLEZA

CREMA N. Para cutis secos o marchitos.

CREMA L. Limón para limpieza de la tez.

CREMA D. Día, como base de Polvo. Potes \$ 3.50 y \$ 6. Al interior c. reembolso.

Creaciones nobles GUILLERMINA SCHWARTZ

En venta "La Esmeralda", C. Pellegrini 425, Franco Ingleso, etc. Consultes sobre Estética y Belleza, directora: GUILLERMINA SCHWARTZ. La Esmeralda.

Cuando **BEN-AMI** era **SANSON** se enamoró



Emocionante escena de "El cadáver viviente", de Tolstói, vigorosa obra que permitió a Ben-Ami lucir todos los recursos de su arte escénico.



Un momento dramático de "El que recibe las bofetadas", del renombrado escritor ruso Leónidas Andreiev, obra que figura en el vasto repertorio con que cuenta Ben-Ami, el gran actor teatral que vino a Buenos Aires a deleitarnos con la maravillosa expresión de su arte exquisito.

de DALILA . . .

AMIGO DE PAUL MUNI Y EDWARD G. ROBINSON, EL GRAN ACTOR NOS HABLA DE LOS TIEMPOS EN QUE COMPARTIA CON ELLOS UNA HUMILDE BOHARDILLA Y JUNTOS SOÑABAN CON LA GLORIA

Un reportaje de Carlos Zol

Especial para LEOPLÁN



Escena de los celos de "Samsón y Dalila", en la que aparecen Ben-Ami y Pauline Lord, la bella actriz de quien el actor estuvo a punto de enamorarse.



Hermoso estudio fotográfico que permite apreciar la singular caracterización de Ben-Ami para su papel en "El cadáver viviente", de León Tolstói.

La puerta del camarín se abre y entra el príncipe Mischkin en persona. ¿El príncipe Mischkin?... ¿No es acaso el atormentado personaje de Dostoyevsky en "El idiota"?... ¿No es acaso el nístico, el redentor flagelado por el infortunio de los pobres de alma?...

Por lo menos lo fué hasta hace unos instantes, cuando la garganta se le quebraba en los estertores de la misericordia. Cuando alzaba las manos trémulas, como palomas asustadas, ante los santos iconos, llorando sin llanto la muerte purificadora de Nastasia Filipovna. Cuando echaba cenizas de consuelo sobre el corazón en llamas de Porfión Ragoyin.

El espejo del camarín fotografía al príncipe Mischkin desde el marco de la puerta. De ahí no se mueve. Los ojos de fuego se niran en sí mismos; como si fueran a quemarse en su propia lava. Quince segundos. Medio minuto quizá. Nadie puede saber a ciencia cierta cuánto tarda un hombre para mirarse dentro de sí mismo.

Si ese hombre es Ben-Ami, el actor maestro, el cálculo resulta imposible. Su edad podrá oscilar alrededor de los cuarenta y cinco años. Los años de vida interior de Ben-Ami quizá sumen siglos.

No me atrevo a indagar. A los templos se entra en puntas de pie.

—¿Qué le pareció?...

Yo soy el que entrevista, pero Ben-Ami es el que pregunta.

—Mi opinión sería una opinión más. Hagamos de usted...

—El príncipe Mischkin me hace sufrir mucho...

—Créame: ese sufrimiento se hace carne en los espectadores.

La última escena, por ejemplo, es lacerante...

—¿No le parece que hay mucho de Shakespeare?...

—Eso es. Shakespeare. Ya entra en danza la máscara de la tragedia.

Ben-Ami, ya desprovisto del peluquín, apunta:

—Esos complejos psicológicos son terribles. Son como el agua subterránea que socaba los cimientos de la personalidad. Le aseguro que la normalidad en el hombre es materia discutible. Nosotros, los actores enamorados de nuestros personajes, estamos siempre en el límite peligroso...

Una sonrisa para suavizar la afirmación. Detrás, el cigarrillo compañero, del que sólo se desprende para salir a escena.

—¿Se hace buen teatro en los Estados Unidos?...

—Se hace gran teatro. Medular, cáustico, insiprecativo. Teatro de lucha, nutrido de hondos preocupaciones sociales. Los que saben escribir para el teatro no hacen teatro para divertirse. Van a la raíz, y la muestran a la luz del sol. O'Neill, Robert Sherwood, Elmer Rice, Clifford Odets, Maxwell Anderson. Es un árbol con ramas muy fuertes. Las tormentas del mundo lo



vigorizan más y más. El pueblo se cobija a su sombra. "Abe Lincoln", de Sherwood, por ejemplo...

—¿"Abe Lincoln"?... Esa epopeya ha sido llevada al cine...

—En los Estados Unidos se representó durante casi dos años consecutivos... ¡Qué público!... ¡Qué frenesí!... La gente no sabía si llorar o reír... Hubo casos de llanto histérico en plena representación. Recuerdo el de una buena mujer que salió del teatro en uno de los momentos culminantes de la obra gritando con palabras ininteligibles, profiriendo exclamaciones que oprimían el corazón... El pueblo, amigo mío. El pueblo con alma de niño, que grita en la loca sinfonía de la desesperación. El pueblo que sabe reír cuando la vida se olvida, a veces, de tratarlo mal... Perdón, me he puesto sentimental...

—Usted es un sentimental...

—Eso tiene una ventaja. No molesta a nadie... A propósito de "Abe Lincoln": lo traigo a Buenos Aires. Es como si trajera el soplo más puro del teatro de la nueva generación. En esta época entristecida por la bancarrota de los valores morales se agranda, se magnifica la personalidad luminosa, el carácter formido, la limpia abnegación, el acendrado patriotismo de "Abe Lincoln". Tal como si viviera hoy, tal como lo admiran las generaciones de pueblos libres, aparece la figura tutelar de "Abe Lincoln". Yo me he acercado al personaje.



Junto al conocido actor cinematográfico Edward G. Robinson aparece aquí Ben-Ami en "Sansón y Dalila", pieza con la que hizo su presentación en el teatro de los Estados Unidos. A la izquierda se ve un retrato del actor con su autógrafo.



*Por el medio de la prestigiosa
revista "Leoplan" envío
un cordial saludo
al público argentino
José Ben-Ami*

con una emoción y con un cariño imposibles de explicar. ¿Usted sabe lo que es esa congoja que sube del corazón a la garganta, que empuña los ojos y vela la palabra?... Tan hondo me alcanza su histórica grandeza...

Ben-Ami, el sentimental, reaparece en primer plano. Yo poseo el privilegio de asistir a sus reacciones. En un momento dado me parece prudente introducir el filo de una pregunta:

—Sus estrenos en Buenos Aires...

—"Levántate y canta", de Clifford Oddets. Una joya de amor y de ternura. El corazón se ensancha frente a un nuevo amanecer...

—"Hamlet", de Shakespeare, "Espectros", de Ibsen, "Schak", de Leivik...

—¿Qué opina del amor en el teatro?...

—En el teatro, como en la vida misma, es el eterno problema. Ya lo dijo alguien, no recuerdo quién: "La vida es un feo cuarto de hora con algunos momentos exquisitos"... Esos momentos exquisitos son, precisamente, los que nos brinda el amor. ¿Qué hay de eterno en el teatro de Shakespeare, por ejemplo?... ¡El amor!... Nunca morimos en el corazón de los que nos aman..., y sólo dejamos de amar cuando morimos... No sé si esta reflexión me pertenece por completo, pero me parece muy bien...

Ben-Ami está disciplinado en la sutileza. Todo es sutileza en él.



Sorprendido por el fotógrafo en su camarín de un teatro de Buenos Aires, Ben-Ami, el celebrado actor que es nuestro huésped, demuestra que el mismo caldo de sus excelentes caracterizaciones, que contribuyen eficazmente a su éxito.

—¿Usted se enamoró alguna vez?...

—¿Conoce usted a alguien que no se haya enamorado alguna vez?...

Contestar con una pregunta equivale casi siempre a contestar dos veces.

—No tengo reparos en decirle que mis amores más interesantes son aquellos que viví en la escena. En "Sansón y Dalila", por ejemplo... Pero no tiene importancia...

—¿Qué es lo que no tiene importancia?...

La curiosidad es una enfermedad como cualquier otra. Irisito con la mirada.

—Estuve a punto de enamorarme de la primera actriz. Posible consecuencia de tomar en serio mi papel de enamorado..., de terrible enamorado... Ensayamos otra obra..., y todo pasó... Como en la vida misma...

El segundo cigarrillo luce su punta de fuego en labios de Ben-Ami.

—Conocemos sus vinculaciones con Paul Muni y Edward G. Robinson...

—Llámelo amistad profunda y sincera. Paul Muni, Edward G. Robinson y yo somos compañeros desde los malos tiempos y seguimos siéndolo en los tiempos buenos. Juntos nos asomamos al teatro. Después, cada cual encontró su camino. A ellos el cine los llamó al triunfo. Yo me quedé rindiéndole honores a mi querido teatro. Mi querido teatro, donde vivo y muero un poco cada día. Lo recuerdo como si fuera hoy. Cierta noche de 1920 representábamos, con el camarada Robinson, "Sansón y Dalila", en el teatro Broadway, de Nueva York. Era mi "debut" en la escena americana. Creo que hubo aplausos. Pero de que hubo lágrimas en los ojos de Robinson y en los míos estoy completamente seguro... Paul Muni se agrandó en el cine. Ya era grande cuando todavía nadie lo conocía... Nos pasábamos horas y horas en la Escuela Dramática con el fuego sagrado de la vocación mordiéndonos..., mordiéndonos... Horas y horas en los cafetines, rumiando palabras inmortales. En la bohemia, donde pagábamos el alquiler saltado, buscando nuevos efectos, depurando la expresión, cuidando minuciosamente los detalles de la mímica... Qué sé yo... El recuerdo es una fruta agriñolce que va madurando en nuestro corazón... A veces me gusta acercarme al recuerdo para verme mejor...

Ben-Ami, físicamente, ya está en Ben-Ami. El espejo del camarín fotografía ahora de cuerpo entero al actor maestro que vino a entregar su regalo de arte a Buenos Aires.



¡ FELICITACIONES ! Usted ha ganado

Ahora que, por intervención de nuestras autoridades, se acabaron los concursos, sorteos y premios tendientes a sobornar el favor del público, nos apresuramos a felicitar a usted porque es usted - público consumidor - quien sale ganando en mayor medida; lo notará muy pronto en sus comidas, en su salud y en sus economías.

Y si pertenecé Vd. a la legión de fieles consumidores del riquísimo aceite **DIADEMA**, acepte igualmente estas congratulaciones por haber tenido la serenidad de no dejarse tentar por ofertas aparentemente sensacionales prefiriendo siempre la **segura calidad**, el **seguro rendimiento** y la **segura garantía** de pureza que constituyen el invariable premio contenido en cada lata de Aceite **DIADEMA**.



ACEITE
DIADEMA
CALIDAD SUPREMA

Las focas, moradoras de todos los mares, le tienen miedo a la tormenta

-UNOS dicen que ladraron como los perros... Otros, que gruñeron como los chanchos... ¿Qué le vamos a hacer?

En realidad, los gritos de estas focas que se arrastran por la rampa de cemento de su hermosa pileta del Jardín Zoológico, recuerdan, más que ninguna otra cosa, el mugir de la vaca. Por ello hay, sin duda, una especie: la *phoca ustinus* (o común), que recibe el nombre de *bécerro marino*. Grúñan, mujan o ladren, para hacerlos abren de par en par la boca, mostrando el delicioso paladar carminado y las encías apretadas y firmes que aprisionan unos dientes blanquinosos... El aliento es cálido, muy cálido, y a su ritmo bailan los sutiles bigotes.

El ejemplar más frecuente en Palermo es la *otaria tyronis*. Si se le espía de cerca, la hipótesis del mugido se robustece. Tiene gesto de vaca enojada, enojo que se le pasa, rápidamente, al mirarla con insistencia, porque la foca es animal de carácter pacífico, que, como muchas mujercitas que juegan a enojarse, está pidiendo a voces un pretexto para ablandarse.

Nada más entretenido que contemplar las expresiones de un variado grupo de focas. Ellas no pondrán el menor inconveniente... Tienden sus extremidades posteriores en el suelo, se yerguen sobre las anteriores y se quedan quietas, quietas, hieráticas, como hipnotizadas... ¡Les gusta mucho que las admiren a estas simpáticas coquetitas!... Su pecho es ancho, robusto y de aspecto virginal. Se le adivina tibio aposento de un corazón generoso. De ninguna de sus especies se cuentan enfermedades, y eso que son muy diversas. Si acaso, para defenderse de su propio natural, predispuesto a todos los favores, fingen enajenamientos o ferocidad. Así, por ejemplo, ésta que tiene fas de sacerdotisa budista, o aquella otra, de expresión severa cual la de un patricio romano, de cuya mandibula superior arrancan dos colmillos enormes: la *trichechus rosomae*. Pero ahí está, en contrapartida, la *otaria ursina*, con paternal mirada de vigilante que cuida de que no se atropellen a los pezones de su barrida, y la que, de entre todas, tiene más aspecto de haberse caído de nn nido antes de plumar y hallarse perdida en este maremagnum humano de tropelonas y picardías: la *otaria stelleri*. Tal vez haya una que parece



Escribe Jacinto Ramos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

DISUJO DE VILLAFANE

FOTOGRAFÍA DE CASTELLANO

enojada de veras, pero cuyo enojo no tiene más trascendencia que el de un gato al que le han pisado la cola: la *cytophora cristata*.

Sin embargo, no les falta motivo para todas las irritaciones y todos los accesos de cólera, porque es bien triste verlas arrastrar sus patas traseras en forma de aletas, despertando la misma compasión que el amputado de los miembros que marcha en su carritilla lomosero, apoyando las manos sobre dos taquitos de madera para no desgastarlas y quedarse, también, sin ellas, al avanzar. ¿Se debe a esto el que las focas tengan, en algunas ocasiones, raptos de desesperación que les hacen enderezar su busto, tirar de su cuerpo penosamente, cuatro o cinco metros, lanzar un grito y arrojarlo de pronto contra el suelo, los brazos abiertos, la cabeza demayada, las aletas inertes, permaneciendo en esta postura horas y horas?... Muda protesta que, traducida en palabras, viene a ser sobre poco más o menos:

—¿Para qué vivir?... Si estamos condenados a no escuchar jamás, que nos alabe: "¡Buenas pantorrillas tienes! que Dios te las conserve a lo alto y te las aumente a lo ancho!"... ¿Para qué vivir!... ¿Para qué vivir!... Terrible tragedia.

Y, no obstante, viven. Viven en todos los mares. Todas las aguas bañan su corto pelo liso y fuerte, gris oscuro o blanco pajizo, porque en todos los meridianos encuentran alimentos estos mamíferos carnívoros que se nutren con peces, crustáceos, moluscos y aves marinas, el consiguen cazárselas. Se hallan en las zonas septentrionales en bandas numerosas, se las encuentra en el lago Baikal, en el Océano, y en el Champlain, que ganan remontando el curso del San Lorenzo, en América. Descienden hasta el Cantábrico en España y hasta Las Carolinas. En Asia llegan al Japón. De jóvenes tienen un pelaje lanoso que pierden antes de entrar en el agua. En la zona polar nadan bajo el hielo para buscar su alimento, pero dejan agujeros para salir a respirar y a dormir. Junto a estas bocas las acechan los equisimales para beneficiarse con su carne y con su grasa.

Hay la foca fétida, la foca elefante, la foca de capucha. Alcanzan un tamaño de dos metros y medio. La foca común, uno costea y cinco. Habita ésta en las costas poco frecuentadas, tiene fama de ser monógama, y, en los lugares en donde no se la persigue, asoma la cabeza entre las olas para ver pasar a las embarcaciones con sus dulces ojos claros llenos de inteligencia. Vive en grupos pequeños numerosos que las atraen.

La más curiosa, la que más relaciones guarda con el hombre, es la foca fraile o la *monachus monachus*, del género *monachus*, mientras las otras citadas lo son del *féidos*. Es una foca que mide más de dos metros, propia del Mediterráneo, que tiene su domicilio en las islas de la costa de África, en los mares Adriático, Negro y Egeo, y burla la vigilancia inglesa pues se le ha visto en las Canarias y en las islas Madera... Hace tiempo que tiende a desaparecer en el archipiélago balearico. Le gustan mucho los atunes y se deja domesticar con tanta facilidad como la común, cobrando gran afecto a su domador. Es la famosa foca parlante que hace, o hacía, las delicias de los concurrentes a los circos. El criador le mandaba hablar, y su voz plañidera pronunciaba:

—¡Papá!... ¡Mamá!...

Y las mujercas de los pueblos se santiguaban.

Animal femenino, muy obediente. Hay un ejemplar mastodóntico en la pileta, que casi nunca sale del agua... Las focas que gustan de los coloquios con los visitantes y se encuentran muy a menudo con él en la playa de cemento, apenas les grita, corren a al lado y le rodean sumisas... ¡Al fin, hembras!... Pero me parece que para terminar así no vale la pena ponerse románticas.

Son, también, astutas. En una tarde de tormenta las he visto agruparse, alzar la vista al cielo y lanzar alaridos presintiendo el rayo... Evocación apocalíptica de cuantas madres, hijas o hermanas sufren en el mundo y claman contra el hambre, la guerra, la muerte y la peste... Pero fueran desfilando y quedaron tres. Y tres focas son poca cosa para un coro de tragedia, sea griega o malaya. Me contenté, pues, con recordar a las viudas de La corte del faraón sus consejos prudentes, en forma de consejos ligeros, y la lejana necesidad en que los escuchaba con profunda y reverente atención, y en la cual hubiera bebido del braso a una verbena a cualquier foca con legítimo orgullo.

Porque, ¡no es nada ser el novio de una bella mutilada!...

¡Qué expectación!... ♦



VIAJE SUBTERRANEO DESDE EL RIACHUELO

LA NECESIDAD DE AMPLIAR LA CAPACIDAD DE LA RED CLOACAL DE BUENOS AIRES HA IMPULSADO A LAS AUTORIDADES DE OBRAS SANITARIAS DE LA NACION A CONSTRUIR UN TUNEL ENTRE LOS DOS PUNTOS CITADOS

Una nota de
Baldomero Alvarez

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFÍAS DE PEDRO CÓNESA



La obra de la cual la foto muestra un aspecto, tomada desde el pozo de acceso, resolverá el problema de la escasez de los actuales conductos cloacales de la ciudad de Buenos Aires. Costará diez millones de pesos y tendrá 15 Km. de extensión.

TODO nos molesta: las botas, el saco impermeable que nos han endosado por vía de precaución contra la humedad, la luz, escasa al principio, el agua rezumada por las paredes del túnel y, sobre todo, los doce metros de profundidad a que nos hallamos, bajo tierra, en este pozo. En seguida comprendimos que las precauciones tomadas no son superfluas. Por todos lados, en el amplio túnel que se abre a nuestra izquierda y en la estrecha galería de la derecha, el agua, que como un arroyo corre bajo nuestros pies, nos cubre las botas más arriba del tobillo. Sobre nuestras cabezas, a cuatro metros de altura, la bóveda circular del túnel semeja un arco romano.

—¿Qué tal? — nos interrogan.
—¡Muy interesante! — contestamos, mientras nos enredamos entre los rieles tendidos para las vagonetas de transporte de material extraído.

Las plantas de los pies, escasamente defendidas por la goma de la suela de las botas de goma que nos obligaron a calzarnos, sufren las consecuencias de la falta de costumbre.

—¡Interesantísimo! — concluimos, con la vista perdida en la galería que se adentra en la oscuridad hacia la derecha.

De tanto en tanto, los focos eléctricos de la línea tendida a lo largo de las cabezuelas de los pilares de apuntalamiento, nos iluminan las charcos de agua, hasta perderse en la boca oscura de lo que llamamos el "ataque", es decir, la excavación inicial. El obrero va abriendo camino, como los topos, por medio de palas neumáticas, galería adelante, que luego será apuntalada para prevenir los derrumbamientos.

—Si les parece — nos dice el ingeniero Liska, quien, en representación de Obras Sanitarias y en compañía de un inspector, nos acompaña a la misma dependencia, nos acompaña y guía en esta visita a la tercera cloaca máxima —, si les parece — repetimos — empezamos la visita por el "ataque".

Extremo del túnel de ataque. El obrero trabaja con la plomada para guiarse en la dirección en que el compresor eléctrico levanta el trabajo en otro pozo cercano. Por día sólo pueden efectuarse cinco metros de avance.

Otra fase del trabajo: el perfilado. Esta faena se ejecuta para ampliar el túnel hasta el diámetro de cuatro metros. Nunca se pasa de los seis metros de extensión en estas ampliaciones, lo contrario podría originar derrumbamientos.

El calor aprieta en estas profundidades; el hombre está a doce metros bajo tierra. Un obrero, durante un descanso, apaga la sed en una fuente natural de agua que, cuando algo sobra, se petrolea. Esta agua es de una primera mano.



A WILDE

¿QUE HACEMOS BAJO TIERRA?

Estamos en Landa. Hemos descendido por uno de los pozos de ataque que la Empresa Argentina de Cemento Armado practica para construir, por cuenta de Obras Sanitarias de la Nación, el túnel sanitario que irá desde el Riachuelo hasta Wilde. Se trata de un conducto de hormigón simple. Su construcción ha sido determinada por el rápido crecimiento de la población de la ciudad de Buenos Aires, lo cual impone la necesidad de proceder a la ampliación de la red existente de conducciones cloacales, que actualmente trabaja al límite de su capacidad. Los inconvenientes que esto acarrea quedarán resueltos una vez terminada la obra cuyos detalles de construcción venimos describiendo. De sección circular y constante de tres metros y medio de diámetro interno, la obra se efectúa a profundidades que oscilarán entre los 5 y 12 metros, y en algunos casos hasta 14 metros. Nace el túnel bajo el Riachuelo y continúa luego, dentro del partido de Avellaneda, cruzando las instalaciones de la estación Puente Alsina del ferrocarril Midland. Toma después el camino afirmado a La Plata hasta las vías del F. C. S., donde bajo la calle Ramón Franco llega, finalmente, al establecimiento de bombas elevadoras de Obras Sanitarias, en Wilde. La longitud total de esta obra alcanzará a unos 15 kilómetros aproximadamente.

COSTO, GASTOS MENSUALES, MATERIAL EMPLEADO

Iniciada la obra desde Wilde en dirección a la capital, fué presupuestada en diez millones de pesos. Pertenecía exclusivamente al programa de ampliación de los servicios sanitarios de la capital. La fecha de iniciación de los trabajos fué el 3 de enero de 1939 y se han construido hasta la fecha algo más de 8 kilómetros de conducto. El cálculo del tiempo a invertir, según contrato, es de 48 meses a contar desde el día de iniciación. Se han gastado hasta la fecha \$ 4.198.324,24 m/n., con un pago aproximado mensual de \$ 315.000 m/n. El metro lineal de conducto tiene un costo, término medio, de \$ 650 m/n. ordinariamente, y de \$ 1.500 en los casos en que ha de emplearse el aire comprimido, sistema de trabajo del cual hablaremos en otra nota. Diariamente se gastan 70.000 kilos de cemento, 80.000 de arena y 90.000 de piedra partida.

La obra está calculada para una densidad de seis millones de habitantes en la capital federal.

EN LAS GALERIAS DE AVANCE

Volvamos al instante en que el ingeniero Liska, en el interior del pozo, nos invita a penetrar en la galería de ataque. Se trata en estos casos de los trabajos preliminares que se efectúan una vez excavado el pozo. A ambos lados, por medio de la plomada, el obrero abre un primer boquete de dos metros de altura por uno y treinta de ancho, más o menos, boquete que va a unirse con el que, en sentido contrario, efectúa otro hombre desde otro pozo dos cuadras más allá. Así es como cada dos cuadras, sin molestar en ningún caso el tránsito callejero ni la vida normal de las poblaciones por que atraviesa la obra, se desarrolla el túnel.

La galería, disminuida en su altura por las vigas y tablonés de apuntalamiento, nos obliga a doblarnos para no golpear con la frente. Nos ponemos en marcha tras nuestro guía. De tramo en tramo, los cabezales del maderamen se hacen peligrosos para quien desco-

Metro por metro, y a medida que los paredes del túnel se van apuntalando, cada obrero cuidando su propio trabajo de ir ampliando la sección. Dada la peligrosidad del trabajo, no se escatiman las precauciones, como se ve parcialmente en la fotografía. Hasta ahora sólo se ha producido, felizmente, un accidente fatal.



Esta es
la única
y
verdadera!

desde
30
ctvs



Las imitaciones pueden costar centavitos menos por su inferior calidad, pero peinan mal y rinden poco.

La legítima Gomina resulta más conveniente porque peina mejor, tonifica el cabello y tiene doble rendimiento.



Defienda su línea!

La gordura excesiva es causa de constantes desazones: atenta contra el bienestar físico, resta agilidad al cuerpo y le hace perder la belleza de las formas.

A las personas con tendencia a engordar recordamos la Yodosalina, eficaz regulador de las funciones de recambio material y activo disolvente de los tejidos grasos.

En la Yodosalina se asocian en combinación los alcalinos, que desintoxican el organismo, con una rica proporción de yodo. Muchas personas la emplean eficazmente en la Obesidad, Reumatismo, Gota, Arteriosclerosis, etc.

YODOSALINA

PISANI

noce el terreno. Cinco metros más adelante nos es imprescindible cubrirnos la cabeza con la capucha del saco impermeable. Comenzamos a marchar, inclinados por el escaso espacio, chapaleando en barro, tropezando en los rieles. La línea eléctrica se pierde a lo lejos. Un zumbido cada vez más cercano nos anuncia la proximidad del extremo de ataque. De súbito nos encontramos en el bolsón de la cueva. Allí, un hombre, completamente cubierto con ropas impermeables, dormona la tierra, avanzando.

El trabajo es lento. No se puede avanzar más de cinco metros al día. Aun en terrenos consistentes, son de temer los derrumbamientos. Por suerte, sólo ha habido un único caso fatal. Todos estos datos, en aquel ambiente sofocante, entre las paredes como talladas a pico, nos apuntalar, con el agua a las rodillas, los muros mojados — en algunos casos surgen verdaderos chorros, como de una cañilla — y las sombras extrañamente sugestivas de las figuras humanas dibujadas en las paredes, no son, precisamente, tranquilizadoras.

Si es, en cambio, una muestra de lo que puede la tenacidad del hombre en su lucha con la naturaleza y sus leyes.

¡Y todo esto, para... comodidad de los porteños!

COMO REFUGIOS ANTIAEREOS

Volver es siempre agradable, máxime cuando la vuelta supone abandonar esas profundidades. De retorno a la boca del pozo, internamos hacia los conductos ya terminados.

Aquí el trabajo es de otra índole, aunque el peligro no disminuye. Más aun, aumenta. El perfilado, es decir, la ampliación del túnel hacia la dimensión requerida para el cemento, no debe exceder de los cinco metros de extensión. Efectuado este tramo se pasa a la construcción del conducto y su revestimiento con cemento. Sobrepassar esta distancia supone un probable derrumbe de tierra y sus consecuencias.

Nuevas fases de trabajo desfilan ante nuestros ojos. La galería ampliada está ahora revestida con nuevo maderamen. Obreros trabajan en la solera, hombres encaramados en los andamios de mano, charlan, martillan, palean, arrastran las carretillas llenas de arena, y, un poco más allá, aparece el túnel como el vientre de un submarino en su construcción metálica y circular.

Son los moldes de hierro, entre los cuales y la superficie de cemento se cuele el hormigón. Al retirarse la armazón se advierte el colorido de cemento, liso y terminado como por encanto.

Es lo que vemos metros más adelante.

EL CONDUCTO Y LA ACUSTICA

Respiramos y nos enderezamos por fin. Ante nosotros se abre un amplio círculo limitado por paredes de cemento. Es el conducto ya terminado. La iluminación, suspendida por innecesaria, está dada por un foco — sol de noche — que lleva el primero de la fila.

—Metros, metros y metros de conducto, a todo lo que da la vista se extienden ante nuestros ojos.

Todos los ruidos ambientes: el chapotear de los pies en el suelo, el zumbido de las palas neumáticas que dejamos atrás, la conversación de nuestros acompañantes, aumentan y se clarifican por la acústica del túnel.

—Observen — nos dice el inspector.

Da un grito y al instante le contesta el eco. Luego la voz se repite en un pianísimo, como coro de ópera. Nos cansamos de gritar. El eco repite con fidelidad nuestras voces. Menos mal, algo hay aquí para divertirse.

COMO EN LA GUERRA

Cuando volvemos de nuestra visita, alguien nos sopla al oído:

—Nosotros somos el relevo, los de allá están en primera línea. ¡Cabal! Aumentado por el túnel, el intermitente zumbido de las palas remeda el tableteo de las ametralladoras. La escasa luz, que ilumina el interior, hace que las figuras embarradas, nos traen la imagen de la Europa en guerra.

Se nos van los deseos de quejarnos. De cualquier manera, es mejor que aquello. Al fin y al cabo, sólo por accidente puede darse aquí peligro. Mientras que allá...

—Estos pozos no se cierran — nos dice el ingeniero Liska. — A la boca de un pozo que interrumpe el conducto... Sirven para agotar el agua hasta que se seca el cemento.

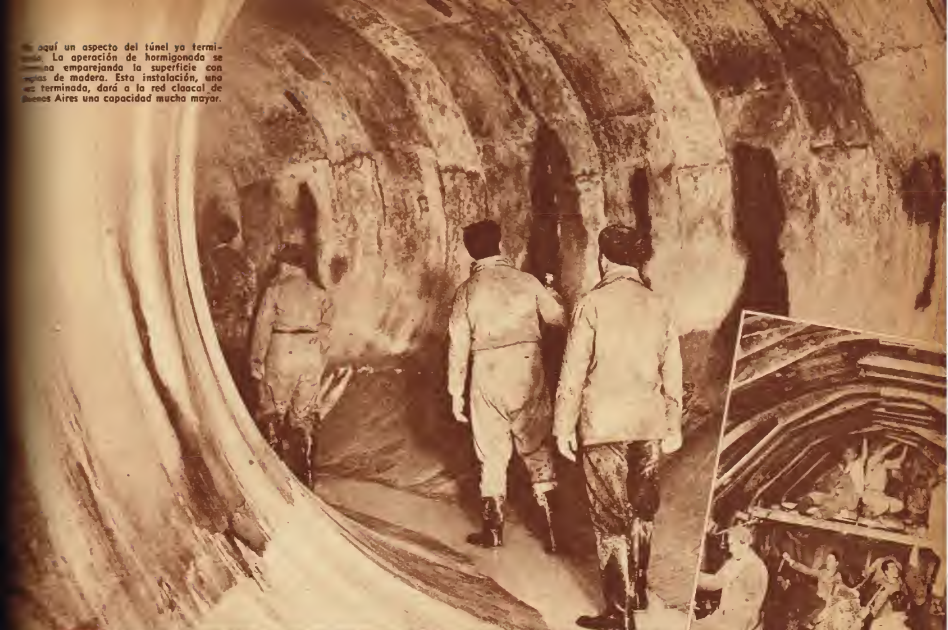
Una escalera se pierde hacia lo alto. Decidimos subir porque queda nada por ver. El ingeniero nos aconseja volver al punto de partida. Por allí, dice, la subida es más cómoda. Esta es muy sencilla. Pueden aflojarse las manos. ¡Recorren quinientos metros, inclinados de nuevo, sudando, evitando los golpes en la frente! No! Más vale asirse con firmeza en los escalones y respirar antes el aire de la superficie.

Al asomar la cabeza, la lluvia nos azota y refresca la frente. Bien sabe el aire fresco a los pulmones!

Cámara especial para decompresión. Tenemos en cuenta que los investigadores deben acostumbrarse a la alta presión del aire y lo hacen en esta cámara. Todos los que están en esta zona levantan una chapa, en lugar bien visible, que digo: "En caso de accidente o desmayo de este hombre, llevarlo al hospital de Wilde".



...aquí un aspecto del túnel ya terminado. La operación de hormigonado se termina emparejando la superficie con ayuda de madera. Esta instalación, una vez terminada, dará a la red cloacal de Buenos Aires una capacidad mucho mayor.



Se ha previsto que una vez perfilado la tierra, haga esta las veces de molde exterior, de manera que para construir el conducto sólo se requieran cascaridos metálicos interiores. En medio se instalará el hormigón que formará luego el conducto.



Este trabajo es preliminar a la preparación del hormigonado. Una vez ampliado la galería, se procede al entablamiento final. Los trabajadores se familiarizan con el ambiente, y fuman, charlan y bromean, como si estuvieran en la superficie.



Salvador Dalí dibuja a su esposa. A la izquierda de la modelo aparece un medio cuerpo con tenedores en los muslos, con una silla encima y una cabeza de tigre. Eso es la fuente en que se inspira el pintor, en este caso.

Cómo vive y cómo pinta



CRONICA DE UNA VISITA A LA CASA DONDE EL GRAN PINTOR SURREALISTA PROYECTA Y REALIZA SUS EXTRAÑAS CONCEPCIONES PICTORICAS

Por Jorge Gros

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

TANTO ruido hacía el nombre de Salvador Dalí, y era la aureola de aventuras surrealistas que lo rodeaba, un buen día me encaminé a Virginia con el propósito de conocer "de visu" la verdad que pudieran contener sus obras. Por lo pronto, no dudaba de que Salvador Dalí era un pintor surrealista, español, audaz, apasionado, que vivía en una espléndida casa ajena, a la que él había puesto del revés, y que trabajaba de una manera espumosa, dado el ruido que hacía al pensar, no alcanzaba a comprender era que con sólo el recurso de las extravagancias, por más desparpantantes que ellas fueran, podía llamar la atención de tal manera en medio de ese mundo moderno, donde ya hay tantas cosas ruidosas que cada uno ensordece con su propio ruido y no está para atender

Salvador Dalí

Está preparando su autobiografía bajo el título de "La vida secreta de Salvador Dalí", en la que revelará el secreto de su surrealismo.

Este cuadro de líneas sueltas y seguras y de un colorido exquisito es una obra maestra en su género.

...ro que éstas tuvieran un carácter tan extraordinario que...
 Llegué a la casa del pintor un día de nieve y mucho frío. Una
 alta, de dos plantas y líneas griegas: la Hampton Manor. Des-
 supe que esta espléndida finca había sido diseñada por Thomas
 person, uno de los más grandes arquitectos norteamericanos. Cuan-
 temaba a pocos metros de la casa oí claramente el sonido de un
 no, el que no parecía estar dentro del edificio, sino entre la ar-
 nia que lo rodeaba. Pero había nevado y el parque estaba
 en; yo sufría seguramente una ilusión acústica. Sin embargo, pu-
 comprobar que la casa estaba vacía y que las notas provenían
 del parque. Me dirigí, entonces, hacia donde el ruido me indicaba.
 Al fin me encontré ante un cuadro que me hizo creer que estaba
 ando. Un piano se levantaba de la nieve que cubría el suelo; los

ocho o nueve negros, entre chicos y adultos, lo rodeaban inmóviles
 y silenciosos; un perro negro y un chanco parecían ser el adorno
 de aquello; una mujer blanca ejecutaba le "Danza macabra", de Saint
 Saens, y, frente a todo esto, Dalí pasaba a su tela, con gran entu-
 siasmo, el cuadro tan "fuera de lugar". En verdad, impresionaba de
 una curiosa manera tal cuadro: hombres, piano, perro y chanco
 eran completamente negros, y la nieve, la cara de la ejecutante y
 las teclas del piano, completamente blancas. Pensé que al pintor le
 habrían encargado una tela que se llamara "La locura"...

—Nada de eso. Surrealismo — me explicó Salvador Dalí, luego
 de las presentaciones reglamentarias y de mis preguntas de asombrado.
 —Pero — le repliqué — no puedo comprender con exactitud lo
 que se debe entender por surrealismo...



He aquí uno de los "encantamientos" de que se vale el pintor Dalí para poner su espíritu en condiciones de producir cosas extraordinarias.



Dalí es un gran miniaturista y pasa largas horas dedicado al minucioso trabajo de producir para las joyerías y otras cosas de los Estados Unidos.



Salvador Dalí escribe sus memorias. Deja en el papel el vuelo de su inspiración; se espantaron sus todos sus actos e intercaló dibujos en sus escritos.



Este cuadro se llama "Efecto de nieve negra, un piano negro, un perro y un chanco negro sobre la nieve", según el pintor surrealista Salvador Dalí.

—¡Muy sencillo! Justamente eso, la inexactitud en la comprensión de lo que ya no pertenece al alma vulgar de toda la humanidad pasada y que todo el mundo comprende porque es común. Pues más allá de la realidad corriente hay una realidad que sólo algunos pintores, pocos, comprendemos, interpretamos, fijamos en el lienzo y entregamos al público como una revelación de la existencia de grandes cosas que flotan en casi todos los ambientes y que el hombre es capaz de captar, aunque imprecisa y hasta inconscientemente.

Confieso que esta explicación me resultó más oscura aun que el chanco y el piano en la blanca nieve.

—Sí, amigo — continuó, animado por una euforia que quizá proviniese del frío reinante —; el alma del hombre y de las cosas conocidas ya pasó a la historia, ya pasó a los lienzos del pasado, ya se hizo, ya se terminó. Ahora estamos en época nueva, y todo en ella debe ser nuevo. Así, las almas son también nuevas. Por esto es que pocos las comprenden. Ni cuando las ven claramente retratadas en la tela.

Como yo no profería palabra, a pesar de mi boca abierta, Dalí añadió:

—Por ejemplo, y para concretar, aquí tiene usted a estos a todo este paisaje produciendo el alma de una nueva cosa. hasta ahora no había existido nunca, en la que nadie soñó y que, por lo tanto, es una verdadera creación, absolutamente ginal; comprensible, sin embargo, para todo aquel que observe atención psíquica y que tenga sensible la cuerda de las abstractas.

—Pero, ¿y esa música?

—Esa "Danza macabra" es lo que en este caso pone a mi condiciones de percibir con nitidez plástica el sentido del usted ve, y pasarlo a la tela, para que el mundo pueda contemplación de un espíritu nuevo y grande que tienen.

El asunto comenzó a parecerme sencillo. Pero en cuanto lo que estaba apareciendo en la tela y no le encontré regu con lo que estaba viendo en el panorama modelo. recurrir a la repetición mental de las explicaciones sobre realismo, ponerme "en trance", por decir así, colocarme en to de vista de ese nuevo y raro mundo, y percibir por fin

solamente comparable a la que existe entre el cuerpo y el alma de las cosas. De esta manera pude penetrar un poco en el misterio de su pintura.

Terminada la sesión, Dalí, quien no por eso dejaría de trabajar como de costumbre, me invitó a pasar el día con él. Esto prometía una jornada interesante, y me propuse hacer de modo que mi presencia no fuera a modificar en absoluto sus movimientos.

No crea que usé mi molestia; puede hasta hablarme en cualquier momento, que le contestaré, o no le contestaré. — Y señalando una cámara fotográfica, añadió —: También puede usar ese adminículo si quiere.

El señor Dalí vestía pantalones oscuros, una americana de terciopelo y chaleco rojo. Su esposa, en cambio, no presentaba exteriormente ningún aspecto extravagante. Durante el almuerzo se habló de ciudades, y, salvo los colores de su traje y los cabellos largos y rojos despendidos de Dalí, nada parecía extraordinario. En los seis meses que ya llevo aquí he pintado cinco nuevos cuadros y muchas miniaturas para joyería, que usted verá luego. Pero él me pintó, también escribo. Estoy escribiendo "La vida secreta de Salvador Dalí". Esto va a ser la revelación de lo que es el "encantamiento" en el surrealismo...

Terminado el almuerzo, me dijo: Ahora puede usted seguirme, si quiere. Se dirigió a su taller.

Al encontrarme con sus obras y con cosas que no sé cómo clasificar, me quedé un momento. Un medio cuerpo, de la altura de un niño, en tamaño natural, con tendones de mesa pegados a sus pies, una silla colocada en su parte superior, y sobre ésta una cabeza de tigre de Bengala, eran una mínima parte de lo fantástico que encontré allí. Dibujos y pinturas que representaban paisajes, a los que después de mucho mirar se les descubría una hermosa cara que miraba toda la tela. Cuadros que parecían derretidos, con formas recordaban la estearina de los candeleros. Sábanas sobre las que se proyectaban sombras fantásticas. Grandes abanicos y biomorfos de líneas y motivos del trasmundo. Una máquina de escribir en el suelo, un par de patines y una cacerola con vino.

Me senté a su mujer en un baulito ante una sábana, y se puso a escribir. Mi sorpresa no tuvo límites cuando vi surgir bajo su mano un dibujo clásico del más puro estilo; unas formas perfectas, que se salían del papel y hablaban a mi espíritu con la misma claridad que me hablaría un Leonardo de Vinci. Me acordé, entonces, de aquellas pinturas de Dalí que le habían revelado como un genio de profundos conocimientos pictóricos; cuadros de líneas y colores seguros, elegantes y sabios.

De repente se levantó de un salto y se dirigió al cuarto contiguo. Allí me sobrecogió un fragor como de hundimiento de un terremoto. Abrí la puerta por donde había salido Dalí, y me encontré en una cámara negra, iluminada por reflectores, y en medio de ella a Dalí llevando en brazos un cuadro envuelto en un sudario. Estaba en pleno "encantamiento". Después de esto regresé ante su dibujo, y febrilmente retocó lo ya terminado, lo trabajó más, y terminó dándole una expresión que, en su fondo, sólo podía haber sido inspirada por la danza nacabra del diablo con el sudario.

Después trabajó en sus miniaturas con la quietud y la paciencia de un monje. Y después, por la noche, trajo al salón escritorio un hermoso cuadro de toro Hereford, lo hizo echarse al lado de la estufa, y se puso a escribir, ayudado por su esposa y por la señora Crosby, en la casa de Hampton Manor. El escribía apuntes, desordenadamente, según la inspiración del instante; la señora Dalí se ocupaba de ordenar, corregir, agregar y quitar para dar forma inteligible a los escritos, y la señora Crosby los pasaba a máquina. Así se está redigiendo "La vida secreta de Salvador Dalí".

Hay duda de que Dalí tiene bien ganado su lugar al lado de Dalí y Picasso; los dos están a la vanguardia del surrealismo en el pictórico; y sus contorsiones imaginativas, así como sus audaces y realistas de simbolismo sacados de lo profundo de la originalísima psiquis, están basadas sobre sólidos conocimientos de arte clásico.

En primera vista, quien no haya penetrado siquiera un poco dentro de "esta vida vital" psicológico de su pintura, sólo encontrará una vagancia estimulada por la tendencia de este siglo hacia la originalidad a toda costa, la cual va tomando el cariz de la locura, y a veces más acentuado, llevado por la fuerza de la costumbre, como lo son los vicios que intoxican. Pero la verdad es que su producción tiene un elevadísimo valor, tanto desde el punto de vista surrealista como desde el de los cánones clásicos. No importa entonces que los medios a que recurre para inspirarse nos parezcan locura. Casi siempre son estos que parecen locos los que dan cuando las grandes cosas que caracterizan las épocas.

Después de una jornada tan nutrida de raras impresiones, nos retiramos todos a charlar al calor de una buena estufa en el almacén anexo a Hampton Manor. Y allí me despedí de este raro personaje español, de este gran pintor siglo XX, y me fui con el convencimiento de haber desentrañado el sólido porqué de su genialidad en Virginia, en Norteamérica y en todo el mundo del arte.

FORME SU PORVENIR

Enseñamos por Correo:

Radio

Autos

Sastre

Modista

Dibujo

Ortografía

Caligrafía

Electricista

Tenedor

de Libros

Perito

Comercial

¡Aproveche su tiempo libre! Estudie por correo una profesión en estas Escuelas, fundadas en 1915. Envíenos este cupón y recibirá informes muy interesantes. Otorgamos Diplomas.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

695, Av. Montes de Oca, 695 - Buenos Aires

Nombre.....

Dirección.....

Localidad (5).....

Chabela

la revista mensual de la mujer,

ofrecerá a sus lectoras en su número de JULIO

"MARISA"

la gran novela de LUIS CASTELLO, autor de "Rumbos eternos", "Hermanos mayores", "Sobrinos del diablo", etc., obras que gozaron de general aceptación cuando fueron publicadas en las páginas de "MARIBEL".



"MARISA"

es una novela argentina para la mujer argentina, que se hace eco de sus problemas y de sus preocupaciones, y que, por lo tanto, merece un lugar de preferencia en sus bibliotecas.

¡NO LO OLVIDE! APARECERA EL LUNES 7.

Nias, la isla de oro



NO obstante el enorme desarrollo de los medios de comunicación que caracterizan nuestro siglo, existen partes del mundo que permanecen aún fuera del alcance de esos medios, y, por lo tanto, ignoradas algunas y casi desconocidas otras, como ocurre con la isla de Nias, de las Indias Holandesas. Fué el azar lo que hace poco nos llevó a esa curiosa isla, llamada con justa razón, como veremos en seguida, la "Isla del Oro". En nuestro último viaje a Sidney, realizado en el velero "Oerlikon", una tormenta nos sacó de la ruta, obligándonos a buscar refugio en la tierra más cercana. Así llegamos a Nias. Y mientras el barco era reparado, pudimos observar de cerca algunos aspectos de la vida de esos raros súbditos holandeses.

Desde luego, conocíamos ya algunas ca-

racterísticas de esta "Isla del Oro" a los relatos un tanto fantásticos del trotamundos Deana Dickason los oídos curiosos de muchísimos de diversos puertos, cuando él "descubrió" Nias, en el año 1933. Ante todo, sólo era conocida "en secreto" por unos cuantos navegantes, que solían "viajar la ruta" para traficar con su oro desde que habló Deana Dickason. El gobierno de Holanda tomó intervención en el asunto y las cosas cambiaron. La isla cambió, sin embargo, es el aspecto milenario de sus indígenas sus costumbres pintorescas.

En cuanto descendimos del barco nos cuenta de que nos hallábamos ante una gente mansa, acostumbrada a los europeos, pues nos miraban sin miedo, y

Viejo jefe de guerreros de Bowamotaluwa, que, ante la declinación de su apostura física, trata de hacerse respetar por todos los medios a su alcance.

En la amplia calle empedrada de Bowamotaluwa se improvisa un fiesta, en la que los guerreros de Nias, en honor de los



Una nota de

Germán Salles

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

VIDADA DEL MUNDO DESDE EL TIEMPO DE LOS FENICIOS, EXISTE
 OESTE DE SUMATRA UNA TIERRA QUE ES EN LA ACTUALIDAD
 ENTADORA INVITACION A LA FELICIDAD Y A LA FORTUNA

nerones de fabricación europea. Pero, aun-
 nosotros no fuésemos comerciantes, no pu-
 mos evitar insistentes miradas de asombro
 las prendas de oro puro con que se adorna-
 ban. No nos hablaban; sabían que no los com-
 prenderíamos. A poco de andar llegamos a una
 casa, que, según supimos más tarde, tenía el
 mismo nombre de Bawamataluwo. Nuestro
 asombro creció al encontrarnos en medio de una
 ancha calle, bien empedrada, bordada de casas
 construidas sobre pilotes de troncos y techadas
 únicamente con paja, y cuando descubrimos
 que se nos permitía entrar en cualquier parte
 sin sufrir un control molesto. Pero luego com-
 prendimos que allí todo es extraordinario.

Aprovechando la franqueza, comenzamos
 a entrar en aquellas extrañas viviendas, y
 vimos que para que éstas se mantuvieran
 en equilibrio, los indígenas han tenido que re-

solver, como un rompecabezas, la justa com-
 binación de puntales que sostiene toda la
 construcción, la cual no lleva un clavo ni una
 ligadura. Al acercarnos a los moradores, pudim-
 os probar, con creciente asombro, que casi
 todos los adornos de esos indígenas eran de
 oro, y que otros, de origen europeo, eran, en
 su mayoría, de vidrio.

No había pasado mucho tiempo desde el
 arribo del barco, cuando empezó a acudir
 gente a la gran calle. Nos acercamos y, de
 repente, nos vimos ante un personaje que
 parecía venido de otros siglos. Tenía un ver-
 dadero yelmo de hierro, un peto de armadura

un poco abollado, una lanza y un escudo, y,
 por detrás, una especie de cola de una tela
 de color subido, la cual, recogida, llevada hacia
 adelante y prendida allí en el cinturón, colga-
 ba en forma de delantal. En seguida vimos a
 otro personaje de parecida indumentaria,
 con yelmo, lanza, escudo y delantal, pero que
 carecía de peto metálico. Y pronto la ancha
 calle se llenó de mil colores, pertenecientes

El Salto de la Piedra. Esta especie de pirámide trunca
 debe ser saltada limpiamente por el aspirante a
 guerrero. Aquí vemos un salto muy bien ejecutado.



sacerdotisas que pactaron con la Muerte, después de largos estudios, dirigen
 los casamientos, los viajes y los cosechos de los habitantes de Bawamataluwo.

El gran jefe aparece aquí sentado sobre el monolito de los "espíritus femeninos",
 indiferente al objetivo de la cámara y a todo, mientras los embargan aquellos.



Estos tres atletas de la "Isleña del Oro" representan los tres tipos raciales que existen actualmente allí, y que son: el fenicio, el mestizo y el mongol.

lito colocado horizontalmente frente a su palacio y gemelo de otro que estaba del lado opuesto de la entrada, con rosetones labrados en relieve.

—Yo soy hindú —nos dijo, en seguida, nuestro interlocutor—, pero estuve en Inglaterra, y ahora estoy aquí, al servicio de Holanda; y hago mis negocios.

En eso aparecieron, saliendo del fondo del palacio, tres mujeres y una niña, vestidas con ropa de colores vivos y llevando en la cabeza muchos adornos de oro.

—Son las sacerdotisas que han pactado con la Muerte —nos explicó muy serio el hindú— después de largos años de estudios. Ahora ya saben cuándo los demás deben casarse, viajar y cosechar, así que dirigen muchas de las actividades de Bawamataluwo.

Los guerreros les rindieron homenaje, inclinándose en profundo silencio, mientras ellas, de acentuados rasgos mongólicos, posaron con indiferencia ante el objetivo.

Entretanto, el gran Siulu, el Jefe, había bajado del monolito de los espíritus, y con una inesperada voz de trueno lanzó una orden. En seguida aparecieron varios atletas, los que mirados de cerca nos llamaron la atención por sus muy diferentes tipos raciales. Nuestro espontáneo guía, que al parecer se hallaba perfectamente informado de todo lo que atañía a la isla y su pueblo, nos explicó:

—Los primitivos habitantes de Nias, de raza mongólica, trabaron relaciones comerciales con los fenicios, unos 200 años antes de Jesucristo, y éstos llegaron a formar aquí una pequeña colonia fenicia. Con el correr de los siglos se mezclaron ambas razas, y por eso hoy se ven el tipo mongol y el fenicio.

A todo esto ya estaban los fenicio-mongólicos ejecutando prodigiosos saltos por sobre una especie de pirámide trunca, de piedra, que

por su arquitectura recordaba el arte egipcio.

—¿Y ese ejercicio? —preguntamos.

—Es una prueba final de su capacidad integrar el cuerpo de guerreros. Mientras consiguen saltar por sobre esa "Piedra Salto", que tiene seis pies y medio de alto, no serán hombres merecedores del respeto del pueblo. Usan, claro está, y como ustedes una pequeña piedra a modo de trampolín.

Preguntamos a nuestro anfitrión hindú, gen de la grotesca vestimenta de los guerreros.

—Es que esta isla tiene una historia rara —nos respondió—. Parece que los cios la olvidaron, y permaneció ignorada durante toda la Edad media. Hasta en el siglo XVI fué visitada por navegantes portugueses, los que se llevaron mucho oro y dejaron en cambio sus armaduras; portugueses quizá murieron sin revelar el secreto del descubrimiento de esta "mina de oro" porque la isla volvió a ser olvidada en nuestro siglo. Desde 1910 suelen atraer algunos comerciantes que traen telas y otros de vidrio, y se llevan oro. Yo vine en 1933 llegó un viajero llamado D... que reveló al mundo la existencia de esta curiosa "Isleña del Oro", y puede decirse solo desde entonces pertenece a Holanda.

—¿Y cuál es el negocio que usted espera? —Vengan a ver —nos contestó, con donos a una de esas casas con ventanitas de techo y que daban sobre la calle principal.

Una vez allí comprobamos que se trataba de una casa de empeños. No íntimo, hombre había estudiado en Inglaterra y había dado las ventajas de lo moderno. En vez de colofón, con numeración impresa, los bienes clasificados los objetos empeñados por los clientes. Nos maravilló la fortuna que se guardaba en esas bolsitas. Todos eran macizos, de oro puro, y en gran cantidad.

—El oro aquí vale muy poco —nos al ver nuestra expresión de asombro—. En verdad, ésta es la "Isleña del Oro". Si alguno de los lectores de esta revista quiere comerciar y quiere embarcarse en una aventura productiva, no tiene más que seguir las indicaciones siguientes:

La isla está situada a 8 millas de la costa oeste de Sumatra, y a un grado escaso del Ecuador. Hay en ella muchos pueblos, debe detenerse en el llamado Bawamataluwo y allí preguntar por Like. Es el Like el que en Nias arregla cualquier cosa.

a los delanteros de los raros y variadísimos guerreros. Se arrojó de una fiesta improvisada en nuestro honor, los recién llegados en el "Oerikón". Algunos de sus pasos y de sus gritos nos recordaron danzas guerreras africanas, pero, con todo, eran menos expansivos, y su ritual tenía un aire simbólico de que carecen las alocadas manifestaciones de los indígenas del continente negro.

Seguendo a los guerreros, pronto nos hallamos frente al palacio del gran Jefe de Bawamataluwo, y ante éste, que estaba semi desnudo, aunque con el consabido delantal, además de un chaleco de fantasía y un puñal de fina fabricación finlandesa. El gran jefe nos miró con una indiferencia tal, que por un momento dudamos de que la fiesta se estuviera llevando a cabo en nuestro honor. Entonces nos acercamos más, enfocando con nuestras cámaras fotográficas, un poco insolentemente. Pero ni aun así reaccionó; su vista y tranquila cara expresaba estar pensando en la luna.

Un indigena (así lo creímos al verlo) que se había reunido a nuestro grupo nos explicó muy sonriente, y en perfecto inglés:

—No se asombren ustedes. El gran Siulu, Nifoo, está en este momento sentando en la piedra de los espíritus femeninos, y no puede atender a nadie mientras ellos lo embargan.

La piedra era, en verdad, un curioso mono-



Un grotesco conjunto de soldados, algunos luciendo yelmos, otros con petos de armaduras correspondientes al siglo XVI, obtenidos de los portugueses a cambio de...

*El perfume
es armonía...*



...que atrae con la fuerza de la seducción.

Con la magia de su exquisita fragancia, LOCION CHIPRE de Preal la rodeará de encantadora atracción, al acordarle la nota de elegancia y distinción que usted merece.

LOCION CHIPRE de Preal es atractiva por su aroma suave y exótico, es seductora por su aristocracia:

LOCION CHIPRE de Preal es un perfume armonioso que acaricia los sentidos con su fragancia exquisita.

Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías, en varios tamaños, desde \$ 0.70.


Camauër & Cía. — Inclán 2839/47

Locion Chipre de PREAL
(El perfume femenino por excelencia)

SEDUCCION

Un cuento de **Raúl Auernheimer**

ILUSTRACIONES DE BERNABO



APRETADOS los seis en un compartimiento de fumadores, discutíamos acerca de los méritos del nuevo barítono español que entonces era el motivo de todas las conversaciones. Se habló, primeramente, de su voz admirable, después de su físico, de su noble porte, de su gracia, de su ardor, de su distinción. Las enormes sumas que percibía fueron, naturalmente, comentadas, y uno de mis compañeros de viaje, un oficial retirado, observó que, además, tenía un increíble éxito con las mujeres.

Mi amigo Adolfo, sentado a cierta distancia y que hasta ese momento había tratado de leer, entró en la conversación:

—¿Por qué dice usted increíble? Puesto que todos ustedes parecen dispuestos a creerlo...

—Y usted —replicó el oficial—, ¿usted no lo cree?

—Sí y no —dijo Adolfo, bajando su libro—; será necesario entendernos sobre el sentido de la palabra "éxito". Yo he tenido ocasión de asistir a uno de esos enamoramientos llamados "a primera vista"...

Y se puso a contar la siguiente historia:

"Como creo que ustedes saben, soy originario de Praga, ciudad que me eligió diputado, y a la que actualmente re-

presento en la Cámara. Debo añadir: mi familia vivía modestamente, que hermano era contador, que ganaba lo que mi madre estaba casi siempre ma y que yo tenía varios hermanos y hermanas. Estos detalles tienen su importancia. Un rayo de sol, sin embargo, iluminó nuestra estrecha vida, un día de sol, que fué el lujo de mi juventud. Había de las tres pequeñas Eichen, muchachitas encantadoras que venían cuando en cuando a ver a mi hermano mayor.

"Estas tres bellezas siguieron de muy diferentes caminos. Casada, el mayor, bailó mucho ante oficiales y rió tísica. La segunda, Flora, victor su orgullo, rehusó partidos ventajosos, actualmente gana su vida dando clases de piano. La tercera, en fin, menos hermosa y la más bonita de las tres. Se llamaba Rosa, y era rosa de lo que he retenido de ella, que puedo decirles sobre sus rasgos sonómicos. La coloqué en el jardín, recuerdo cual una flor de pecado, bañada de una aureola primaveral. Me enamoré de ella, pero otros la amaban bien; y a los 19 años de edad se casó con un industrial.

"Un industrial, algo importante, ciudad de que les hablo; porque la población se dividía en dos clases: las industriales... y sus empleados. Naturalmente, los empleados eran la mayoría. El padre de Rosa era un empleado superior, director de fábrica, y no poseía fortuna personal. Se decía que la muchacha tenía suerte por haber encontrado tan buen partido. Su marido era incontestablemente rico, y se le llamaba bello, no significaba gran cosa, porque las madres de hijas casaderas eran tan bellas como las industriales de esa edad con tal de que fuesen solteras. Pero se casó un poco tarde, y su

Zurich

Un mozo había sido definitivamente establecido. Delgado, alto, de sombríos bajo una frente pronun- bigote negro y una calvicie reluciente que parecía terminada de en- Un pequeño resto de cabellos mis- samente separados por una raya medio se tendía sobre la delantera ta calvicie, como una gran maripo- gra sobre una calabaza. Esta mari- podía no gustar a la gente joven; padres, por el contrario, la encontra- espléndidamente demoníaca.

Como fuere, hermoso o no, joven o Höfer era un modelo de elegancia. La raya de sus pantalones era impe- cte, sus corbatas gozaban de renom- igualmente sus amarillos guantes de za. Llevaba un sombrero alto bien do, zapatos de charol toda la se- na, un monóculo espejeante, retenido una finísima cadenita de oro, y al durante una conversación maneja- don gracia y verdadera desenvoltu- Se lo hubiera creído salido de una sta de modas, "la última moda". otra parte, Höfer no era solamen- elegante; además vivía como un gran r. Iba a Viena a las carreras, a Pa- una vez al año a pasar allí algunas nas, a Karlsbad en el verano, para lo vieran en el famoso establecimien- to "Pupp". Cuando se casó, se supo lo había hecho para curarse de su betes.

No sé si Rosa amó a este hom- peligroso y demoníaco. Claro que nunca se animó a decir lo contra- y, además, no se le preguntó nada.

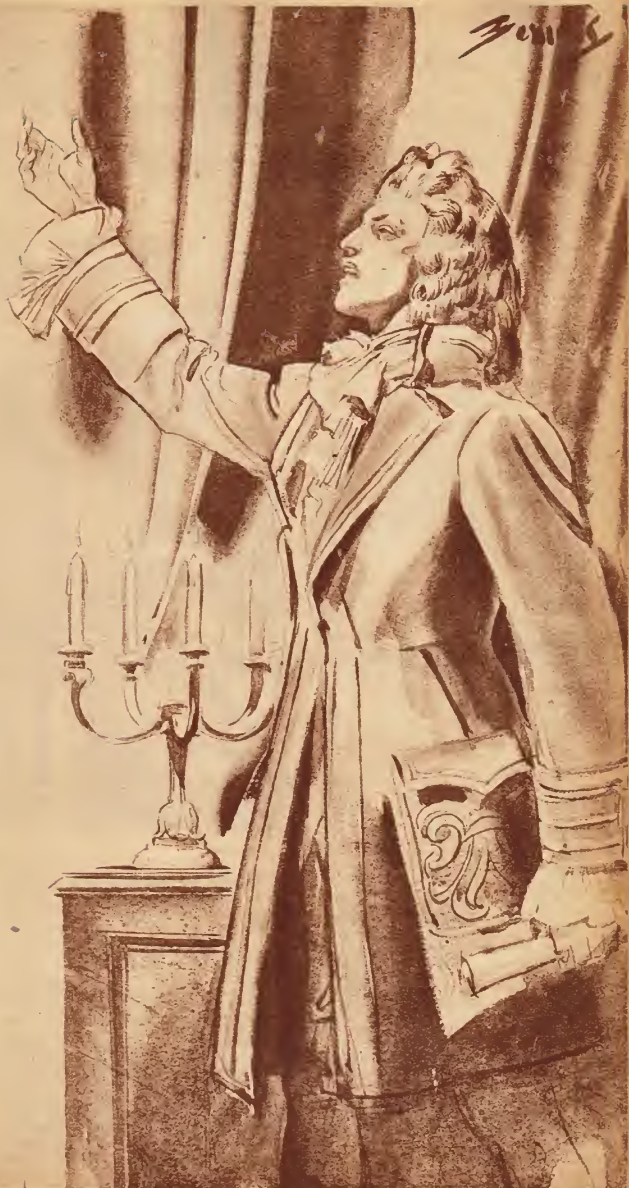
Cuando ese "hermoso" en el declive casó, no tuvo más que una preocupa- ta: la de evitar lo que había hecho casar a la mayoría de sus amigos. Y usó un método que frecuentemente ta tenido éxito: regalarle un hijo a año a su mujer.

Después del tercer nacimiento, Rosa encontró tan agotada que el viejo anochador de su marido la juzgó ya mucho "handicap". El se fué enton- tranquilamente a París y, como era ido, no dejó de traerle sombreros racionales.

Fué en esos momentos cuando yo par- para Viena, donde entré como escri- ente en el estudio de un abogado, y ando fui a dar mis adiós a la a- de mi juventud. La encontré enveje- la, marchita, los hombros cansados, la ente surcada de arrugas. Esta joven, jer de apenas 24 años, representaba de treinta; era una buena madre, a buena esposa, y nada más.

Diez años más tarde, cuando regresé Praga para asegurar mi elección, ella recia de 23 años a lo más. Sus ojos guranterías aclaraban un rostro liso y ro- do, sus labios estaban color púrpura; toda su persona emanaba una impre- de juventud, de ardor, de vida. Se ntía que había fuego en el interior de la, y parecía verse su llama incandes- ente en el fondo de sus ojos.

Esta manera de rejuvenecer en va- etapas es propia de las mujeres. El mbre es joven una sola vez — durante



mucho tiempo, lo sabemos por experiencia — y, de repente, un buen día se acabó. La mujer tiene cuarenta años ayer, veinte mañana, según su capricho. El hombre no puede seguir este tren, y el señor Höferm menos aun, pues realmente había envejecido de modo considerable. Más pequeño que por su pasado, llevaba la cabeza inclinada hacia adelante, y su mentón, flácido y arrugado se apoyaba en el pecho. De su cráneo calvo la mariposa negra se había volado sin esperanzas de regreso; sólo su bigote quedaba negro.

"Decididamente, Rosa ya no tenía 'handicap' en absoluto, y su marido se desesperaba por no caer él a su vez en el caso. Pero su habilidad no se desmintió, y yo tuve ocasión de admirarlo durante mi corta estadía en Praga, durante la cual fui el huésped asiduo de la joven señora. Rosa no era coqueta, sino joven, movediza, ávida de vivir, y los hombres sentían eso. Estaba rodeada de admiradores, su salón desbordaba de pretendientes. Pero el dueño de casa parecía insaciable. Era él quien llevaba sin cesar nuevos candidatos, quien atraía hacia su casa a todos los jóvenes que el azar ponía en su camino. Una noche, en una fiesta, vi a Rosa que bailaba con un muchachito funcionario de la prefectura, el señor Schindler. Después del segundo vals, Höferm se acercó al muchacho, le ofreció cigarrillos, se trabó con él en una discusión política y terminó invitándolo para el próximo domingo. Era su sistema. Y hacía lo mismo con los oficiales, con los aristócratas de los alrededores y con los artistas que se encontraban de paso: todos debían dejar sus tarjetas en su casa, todos debían, bajo sus ojos, rendir homenaje a la belleza de su esposa. Así obtenía que Rosa no se encontrase jamás sola en su salón con ninguno de sus suspirantes, y eso era lo que importaba. Ella no tenía materialmente tiempo para enamorarse de alguien, pues vivía en una continuada confusión de placeres, y su sola embriaguez era la satisfacción de su vanidad. Höferm cuidaba de que ella no pudiera tomarse ni un momento de tregua, que estuviera de continuo sumergida en una multitud de distracciones. No faltaba a ningún baile, ninguna reunión, ninguna fiesta de beneficencia. Con el pretexto de que esa vida mundana era indispensable en su situación, el marido agotado seguía, jadeante, a la sonriente y rubia joven mujer en su carrera hacia el placer. Höferm estaba decidido a sostenerse, porque sólo la agitación de una vida así podía salvarlo de lo que él temía.

"Y obtuve realmente el triunfo de engañar a las malas lenguas, siempre al acecho de un escándalo. Se hablaba mucho de un conde, cuyas asiduidades a la casa de Rosa tenían ya una antigüedad de algunos años; de un oficial de elevada graduación que se esforzaba en triunfar y a quien sus éxitos anteriores parecían predestinar a vencer; pero esos cuentos estaban tan poco fundados que Höferm sonreía con indulgencia.

"Fué en ese momento cuando Roald Andersen vino a Praga y decidió la suerte del industrial, la noche que cantó la parte de Escamillo. ¡Sí, de Escamillo en 'Carmen', perfectamente!

"Por otra parte, Höferm fué el forjador de su propia desgracia, pues Roald Andersen no había soñado jamás en de-

tenerse en nuestra ciudad. Pero como debía cantar en la Ópera de Viena, y venía de Dresde, su camino conducía forzosamente a Praga. El director de nuestra Ópera le telegrafió entonces, rogándole nos acordara una "soirée". Mas el precio exorbitante que pidió el barítono lo hizo retroceder. Sin embargo, el director, conociendo la mentalidad de sus compatriotas, se abstuvo, con mucha astucia, de prevenir a los diarios, y sólo hizo conocer la respuesta del cantante a los



miembros del "Club Metropol". Todas las ciudades de provincia tienen una pandilla de "snobs", y mi ciudad es como las otras. La ambición de rivalizar con la capital los ciega. Esos "snobs", ácidos en su mayoría, fueron atrozmente heridos por la denegación de barítono. Hicieron una colecta y la suma pedida por Andersen fué pronto reunida. Se le telefonó al empresario del artista, el cual se declaró de acuerdo, y con él se convino en que serían realizadas dos "soirées" de gala en las que Andersen prestaría su concurso. El éxito de la empresa era debido en gran parte a Höferm, quien había donado 3.000 coronas, con la sola condición de que el banquete dado en honor del cantante tuviera lugar en su casa.

"Andersen llegó dos días después. Se instaló en el hotel de "La estrella azul", estuvo invisible toda la tarde, y por la

noche, cantó la parte de Scarpi "Tosca". Yo estaba en Praga para anunciar un discurso y para asistir a varias reuniones, pues era el día de las elecciones. Asistí a la Ópera, y a quien yo no había visto me dejó encantado. La fuerza y el bre de su voz eran extraordinarias, presentaba a la perfección y su función algo de extrañamente fascinante, estaba bajo el encanto, y yo como como nuestro público permanente reservado. Sólo Rosa compartía mi asismo.

"Nunca he visto un hombre magnífico — dijo ella, con los ojos asidos, después del segundo acto, do fui a verla en su palco.

"Mañana comerá con nosotros apresurado a asegurar su marido.

"Rosa, soñadora, jugaba con el amor, y sonrió de lejos a alguien saludable. Desde hacía algún tiempo había estado notando distraída, pálida, cansada, nerviosa, pero no me asombraba, dado el género que llevaba. Esa noche su laxitud dabo lugar a una reacción inesperada y ella resplandecía de juventud, efecto de la música del cantante y de la proximidad de la primavera. Mis ojos interrogaron los suyos, encontré su clara mirada que parecía forzar en responder. Pero la apagó, y comenzó el tercer acto.

"Hasta mañana a la noche — dijo, dándole la mano, como si quisiera asegurarse en mi un momento.

"A la noche siguiente, Andersen ba la parte de Escamillo, con ese memorable que luego tuvo siempre vez que encarnó el ese papel, presentó durante tres años en Praga, tras a través de toda Europa, después tuvo el buen gusto de irse a unas tierras y de retirarse a una paña para vivir tranquilamente mujer y sus hijos.

"Lo oí varias veces en dicho país, jamás me subyugó como esa única noche en la que él ignoraba vía hasta qué punto era capaz de jugar.

"Nuestro público se dio cuenta, guiado. Y si la víspera se le había sentido al cantante que se había rogar demasiado para venir, que fue algo así como una indecencia. Su talento, toda su persona, la sala. Después de la gran aragundo acto: "Torero, en guardia aplausos frenéticos, como nunca bía oído ni los oír en nuestros países de lengua germánica. Sólo lianos aplauden así; pero se cansa to. El público, aquella noche, durante un cuarto de hora, se una tormenta con relámpagos y nos. Una ráfaga de entusiasmo bre la cabeza del barítono, el que de sonreír, de inclinarse y de menaje a sus compañeros. Pero blico no cejaba. Y al cabo de minutos Andersen abandonó la luda de reaccionar y esperó el fin de nola tempestad. Se mantuvo el rostro grave, como un hombre reante bajo la lluvia. Y sus Carmen, don José, el coro, el d orquesta, siguieron su ejemplo, peraban. ¡Qué otra cosa podían nola tempestad.

"En medio de esta batallola Rosa con los ojos. Vi que no

que respiraba dificultosamente, con una radiante vuelta hacia la escena. De ella, Höfer, con su maligna mirada de cascanees, palmoteaba con manos como si hubiera querido ahogar entre ellas al barítono. Quizá ya estaba arrepentido de la condición que él había propuesto. Rosa no había tenido la ocasión de conocer antes a este hombre groso, y sólo la misma noche del quete debía hablar con él por primera vez.

Se figuraba entre los convidados y pudo ser testigo de ese raro encuentro. A través del cerco de invitados, la de casa se adelantó hacia el barítono, el cual, ayudado por el diácono, hacia una entrada triunfal. Andersen quiso inclinarse sobre la mano de Rosa, pero ella, con un gesto espantoso, supo evitar este homenaje, y fué quien besó la mano que se le tendía.

— ¡Bravo! — gritaron todas las mujeres y se apresuraron a seguir su ejemplo. El barítono se rió, defendiéndose ineficazmente; todas ellas lo besaron, y los señores, Höfer a la cabeza, asintieron con los ojos y celosos, como el coro de la ópera.

Poco más tarde, Rosa, dando el brazo a su célebre invitado, nos precedió al comedor. Se instaló en la mesa, rodeada de flores, y con Andersen a su lado. Mudo y recogido, este extraño personaje lanzaba de cuando en cuando una de esas ojeadas lánguidas cuyo poder sobre las mujeres conocía él muy bien. Los ojos de Rosa entonces se agrandaban, y ella sonreía con timidez. Toda la "soirée" estuvo muy agradable, y la encontré vibrante, quemante; su vestido, que parecía abrasado, plasmado por sobre nosotros. No era necesario alardear de psicología para saber que esta mujer estaba tocando el instante decisivo de su vida.

El cantante se despidió de ella a media noche, después de haberle pasado un billete que ella recibió con una sonrisa exaltada y que guardó entre los pliegues de su vestido. El empresario apuró a Andersen para que regresara a casa, pero que debía salir para Viena la siguiente, en el tren de las 12. Entre las mujeres, que querían acompañarlo hasta la estación, encontraron a la elegida esta hora. Cerca de la puerta, Andersen besó la mano de nuestra anfitriona, y, en perfecto "hombre de mundo", le agradeció "esta encantadora noche". Desaparecido él, la vida pareció apagarse en los ojos de Rosa. Como si en un lejano sueño, su sonrisa borró; largamente se clavó su mirada en la puerta por la que se había ido, cambió una que otra palabra con algunos de sus invitados, y de repente se volvió para no volver. Su marido, que se había enterado de la causa de su desdichada, nos rogó la excusáramos: ella se justificó.

Tomé el tren de las ocho, al día siguiente, para ir a Viena. Desdoso de estar solo, siempre trataba de salir a la hora y, seguro de lo que hacía, me

DOS INTERESANTES REGALOS

que se mandarán (GRATIS) contra el envío de este aviso. - Únicamente por correo



EL DIGESTIVO - ANTIACIDO
Bicarbonato Catálico

MANERA DE TOMARLO:
El BICARBONATO CATÁLICO se mezcla con un poco de agua.
Puede tomarse a cualquier hora en que se sienta malestar, pero el momento más oportuno es después de cada comida, para evitar las molestias de la digestión anormal.

ALMENDRA AMYDALOSA

POLVO PARA EL BAÑO, LA HIGIENE Y BELLEZA DEL CUTIS
Su empleo es sencillísimo: agregar a 1/2 pulgada de agua una cucharada de Amydalosa. Se prepara así una exquisita horchata de leche de almendras.



SUAVIZA, REFRESCA, EMBELLECE y deja la piel tersa y gratamente perfumada.

Sres. LAICH & Cía.
BELGRANO 2544 Buenos Aires
Sirvanse remitir muestras. Gratis de BICARBONATO CATÁLICO y ALMENDRA AMYDALOSA a la dirección siguiente:

NOMBRE.....
DIRECCION.....
LOCALIDAD.....

ASMA

Si sufre usted de Asma (bronquial, nerviosa, cardíaca, etc.) debe andar siempre precavido. Al acostarse, o al primer síntoma del ataque, haga arder un **Papel Azoado del Dr. Andreu**. Cederá la sensación de ahogo: el ataque quedará abortado o se presentará con menor intensidad.

Fuera de casa, tenga siempre a mano un producto no menos eficaz: **Cigarrillos Balsámicos del Dr. Andreu**. Cómodos, discretos, y agradablemente perfumados, que puede usted usar en todo momento. Su acción preventiva y calmante es también excelente. Igual que los Papeles Azoados, estos Cigarrillos no perjudican al tubo digestivo.

EMPLEE
PAPELES Y CIGARRILLOS
Dr. ANDREU

Hombres y mujeres de
todas las edades toman

TÉ TUTOR



Es un producto cuyos componentes naturales y de fórmula equilibrada lo indican en aquellos casos en que se desee beber un té que cual el

TÉ TUTOR

sea a la vez

Laxante, Diurético y Digestivo



PRECIO DE LA CAJA

\$ **2.²⁰**

TAMAÑO
GRANDE,

s **3.²⁰**

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

instalé cómodamente en un compartimiento de primera nos segundos antes de la partida, la portezuela se abrió y un señor. Era Roald Andersen.

"Me reconoció, me dió la mano y se sentó frente a no pude ocultarle mi sorpresa.

"—Yo creía que usted iba a tomar el tren de medianoche.

Roald Andersen se sonrió con aire travieso.

"—Es una trampa — dijo —; prefiero viajar solo.

"—¡Yo también!

"El se rió.

"—Bueno — añadió —; puesto que tenemos los mismos viajes juntos.

"Era joven, discreto, bien educado, la gloria no le mareado. La conversación fué agradable, me habló de por donde acababa de realizar una jira, y me mostró un trato de su mujer, que llevaba consigo, como un buen burgués.

"En la estación de Viena, horas más tarde, me pidió que noche comiera con él, y yo acepté la honrosa invitación. Esa noche, cuando comíamos frente a frente en el comedor de su hotel, vimos surgir ante nosotros a un hombre acompañado por el capitán del que se decía era el de Rosa. El rostro de los dos hombres era grave, de emoción, y sus ojos parecían buscar alguna cosa.

"En cuanto nos vieron, se detuvieron a cierta distancia para dignarse responder a mi saludo. Vino entonces el momento en que el capitán me entregó una tarjeta, y yo le entregué a él, y aproximándose a los dos hombres, los saludé y me despedí cortésmente sobre el motivo de su visita. Pero aun así quedé rígido, y sin más preámbulos pregunté como para que todo el mundo se enterara:

"—¿Dónde está mi mujer?

"Dicho lo cual, tomó su monóculo al vuelo con elocuencia, y clavó la mirada en el cantante. Andersen, al oírlo, se echó a reír, abarcó la sala, como si buscara la respuesta a la cuestión. Al no encontrarla, indicó con un gesto su intención en la materia. Pero Höfer no entendía así la respuesta.

"—Ella salió esta mañana en el mismo tren que yo — gritó todavía más fuerte.

"Y el capitán, que no quería figurar como comparsa con una voz llena de reproche:

"—En el tren de las ocho. exactamente.

"Algunos comensales, divertidos con el asunto, se reían. Pero el industrial, loco de celos, no se daba cuenta de esto.

"—Un empleado la ha visto subir al tren; ella se ha ido con usted.

"El capitán, con aire implacable, secundó a su amigo. Usted la ha seducido; es una corrupción.

"Ahora el cantante se divertía en grande; y, sin ser consciente de ello, no le disgustaba el pasar por un héroe de novela. más cuanto esa novela le resultaba completamente falsa. Me miró, me hizo una guiñada y se volvió hacia los otros hombres:

"—Señores — les dijo —, ¿con qué derecho me ustedes de...?

"El industrial no le dejó terminar.

"—¡Ustedes estaban los dos de acuerdo! ¿Por qué, entonces, se hacernos creer que tomaría el tren de medianoche? le pasó un billete al despedirse, yo lo vi.

"—Yo también — confirmó el capitán.

"—Pero — replicó el cantante —, era un autógrafo.

"El oficial concluyó con un tono seco:

"—La excusa es demasiado fácil.

"La escena se estaba poniendo fea. Andersen justificarla lo más pronto posible. Y, sin renunciar a las ventajas de la situación, decidió recurrir a mí. Después de un desmenuado y gracioso gesto, dijo:

"—El señor ha viajado conmigo, y tendrá la bondad de firmar mis afirmaciones. Durante todo el trayecto me acompañó a la señora de Höfer.

"Esto fué un buen golpe teatral; yo testimoníé la salida del barítono, quien dió su palabra de honor que desde antes no había vuelto a ver a la esposa del industrial. Sentado, los dos hombres no tenían sino que retirarse.

hizo en "hombre de mundo". Tomó su monóculo, que daba indolentemente sobre su vientre, lo fijó en su ojo derecho, y con toda la dignidad correspondiente al papel de marido engañado, ya en la edad provecta, balbuceó:

—Le ruego que me perdone.

Mientras se alejaba, dijo a su compañero:

—Debe de haber partido con otro.

—Sí, pero, ¿con quién? —bramó el capitán, el cual pare-encontrar culpable la ignorancia de este marido.

Höfer, con aire mohino, alzó los hombros. Yo no pude tar cierta emoción viendo a este hombre, antes rozagante buen mozo, salir con la cabeza gacha del salón restaurante. El mozo, sonriente, cerró la puerta tras él.

Sin embargo, una cosa hubiera podido consolarlo un tanto,

y esto era que el ridículo de la situación no recaía solamente sobre él. El conde, el capitán y los otros suspirantes de Rosa, toda la juventud dorada de Praga estaban, hasta cierto punto, comprometidos en este asunto, todos se creyeron mofados, perjudicados en sus derechos, engañados en sus esperanzas, cuando conocieron el nombre del elegido.

"Rosa había preferido al pequeño Schindler, el menos brillante de todos sus adoradores. El amor de ella, tímido y temeroso, había madurado bajo la voz cálida y acogedora del barítono. Fué aquella noche en la que él cantó, "Carmen", cuando los dos enamorados resolvieron fugarse. Por otra parte, ella no olvidó a Andersen. Un año después obtuvo su divorcio y casóse con el pequeño Schindler, trajo un niño al mundo y lo bautizó Roald. Hubiera podido llamarlo Escamillo; pero tal vez este nombre le pareció demasiado excéntrico". *



Una encuesta de Tibor Sekelj

Dime qué llevas en los

OLINDA BOZAN, ENRIQUE MUÑO, JAIME SARLANGA Y EL PRESTIDIGITADOR JULIO RIVAROLA DESNUDAN SU ALMA EN PRESENCIA DEL CRONISTA AL VACIAR ANTE EL SUS RESPECTIVOS BOLSILLOS



OLINDA BOZAN Y LOS "IMPERTINENTES"

OLINDA BOZAN tiene, sin duda alguna, su personalidad bien definida. El que la conoce personalmente hará sus conclusiones directas. El médico especialista la auscultaría para descubrir su carácter. El grafólogo mediría la longitud de las haches y la curva de las jotas. Nosotros, los "bolsillólogos", decimos:

—¿Enseñeme su cartera y le diré quién es!

—Ahí lo tiene todo — contesta acto seguido Olinda Bozán, volviendo en la mesa todo el contenido de su cartera.

Antes que nada, las dos cajas de polvos, el rouge, dos lápices para los labios y un negro dicen algo sobre su trabajo y su preocupación de no salir ante el público sin el arreglo necesario, aunque se trate sólo del "público" de la calle.

Y por el llavero con media docena de llaves podríamos deducir que la célebre actriz es al mismo tiempo buena ama de casa; como el otro llavero, más pequeño, que apareció junto a un registro de chófer, nos sugiere no sólo que Olinda Bozán tiene su auto, sino también que ella misma lo maneja. Diríase: un carácter doméstico, sorprendido por el vuelo del tiempo moderno.

Un rebenquito gauchesco atado al llavero significa: amor a la tradición, constancia y firmeza de carácter.

Un pañuelito en uso y otro limpio en reserva nos hacen pensar en una vida ordenada y tranquila, aunque las manchas de rouge en el primero, y la manera de guardarlo, indican un matiz bohemio, indudablemente simpático.

Y, finalmente, los "impertinentes" — que por sí mismos son un poco cómicos — en la mano de Olinda Bozán se convierten en una prueba indiscutible de humorismo y hasta de picardía.

Y, si no conociéramos a Olinda, nos bastaría el gesto con el cual vuelca su cartera (véase la foto), para llegar a la conclusión de que es ella la persona más despreocupada y más alegre del mundo.



EL BOLSILLO INVEROSIMIL DEL PROFESOR RIVAROLA

Sentados en un café, el reportero—"bolsillólogo", y el fotógrafo, se propuso aquél comprobar nuevamente la eficacia de esta rara ciencia de adivinar la profesión de una persona... y muchas de sus cosas.

El reportero eligió a un señor grueso que estaba sentado solo en la mesa, al parecer aburriéndose. Se acercó y le explicó como pudo su deseo.

—¿Cómo no! ¡no faltaba más! — contestó la "víctima" con una pequeña sonrisa que dio a su rostro un aspecto bondadoso y picaresco al mismo tiempo. Y un segundo después empezó a vaciar sus bolsillos...

Es decir, habría empezado, si hubiera habido alguna cosa en ellos. Porque, aunque muy raro pareciera, el revisor, luego de una revisión minuciosa, confesó que en todos los bolsillos no existía ni un solo objeto.

—¿Qué soy entonces? — preguntó el hombre, esperando que el otro adivinara su profesión.

—¡Es usted un pobre diablo! — contestó el reportero con verdadero tono de compasión. Y se preparó a irse.

—Pero señor, usted se olvidó de este bolsillo — dijo el



"Dime con quién andas y te diré quién eres" es un viejo refrán que yo estoy perdiendo crédito entre gentes de hoy; pues, (por qué ha de seras siempre o nosotros cuando andamos con uno o con otro, y nunca a esta persona cuando ando con otros, de lo cual resultaríamos dos buenos en de dos malos? Entonces se impone la necesidad de mejor, más lógico, más exacto, para uso del

"pobre" enseñar el bolsillito de la americana.

—Bueno, y puede haber ahí

Mas, en el momento, el sacó de él un entero de naipes, los colocó en la sa. Echó entonces mirada al reportero sorprendido. Y guida extrajo del mo lugar una café, y otra otra, y otra siguió un bazo una botella de



pañía que sale bolsillito, donde neralmente gamos un pañuelo seda. Por fin, ció un conejo — probablemente bezaba todo el din zoológico cuando tras ejo asomaba mente su hoc coneja, y tras pugnaban por se pasó ¡Dios cuántos conejos reportero se yó...

Cuando el "bolsillólogo" volvió en curioso entre había desapare (tal vez entró propio bolsillito dejar otra hue una tarjetita de ta, donde decía fesor Smiles. Rivarola; y prestador y vent

bolsillos y te diré quién eres

ago, que, no pudiendo valerse de la grafología ni de la quimancia ni de la vid astrology, insiste en pesquisar los misterios de la vida ajena, terreno que, si bien le comporta la vecino, es el único que sirve para explicar la ciencia psicológica. De esta necesidad ha surgido la "bolsillología", ciencia terrible, al alcance de cualquiera, siempre que la víctima, el sujeto en estudio, pague bolsillos, cosa hoy de la que nadie se

libra. El "bolsillólogo", al dar vuelta los bolsillos de alguien, le pone el alma al descubierto. Porque las cosas que allí "llevamos" hablan de la vida que "hacemos", y ésta está de acuerdo con lo que "somos". De manera que: "dime qué llevas en los bolsillos y te diré quién eres". Y hasta nos atrevemos a afirmar que "el bolsillo es el espejo del alma". Los presentes reportajes "bolsillológicos" parecen ser una demostra-

ción afirmativa de esta incipiente e indisciplinada ciencia. Olinda Bozán quedó al descubierto en cuanto voló su cartera sobre la mesa. Los bolsillos de Enrique Muñío refirieron la bondadosa personalidad que todos le conocemos. El futbolista Sarlanga trasmonta el fútbol y su calidad de crack en los objetos que lleva. Y lo aventura con Julio Rivalora...; bueno, éste es un caso que prueba que no hay que meterse con los prestidigitadores.

MIME SARLANGA PIENSA EN UN VIGILANTE

—Esta cara me parece muy conocida, pero no recuerdo dónde la he visto antes — pensó el "bolsillólogo" —. No obstante, es fácil averiguarlo.

—Perdone, señor, quiere sacar todo lo que tiene en los bolsillos?

El interpelado, persona alta, de figura deportiva, echó una mirada a los cuatro lados buscando a un vigilante. Mas, al fijarse mejor en la expresión tranquila del otro, que-



se callado, con una interrogación sin formular. Evidentemente el pedido del "bolsillólogo" necesitaba una aclaración amplia. Y por último — aunque no muy convencido de que no se trataba de alguna trampa — la "víctima" empezó a sacar las cosas de sus bolsillos.

Primero apareció un reloj (parecía de plaza) y un corralplum, atados con una cadencia. Luego cayó sobre el mostrador un llavero con dos llaves: una de su habitación y otra de una valijita. ¡Oh, la feliz vida de los bohemios! Cédula de identidad no faltaba, como tampoco la billetera.

Al revisor de bolsillos, quien se proponía identificar al dueño de este inventario, no se le escapaba un solo gesto, así en circunstancias.

—¿Hay algo más, señor?

Entonces surgieron de un bolsillo tres billetes de un peso, tres arrugados, y varias monedas. Al dejar caer

estas últimas entre los demás objetos, las moneditas empezaron a rodar, y tres de las seis vinieron a chocar contra la cadena extendida entre el reloj y el corralplum, como tres pelotas en la red del arco. "¡Gol!" fué un pensamiento que se escapó a la concentración mental del examinador.

—¿Casualidad?... Imposible. Este hombre debe de ser un jugador de fútbol. Y uno de los que están acostumbrados a meter goles — era la conclusión.

De la cédula apareció una carta color de rosa... —¡Esto no! — protesta el dueño, volviendo la carta cariñosamente al bolsillo.

—Hum... ¡Buen mozo; no es nada raro! Un buen jugador de fútbol, y no es enemigo del sexo débil.

De pronto apareció de la billetera una punta de billetes de diez pesos (exactamente una punta).

—¿Dónde estamos?

—Por el barrio de la Boca — contestó el fotógrafo, colaborador del "bolsillólogo".

Y luego de pensar un rato, exclamó éste:

—¡Sarlanga! No hay duda, usted es Sarlanga, el excelente centerforward de Boca Juniors.

—¿Cómo lo adiviné?

—No lo adiviné. La "bolsillología" es una ciencia exacta — fué la respuesta lacónica.

Y en la calle el fotógrafo formuló la misma pregunta.

—Bueno, se fijó usted en un detalle?

—¿Las moneditas?

—Muy bien, y otro detalle más, pequeño, casi insignificante...

—¿...?

—En la "cédula" tenía escrito bien claro su nombre, apellido y profesión. ¿No dije?

La "bolsillología" es una ciencia exacta.



ENRIQUE MUÑO TIENE CAJA DE CAUDALES

Hablando un rato con ENRIQUE MUÑO, casi le parece a uno superfluo buscar otros medios para penetrar más profundamente en su carácter. Es un hombre sincero y de corazón abierto.

Sin embargo, ya que estamos con él, tratemos de hacer una pequeña revista de las cosas que forman parte de su "equipaje" constante.

En las cosas que todos llevamos en los bolsillos, y que también él lleva, no vamos a detenernos, aunque un aficionado a los bolsillos (no se entienda mal) podría hallar también entre ellas interesantes elementos de juicio. Así, por ejemplo, una boquilla no es más que una boquilla. Pero, al examinarla de cerca, el "bolsillólogo" descubrirá que su forma denota sencillez y franqueza, y que su olor revela el gusto aristocrático de su dueño.

Un llavero no dice nada, pues todos lo tenemos. Pero — y esto es lamentable — no todos llevamos en él una llave de caja fuerte. Bien es cierto que Muñío nos asegura que en su caja de hierro guarda más que los viejos libros de la compañía Muñío y Alippi, y chocolatinas para su hijo. Eso lo admitimos, pero... ¡algo es algo!

Sin embargo, es otra cosa de su bagaje lo que más nos llama la atención. Son dos lápices que lleva consigo, y una libretita de dibujo, de apuntes. Examinamos ésta. Apuntes y croquis hechos en cualquier parte: en el café, en el estudio o en el patio. Basas páginas descubren mucho al que sabe leer en ellas: los apuntes tomados de una taza, de un árbol o de una mano, demuestran que Muñío sabe encontrar la belleza de la vida en las cosas pequeñas. El carino con que se empeña en la representación del sombrero, de la nariz, del zapato de su amigo, nos sugiere que el actor debe creer firmemente en la amistad.

Cuando dibuja una mujer, en seguida agrega en la misma hoja a un galán, o un automóvil o un zapatito de tipo extravagante. Porque Enrique Muñío, artista del teatro y del pincel, es, por sobre todo, un psicólogo sutil.

Nos ha bastado a nosotros este sencillo experimento de "bolsillología" para comprenderlo. ☺



El "tapao" de don Goyo

RELATO DE AMBIENTE, SALTEÑO

por

**Angélica Aranda
de Almada**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DE
ARISTIDES RECHAIN

DESDE la playa del río Las Arcas hasta el rancho de don Goyo, levantado en una inclinada meseta del cerro Redondo, a más de doscientos metros de altura, se llega por una escarpada sendita abierta a propósito por el dueño de esa vivienda, para evitar visitas o la llegada de curiosos. Subir hasta allí, sólo es posible para los pobladores de la zona ya inmunes a la puna, mal que en ese cerro experimenta de inmediato toda persona ajena al lugar.

Desde el rancho se domina una gran extensión de playa, y cualquiera que intente dirigirse hacia la sendita es visto por don Goyo o su mujer, y si ellos no están al atisbo, es advertido por dos "caschis" enclenques, flacos y pulgosos, que dan el alerta con sus aflautados ladridos.

El viejo don Goyo, como verdadero coyita, es hurao y desconfiado. No le agradan las visitas, ni las de sus parientes, porque sospecha en todos propósitos de robo o curiosidad de saber cómo él vive.

Cuando alguien llega al rancho, lo que ocurre raras veces, y sólo para proponerle compra de la producción de quesos o de cualquier vasija de esa alcañería antigua que don Goyo sacara de cementerios incásicos, el viejo deja a su mujer para que atienda de la peor manera al visitante, y él huye al cerro, al "puesto", nombre con que designan al amplio aprisco y lugar donde pacen los hatos, instalado en la cumbre del cerro Redondo, y desde allí otea, como único entretenimiento, hacia los cuatro puntos cardinales, preferentemente hacia el este, para contemplar la lejana ciudad de Salta, que desde ese mirador parece, envuelta siempre en un halo brumoso, un apeñuscamiento de piedras blancas cruzado por rayas negras, destacándose apenas perceptibles, las torres como pequeños monolitos, y al pueblo de Campo Quijano, localidad veraniega popular salteña, con su larga calle arbolada que semeja la senda de un monte salpicado de manchas blancas con numerosas banderitas de humo.



Todo es silencio en el rancho. Parece deshabitado, no obstante hacer apenas un momento que el visitante, cuando subía la escabrosa pendiente, notó





movimiento y vida, y que un hombre abandonaba corriendo la casita y se internaba, desapareciendo en un recodo de un camino vericueto del cerro.

Detúvose jadeante cerca del rancho, respiró hondo para impedir un ahogo, y sus fosas nasales llenáronse de sangre. Efectos de la puna.

Luego, como nadie saliera a recibirle, gritó, a la vez que llamaba, golpeando fuertemente las manos:

—¡Buenas taaaaardecées!

Un chivo, que rumiaba somnoliento detrás de la cocina de "quenchá", se incorporó, asomé la cabeza por una esquiná, miró al recién llegado, dirigióse a él rápidamente, y parándose en dos patas se abalanzó para dar la topetada.

El visitante, que lo vio a tiempo, esquivó prontamente el golpe, y tomándolo de las astas, lo sujetó violentamente, haciéndole balar.

Abrióse entonces la puerta del rancho y asomó su cara morena, curtida por los vientos, el sol y la suciedad endurecida por el tiempo, una mujer desgreñada, con un mugriento y desgarrado vestido de berracán, y con gesto de enojo, a la vez que acercábase al forastero, preguntó:

—¿Qui quieri? ¿Pa que lo agarrao al guascho? —y asíéndolo al animal por una asta, lo arrastró, encerrándolo en la cocina.

—Para que no me topeteara... Parece que ustedes hasta a los chivos les enseñan a ser agresivos... Diga, ¿por qué, cuando me acercaba, su marido disparó para el cerro?

—Si es qui no quieri que naide lo visite.

—Cómo para venir de visita aquí... Yo vengo porque él me dijo que así lo hiciera, para llevar la plata blanca.

—¡Aaaaah! ¿Usted qui li va comprar?

—y con ojos inquisidores miró al visitante, luego los fijó en un grupo de aves, un gallo y varias gallinas, que estaban con las cabezas juntas como si conversaran, cerca de una mata de pasto.

La mujer sonrió, y, más confiada, fué hasta el centro del patio, puso las manos en forma de bocina y gritó:

—¡Ahuuuuuuuuuu! ¡Ahuuuuuuuuuu! ¡Ahuuuuuuuuuu!

Desde una hondonada, cerca de la cima del monte, una voz recia respondió:

—¡Huuiiiiii! ¡Huuiiiiii! ¡Huuiiiiii! —en tanto que los "cascos" le hacían coro con sus atiplados ladridos.

—¡Veniiiiiii! ¡Es el truecadooocor!

En lo alto del cerro aparece la silueta de don Goyo. El hombre descende, pero desciende a zancadas, tan rápidamente que el visitante, que no saliera aún del asombro que la causaran las raras actitudes de esa gente, fué sorprendido por un vozarrón a modo de saludo:

—¡Salor, señor!... ¡Trujo los patacones de diez?

—Y claro, pues...

La mujer interrumpe, para decirle al marido:

—Las gallinas han tao conversando. Podís fiarte no más.

—Enton... ponele asiento, que ya güelvo con las piezas blancas... —dijo don Goyo, y, tomando una herramienta rústica, especie de escardillo, se internó en la senda del cerro, para regresar más



ARISTIDES
RECHAVE

tarde con una bolsa, envase de cuya humedad y tierra adherida a ella habían sido recién desmenuada.

Sentóse don Goyo en un banco de su mujer, frente al visitante, y comenzó a sacar con cuidado, de los varios tarros de diferentes tamaños, le cayó uno al suelo, y, al abrirse, en descubierto rollos de billetes de pesos, apresurándose a levantarlo por lo nuevo, diciendo:

—¡Jue perra! ¡Qué mano y lana!

Después fueron contadas las monedas y pesados los cuadrados de plata que el viejo extrajera de la bolsa.

Realizada la operación, el compadre entregó trescientos pesos en billetes a diez, que fueron contados por el dueño y su mujer, en forma ordinaria.

El colocaba un billete en el dedo y ella paraba un dedo de la mano. El billete y otro dedo, hasta que el viejo diera su conformidad y se le fuera el efectivo en uno de los tarros que tenía en la bolsa destinado para guardar ese valor.

—Tener dinero en la forma que usted es peligroso. ¿Por qué no lo deposita en el banco? —aconsejó el visitante.

—Hum!..., ¿y si cribea el banco? —repuso don Goyo—. Más discreto guardo yo qui no via cribea nada, entero, y naide sabe ande lo entero ni mi coia.

—No olvide, amigo, lo que es la vida. Hoy somos, mañana no. A veces la muerte nos sorprende sin darnos tiempo siquiera para saber que nos vamos y menos para confiar un secreto.

—No hay ser, po... Aquí en este mundo muere rídepente. Se morimos en un instante, viejo con tiempo e más para las cosas, hasta pa acollararno los que semos acollarao.

—Sin embargo... es bueno que el secreto lo conozcan dos. Por ejemplo, yo y su mujer.

—¡Nu, migo! Secreto en mujer no blica en deario es lo mesmo. No me mama... que Dios la tenga a ella. Como hago está bien. Lo entera de más que ió sabe ande.

Transcurrieron dos meses. En ese tiempo, don Goyo...

Los "quebradeños", que son los que viven en la zona, se divierten si en la alegría, y más en la visita. Entonces, cuando visitaban diariamente al que era un rancho solitario, y entonces, cuando visitaban con sus mujeres para la zona de la enferma; que "volaba en la zona de la enferma".

Una vecina caracterizada, que era como los demás, le indicó que, al viejo Goyo, la necesidad de trasladar a Salta a la zona de la enferma y hacerla atender "con un poco de su estado parecía ser muy bueno".

—Nu hay ser, Na —refundió el viejo—. Yo tengo esperencia en males que tiene la Pepa es tabardillo, y i poco va 'star guapita.

—Conviene que la lleve a la zona de don Goyo...

—Peru esu cuesta y nu hay pa gastar.

—¡No diga eso!... Todo el mundo sabe que usted es hombre con plata.

le cortan la cabeza por treinta mil

—Velay!..., pero es dinero... hurrao
de qui sio guagón, y los hurros no
pa tirarlos en médico y bótica. Con
el campo si va curar del tabar-

la enferma, que padecía de fiebre
plante, según los síntomas que pre-
aba, mal adquirido seguramente por
tagio de las cabras, que estaban en-
mas, a deducir por el crecido número
vientos registrados en los hatos, falle-
veinte días después, sin asistencia
médica.



—Shuiiii, tac tac tac", gritó una lechuza.
Era la noche de un sábado. El viejo
Goyo conversaba en su rancho con
pariente, que fuera a visitarlo, y con
sobrino Jacobo, que vivía en la casa
de la muerte de la Pepa.

Shuiiii, tac tac tac."
—Esta lechuza e porra, donde hace tres
mes anda dando güeltas el rancho,
grito que cuando murió la finada. Y
dao por pensar en éste, que anda
rmo —dijo el viejo, refiriéndose a
el bo.

—Y diái, tío, pa morir semos —res-
alió el sobrino.

Shuiiii, tac tac tac."

Los tres, supersticiosos como son todos
"quebradenos", quedaron en silencio,
andose mutuamente, al oír por ter-
vez el grito de la lechuza.

El silencio fue quebrado por el visi-
te.

—La lechuza no anuncia nada bue-
..., pero en la playa hay otros ran-
y bien puede...

—Sí, también el de mi ñaño, pero él ta
pilo como ió —dijo don Goyo.

—Hay que cuidarse... —habló el pa-
nte—. Güeno, me voy, pa golver
mañana.



Al día siguiente, domingo, muy "de
manita", salió don Goyo del rancho,
ándole a Jacobo que "golvería por
tarde temprano". Dirigióse al "pues-
de la cima del cerro, donde tenía más
quinientas cabras.

Rastreando una cabra descarriada, el
go Goyo recorrió, en su busca, los luga-
más escarpados del Redondo, el ce-
más alto del lugar, calzando ojotas,
ricadas por el mismo con cubiertas de
tomóvil, para ahorrar el gasto de al-
gatas, calzado que, por ofrecer segu-
para andar sin resbalar en los mon-
usan los "quebradenos".

En un escaños pelador, a más de mil
cientos metros sobre el nivel del río,
corre a mil ochocientos sesenta me-
sobre el nivel del mar, intentó don
go Goyo mirar al fondo, y, al pisar una pie-
ra con la goma de la ojota mojada con
rocio, resbaló, y su cuerpo, chocando
contra las piedras salientes, fué a caer a
cientos metros de profundidad.

Y, como le dijera el comprador de la
ata blanca, no tuvo tiempo para dar
cuenta de que moriría.



Como don Goyo no regresara el do-
mingo, ante esa ausencia desasosombra-
da, Jacobo, madrugando el lunes, salió



en su busca, y a mediodía, en el fondo
del pelador, halló el cadáver.

Dos días de agotadora marcha por di-
fíciles sendas emplearon para bajar el
cuerpo hasta la planicie. Y en el velo-
rio del que fuera hombre adinerado fal-
tó hasta para comprar velas.

El dinero acumulado por don Goyo
Chiliguay no sirvió para salvar la vida
de su mujer, para costear su propio se-
pelio, ni para bienestar de su familia-
res.



Nadie sabe dónde está enterrada la
bolsa.

Los supersticiosos pobladores del Re-
dondo hablan ya de luces, de gemidos,
de gritos extraños, de aparecidos.

Dentro de poco, la Quebrada tendrá
una nueva leyenda, creada por la fanta-
sia, leyenda que sólo tendrá de cierto
el "tapao" de don Goyo. ☼

Caprenda RADIO Y ARME SU RECEPTOR



MUCHO DINERO GANAN LOS TECNICOS EN RADIO

Usted también ganará más y vivirá mejor. La Radio le brinda esta oportunidad. Aprenda RADIO por Correspondencia con NUESTRAS FAMOSAS LECCIONES PRACTICAS. Con el curso le enviaremos completamente gratis todos los materiales y herramientas para armar un potente receptor de TODA ONDA —Mundial— de OCHO lámparas metálicas y ojo eléctrico, para ambos corrientes Si no dispone de corriente, le enviaremos materiales para 6 ó 32 voltios.

GRATIS

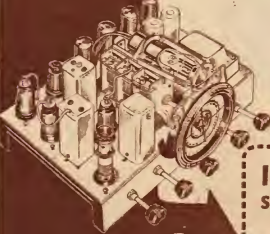
ESTE RECEPTOR MUNDIAL

SISTEMA FACIL, COMODO, RAPIDO Y PERFECCIONADO

El curso puede pagarlo en pequeños cuotos mensuales y el receptor armado queda de su propiedad. Todos los envíos de materiales, herramientas, lecciones, sobres, Diploma, etc., los recibe gratis y con flete pago. Decídase hoy a ganar dinero en RADIO y armar su receptor.

INSTITUTO INTERAMERICANO

Siempre el Mejor Instituto de Radio.



Envíe
ESTE CUPÓN
y solicite
informes Gratis

Instituto Interamericano SAN PEDRITO 72 Buenos Aires

Sírvanse enviarme informes GRATIS del curso de Radio por Correo, según su aviso.

Nombre.....

Calle.....

Localidad..... L. 169

El patronato

DE CADA CIENT NIÑOS QUE QUEDAN CIEGOS AL NACER, NOVENTA Y OCHO PUEDEN SALVARSE. - BASÁNDOSE EN ESTA TERRIBLE CONCLUSIÓN, EL PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS REALIZA UNA NOBILÍSIMA CAMPAÑA DESTINADA A PREVENIR LA CEGUERA.

UNA VISITA AL JARDÍN DE INFANTES DEL "HOGAR SANTA CECILIA"

Escribe Gerardo Mendizábal

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFÍAS DE JULIO PEREZ



El más pequeño de los ciegucecitos, ayudado por una compañera de más edad, aprende lo difícil tarea de comer sin que se derrame uno solo gota y sin que se manche el delantal.

Después de la clase de lectura, lo "fila indio" se impone. Los pequeños ciegucecitos abandonan el aula pero encaminarse hacia el jardín, lugar donde más tiempo permanecen.

¡CIEGO de nacimiento!... En estas tres palabras se encuentra condensado el reproche más amargo que puede formular la familia inocente a quienes lo sumieron en la desdicha.

¡Ciego de nacimiento!... El 98 % de estos seres injustamente condenados no ver la luz del sol, a vivir en perennes tinieblas es porque no existe en nuestro país una ley que castigue duramente al que por desidia o por inconsciencia no volcó en sus ojos, al nacer, unas gotas del medicamento que previene la ceguera. La afirmación es temeraria. De cada cien niños que quedan ciegos al nacer, noventa y ocho pudieron salvarse, y la ignorancia de quienes estaban a su lado los transformó en seres desgraciados.

Es horrible el pensar que la casi totalidad de vidas se debate en la angustia de su infelicidad. nada ni nadie haga oír su voz de protesta.

¿Nadie?

¡No!...



de ciegos acusa...

El Patronato Nacional de Ciegos intensifica en estos momentos sus campañas para lograr que ese alto porcentaje de no videntes, injustamente clasificados como "niños ciegos de nacimiento", disminuya hasta desaparecer por completo. Esa entidad oficial, que hoy cuenta con todo el apoyo de los poderes públicos y que paso a paso va logrando su objeto, marcó rumbos a la enseñanza de los no videntes. Utilizando los "affiches" y carteles murales, el periodismo, la conferencia callejera, la radio y las disertaciones en las escuelas, el Patronato ha logrado disminuir notablemente, durante el último año, esa espantosa proporción.

Pero, mientras tanto, hasta que el número de los llamados "ciegos de nacimiento" no desaparezca por completo, es también noble preocupación de los que luchan contra el terrible mal alegrar la vida de los que han nacido sin el privilegiado don de ver. Para ello, entre las muchas organizaciones creadas por el Patronato, se ha instalado un Jardín de Infantes, pero un Jardín de Infantes... para niños ciegos...

¿Ha pensado el lector en algo más coloroso, en algo que



Tamados de la mano, estos dos crecueritos se disponen a iniciar uno de sus habituales juegos. Viéndolos correr, en sus diversiones, no parece que estos niños carecieran del preciado don de la vista.



Guide sus Riñones

Emplee un medicamento elaborado especialmente para los riñones.

Los riñones están particularmente expuestos a diversos trastornos. Se cometen toda clase de desarreglos en la alimentación y en el régimen de vida.

Los riñones son los primeros en sufrir las consecuencias. No tardan en aparecer indicios reveladores.

Trastornos urinarios, orina turbia o cargada de sedimentos y con olor fuerte, micciones demasiado frecuentes, arenillas, dolores, etc.: he aquí indicios del funcionamiento deficiente de los riñones.

En estos casos, las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga son indicadas. Se elaboran especialmente para regularizar el funcionamiento de los riñones. Su acción sobre estos órganos es directa. Son diuréticas, calmantes, antisépticas y estimulantes.

En frascos de dos tamaños, conteniendo 40 y 100 píldoras.

PILDORAS DE WITT

PARA LOS RIÑONES
Y LA VEJIGA



La caja de cubos permite que los pequeños ciegos tengan noción de la altura, o lo por que desarrollen notablemente el sentido del tacto, poro distinguir sus tamaños.

hiera más profundamente nuestra sensibilidad de seres humanos?...

Ese puñado de criaturas que cantan y ríen como los demás niños con vista ha hallado, por fin, un hogar — el "Hogar Santa Cecilia" — donde les enseñan dulcemente a olvidar que son ciegos.

Allí los cieguitos aprenden desde la niñez a bastarse por sí solos.

En sus hogares, donde nacieron, ya se trate del más humilde o del más adinerado, al ciego se presuponen un inútil para las funciones humanas. No los han dejado moverse, los han rodeado con pena, y aun cuando siempre los rodean de solícitos cuidados, eran como pájaros en jaulas de oro, niños tristes que permanecen allí inarticulados horas y horas, con el único anhelo de poder oír...

En el "Hogar Santa Cecilia", sus vidas han cambiado. Ha vuelto a brillar para ellos una luz de esperanza, que en parte los reconciliado con la vida. Allí, junto a otros ciegos, olvidan su desgracia, amoldan el mundo a su blemia que les crea su incapacidad física en la imaginación de niños y, por momentos, son felices. Cada día que pasa se muestran más contentos de haber llegado a ese verdadero hogar donde pareciera que todo está preparado para que ellos actúen con comodidad y holgura. Pero que ellos encuentren todo, sin que se cruce en su camino el imprevisto obstáculo; para que

Los más pequeños del Jardín de Infantes. La niña extrae los pesos, elementos también valiosos para enseñar a los cieguitos la sensación del peso de los objetos.



neguecito camine sin ver y "vea" como si tuviera ojos. Juegan... cantan... rien..., escuchan música, recorren los jardines y se familiarizan con la distribución del edificio, parlotando. Vuelve, en fin, a sus espíritus la espontánea alegría de la niñez.

Los hemos visto en las clases infantiles, en un amplio salón de alegre colorido, profusamente decorado con siluetas recortadas y siempre al alcance de sus tiernas manecitas; los hemos visto frente a sus mesitas individuales, entretenidos con sus recortes de madera, formando imaginarias casitas; los hemos visto en el comedor del hogar; los hemos visto lanzarse por el tobogán y los hemos visto jugar, como sólo saben jugar los niños, en el recuadro de arena.

Los ciegucecitos proceden como si fueran videntes. Es tal



Esta hermosa niñita ciega "hace" la coma de su muñeca con mayor prolijidad y, quizá, mayor ternura y amor que otras niñas videntes de su misma edad, mientras, desde lejos, la celadora observa atentamente sus movimientos.

la adaptación al lugar donde se encuentran, y tal el compañerismo que reina entre ellos, que aun los recién llegados siempre encuentran a un "experimentado" que les presta ayuda. Además, la vigilancia del personal del hogar es permanente. Siempre hay dos o tres profesores que los observan y que están prontos a ayudarlos. Los ciegucecitos casi parecen haber olvidado que son tales. Esa es la mayor preocupación de los maestros en el hogar. Que olviden su desgracia, que se sepan útiles a sí mismos, que puedan desenvolverse sin llevar siempre a su lado el lazarillo, que mañana la vida no los obligue a tender la mano para implorar la caridad.

Es indudable que el éxito del Jardín de Infantes sólo ha sido posible por la acción tesonera y eficaz de un grupo de maestras que actúa bajo la dirección de la señorita Edith C. Daubagna, labor en la que también participó eficazmente la presidenta del Patronato Nacional de Ciegos, señora de Pereda, pues el Jardín de Infantes para Ciegos es el primero y único instalado en Sudamérica.

¿Y logran olvidar toda su enorme desgracia de ser ciegos?... El cariño y la enseñanza que reciben en ese hogar, puede borrar la constante angustia de no ver?...

Cuando una débil afirmación sube a nuestros labios, recordamos que al cruzar el patio de juegos vimos, a lo lejos, sentado en un banco, acariciando una flor, a uno de los internados. El niño ciego no reía. Casi teníamos la seguridad de que sus ojos estaban preñados de lágrimas. Pero, cuando nos acercamos a él, presintió nuestra presencia y volvió el rostro para esconder su dolor,...



MANUAL PRACTICO

Para Enfermeros, Enfermeras, Masajistas, Sanmaritanas y Ayudantes.

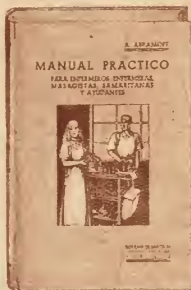
por A. ABRAMOFF

La aparición de esta obra viene a facilitar el mejor estudio y la mayor comprensión de los que resuelven emprender el arte de curar, en bien de la humanidad.

Se observa, en los diversos capítulos de la misma, que abundan todos los conocimientos y la imprescindible práctica que deben recoger y saber los Enfermeros y Enfermeras en su acción profesional, cumpliendo sus apreciables funciones al lado del médico, ya sea en los hospitales, sanatorios o institutos técnicos de cualquier naturaleza, o bien en la clientela particular.

Este libro, de didáctica sencilla, permite al alumnado recoger en forma sintética y útil lo que en la enseñanza de las escuelas especiales se amplía en forma teórica y práctica, y se ha adaptado, por otra parte, a la casi totalidad de los programas que se desarrollan en las mismas. En una edición reglamentariamente encuadrada en cartón y tela, se vende al precio de \$ 10.—, y usted puede adquirirla solicitándola a su librero o a la.

EDITORIAL SOPENA
ARGENTINA, S. R. L.
ESMERALDA 116, Bs. Aires



Adjunto \$ 10.50 para que me remitan por certificado, y a vuelta de correo el libro MANUAL PRACTICO, de A. Abramoff.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 169

CARGAMENTO

BAHIA DE LOPEZ

COBJADA por las sombras de la noche, una frágil ballenera, pintada de negro y tripulada por doce marineros de rudo semblante y cartulina piel, se desliza raudamente en dirección a la amplia bahía que forman los cabos López y Fetiche en la costa africana comprendida entre los ríos Ogobai y el Nazareth.

Impulsada por las acompañadas bogadas de diez remeros, la aguzada proa de la embarcación corta las olas que en sucesión creciente salen a su paso.

Los bronceados rostros de aquellos vigorosos remeros dejan entrever la ansiedad que los domina y son el fiel trasunto de un vago temor.

El batir de las olas al estrellarse contra la acantilada costa, y la negrura de la noche que los envuelve, aumentan su inquietud.

Los otros dos tripulantes de la ballenera, que van sentados a popa, también son dominados por idéntica zozobra, que procuran disimular. Uno de ellos, el que maneja el timón, joven de veinticinco años, tostada piel y ojos negros y brillantes, puede ser considerado como el prototipo del hombre latino; el otro es un verdadero gigante de casi dos metros de altura, recia constitución, barba poblada, revuelta cabellera y penetrante mirada. Va observando sin cesar el horizonte e indica a los remeros y al timonel la dirección a seguir. El tono autoritario que da a sus palabras no admite réplica alguna. Este verdadero lobo de mar, que debe de poseer la fuerza prodigiosa de un Hércules, es el contraataque Hurtado. El que va a su lado, manejando el timón, es Lucas, joven suboficial de marina. Ambos sostienen el siguiente diálogo:

—¡Ten cuidado, muchacho, y gobierna bien!

—Pero ¿a qué venimos aquí, contraataque Hurtado?

—¿Quién lo sabe, Lucas!

—¿Le dijo algo el capitán?

—Más o menos.

—No comprendo ese misterio, contraataque.

—Ni te hace falta; y cállate, que mientras hablamos como cotorras no observamos el banco. ¿No sientes próxima la resaca?

—Un golpe de timón, y salimos adelante, contraataque. Está esto tan oscuro, que en la cala de la Guadiana, a media noche, se ve mejor que aquí.

—Lo creo, Lucas. ¿No notas olor a pólvora?

—¡Y a cuerda de verdugo, contraataque!

—¿No te rías, que a lo mejor dentro de un cuarto de hora nos encontramos colgados de las vergas y haciendo trenzados con las piernas!

—¿Lo cree usted, Hurtado?

—Naturalmente que lo creo! ¿No sabes que el Kentucky ha sorprendido al barco negro brasileño?

—¿Y castigaron a sus tripulantes?

—Como a ladrones. Los corsarios no andan con vueltas, y cuando apresan una nave negra castigan a la tripulación con crueldad y saña.

—¿Así que el capitán Cabral no nos hará más la competencia!

—No; lo colgaron de una verga del Kentucky, como a los marineros. Se dice que era macabro el espectáculo que ofrecían los negros colgados de los palos.

—Siento escalofríos, sólo de pensarlo. ¡Veintisiete hombres bailando la danza de la muerte!

—¡Pues no te duermas si no quieres bailar la tú también! ¡Por Satanás! ¿Qué es lo que se ve allí?

El contraataque se levantó violenta-

mente, haciendo oscilar la ballenera, cupió el tabaco que masticaba y miró hacia el Sur, frunciendo el entrecejo.

—Es la punta de Fetiche —dijo Lucas.

—La veo.

—¿Y allí nos espera Baño?

—Sí; le avisé por medio de los negros costeros.

—Estará dispuesto todo?

—Así lo creo. Ese farsante de rey muy bien que no se puede pasar una mañana en esta costa. El cabo López es tan frecuentado por los negros, y los corsarios lo saben muy bien.

—Pero no se ve ninguna señal de peligro.

—Así es; aunque no tendría nada



NEGRO

Una novela de

Emilio Salgari

TAPA E ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

particular que nos amenazara uno, y grande. Los espías de Bango han visto un buque enemigo, y por eso el capitán Vasconcelos nos manda como exploradores, en lugar de entrar en la bahía a velas desplegadas.

—¿Será tal vez el Kentucky?

—¿Quién sabe! Cualquiera que fuese, todos los capitanes de cruceros son iguales en su procedimiento de ahorcar a los negros y devolver los negros a su país.

—¿Creen que así los libran?

—Sí, Lucas —contestó el contramaestre riendo—. No saben que el negro vendido como esclavo quedará siempre esclavo, aunque lo reintegren a su país. Pero basta, muchachos; no hagáis ruido, que hay

peligro. ¡Adelante, pero con prudencia! —¿Vamos a llegar hasta la misma punta de Fetiche?

—Sí. Allí esperaremos la señal.

—He aquí la luna, que aparece en el horizonte.

—¡Mejor, Lucas! ¡Y ahora, adelante!

La ballenera prosiguió velozmente su marcha, dirigiéndose hacia un promontorio que avanzaba audazmente sobre el océano.

Después de un momento de ininterrumpido bogar, el suboficial Lucas preguntó al contramaestre:

—¿Se ve algo?

—No —respondió Hurtado, luego de observar algunos instantes—. Parece que la

bahía está completamente desierta.

—Así que, por ahora, no tenemos que temer a la cuerda.

—¡No hables de cuerda, Lucas! Dicen que trae suerte, pero yo creo lo contrario.

—¡Alto! —se oyó murmurar a proa.

—¿Qué sucede? —exclamó el contramaestre levantándose.

—Que estamos sobre el banco.

—Pues arriad el ancla, y al agua.

—¿No llegamos a la punta? —preguntó Lucas.

—No; podríamos caer en una emboscada.

—¡Ya está, contramaestre! —dijo una voz a proa.

—¿Arriasteis el ancla?

—Y ha agarrado firmemente.

—Pues al agua, muchachos, y cuidado con las piernas, o de lo contrario alguno volverá rengó a bordo! Ya sabéis que los peces-perros abundan en estos parajes, y cuando les falta la carne negra no desdénan la blanca.

El gigante empuñó el cuchillo que llevaba a la cintura y se arrojó al agua, sumergiéndose hasta el pecho; sus compañeros, luego de retirar los remos, hicieron lo mismo, y el pequeño grupo, en medio del más profundo silencio, inició su marcha a través del banco de arena, contra el cual se rompían las olas del Atlántico, y se encaminaron hacia el cabo Fetiche, cuyas negras rocas se recortaban sobre el agua, iluminadas por los argentados rayos de la luna.

Después de andar más o menos cincuenta pasos, el contramaestre Hurtado se alzó cuanto pudo sobre un montón de rocas socavadas por la eterna acción de las mareas, y dirigió a su alrededor una ansiosa mirada.

—¿No ve nada? —le preguntó Lucas, que estaba a su lado.

—O soy ciego, o el cabo está completamente desierto —murmuró el gigante.

Se volvió hacia la izquierda y miró a lo largo de la costa. En la lejanía divisó un punto negro, apenas visible, que se destacaba sobre el agua.

—¡Estupendo! —exclamó—. La Guadiana está allí, y verá la señal. ¡Prosigamos, muchachos, y mano a los fusiles!

El grupo de expedicionarios traspuso los últimos bancos que se alzaban sucesivamente, y después de luchar contra la resaca, que era violentísima y castigaba despiadadamente las rocas del cabo, logró llegar a la cima.

Desde allí los marineros echaron una mirada en dirección a la vertiente opuesta. Una amplia bahía se abría entre el cabo Fetiche y el cabo López, que se erguía más gigantesco y escarpado que el primero, hasta perderse en el océano en una profunda escotadura.

El caudal de agua comprendido entre los dos cabos estaba agitadísimo. Gigantescas olas, que iban aumentando cada vez más, rompíanse al fin con retumbantes bramidos, salpicando sobre multitud de bancos de arena que constituían una especie de barrera difícil de traspasar.





La costa, que formaba un inmenso semicírculo irregular, aparecía poblada de espesos bosques de mangles, entre los cuales veíase un espacioso claro que parecía invitar a pasar por él.

Hurtado recorrió la costa con una fugaz mirada y al fin descubrió una construcción que se levantaba a uno de los lados de aquel espacio libre. Mirando con más atención descubrió un punto luminoso que parecía brillar en el interior de aquella especie de choza.

—¡El barracón! —exclamó frotándose las manos—. ¡Aquella luz que se divisaba me indica que los costeros de Bango velan y nos aguardan!

Después oteó con cierta inquietud el horizonte occidental.

—¿Tú ves algo, Lucas? —preguntó al suboficial, que estaba observando con el catalejo.

Nada, contra maestre — respondió el joven.

—¿Estás seguro? No olvidas que los cruceros navegan con los fanales apagados.

—No veo absolutamente nada.

—¡Demonio! —murmuró Hurtado mesándose los cabellos—. ¿Dónde diablos se habrá ocultado esa maldita embarcación?

—Tal vez se refugió en cualquiera otra bahía. Los cruceros no son muchos, y vigilan una extensión de más de seis mil cuatrocientos kilómetros de costa.

—Sé muy bien que no son más de sesenta, y que la costa africana es inmensa. Pero, en fin, hagamos señales, y así se sabrá si debemos temer o no.

—¡Permítame unas palabras, contra maestre! —dijo un marinero.

—Habla, Balboa.

—¡Estará, quizá, entre el Ogobai y el Nazareth?

—Los costeros de Bango lo hubieran visto.

—Es que ahora se encuentran por el Gabón.

—No importa. ¡Pronto, recoged leña, y hagamos la señal!

Los marineros se desparramaron por la costa, y haciendo acopio de leña, formaron tres montones bastante separados entre sí.

Después de lanzar una inquieta mirada hacia Occidente, como si de aquel temiera la aparición del crucero, el tramaestre Hurtado prendió fuego a tres montones de leña.

En seguida levantáronse las llamas, nadas por un penacho de humo negro, formando de rojos matices las rocas de la costa.

El contra maestre, que había sacado del bolsillo un antiguo reloj de descomulgadas dimensiones, esperó que transcurrieran cinco minutos, y tomando un leño encendido lo agitó en sus manos.

Los marineros, en tanto, ocultos entre las rocas, no apartaban los ojos de la choza que poco antes había descubierto Hurtado. Parecían sumamente impacientes, y de vez en cuando miraban atrás, como si temieran una sorpresa desagradable.

De pronto se vieron varias sombras aparecer por las rocas, y luego brillaron en la oscuridad fugaces luces que aparecieron y desaparecieron.

—¡Muy bien! —murmuró el contra maestre—. ¡Los costeros nos esperaban!

—¿Vendrán los pombeiros? —preguntó Lucas.

—Desde luego; y si no vinieran, déjenos señales a la Guadiana. Todas las precauciones son necesarias en estos tiempos, sobre todo en estos parajes.

—¡Ya están ahí! —exclamaron a voces los marineros.

Una barca se dirigía velozmente hacia la punta que ocupaban aquellos hombres, y a pesar de ser impulsada sólo por remos avanzaba con extraordinaria rapidez. Manióbró muy hábilmente y sin peligro alguno los muchos bancos de arena que se ocultan en la bahía de Bango, yendo a atracar al pie mismo del peñasco.

—¿Quién vive? —gritó el contra maestre, apuntando con el fusil.

—¡Pombeiros de Bango! —le respondieron desde la barca.

—¡Adelante!

Dos negros de elevada talla y con una musculosa saltaron a las rocas, y aproximaron al contra maestre Hurtado, que seguía apuntando con su arma.

—¡Ah! ¡Sois vosotros, amigos! —les preguntó al verlos cerca—. ¡Ah! cer, se velaba en el barracón.

—Sí, lo esperábamos, contra maestre.

Hurtado —contestó uno de los negros—.

—¿Y cómo se encuentra Bango?

—Más gordo cada día.

—De lo cual me alegro —asintió el contra maestre—. ¿Están ya de vuelta los esclavos?

—Sí; están ocultos en el bosque.

—Buena carga, ¿eh?

—¡Quinientos negros.

—¿Visteis algún crucero merodear por la costa?

—Sí; hace tres días estuvo uno oculto entre el Nazareth y el Ogobai.

Nuestros espías vigilan las orillas de los ríos, y no lo vieron.

—Quizá se haya marchado.

—Sin duda alguna; pero si aparece nuestro pellejo, no demoréis en el caso. Bango está inquieto y ansiando la costa.

—Y yo más que él —respondió el contra maestre—. Así que ir a decir a vuestro rey que nos aliste pronto. ¡Aquí huele a pólvora, queremos irnos cuanto antes!

—Debo advertiros que Bango tiene chaqué, y no tiene ni una sola botella de vino.

—Yo dispongo de muchas para él.

—¡Está disgustado el muy bribón! Vamos, Lucas, que dentro de media hora estará aquí la Guadiana.

Los dos negros saltaron a su embarcación, empujaron los remos y se alejaron rápidamente.

Hurtado, enfocando el catalejo, examinó con calma el horizonte por la parte occidental, y después de mover tres o cuatro veces la cabeza como quien no está seguro de una cosa, expresó, dirigiéndose a los marineros:

—¡Dadme el espejo!

Así lo hicieron los marineros.

El contramaestre miró la luna, que aparecía en lo alto del firmamento, y volvió hacia ella el espejo, haciendo que los rayos del astro nocturno se reflejaran en el cristal.

Después un corto lapso vióse a gran distancia un rayo de luz, que de inmediato apareció en torno miles de puntos luminosos.

—¡Adelante, Guadiana! — murmuró Hurtado conteniendo un suspiro. — ¡Creo que por esta vez no bailaremos la danza de la muerte!

LOS CRUCEROS

De pie sobre las más altas rocas del promontorio, el contramaestre Hurtado, Lucas y los marineros seguían con ansiedad el avance progresivo que cada vez se observaba mejor de aquel punto negro que poco antes habían dividido en medio del océano, iluminado por la luna.

Minutos más tarde ya se distinguían perfectamente sobre el azul intenso del mar sus blancas velas, aunque la distancia era todavía enorme.

—¡Más de prisa, más de prisa! — murmuraba el contramaestre, dirigiendo inquietas miradas hacia el Oeste. — ¡Temo que el enemigo no esté lejos!

Media hora después la Guadiana rozaba los primeros bancos de arena del promontorio. Con una rápida y diestra maniobra viró de babor y evitó los bancos, entrando al fin a velas desplegadas en la amplia bahía, con una seguridad notable, sin tocar una sola vez en los arrecifes ni en la arena.

—¡Ah de la gente! — gritó una voz desde la nave.

—¡Al Nazareth? — preguntó Lucas.

—¡Al Nazareth! — respondió la misma voz.

—¡A los remos, muchachos! — dijo el contramaestre, que parecía muy gozoso. — Por esta vez el crucero no nos atrapa.

Descendió de las rocas seguido por sus marineros, atravesaron los bancos, que la bajamar había dejado casi al descubierto, y se embarcaron en la ballenera.

—¡Bogar de firme! — ordenó Lucas.

La rápida y ligera ballenera entró en la bahía, siguiendo el mismo camino que poco antes había recorrido.

Lucas empuñaba la caña del timón, y el contramaestre se puso a proa, provisto de un remo, para guiar mejor por aquel laberinto de escollos invisibles.

Estaban ya casi en medio de la bahía, cuando los marineros dejaron de remar súbitamente, lanzando una imprecación.

—¿Qué sucede? — preguntó el contramaestre con sobresalto. — ¿Habéis, quizá...?

La frase quedó trunca en sus labios.

—¡Una señal! — dijo con voz sorda.

A lo lejos, hacia el Oeste, donde el horizonte formaba una fina línea con el océano, un rayo de luz azulada serpenteaba en el aire. De pronto brotó de su extremo una lluvia de oro, y oyóse una detonación que alarmó a los tripulantes de la ballenera.

—¡Es una señal! — repitió Hurtado apretando los dientes y conteniendo su furor. — ¡Ya decía yo que por aquí olía a pólvora!

—¡Y a cuerda! — añadió el suboficial Lucas.

—¡A eso, no! ¡La cuerda está aún lejos; yo lo aseguro! ¡Esos perros no nos tienen todavía en sus manos, y la Guadiana luchará con el valor de una leona herida!

—¡Hum! — murmuró un marinero, sacando de la boca el trozo de tabaco que masticaba y guardándolo en el bolsillo. — ¡Tengo el presentimiento de que no voy a disponer del tiempo necesario para paladear mi tabaco!

—¿Qué murmuras tú, marinero de agua dulce? — le preguntó el contramaestre.

—¡Que no veo claro en este asunto, contramaestre Hurtado, y que esa nave que lanza cohetes no debe de estar sola!

—¿Qué quieres decir? — le preguntó ansiosamente el gigante.

—Que esa nave está comunicándose con otra y nos prepara una sorpresa entre dos fuegos. ¡Allí, mire usted, contramaestre! ¿No se lo decía yo?

—¡Por todos los demonios del infierno! — gritó Hurtado con furor.

En dirección Sur, y a considerable distancia, se había levantado una sutil línea de fuego, que, después de describir una gran curva, lanzó miríadas de brillantes luces que pudieron distinguirse a quince o veinte millas de distancia.

Ya no existía duda posible: en alta mar dos poderosas naves se cruzaban señales.

—¡Eran señales de socorro o, por el contrario, se relacionaban con los negros?

Si el mar hubiera estado agitado podría creerse que aquellas señales eran de socorro; pero, como las aguas estaban suma-

ATENCIÓN CORDIAL + ENSEÑANZA al minuto + DIGNIDAD PROFESIONAL - E. Z.

SIEMPRE TENDRA EN NOSOTROS EDUCADORES CONSCIENTES

El país necesita

TECNICOS

Se necesitan con urgencia Técnicos Expertos en distintos ramos. Sea usted uno de ellos, aprendiendo rápida y fácilmente una PROFESION MODERNA, con la que se asegurará un brillante Porvenir.

Un seleccionado cuerpo de expertos Profesores, entre los que figuran destacados Ingenieros, Arquitectos y Artistas, está al servicio de nuestros alumnos. Enseñan la Práctica para la Práctica y cumplen sus funciones con verdadero cariño y dedicación, al igual que nuestro Director, quien vigila personalmente los estudios de cada alumno.

Desde hace 27 años nos dedicamos — con éxito — a la preparación de TECNICOS, que hoy desempeñan Puestos DIRECTIVOS, en la Industria y el Comercio.

Usted puede confiar ampliamente en una organización como las ESCUELAS ZIER, prestigiosas por una invariable norma de conducta: CUMPLIR LO QUE SE PROMETE.

ESTA ES LA MEJOR OPORTUNIDAD DE SU VIDA. APROVECHELA en su beneficio.

QUIMICA INDUSTRIAL - AGRONOMIA - PETROLEO - AERONAUTICA - CONSTRUCTOR

Ingeniero Civil - Arquitecto - Constructor - Ingeniero o Técnico en Radio y Televisión (Cine Sonoro, Ampliación de Sonido, etc.) - Ingeniero Electricista - Electrotécnico - Ingeniero o Técnico Mecánico - Ingeniero o Técnico en Diesel - Ingeniero o Técnico Aeronáutico - Ingeniero o Técnico en Exploración de Minas y Petrólido - Ingeniero en Puertos y Camines - Normado Arado - Arquitecto Naval - Ingeniero Agrónomo - Agrimensor - Químico Industrial - Farmacia

Sobresante en Obras Sanitarias - Dibujo Comercial y de Publicidad - Jefe de Propaganda - Dibujo y Pintura - Caricaturista - Retratista - Deseño Artístico - Dibujo Lineal - Arquitectónico - Lineal Mecánico - Lineal de Ebanistería - de Herrería Artística - de Ornato - de Letras - Paisajista - Profesor de Dibujo - Vidrierista - Contador Comercial - Tenedor de Libros - Mecánica Dental - Piloto Aviador - Técnico en Argumentos Cinematográficos, etc. - OTORGAMOS DIPLOMAS.

Envíe este cupón HOY para triunfar MAÑANA.

Señor Director de las ESCUELAS ZIER
LAVALLE 500
Buenos Aires (Rep. Argentina)

Nombre.....
Ocupación.....
Calle.....
Localidad..... P. C.....
Me interesa el curso de:.....

Desee ser otro de sus alumnos. Envíe este cupón HOY para triunfar MAÑANA. GRATIS catálogos y datos para pasar dinero con la tranquilidad que nos da.

L. 169

Y * AMIGOS DE VERDAD * RESULTOS A AYUDARLO

El 42%

de nuestros alumnos estudia en los países SUD y CENTROAMÉ.

RICANOS, donde nuestros Cursos son la mitad más baratos que los de otras Escuelas; y mucho mejores.

LAS ESCUELAS DE MAYOR PRESTIGIO EN LAS AMERICAS

mente tranquilas, los cohetes significaban, a juicio de los tripulantes de la ballenera, algo muy grave para ellos.

Presumían que se trataba de la *Guadiana*, y que sobre todos se cernía un gran peligro.

Después de los primeros cohetes, ninguna señal luminosa surgió en el horizonte. Era vano los marineros lo miraban ansiosamente, y en vano también el contramaestre lo observaba con su anteojo largavista.

—Ante todo —dijo Hurtado con voz sorda—, es necesario no perder tiempo y avisar de inmediato al comandante. ¡Manos, pues, a los remos, y salgamos a toda marcha!

La ballenera se deslizó vertiginosamente sobre las aguas, y acercándose al barracón, ante el cual veíanse varios negros armados de lanzas y viejos fusiles, gritó el contramaestre:

—¿Está Bango en el río?

—Sí —le respondió el centinela.

—¿Habéis visto los cohetes?

—Sí.

—¿Pues mucha atención, si queréis beber buena ginebra!

—No hay temor!

La ballenera alejó en dirección al Nazareth, uno de los afluentes principales del Ogobai, y en el cual ya había entrado la *Guadiana*.

Este río, uno de los más extensos de aquel territorio, forma un gran delta y se esparce en un número infinito de brazos, de los cuales los más importantes son el Nazareth, el Mugia y el Fernando Vas, que por largo tiempo fueron considerados como ríos independientes.

Altísimas plantas ocultan sus márgenes, surcadas de pequeños cauces, en los cuales se guarecen voraces cocodrilos, ávidos siempre de presa. Entre estos canales extiéndese un inmenso bosque de mangles, que se prolonga diez o doce millas por el territorio dependiente del rey Bango.

En la época a que nos referimos ninguna factoría europea había querido afrontar las pestilentes emanaciones que desprendían de aquellos canales, y de los cuales huían hasta los mismos negros. El paludismo se enseñoreaba de aquella zona, y los indígenas no ignoraban que bajo aquellas altas hierbas se acechaba la muerte, ya en forma de feroz saurio, ya como fiebre galopante.

El olfato de los tripulantes de la ballenera ya había notado los primeros síntomas de aquel airal mortal, producto de la putrefacción de las aguas cenagosas, pero los negros se acostumbrados a todas las fatigas y a todos los climas, no eran hombres que se arredraran por semejante cosa.

La ballenera, guiada por la robusta mano de Lucas, cruzó la barra y entró en el Nazareth, casi oculto bajo una muralla de ramaje. Entre los árboles distinguíanse gigantescos mangles, que en aquellas regiones alcanzan una altura considerable; los álces inclinábanse graciosamente sobre las aguas, y también los árboles de hierro, así llamados por la extrema dureza de su madera. Los bambúes levantábanse de entre multitud de arbustos acuáticos, verdadera causa de las fiebres mortales, y en medio de aquel laberinto de vegetales de todas especies y dimensiones elevábanse estas las raras seculares baobabs, de dimensiones tan extraordinarias, que puede afirmarse que cada uno de ellos constituye por sí solo un verdadero bosque.

En tan enorme masa de verdor, los marineros, con profundo espanto, oían por doquier ruidos, aullidos, silbidos, y poderosos mugidos, ruidos inarticulados;

en fin, una ensordecedora sinfonía entonada por las bestias feroces que moraban en aquel bosque maldito.

—¡Esto es un verdadero parque zoológico! —exclamó bromeando el contramaestre—, ¡Cocodrilos, serpientes, hipopótamos, tigres, rinocerontes y leones descubulan por los alrededores! ¡Compaderece a los súbditos del pícaro Bango, que son los que deben proveer de carne a estos señores de la selva!

La ballenera, que continuaba con gran rapidez río arriba, hallóse luego de algunos minutos ante una profunda ensenada, a cuya orilla se veían varias cabañas, junto a las cuales agitábase una multitud de negros.

La *Guadiana* había echado anclas ya en aquel lugar, y su tripulación se ocupaba en arriar las velas.

Con unas pocas bogadas más logró atracar la ballenera a babor de la *Guadiana*, y el contramaestre subió por la escala con la agilidad de un mono, no obstante su edad y su corpulencia.

—¿Dónde se encuentra el capitán? —preguntó abriéndose paso entre los marineros que había sobre cubierta, y que se ocupaban en sacar de la estiba gran cantidad de lanzas, fusiles y armas blancas, que colocaban junto a la amura.

—Allí está, a proa, contramaestre Hurtado —dijo un timonel—. ¡Hay alguna novedad?

El interrogado se alejó rápidamente sin responder, dirigiéndose hacia un hombre que daba órdenes a un grupo de marineros reunidos en la cubierta de proa.

Aquel hombre tendría más o menos unos treinta y cinco o treinta y seis años. Era de estatura elevada, cuerpo atlético, aunque estilizado, piel de color azulado, y con ojos de un negro tan brillante que lo envidiarían las mujeres. Una barba negra cortada a la americana enmarcaba su rostro, notándose de inmediato que aquel individuo debía de estar dotado de un valor extraordinario y de una audacia a toda prueba.

El capitán Vasconcelos, de origen brasileño, aunque su nave ostentaba la bandera portuguesa, gozaba fama de ser uno de los más audaces negros que en aquellos tiempos surcaba el Atlántico.

No se arredraba ante ningún peligro. Con extraordinaria sangre fría desafiaba las más violentas tempestades, y sabía hacer frente a los cruceros que en las costas africanas aguardaban su paso y trataban de impedir el comercio de esclavos. Verdadero aventurero, siempre estaba dispuesto a todo; nada le asustaba y desafiaba al mayor apuro como la muerte, viniése esta de cualquier lado.

Vanamente le perseguían los cruceros para capturarlos y ahorcarlos como doce años antes habían hecho con su padre, sorprendido por dos navíos ingleses de guerra que lograron darle caza.

El capitán Vasconcelos había hecho ya numerosos viajes desde la costa de África al Brasil, siempre con cargamento de esclavos, y aunque ya había logrado una considerable fortuna, no pensaba retirarse de aquella vida.

Su azarosa existencia actual, llena de peligros y de grandes emociones, ejercía en él una fascinación extraña, y no se decidía a despedirse de aquel océano ni a transferir su *Guadiana*, barco que amaba como algo consustancial consigo mismo.

Al ver ante él a Hurtado, trémulo y con la mirada inquieta, comprendió que algo grave debía haber ocurrido cuando se asustaba aquel gigante, que sabía que era muy difícil de conmovér.

—¿Eres portador de alguna mala noticia, Hurtado? —le preguntó acercándose.

—Sí, capitán, de una muy grave —respondió el contramaestre.

—¿Supongo que no habrá fuego a bordo? —dijo Vasconcelos sonriendo.

—¡No, por cierto! ¡Preferiría ir a morir a lo que temo que va a suceder!

—¿Vamos a ser bloqueados, capitán?

—¿Por quién? —preguntó Vasconcelos arrugando la frente.

—Por los cruceros.

—¿Están cerca?

—Sí, capitán.

—¿Cuántos son? —preguntó el capitán con voz tranquila.

—Dos, si no me equivoco.

—¿Estás seguro?

—He visto en el horizonte las luces de dos cohetes.

—¿Tratan de darme caza? ¿No les importa la vida de mi padre? ¿Pues tengan cuenta que la piel del hijo es muy cara, y que aun no se ha trenzado la cuerda con que han de ahorcarme!

Permaneció unos momentos silencioso y después añadió:

—¿Crees que penetrarán en la bahía? —Hay en ella muchos bancos, capitan, para ser de avernento entre los dos de los montorios. Mi creencia es que nos correrán afuera.

—¿Pues tendrán que correr bien rápido, Hurtado! ¡La *Guadiana* no tiene mucha velocidad!

—Pero no se olvide que son dos, y que pasaremos entre los dos bancos, ¡y pobres de ellos si se ponen a prueba! ¡Nuestro espólon es sólido y atravesará de parte a parte!

—¿Que deba hacer yo?

—Preparar los cañones y las armas necesarias que dentro de cuatro horas terminados todo, para salir aprovechando las tinieblas.

—En consecuencia, ¿debemos alejarnos de la bahía esta noche?

—Desde luego, Hurtado.

—Es que Bango...

—Procederá con toda prisa, o se quedará con sus esclavos. ¡Señor Kardel, este se aproxima de inmediato.

Aquel hombre era el segundo comandante de la nave negra. Tendría treinta y cinco años de edad; era de regular estatura, cuerpo macizo y cuadrado, que descansaba sobre un cinto y grueso semejante al de un toro.

A primera vista se hacía antipático, pero a medida que se iba conociendo, el bordo de la *Guadiana* no contaba amistades. Inspiraba indeterminado y gozoso terror.

La palidez casi cadavérica de su piel, los ojos sin vidrios, la sombra de la y las duras facciones, que acentuaban una ferocidad mal disimulada, así sus modales adustos y rudos, causaban un efecto deplorable en los que le veían por primera vez.

—¿Quién era aquel sujeto? Los marineros lo ignoraban, y ni aun el capitán había podido decirlo.

Tan sólo se sabía que era bretón y no ostentaba sus modales y defectos de marinero dispuesto a todo y rígido en el vador de la disciplina que imperaba a bordo.

Tres años antes le encontraron en chalupa perdida en medio del Atlántico, y de inmediato fue admitido como tripulante. Sus condiciones no eran las profundas conocimientos que tenían los negros y de la trata, y su valor personal, le granjearon el aprecio del capitán Vasconcelos, que estimaba a los valientes.

y seis meses después le nombró su segundo.

En torno a aquel bretón corrían entre los tripulantes mil sombrías historias: unos afirmaban que había sido cazador de esclavos, otros decían que fuera pirata y que sobre su conciencia pesaba la muerte de muchos semejantes, no faltando los que aseguraran que era un evadido de presidio. El hecho es que ninguno le apreciaba, pero todos le temían, y que hasta el propio capitán le miraba con cierta prevención.

—Señor Kardec —dijo Vasconcelos saliendo al encuentro—, estamos a punto de ser bloqueados.

El bretón no se inmutó.

—¿Me ha oído usted? —le preguntó el capitán.

—Sí, señor —respondió el segundo con voz tranquila.

—Pues bien, como no deseamos que nos ahorquen, embarcaréis en una ballenera y saldréis a acechar las naves enemigas a la desembocadura del río.

—¿Y después?

—Dentro de tres horas justas nosotros bajaremos por el Nazareth, y usted vendrá a comunicarme lo que haya visto.

—Está bien, señor —respondió el bretón.

—¡Y ahora —dijo Vasconcelos dirigiéndose al contramaestre —vamos al encuentro de ese famoso rey Bango!

BANGO, EL REY NEGRO

La época en que se desarrollaban los acontecimientos a que nos estamos refiriendo era el año 1858. Y el rey Bango se hallaba en el apogeo de su poder. Sus tropas habían conquistado los países circunvecinos y agrandado los límites de su reino hasta la desembocadura del Ogobai, amenazando absorber a la numerosa tribu de los *bacalaos*, que ocupaban una dilatada extensión en las márgenes de aquel río.

Este rey, borracho y feroz, ejercía en gran escala el nefasto tráfico de negros, entendiéndose directamente con los negros.

Avaro, como todos los reyezuelos negros, mantenía gran parte de su pueblo sobre las armas para lanzarlo contra esta o la otra tribu del interior, a fin de no tener nunca falta de esclavos el barracón que había mandado construir en la costa. Cuando escaseaban los esclavos, aquel miserable vendía sus propios súbditos.

A su majestad negra no podía faltarle ron, aguardiente y otras bebidas espirituosas, que solamente podía obtener de los negros; y cuando carecía de ello era capaz de convertir a sus súbditos en alcohol.

Este vil monarca tenía organizada una activa vigilancia sobre una gran parte de la costa, y gracias a ella avisaba con anticipación a los negros el peligro que corrían, si había cerca alguno de los cruceros ingleses, franceses o americanos que vigilaban sin cesar la amplia bahía de López.

Sus pombeiros —nombre con que se designa a los negros encargados de conducir las caravanas de esclavos— estaban escalonados por toda la costa para comunicarle la llegada de los buques negros.

En un barracón enorme encerraba siempre ciento o ciento cincuenta esclavos, antes de ser estibados en la sentina de los navíos negros, y muchas veces tenía que conducirlos a toda prisa al interior para que los cruceros, al inspeccionar las costas, no los viesen.

En la margen izquierda del Nazareth es-

taba este barracón suplementario, porque sólo los buques negros se aventuraban por dicho río.

Tan pronto ancló la *Guadiana*, Bango salió de su cabaña real, y, acompañado por sus magos, sus grandes dignatarios, sus guerreros y sus trescientas mujeres, marchó al encuentro del capitán Vasconcelos, a quien conocía desde tiempo atrás, y al cual quería recibir dignamente por saber que trataba los negocios con más esplendidez que los otros negros.

Bango contaba en aquella época poco más de treinta años; pero la vida desordenada que llevaba y el abuso de los licores y del vino de palma le habían envejecido de tal modo, que por su aspecto podían calcularse más de cincuenta años.

Para recibir a Vasconcelos púsose su traje más vistoso, que lo tornaba más ridículo que de ordinario. En su cabeza

ostentaba un dorado casco de bombero, y sobre él la corona real, que era de similar, cuajada de trozos de vidrios de colores. Sobre su desnudo cuerpo lucía un frac lleno de cordones dorados y de grandes botones de cobre. Un sinnúmero de brazaletes y collares de cuentas de vidrio completaba el atavío de aquel monarca de negros, el cual saboreaba con deleite un trozo de jabón ordinario, color de rosa, perfumado con una esencia barata.

Vasconcelos, el contramaestre Hurtado y media docena de marineros armados, pues era menester precaverse de aquella gente, muy capaz, si hubiera podido, de apoderarse del buque, desembarcaron al pie del gran barracón, entre los gritos de alegría de la pintoresca corte de Bango y las salvas que con sus anticuados fusiles hicieron los soldados de la escolta del rey de opereta.



¡No abandone los catarros!

Mucha gente no presta atención a sus catarros, exponiéndose a las peligrosas consecuencias que pueden derivar de un catarro abandonado.

El catarro se combate fácilmente tomando, al tiempo de acostarse, una cucharada del Jarabe de Bronquialina Ruxell, seguida de una infusión o ponche bien caliente. Otras cucharadas más durante el día complementan el tratamiento, salvo opinión contraria de su médico.

El Jarabe de Bronquialina Ruxell, cuya fórmula ha sido mejorada, constituye un tratamiento agradable, libre de acción secundaria y de efecto benéfico en casos de catarros crónicos o rebeldes.

Indicado también tanto para adultos como para niños.

**JARABE DE
BRONQUIALINA RUXELL**

Desinterés



—No me opongo a que me regale algo útil, como ser: joyas, flores o bombones. ¡Pero ahora ha comenzado a enviarme libros!

al Congo o a la Coanza, donde con seguridad me los darán más baratos que tú.

—Sí; pero los cruceros te prenderían.

—Eso es cosa mía. Conque, ¡hacemos trato?

—Me pones tan corto plazo...

—¡Basta, Bangó! Te dije que tratan de darme caza dos cruceros que me esperan fuera de la bahía.

El astuto negro, que sólo trataba de sacar el mejor partido de aquel negocio, viendo que Vasconcelos estaba resuelto a marcharse sin los esclavos, decidió llevarle al pombo, lugar en que se finiquitaban las negociaciones.

Seguido de los magos o *gangas* y de los principales dignatarios, condujo al capitán y a sus hombres al interior de un barracón, donde ya había hecho disponer un trono, consistente en un viejo sillón europeo colocado sobre una monstruosa cabeza de cocodrilo, símbolo o emblema del poder de su tribu.

El capitán Vasconcelos distribuyó las botellas que para ese fin llevaban sus marineros, y que contenían aguardiente y ron de alta graduación. Sin este reparto inicial de bebida no había trato posible, pues los negros no saben ultimar sus negocios si no tienen una botella en la mano, visto que aprovecha el negro para engañarlos al final, sacando provecho de su embriaguez.

De ordinario, el negocio de una compra de esclavos requiere largas e interminables discusiones, que concluyen siempre en una bonanza general, sin llegar a un acuerdo definitivo. Los negros, como los gitanos, gustan mucho de la charla en los negocios, y no les importa perder doce o quince días en realizar una venta, sobre todo cuando esta venta es de esclavos, y los compradores, como ya está establecido, tienen que pagar la bebida que durante la negociación se consuma.

Empezian por pedir el doble o el triple del valor del esclavo o de la mercancía, y van rebajando poco a poco, a costa de abundantes libaciones, hasta que el comprador tiene ya agotada la paciencia y, sobre todo, la provisión de bebida.

Vasconcelos, que, como ya dijimos, no estaba para perder tiempo, quería ultimar cuanto antes su compra de esclavos, para escapar de los cruceros aprovechando la negrura de la noche.

—Escuchame, Bangó —dijo al rey, que bebía con la mayor avidez posible—; después beberás.

—Habla, capitán; pero te repito que los esclavos subieron de precio.

—Ya me lo has dicho; mas eso no es verdad, Y aunque lo fuese. En el Congo el ébano vivo está sumamente barato.

—Sí; pero el Congo está lejos.

—Mi nave es muy velera. Y basta de hablar. ¿Cuántos esclavos tienes?

—Trescientos hombres, todos vigorosos y sanos. ¡La flor de los guerreros!

—¿Y mujeres?

—Ciento ochenta, jovencitas y saludables.

—¿Qué precio pides?

—Déjame pensarlo. ¡Te apuras tanto como tu nave!

—Te dije ya que corro aquí peligro de ser apresado por dos cruceros.

—Tras de asustarme? —gruñó el rey temblando de miedo y mirando a su alrededor, para convencerse de que aun permanecía a su lado la escota.

—¿Para qué? Yo sé que tú no puedes tener miedo, porque eres un rey poderoso y valiente.

—¡Es verdad! —dijo Bangó enfáticamente—. ¡Yo no tengo miedo!

—¿El precio?

—Te advierto que los esclavos son...

—Déjate de vueltas, o juro por tus tichés que voy al Congo por los esclavos.

—¿Quieres dejarme sin aguardiente?

—No, no, que me aborrecerán mis jeres!

—Y tú estómago lo sentiría aún más...

—añadió el contramaestre Hurtado.

—¡Basta, con mil demonios! —exclamó Vasconcelos, que ya iba perdiendo la paciencia—. ¡El precio, o levo anclas ahora mismo!

—¡No hay que encolerizarse, capitán! —Es, como conozco tus artimañas.

—¿Te repito!

—¡Todavía he bebido muy poco.

—¿Acabarás?

—Está bien. ¿Tú quieres saber el precio? Te advierto que la mercancía ha crecido. Los *bacalaos* se defienden con demonios, y no se puede tomarlos baratos. En el último combate me mataron trescientos hombres, y por lo menos dejaron mil fuera de combate.

—¿Quieres concluir? —preguntó el capitán Vasconcelos, haciendo ademán de vantarse.

—Sí; pero es que te expongo los pelis que cuesta traer esclavos.

—¿Eso no me interesa!

—¿Sabes que he perdido a mis mejores hombres por apresarlo a mis jeres?

—¿Sabes que he perdido a mis mejores hombres sólo por apresarlo al jefe Niombo?

—¿Niombo? ¿Quién es ese hombre?

—El negro más terrible del África.

—¿Un hombre que posee una fuerza de Hércules y que, si no lo capturo, truye todo mi reino.

—¿Era también un rey?

—Sí; era un rey poderoso, y todos los caciques de la corte le rendían tributo.

—¿Viene del interior?

—¿Quién lo sabe! Se murmura que es hijo del rey de los *cacangos*; y si esto es cierto, por lo menos tiene en sus venas sangre real.

—¿Y cómo lo has hecho prisionero?

—Los míos lo sorprendieron descuidado, pero, así y todo, defendió tan bravamente su libertad, que luchó como un león.

—esgrimiendo una poderosa maza, me mató treinta guerreros.

—¿Me lo cederás?

—Sí; mas como se trata de un gran jefe, tiene el valor de diez esclavos.

—Lo veremos.

—¿Pero...?

—¡Quiero algo más que decirme!

—Sí. Me quiero deshacer igualmente de una esclava. Es una mulata superior.

—¿Ajá! ¿También haces esclavos y mestizas?

—Sí; y aunque ésa es hermosa como día, no quiero tenerla conmigo. Es pantera y ha estrangulado ya a tres mis mujeres.

—¿Qué patraña es la que me estás contando? ¿Cómo puede haber una mulata en este país de negros?

—Muy sencilla. El padre de esa mulata, que era un gran rey, como yo, entre sus trescientas mujeres una de ellas era blanca, quizá portuguesa.

—¿Despiertas mi curiosidad, Bangó? ¿quieres, te compro a Niombo y a la lata.

—Y yo te los vendo gustoso, porque francamente, los tengo miedo.

—Este asunto lo trataremos por separado. Ahora dime el precio de tus negros.

—El tiempo pasa y no quiero dejarme prender.

—Por cada adulto cien *pannos*; las

Bangó avanzó con mucha gravedad hasta llegar cerca del capitán, a quien estrechó la mano, según la costumbre europea, y en seguida se apoderó de una botella de aguardiente que le alargaba el contramaestre, y la apuró de un solo trago.

—¡Es del mejor! —dijo, como buen catador—. ¡Sin este estimulante no hubiera podido hablar, capitán! ¿Cómo estás? ¿Y tu gente? ¿Me traes mucha bebida? Mi botega está vacía y tanto mis pobrecitas mujeres como yo nos morimos de sed. Hace tres lunas que te espero y que ansío echar un trago de ron.

—¡Basta! —dijo rudamente Vasconcelos—. ¡No he desembarcado para escuchar tus estupideces, Bangó! Tengo contados los minutos, y si no salgo pronto de aquí, corro un peligro grave.

—¿Un peligro?

—Sí; dos cruceros me esperan en las afueras de la bahía.

Bangó dejó caer la botella de sus manos, y su piel, negra de ordinario como el carbón, se puso grisácea.

—¿Eso quiere decir que yo también corro peligro? —gimió—. ¡Y mis *gangas* que no me han dicho nada! ¡Voy a arrojarnos al río como pasto de los cocodrilos!

—Deja tu gente en paz, y escúchame sin hacerte perder tiempo. ¿Cuántos esclavos me tienes dispuestos?

—Quinientos veinte.

—Necesito sesenta.

—Los completaré con ochenta súbditos míos.

—Tus súbditos te los dejo, pues son tan viciosos como tú. Es necesario que dentro de tres horas esos esclavos estén en mi buque.

—¡Imposible, capitán! En tres horas no puede ultimar un negocio tan considerable. Déjame siquiera tiempo para poder beber a gusto.

—Si tienes urgencia en desprenderte de esos esclavos, ya me los venderás sin gran demora.

—Es que los esclavos subieron de precio: el trueno ha caído aquí se hace cada día más peligroso, y...

—¡Te conozco, viejo chacal! No comienzas con tus artimañas, o, de lo contrario, largo velas y voy a proveerme de esclavos

eres setenta, y a cincuenta los niños. Ya ve que Bango no puede estar más modernizado en sus pretensiones.

—¿Lo que tú eres es un ladrón! —dijo el capitán Vasconcelos levantándose, ejemplo que siguieron sus marineros.

—¿Adónde vas? —le preguntó el monarca asustado.

—A llevar anclas! ¡En otra parte hallaré vendedores más honrados que tú!

—Es que la carne negra vale mucho!

—Yo ya no la quiero!

—Dame una botella de ron, y te prometo que nos entenderemos!

—No quiero perder más tiempo!

—Pero ¿quieres que te regale mis negros?

—No; por cada uno de ellos te doy ochenta paninos, sesenta por las mujeres y cuarenta por los chicos. ¡Ni un cobre más!

—Pon una botella de ron por cabeza.

—¡Vaya por la botella!

—Y un pañuelo de algodón para cada una de mis trescientas mujeres.

—También lo acepto.

—Y un barril de pólvora para mis guerreros.

—¡Asimismo querrás un gran navío! —añadió el contramaestre Hurtado burlándose.

—¡Y sogas para ahorcarlos a todos! —dijo Vasconcelos—. ¡No te dará nada más de lo dicho!

—Es que...

—¡Basta, o me voy! Dentro de dos horas quiero estar lejos de la bahía. Así que llévame a ver los esclavos.

EL TRAFICO DE ESCLAVOS

¡La esclavitud! A la sola mención de esta palabra, todas las fibras de nuestro ser se sacuden como azotadas por la evocación de aquel nefasto período en que el comercio más inhumano y más espantoso se practicaba. Palabra que aun en la actualidad causa verdadero terror en todo el continente africano, pues ella suena a barbarie, a martirios y a injusticias sin cuento.

Fué una verdadera infamia, un crimen sin parangón, el considerar como degenerada a la raza negra, por el color de su piel, para equiparar poco a poco sus individuos a una especie de animales destinados a las rudas labores agrícolas, sin más ni menos que si se tratara de simples animales.

La continua demanda de negros por parte de los plantadores americanos, que veían prosperar en grado sumo sus inmensas haciendas gracias a los robustos brazos africanos, hizo nacer el llamado tráfico negro o de ébano vivo, y con él la caterva de cazadores de hombres que tan terrible fama debía de alcanzar en el mundo entero.

Parece increíble que una idea monstruosa, propia de una nación culta, por inconmensurable aberración del momento, pudiera extenderse luego por otros países, que llegaron a hacer del vasto continente africano el teatro sombrío de sus escenas de exterminio y de sangre. Frondosos bosques y dilatadas llanuras de belleza incomparable, que durante millares de años fueron sólo centros de vida para los seres de la Creación, vieron alterada su proverbial quietud por el estrépito de las armas de fuego. Y los pobres negros fueron cazados como fieras, resonando en aquellos montes, valles y ríos, apacibles durante siglos y siglos, feroces gritos de venganza y guerra, gemidos de moribundos, ayes de heridos, sollozos de madres que veían arrebatados los hijos, mientras

los padres y maridos sucumbían en defensa del hogar deshecho; y los que no tenían la dicha de morir iban allá, a tierras lejanas, a perecer en el campo, bajo el latigo implacable de los que se decían y consideraban hijos de la civilización y de la cultura...

Quedaba una poderosa tribu no que habita al paso de los negros más que brasas humeantes de chozas incendiadas y cadáveres de pobres vencidos, que las fieras, al caer la noche, se encargaban de convertir en limpios esqueletos.

Ni un solo vivo quedaba allí para contar; había pasado la devastadora tromba de los negros y todo fuera destruido. Si alguno sobrevivía, ¡desdichado!, mejor hubiera sido para él morir defendiendo su hogar.

Después de ser apresados se los encadenaba con una doble barra de madera al cuello, que los une dos a dos, en marcha hacia la costa, donde los esperan los navíos siniestros.

Hombres, mujeres, niños, todos marchan unidos, rodeados de guardias que los azotan con el látigo, desgarrándolos sus flageladas carnes.

Todo intento de fuga es imposible; toda sublevación, funesta para ellos, porque los cazadores de hombres no tendrán piedad para nadie. Aquella larga cadena de desventurados marcha durante semanas y meses a través de los bosques y de los ríos, mal nutridos, sin descansar apenas y sufriendo sobre sus cráneos los quemantes rayos de un sol abrasador.

Todo lo que se detenga! Los látigos y aguijones martirizarán sus carnes, y hombres, mujeres y niños irán quedando en el camino como huella terrible del paso de una de aquellas caravanas.

No importa que los infelices esclavos caigan a centenares. La carne negra abunda; y los que mueren son en seguida reemplazados por otros...

Los sufrimientos, el hambre, la sed, las largas jornadas de marcha, la sofocación que les produce el madero que rodea su cuello, no importan nada; y si en la travesía mueren a cientos, de inmediato tienen los negros doble número de víctimas.

¡Pobres hijos del África!

Los primeros que caen en el camino son los niños, los más débiles, y lejos de recibir un consuelo, un alivio en su vía crucis, lo que reciben es un tremendo golpe en el cráneo, y allí quedan para pasto de las fieras, que muchas veces los devoran, palpitantes aún, ante los, mismos ojos de sus padres, enloquecidos por la angustia.

Así van cayendo niños, hombres y mujeres; pero la columna sigue su inhumana marcha, dejándolos abandonados, sin fuerzas y con la horrorosa perspectiva de que los destrocen las fieras que acechan su paso.

Los que pueden sobrevivir a tanto martirio hacen desesperados esfuerzos por no caer, por seguir adelante, y sufren los lacerantes latigazos de sus verdugos, de la salvaje horda que los lleva a la costa del inmenso océano.

Han salido más de mil esclavos, y llegan apenas seiscientos. Los demás quedan allí en el camino, marcando con sus esqueletos calcinados por el sol la vía de sangre y de lágrimas que los supervivientes cruzan.

No todos los que llegan a la costa son embarcados. Muchos de ellos terminan el viaje en completo estado de postración por las fatigas y privaciones, y como el reponerlos exigiría un tratamiento largo y costoso, sus verdugos prefieren matarlos.

UN ADELANTO ASOMBROSO EN RADIO



"INTERNEX MIRACLE" SINTONIA POR PERMEABILIDAD! ELIMINACION POR COMPLETO DEL CONDENSADOR VARIABLE

- Sintonía en onda corta aún más fácil que Broadcasting.
- Cada banda abarca todo el dial.
- Verdadera "BAND SPREAD" (Bandas Enchanchadas como lo hacen en EE. UU.)
- 5 BANDAS 19-25-31-45 metros y Broadcasting.
- Sintonía Automática. ¡Magnífica por su sencillez! ¡Tan exacto que se usa en onda corta!
- Tonalidad sobria y enorme poder.
- Selectividad asombrosa por la etapa de R. F.
- Dial enorme y calibrado en onda corta.
- Conexión para fonos.

Pidan folletos a:

SVENDSEN & Cía. S.R.L.
ESPECIALISTAS EN ELECTRICIDAD, RADIO
Y REFRIGERACION EN EL CAMPO
Tacuari 362-Buenos Aires-U. T. 34-1543

GUITARRAS

Desde \$ 10.- hasta \$ 1.000.-

MÉTODOS - MUSICA
CUERDAS

CREDITOS

a 10, 15 y
20 meses

Componemos
GUITARRAS

Remitimos

Catálogos GRATIS

Antigua CASA NUÑEZ

Sue. DIEGO, GRACIA y Cía. - Fabricantes desde 1970
SARMIENTO 1573 - U. T. 35-6164 - Bs. As.

Dr. ROMEO J. MESSUTI
Médico Cirujano del Hospital Zubizarreta - Cotts. de 15 a 17
VALLEJOS 4645
U. T. 50-0224

Dr. ANIBAL O. DE ROA (h.)
Enfermedades de la Piel, vórices, úlceras (electrocoagulación)
De 17 a 20
VIAMONTE 830 Pedir hora. U. T. 35-6493

Dr. ALFREDO S. RUGIERO
Méd. Cirujano - Clínica Méd. Vías resp. - Rayos X
CORDOBA 1853 Lunes, Miér. y Viernes U. T. 44-4780

Dr. ANGEL E. DITULLIO
MEDICO CIRUJANO
Especialista Oídos, Nariz y Garganta
Huera York 4020 U. T. 50-4278

Doble razón



—Necesito que me aumente el sueldo, patrón. ¡Soy bígamo!

Los más fuertes reciben una alimentación abundante, y los débillos descansan, se les conceden algunas horas de libertad relativa, y así los reponen y robustecen para valorizarnos más.

¿Adónde los conducen? Ellos lo ignoran; pero todos han oído hablar del látigo con que los castigan, y algunos creen que van a servir de alimento a los hombres blancos. En esta angustiosa alternativa permanecen hasta que llega a tierra la nave negra.

Embarcados, se les hacina en la bodega, donde deben permanecer amontonados en reducidos espacios.

El viaje en tan horribles condiciones dura dos meses, y a veces cuatro. Las enfermedades contagiosas no tardan en desarrollarse entre los negros, causando verdaderos estragos. Pero, ¿qué importa? Aunque de mil esclavos lleguen trescientos al fin del viaje, bastan para hacer un gran negocio en América; principalmente en el Brasil y en las islas del golfo de México se paga a buen precio el ébano vivo.

Al fin son desembarcados los últimos supervivientes de aquella hecatombe humana; pero sus dolores no han terminado aún; en las plantaciones les aguardan penas infinitas. Trabajan desde el alba hasta ponerse el sol; los débiles y los enfermos pagan con la muerte su escasez de fuerza, y los que pretenden librarse de aquella inabarcable serie de martirios son cazados como bestias feroces y suelen morir bajo las dentelladas de los perros.

Sus tribulaciones y miserias no concluyen ni con la muerte, pues sufren el dolor supremo de exhalar el último suspiro lejos de sus frondosos bosques, de sus placidas llanuras, de la tribu que los ha visto nacer, de sus hijos, de sus hermanos, de sus padres, a quienes nunca más verán, pues sus ojos se cierran para siempre en una tierra extraña, que fué para ellos cruel.

En el siglo XVIII se lanzó el primer grito, la primera protesta contra tanta barbarie. Y las naciones se decidieron al fin a escucharla. Francia abolió la esclavitud

de sus colonias; Inglaterra, en 1809, proclamó la libertad de sus negros, y los Estados Unidos de Norteamérica elevaron la jerarquía social del negro al mismo nivel que la del blanco. Pero eso no bastaba: era preciso destruir los navios negreros, que continuaban trasportando millares y millares de esclavos a las colonias españolas y portuguesas, en las cuales todavía subsistía la esclavitud.

Para el cumplimiento de tan humanitaria idea surgieron los cruceros, que se escalaron a lo largo de la costa africana con el fin de capturar a los navios negreros y ahogar a sus tripulantes. ¡Vanos esfuerzos! Sesenta navios no bastaban para vigilar un continente tan extenso, y la esclavitud continuó, la barbarie perdura, y lo mismo en el centro que en la costa de la negra Africa, despiadadas bandas de cazadores de hombres se multiplican cada día, y el ébano vivo sigue siendo materia comerciable.

¿Cesará algún día esta expresión de odio y vergüenza? En el mar la esclavitud ha terminado. La proclamación de la libertad de los negros en el Brasil, último país donde subsistía, dió el golpe de muerte a los navios negreros; pero aun dura en Africa, y durará hasta sabe Dios cuándo.

Ej día que cese, la paz reinará en todas las tribus, que serán felices a la sombra de sus selvas maravillosas y sus oasis de leyenda, que olvidarán con el tiempo la sangre y las lágrimas derramadas por tantos millones de esclavos arrancados brutalmente de sus países nativos, y que podrán de nuevo realizar sus fiestas litúrgicas y entonar himnos a la vida.

CARGAMENTO DE CARNE HUMANA

En las proximidades del río, y circundado por una inextinguible empalizada, alzabase el barracón del rey Bango, donde numerosos guardias armados de fusiles y sables montaban vigilancia.

En aquel barracón, y verdaderamente hacinaos, los negros aguardaban desde hacinaos días la llegada de la siesta nave que debía alejarlos para siempre de la costa africana. Acurrucados por todos lados, permanecían sombríos y taciturnos; los hijos abrazados a sus madres, los hermanos a las hermanas y los maridos a sus mujeres, de las cuales debía separarlos en América la voluntad cruel de un comprador inhumano. Los más vigorosos e indómitos, cual fieras en sus jaulas, daban saltos tras la empalizada, maldiciendo contra el destino, que los había hecho esclavos. Casi todos ellos ostentaban indelebles cicatrices, reveladoras de sus sufrimientos.

No bien entró el rey acompañado del negro y su tropa, los esclavos se levantaron, y un sordo murmullo de protesta se dejó escuchar por todo el barracón.

Si aquellos quinientos desgraciados, exacerbados por las privaciones sufridas, hubieran podido apresar por un solo momento a aquel rey borracho y despreciable, con toda seguridad que no hubiera podido consumir su venta al hombre blanco; sólo el miedo a aquellas mortíferas armas les impedía lanzarse como toros furiosos contra aquellos traficantes.

Los saltos de bestias poderosas, los gritos de furor impotente, las miradas torvas que lanzaban sombríos relámpagos, los puños apretados y los músculos ansiando distenderse demostraban claramente el odio que encerraban en sus corazones.

—¡Demonio! —exclamó el contramaestre Hurtado—. ¡Qué aire malsano se respira aquí, amigo Bango! ¿Y ésta es la her-

mosa colección de negros que has recolectado?

El capitán Vasconcelos, cada vez más impaciente, dió una vuelta al barracón acompañado de varios negros provistos de látigos, deteniéndose de vez en cuando para examinar a este o al otro esclavo. Después, visiblemente satisfecho, volvióse hacia el rey, que había permanecido a distancia prudencial.

—¿Me conviene el cargamento —le dijo—. Pero ¿dónde se encuentra Niombé?

—Lo tengo encerrado en una cabana —respondió Bango—. Ese hombre me los hubiera insurreccionado a todos éstos.

—¿Y la mulata?
—Está a su lado.
—Deseo verlos.
—¿Me los pagarás doble que los otros?
—Te lo diré cuando los vea.
—¡Sígueme!

Bango, siempre acompañado de su escolta, llegó a la extremidad del recinto y entró en un departamento guardado por numerosos soldados.

El capitán Vasconcelos, que le había guiado presa de una viva curiosidad, dio en el centro, tendido sobre una esterilla, un negro de colosal estatura, que podía considerarse como uno de los más soberbios tipos africanos que hasta entonces viera.

Tendría seis pies de talla, el pecho ancho, anchas espaldas, miembros musculosos y, como contraste en aquel gigante, sus extremidades eran elegantes y finas y manos casi femeninas. A primera vista se comprendía que aquel magnífico ejemplar de la raza negra, además de fuerza inmensa, debía de tener una dulzura de simio.

Al ver entrar a aquellos hombres levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho, mostrando una hermosa fisura en la que no había esas deformaciones características en los hombres de raza negra.

De frente ancha, nariz recta y fina, labios un poco gruesos, de rojo subido, rasgos enérgicos y bien delineados. Sus ojos eran negros, vivaces y de un brillo extraordinario.

Al ver a Bango, que se mantenía cerca de la puerta, el gigante dió un salto a la fierra, sacudiendo furiosamente la cabeza que le sujetaba las muñecas y los tobillos, pero no pronunció ni una sola palabra.

Acurrucado sobre una esterilla, cercado por la escolta, una joven mulata, cuyo cuerpo aparecía mal cubierto por una ligera celosina sujeta a la cintura con una cinta de color rosa.

Se levantó bruscamente al oír el ruido de las cadenas, y fijó sus grandes ojos negros en el capitán y su escolta. Su mirada oscilaba entre los dieciséis o diecisiete años, y sus esbeltas líneas acusaban cruzamiento europeo que había tenido. Sus formas, opulentas y de una armonía perfecta, tenían toda la suavidad de la curva; su mirada era a la vez dulce y valiente; su piel, tersa y fina; de un vivo sus cabellos; y unos dientes blancos y menudos como granos de arroz se abrían camino entre dos labios de grana. Un aliento de vida, juventud y energía hacía vibrar a aquellas carnes produciendo el capitán negro una impresión que más había experimentado y que no su explicarse.

Quedó inmóvil, asombrado, mirando fijamente a la joven mulata, tan hermosa como las hermosas mujeres que, en sus correrías por los puertos del mundo, había va-

to quedaban relegadas a segundo término.

—¿Es ésta la esclava que quieres venderme? —preguntó a Bangó con una emoción que no pasó inadvertida a éste.

—Sí... ¿La quieres?

—Te la compró por cien metros de algodón, dos fusiles y una docena de pañuelos.

—Trato hecho. ¿Y Niombo no te interesa?

Vasconcelos no respondió: parecía absorbido en una profunda idea, sin apartar los ojos de la mulata, que lo miraba a su vez con extraña obstinación, como si tratara de fascinarle.

—¿Y Niombo? —volvió a preguntar Bangó.

—Sí —respondió el capitán casi inconscientemente.

—¿Dosis los pamos.

—¡Aceptado!

—Ven a entregarme la mercancía.

Vasconcelos acompañó a Bangó, sin que por eso dejara la preocupación que le embargaba. Diríase que la vista de la joven esclava había causado en él una profunda emoción.

El contramaestre Hurtado, que había recibido las órdenes necesarias, dispuso que la tripulación de la *Guadiana* comenzara a descargar la mercancía, consistente en barriles de aguardiente, botellas de ron, fusiles viejos, cuchillos, vestidos militares anticuados, cuentas de vidrio, objetos de buhonería, pañuelos y telas de algodón de muchos colores.

Estas telas son fabricadas exclusivamente para el comercio con los pueblos africanos, bajo un modelo que se repite desde muchísimos años.

Son a rayas blancas y azules o a cuadrillos de diversos colores, y es suficiente la más ligera diferencia en el ancho corriente o la más insignificante variación en el dibujo para que sean rechazadas por los negros.

El precio de los esclavos se efectúa siempre en pamos, que miden poco menos que la vara; pero para facilitar las operaciones, se estableció que ochenta pamos equivalgan a cien francos, y por este precio reciben un fusil viejo, un poco de pólvora, algunas botellas de ron, etc.

Bangó, que a pesar de haber bebido dos botellas de ron conservaba toda su inteligencia, examinó detenidamente las mercancías que desembarcaban los marineros de la *Guadiana*.

Mientras tanto, el capitán hizo desembarcar veinte hombres armados y procedía rápidamente al embarco de los negros, que los guerreros de Bangó conducían atados a la playa, para impedir cualquier intento de fuga.

A medianoche el cargamento estaba casi completo; solamente faltaban algunas mujeres, Niombo y la mulata. Los demás estaban ya colocados; los hombres a popa y las mujeres y los niños a proa. Los más robustos y peligrosos eran sujetos a fuertes argollas empotradas en las paredes.

Los marineros miraban con satisfacción los últimos preparativos para la marcha. Mientras unos estibaban las mercancías y otros completaban la provisión de agua y embarcaban bastante cantidad de aceite de clais, que sirve de alimento a los negros, lo mismo que ciertas nueces amargas, muy nutritivas y apreciadas por aquella gente, el contramaestre mandaba desplegar velas y preparar las armas para reprimir cualquier ataque de los cruceros que los esperaban en las afueras de la bahía.

Bangó, sentado en medio de sus rique-

zas, y rodeado por sus mujeres y dignatarios, había comenzado ya una infernal orgía, brindando a la salud de su gran amigo Vasconcelos, el cual sólo respondía con leves movimientos de cabeza.

El capitán parecía muy pensativo. Apenas sí respondía a las preguntas del monarca, que quería saber la época de su regreso para prepararle otro cargamento de negros; permanecía serio ante las gracias del bufón de la corte, que hacía soltar grandes carcajadas a los dignatarios, y se puede afirmar que casi no probaba el licor de su copa, a pesar de las instancias del rey.

¿Pensaba tal vez en los dos cruceros que le aguardaban, u otra cosa más grave turbaba su cerebro, tan sereno y tranquilo de ordinario?

De súbito levantóse bruscamente, empujó a los negros que le rodeaban, y sus

ojos se posaron en los marineros que embarcaban los últimos esclavos.

Había descubierto entre ellos al gigantesco Niombo y a la joven mulata.

Por algunos instantes permaneció indeciso. De pronto dirigióse rápidamente hacia la orilla, como si hubiera tomado una resolución instantánea, y volviéndose hacia Lucas, que era el que mandaba a la gente, le manifestó:

—Déjame la mulata.

El oficial no dijo nada, la desató de la cuerda que la unía a los otros esclavos y se la entregó.

El capitán la tomó casi con rabia por un brazo, y llevándola bajo una palmera que extendía sus ramas sobre las orillas del río, le dijo sin más preámbulos:

—¿Quieres ser libre?

La esclava fijó en él sus grandes ojos negros, que figuraban en sus cuencas, y no contestó.

Inscribase HOY y en poca tiempo será PROFESORA de CORTE Y CONFECCION

Si usted ha hecho algunos ensayos sin resultado, confíe en nuestro sistema de enseñanza personal o por correspondencia. Miles de alumnas en todo el país proclaman las excelencias de nuestro sistema, el más seguro, simple y al alcance de las señoras, señoritas y niñas de todas las edades. Elija entre éstas la profesión de su preferencia.

CORTE Y CONFECCION

SOMBREROS

Labores y Manualidades

Corsets y Fajas (Anclon ortopedicas)

Ortografía y Redacción

En las clases personales disponemos de horarios especiales para empleadas.

INSTITUTO CULTURAL FEMENINO

Sistema LLONCH DE FONTOVA

Directora: F. LLONCH DE FONTOVA

RIVADAVIA 1966 - Bs. As. - U.T. 48-1852

Entienden HOY MISMO este cupón y recibirá GRATIS el nuevo e interesante FOLLETO.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 167



Buenas señas



—¿Qué clase de tipo es ese Bermúdez?

—Mire, cuando vea dos personas en la calle, y una de ellas está bostezando, la otra es Bermúdez.

—¿Me comprendiste? — le preguntó Vasconcelos con agitación.

—Sí — respondió ella.

—Entonces eres libre.

—Soy tu esclava y tú mi señor — dijo ella, cruzando los brazos.

—Te doy la libertad.

Una amarga sonrisa vagó por los labios de la mulata.

—¡La libertad! — murmuró—. A mi país volvería siendo esclava, pues como tal me han vendido.

—¡Es cierto! — dijo el capitán Vasconcelos—. El esclavo vendido no recobra su libertad; pero el África es inmensamente grande y puedes refugiarte en otra tribu que no te conozca.

—No; prefiero ser tu esclava — repitió la mulata con extraña energía, mientras sus grandes ojos no se apartaban del negro.

—¿Así que rechazas mi ofrecimiento? Tú eres mi señor.

—¿Pero tú sabes adónde te conduciré? ¿Qué me importa?

—Es que yo voy muy lejos, más allá del inmenso océano, y no verás más a tu querida patria.

—¡La esclava no tiene patria! Vasconcelos la miró con profundo estupor. Aquella obstinación le sorprendía, aumentando la agitación que le conturbaba el espíritu.

—¡Vete, te digo! — exclamó casi con indignación.

—¿Por qué? — exclamó la mulata—. ¿No me has comprado tú?

—¿Pero no comprendes que eres demasiado bella? — exclamó el negro con voz apenas audible—. No te quiero en mi barco, porque me das miedo.

—¡Yo! — exclamó ella temblorosa.

—¡Tú! — replicó el negro con mayor violencia—. Tengo miedo de tu fatal hermosura, y quiero ser libre. ¿Me entiendes, mulata?

—Pues entonces, máteme; eres mi señor.

—¡Matate!

—Si no quieres que yo sea tu esclava, máteme — respondió la mulata, fascinándole cada vez más con su mirada.

—¿Pero no tienes parientes? ¿No tienes una madre, alguien que te una a tu país? — No tengo a nadie. Mis parientes han desaparecido, mi cabaña fué destruida. Estoy completamente sola en el mundo.

—¿Quién era tu padre?

—Un gran jefe del alto Ogobai.

—¿Y tu madre?

—Una mujer blanca.

—¿Y han muerto?

—Sí, en la guerra.

—¿Y tu tribu?

—Dispersa y esclava. No tengo absolutamente a nadie. Me has comprado y quiero seguirte.

—Vente, pues; pero causarás mi desgracia.

—Mátame, a tus manos moriré feliz.

—¿Por qué?

—No sabría explicarlo.

—Sígueme — dijo bruscamente el negro, cada vez más conturbado su espíritu.

El cargamento estaba ya listo. La tripulación había izado los botes a las grúas de babor y estribor, y solamente se esperaba al capitán para llevar anclas.

En tierra sólo se hallaba el contramaestre Hurtado esperando al capitán para llevarle a bordo.

Vasconcelos dirigió un último saludo al rey negro, que estaba ya completamente borracho, así como toda su corte, y se embarcó en la ballenera acompañada por la mulata.

Bango y los suyos los despedían con roncacos clamores.

—¿Ha vuelto el segundo? — preguntó Vasconcelos tan pronto pisó el puente de la nave.

—No, señor — respondió un marinero.

—¡Entonces, arriba el ancla!

—¿Y esta esclava? — preguntó Lucas preparándose a llevarla al entrepuente.

—No es esclava, es una mujer libre — respondió el capitán, mientras su frente se fruncía—. Conducéla a popa y que pongan un camarote a su disposición.

Levadas las anclas, la Guadiana comenzó a deslizarse sobre las aguas.

—¡Buen viaje! — gritó Bango, agitando la botella que tenía en la mano.

—¡Así revientes! — respondió el contramaestre Hurtado.

Diez minutos después la nave negra, con todas las velas desplegadas e impulsada por una ligera brisa que soplabla del Este, surcaba las aguas del Nazareth y se iba perdiendo en la distancia con su carga de ébano vivo.

CAZA DE LA "GUADIANA"

La nave Guadiana, que mandaba el capitán Vasconcelos, era una de las más veloces que surcaban las aguas del océano. Había sido construida en los astilleros de Glasgow, según diseños del mismo Vasconcelos. Entre los negros gozaba de justa fama como embarcación marinera, pues no había otra que la superase. Desplazaba 1200 toneladas. Estaba en el mar desde hacía tres años.

Su espacioso entrepuente podía contener hasta 800 negros cómodamente ubicados y sin peligro de sufrir las enfermedades que por falta de higiene eran comunes en otros navios negros.

El capitán Vasconcelos, que no deseaba correr la infame suerte de su padre, dió a su nave tal arboladura que pudiera escapar a la persecución de los más rápidos cruceros que le salieran al paso.

No sólo había cuidado la comodidad y

velocidad, sino que procuró también que el armamento del buque aventajara al de los navios enemigos.

La tripulación, integrada por cuarenta hombres escogidos en todos los puertos de América y Europa, era sumamente diestra y de una valentía rayana en la temeridad. La disciplina mantenía en ella con todo rigor, y las órdenes del capitán eran siempre obedecidas ciegamente.

La Guadiana seguía bajando por el Nazareth, oculta bajo la sombra de los grandes árboles.

Había desplegado todas sus velas para aprovechar el viento que debía de soplar en la bahía, y su tripulación, después de cerrar el entrepuente con una verja de hierro para impedir la fuga de los esclavos, habíase puesto en orden de batalla con el fin de rechazar cualquier posible ataque de los navios enemigos que la esperaban.

Vasconcelos, que en aquel momento parecía no preocuparse ya ni de los negros ni de la esclava, pasó a proa llevando al lado al contramaestre Hurtado y al médico de a bordo, hombre de unos cincuenta años, alto delgado, y que había sido gran amigo del padre del negro. Su nombre era Esteban. Este doctor había aceptado su peligroso puesto en la Guadiana, sólo por un decidido defensor de la libertad de los negros y opinaba que la trata era una iniquidad.

A bordo reinaba un silencio casi absoluto.

Los negros callaban, como si el miedo hubiera paralizado su lengua; los marineros, por su parte, tampoco decían nada, y hasta Bango y sus súbditos, que aun permanecían en la orilla del río, habían cesado de sus gritos de despedida.

—¿Se ve algo? — preguntó Vasconcelos.

—No, capitán — respondió el contramaestre Hurtado.

—¿Le sucedería algo a la chalupa del señor Kardec?

—Habríamos oído al menos algún disparo de armas de fuego — dijo el contramaestre—. Sus hombres iban provistos de fusiles.

—¡Hum! — exclamó el doctor moviendo la cabeza—. Temo, Vasconcelos, que este viaje nos cueste la vida.

—¡Bah! Mi nave corre como el rayo y hay en su santabábara pólvora suficiente para hacer volar una fortaleza.

—¿Y crees que los cruceros son torpes y carecen de pólvora? Te aseguro que teminaremos mal y que he cometido una tontería enorme al embarcarme con semejante compañía de desalmados.

—¡Diablo! — exclamó el capitán riendo—. ¡Llamas desalmados a unos honrados traficantes!

—El calificativo es justo, Vasconcelos.

—Me parece demasiado duro, Esteban. Yo compro y vendo como cualquier otro negociante. ¿No pagué mi cargamento? ¿Acaso no es para vender?

—Pero tu cargamento es de carne humana, de carne como la nuestra.

—¡Perdón, don Esteban — dijo el contramaestre Hurtado —, pero mi carne es blanca!

—Si te arrancaran la piel, ya verías cómo es igual que la del negro. ¡No sólo es audaz sino inhumanidad! Parangonar a un semejante con una caja de azúcar o un saco de café!... ¡Ya se encargarán los cruceros de servirlos el café, traficantes de esclavos!

—¿Esas son tus profecías, Esteban? — exclamó Vasconcelos, sonriendo.

—Si no fueras hijo de mi pobre amigo,

te vaticinaria de todo corazón una soga al cuello.

—Es que esa soga le alcanzaria también a usted—añadió el contramaestre Hurtado.

—Tienes razón. Todas mis protestas de inocencia serían vanas, y lo mismo los ingleses que los americanos me tratarían como al último de los marineros de la Guadiana.

—Para evitar eso, mi buque sabrá defenderse de los cruceros, y en caso necesario estoy decidido a servirme del espón, que es todo de acero y fino como una saeta.

—¿Y no comprendes que maniobra de tal naturaleza te va a averiar la carga? Tan horrendo choque va a romper los miembros a muchos de los desgraciados esclavos.

—Tú los curarás más tarde y...

—La ballenera!—exclamó el contramaestre Hurtado, interrumpiéndole.

—¿Dónde está?

—Sale del río pegada a la orilla.

En efecto, a trescientos o cuatrocientos pasos veíase avanzar una pequeña embarcación, que procuraba mantenerse oculta por los ramos árboles.

Cuando estuvo próxima a la Guadiana viró de bordo y el segundo ganó la escala, hallándose pronto frente al capitán.

—¿Y bien?—preguntó éste con viva ansiedad.

—Estamos bloqueados—contestó el segundo Kardec.

—¿Cuántos navios?

—Dos, capitán.

—¿Dónde nos aguardan?

—Uno está en la bahía esperando la salida de la Guadiana. El otro andará bordeando por alta mar, porque lo he visto cambiar señales con su compañero.

—¡Ah! ¿Quieren atrápanos entre dos fuegos?—exclamó Vasconcelos con ironía.—¿Vió la nave que nos espera cerca del promontorio?

—Sí.

—¿Qué buque es?

—Un bergantín de unas mil ochocientas toneladas.

—¿Lo venceremos!

—También yo opino así.

—Le haremos encallar en el banco de arena. ¡Hurtado!

—¿Órdenes, capitán!

—¿Conoces la bahía?

—Como la puerta de mi casa.

—¿Sabes dónde se halla el gran banco?

—Perfectamente, capitán.

—¿Y dónde existe el paso?

—También; y lo encontraría con los ojos cerrados.

—Pues dirige hacia allá la nave, y cuando el buque adversario trate de abordarnos, lanzas la Guadiana hacia el banco y atravesas por el paso libre. Así, el navío enemigo, engañado por nuestra maniobra, encallará irremisiblemente. Y ya lo sabes; cualquier falla en la maniobra puede lanzarnos a todos a la muerte.

—Le tengo mucho cariño a mi piel, capitán.

—El crucero encallará si cumples bien tu cometido.

—Sí, pero ¿y el otro?—preguntó el doctor Esteban.

—En el otro navegaremos más tarde.

—Ten cuidado, Vasconcelos, que yo conozco tres naves que corren tanto como la Guadiana.

—Yo también las conozco, Esteban; pero sé que están en la Costa de Oro.

—Es que el London puede ser uno de los que nos esperan.

—¡Cállate, mal augur! ¡Para ese caso

SEA USTED AUN MAS HERMOSA! Y CON MAYORES ATRACTIVOS!

SEÑORA, SEÑORITA... Todo abandonado es antiestético. Los defectos del cutis y de la esbeltaz femenina son fáciles de corregir si usted se preocupa de su persona. ¡ENTONCES!... Cuida su belleza: será hermosa y admirada.

MADAME BERARD experta en belleza, aplica en su Instituto los métodos y productos de su elaboración de acuerdo a cada caso.

PRUEBAS GRATIS. Atiende todos los días, de 14 a 20 horas. Las damas del interior interesadas en conocer los precios de mis productos solicitan por carta los folletos explicativos. No es necesario surtir estancias.

MADAME BERARD
Calle Tucumán 637 - Bs. Aires

GRATIS Solicita el libro de belleza y belleza.

El Secreto Revelado

POLVERILLOS DE MADAME BERARD

"POLVERILLOS" reemplaza con ventaja las Cremas inferiores y sustituye los POLVOS, embellica el CUTIS fino, marchito. "POLVERILLOS" embellica la PIEL, indicada con albedo sobre las MANCHAS, PECAS, BARRITOS, ALISA las ARRUGAS. Blanquea el CUTIS y las MANOS. Diforma el VELLO.

CREMA...EXPRES...LIQUIDA
UN CUARTO DE LITRO

PARA TRES MESES

"POLVERILLOS" es económico, cuesta \$ 2.—

Un cuarto de litro crema lechosa perfumada. Se remite Contra-Rembolso.

En venta en todas las FARMACIAS y PERFUMERIAS y en los LABORATORIOS

MADAME BERARD
Calle Tucumán 637 - Bs. Aires

POLVERILLOS Se vende la Farmacia FRANCINESESA, R. L.

2



No se prive de comer!

Este aviso va dirigido a quienes no comen lo suficiente o se privan de los manjares de su agrado por incapacidad o atonía de sus órganos digestivos.

Ha de ser para las personas en estos casos muy interesante conocer el nuevo Digestivo Roermeh, que provee al estómago de los elementos (pepsinas, oxidasas, etc.) que este delicado órgano necesita para cumplir su importante función. El Digestivo Roermeh ha de resultarles de mucho valor porque es un estimulante y regularizador de las funciones digestivas.

PRODUCTO DEL INSTITUTO BIOQUIMICO MODELO

CLORHIDRO OXIDASA DE ROERMER

"Vista" gratis



—Y mediante este invento mío, patentado, tienen ustedes una hermosa vista a la calle sin aumento en el alquiler.

dispongo de buenos cañones! ¡A tu puesto, Hurtado, y usted, señor Kardec, tome el mando de la escuadra de maniobras!

La tripulación toda ocupaba su puesto de combate, pronta a responder al primer cañonazo del crucero; los artilleros ante los cañones, con la mecha encendida en la mano; los tiradores en las bordas, con las carabinas montadas, y la brigada de maniobras dispuesta a ejecutar las órdenes que se le dieran para la dirección del buque.

Aquellos hombres, mosaico heterogéneo de razas, aparecían serenos y tranquilos ante el peligro, inmenso para ellos, de ser atrapados por los cruceros.

El capitán, en tanto, acompañado del doctor Esteban, trataba de descubrir la nave adversaria.

—¿No se ve?—preguntó Vasconcelos, que aguzaba la vista hacia el promontorio—. Esas altas plantas me impiden ver la arboladura; pero dentro de poco nos hallaremos en la boca de la bahía.

—Por suerte se ha ocultado la luna. —¡Ah! lograremos llegar al gran banco sin que nos vean.

—Preparémosnos a recibir las balas. —No tardarán, tenlo por cierto. —Compadezco a los pobres negros.

—No hay que ponerse sentimental—añadió Vasconcelos—; apuntarán alto para no herirlos. Son muy bondadosos; y como saben que llevamos carga viva, dirigirán sus balas a la arboladura... ¡Ah!

—¿Qué pasa?

—¡Ahí está!

—¿Dónde?

—Veo los extremos de sus palos por sobre las rocas del promontorio. Tiene la proa hacia la salida de la bahía. Quiéramonos aquí, Esteban; dentro de poco silbarán en nuestros oídos las balas.

La Guadiana llegó a la desembocadura del Nazareth, traspasó la barra y entró en la bahía de López, llena de escollos y de peligrosos bancos.

La bahía estaba completamente desierta. Bango y los suyos se habían retirado

al interior por miedo a que les alcanzara alguna bala perdida.

No distaba ya la Guadiana más que cuatrocientos pasos del gran banco de arena, cuando un grito de alarma rasgó el silencio que reinaba en aquella extensión de agua.

—¡La nave!—había gritado una voz que parecía partir de la cima del promontorio.

Después se oyeron otras voces confusas, de entre las cuales sobresalía el agudo silbido del pito de mando del contramaestre Hurtado.

—¡Aquí estamos!—dijo Vasconcelos colocándose en el puente de mando.

Luego gritó con voz enérgica:

—¡Todo el mundo a su puesto de combate!

La Guadiana, obedeciendo dócilmente al timón y a la acción de las velas, viró de bordo, orillando el gran banco y haciendo crecer a la nave enemiga que huía a lo largo de la costa.

Aquella trepa dio sus frutos, pues el crucero se lanzó a velas desplegadas hacia la Guadiana.

Era aquél un hermoso y veloz bergantín, que sin sospechar el peligro corría vertiginosamente hacia el banco.

—¡Maravilloso!—gritaba Vasconcelos frotrándose las manos—. ¡No correrás mucho, amigo!

Algunos minutos después brilló como un relámpago en el espacio, oyóse una detonación, y la extremidad de bordo del penol del triquete, arrancada por una bala, cayó al agua.

—¡Ah!—exclamó el capitán—. ¡No creéis necesario intimidarme la rendición con un disparo sin bala? ¡Eso os costará muy caro! ¡Hola, cañonero de popa, responded al saludo!

CAÑONAZOS Y GOLPE DE ESPOLON

La escaramuza estaba armada y la caza de la nave negra entraba en su fase primera. Cualquiera otro capitán que se hallara en un momento tan difícil como el en que se encontraba Vasconcelos, preso entre dos fuegos, hubiera sentido verdadero espanto, máxime sabiendo la suerte que le aguardaba si caía vivo en las manos de aquel formidable y terrible adversario. Pero el brasileño no era hombre que perdiera la cabeza por nada, y cuanto mayores eran los peligros que le amenazaban, mayor era su audacia y más firme su aplomo.

Tenía una fe ciega en las condiciones náuticas de su buque, que podía competir con los más grandes cruceros destinados a la persecución de las naves negras.

Fórmalo de inmediato su plan, que consistía en desembarazarse de uno de sus enemigos, a fin de impedir que pudieran unirse los dos. Para lograr esto trataba de inmovilizarlo sobre el gran banco, haciendo encallar de modo que no pudiera quedar a flote hasta que volviera a subir la marea. En seis horas Vasconcelos tenía tiempo para librarse del otro buque y escapar por el lado oeste.

Los artilleros de popa, ante la orden de su capitán, dispararon los cañones, y una lluvia de fuego y metralla cayó sobre el crucero.

—¡Por ahora basta eso!—dijo Vasconcelos—. ¡Después mandaré confites de mayor calibre!

Aquella doble descarga de hierro lanzada a doscientos metros de distancia del crucero dió en el blanco, pues se oyeron gritos de furor y se vió que ardían algunas velas del buque adversario.

No se arredró éste, sin embargo, y maniobrando con gran habilidad, trató de impedir que la Guadiana lograra salir de la bahía.

—¡Hay que apresurarse!—expresó Vasconcelos—. ¡El otro enemigo puede llegar! ¡Hurtado!

—¡Capitán!

—¡Atención! ¿Estamos sobre el paso?

—A quince brazas.

—¡Vamos pronto!

La Guadiana, sorteando con maestría el banco, se lanzó por el paso.

—¡Fuego!—gritó Vasconcelos.

La batería de estribor, que tenía ante sí al crucero, disparó sus cañones y lo mismo hizo la fusilería.

El crucero, sorprendido por el huracán de hierro y de plomo, experimentó serias averías. Ardía su velamen, veníase estruendosamente al suelo su arboladura, y trató de llegar hasta la Guadiana para lanzarse al abordaje.

De súbito oyóse un formidable estruendo, como si toda su carena se hubiera destruido sobre los arrecifes, y el crucero quedó varado, inclinandose sobre un costado.

Un júbilo de alegría estalló en el buque negro, que se veía libre de uno de sus adversarios, pues el crucero enemigo, preso en la arena, no podía ya perseguirle.

Al ver huir a la Guadiana el crucero hizo fuego; pero como estaba muy inclinado, sus proyectiles se perdieron en el aire, y la nave negra siguió su veloz marcha.

Querido Vasconcelos—dijo el doctor Esteban, que no abandonó un momento el puesto de mando a pesar del peligro—eres audaz como nadie y tienes una suerte asombrosa.

—Lo creo, Esteban—respondió el brasileño con satisfacción—. Aquel buque rompió las costillas sin necesidad de los disparos de mis cañones.

—Pero en cambio el otro nos aguarda.

—Tratemos de evitar su encuentro. La noche es oscura, el viento favorable, y podremos sortearle.

—Nos va a resultar difícil. ¿No ves las señales que está haciendo la nave encallada?

Una voz del vigía interrumpió bruscamente el diálogo.

—¡Barco a tres millas a sotavento!

—¡Rayos y truenos!—exclamó el capitán negro.

—¿No te lo decía, Vasconcelos?

—¿Viene hacia nosotros?—preguntó el capitán al vigía de la cofa.

—Sí.

—¿Lo ves?

—Completamente.

—¿Es de mucho porte?

—Un bergantín.

—¡Ah!—exclamó ante dientes Vasconcelos—. ¡Señor Kardec!

El segundo, que estaba a proa mirando la nave con un largavista, se aproximó.

—¿Qué ordena, capitán?

—Dígame a la tripulación que no abandone los puestos de combate. En cuanto a la brigada de maniobras, que lleve sobre el puente media docena de barriles de ron y a De ron—dijo el doctor, sobresaltado—; ¡Tratas de emborrachar a los tripulantes del crucero enemigo!

—Lo que quiero es incendiar su buque. Oígame usted atentamente, señor Kardec.

—Soy todo oídos.

—Dispondrá usted los barriles a lo largo de la amura de babor, y que estén de guardia junto a ellos seis hombres de los más audaces. Si los marinos del crucero

entran al abordaje hará usted rociar el ton sobre su buque y prenderle fuego.

—Perfectamente.

—¡Rápido!

Después, volviéndose al contramaestre, que estaba a cargo del timón:

—¡Hurtado! —gritó— ¡Gobierna siempre a barlovento! ¡Lucas!

—¡Capitán!

—¿Está bien estibado el ébano vivo?

—Sí, mi capitán.

—Adviérteles que se sujeten bien a las argollas, porque va a sobrevenir un choque grandioso.

—¿Va a emplear el espólon?

—Es muy probable.

—Está bien, capitán. Y si los esclavos se sujetan fuertemente, allá ellos.

El audaz negrero estaba decidido a abrirse paso a toda costa. Aquel hombre, que hubiera sido un perfecto almirante, estaba resuelto a desembarazarse de su segundo enemigo, ya fuera pegándole fuego, o ya dándole un espolnazo que lo hundiese. Sin embargo, no se precipitaba para obrar; aunque era resuelto y valiente, también era prudente, y estimaba mejor para sus intereses la fuga que los medios violentos.

La distancia que separaba a los dos barcos era cada vez menor. Se veía ya perfectamente el crucero, que estaba a dos kilómetros. A primera vista, podría decirse que era un barco de dos palos y de igual tonelaje que la *Guadiana*. Su plan parecía consistir en cortar la retirada por el Oeste al buque que mandaba Vasconcelos.

El negrero, que le examinaba atentamente con un poderoso catalejo, lanzó una exclamación entre dientes:

—¡El! —dijo—. Lo esperaba. Si hubiera sido otro no me aguardaría ahí, sabiendo como sabe esa gente lo que vale mi navío.

—¿Qué murmuras? —le preguntó el doctor.

—Es el *London*, Esteban.

—En consecuencia, el combate es inevitable, Vasconcelos.

—Desde luego.

—Si es el *London*, nos atacará de inmediato.

—¡Calla por lo que más quieras, que demasiado lo sé! ¡Ah! ¡Me han preparado una emboscada en regla! Pues se equivocan en absoluto si sospechan que van a vencer a la *Guadiana* y a hacer con el hijo lo que hicieren con el padre. ¡Ahora verán si soy digno hijo de aquél!

—¿Qué vas a intentar?

—Abrir una brecha con el espólon sin perder un minuto y a incendiarlo a continuación.

—¿Y no crees que sería mejor desarbolarlo?

—¿Y si en vez de eso nos arranca el palo mayor o el trinquete? ¡Conviéncete; nuestra salvación está en la rapidez del ataque.

—Entonces renuncias al abordaje?

—Sí; tiene muchos hombres para que tratemos de intentarlo. Trabajaremos con el espólon. ¡Señor Kardec!

El segundo, que había ordenado confundir el puente los barriles de ron, se acercó.

—Esos preparativos son inútiles —le dijo.

—Mi capitán, sin embargo yo creo que el abordaje...

—¿Quiere usted hacerse ahorcar? Que se reúnan los hombres a proa para reprimir el ataque, porque va a funcionar el espólon.

—¿Y los negros que están en la sentina?

—¿Le importan mucho a usted los ne-

gros, señor Kardec? No hay que ser tan sensible, y usted mucho menos, que nunca lo ha demostrado. Cada uno a su puesto. ¡Hurtado, prepárate a embestir, y procura que nuestro intento no falle!

El crucero estaba a mil doscientos metros y corría velozmente hacia la nave negrera. Vasconcelos, para engañarlo mejor sobre sus ocultas intenciones, lanzó la *Guadiana* hacia el Norte, como si tratara de eludir el abordaje; pero apenas su nave presentó el costado al enemigo, ordenó:

—¡Fuego!

Toda la artillería de la *Guadiana* disparó a una en formidable detonación, y a bordo del buque enemigo se oyó el sordo ruido del velamen que se venía abajo. De inmediato se oyeron gritos de furor y voces de mando, viéndose brillar dos fogonazos.

Dos balas pasaron silbando por encima

de la nave negrera, destruyendo parte de la cofa de trinquete y desgarrando dos velas. El vigía que estaba sobre la cofa cayó al puente, destrozándose el cráneo.

—¡Orza, Hurtado! —gritó Vasconcelos.

La *Guadiana* viró con la rapidez de un relámpago, marchando hacia el crucero. Corría con la velocidad de una flecha, y como el viento soplaba favorablemente, parecía rozar apenas el agua, presentando a la nave enemiga la aguda punta de su acerado espólon.

El crucero, que al comienzo creyó que el negrero trataba de huir, sorprendióse al verle ir hacia él a velas desplegadas, aunque sin adivinar su proyecto. Creyendo que intentaba pasar ante él para escapar hacia el Sur, puso la proa al Oeste, dispuesto al abordaje.

Era el momento que aguardaba el capitán negrero.

LA NATALIDAD



disminuye en forma ALARMANTE

De acuerdo a las últimas estadísticas, en nuestro país han disminuido notablemente los nacimientos en forma que debe preocupar seriamente. Es verdad que en muchos casos se debe a causas bien ajenas a los matrimonios, y en especial a trastornos funcionales de las señoras.

Para ellas la ciencia ha creado

Fertilinets

preparado de hormonas que, al regularizar las funciones íntimas de la mujer, lleva la tranquilidad y seguridad a millares de matrimonios.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Cosas de la moda



—¿Cincuenta pesos? Pero si me queda horrible.

—Ya lo sé, señorita. Pero parecer horrible es lo que se estilaba este año.

—¡Fuego! —gritó—. ¡Recto hacia el crucero, contramaestre Hurtado!

La nave adversaria lanzó a su vez un huracán de metralla, contra el negro, y el fuego se generalizó por las dos partes, quedando los dos buques envueltos en densa humareda.

Los fogonazos se sucedían, las detonaciones retumbaban sin cesar. Las balas y la metralla producían en los buques enormes averías, destruyendo la obra muerta, astillando los palos, quemando las velas y las cuerdas, y sembrando la confusión y el espanto; pero aquel fuego no duró muchos minutos.

La *Guadiana*, oculta hasta entonces en el humo, apareció de pronto a escasa distancia del crucero. Su acorazado espólon brilló un instante al resplandor de los cañonazos, y en seguida lanzóse velozmente sobre un costado del buque enemigo, vomitando a la vez fuego y metralla por todas sus piezas.

Un inmenso grito de angustia salió del puente del crucero, que se había inclinado de estribor al irresistible impulso del negro.

—Nos vamos a pique!
Después, una verdadera horda de hombres enloquecidos ocupó la proa de la *Guadiana* lanzando gritos ensordecedores.

INEXPLICABLE HERIDA

Fué tan rápida y audaz la maniobra de la nave negra, que el bergantín adversario apenas si tuvo tiempo de virar. El más completo de los éxitos coronó la arremetida de Vasconcelos.

La *Guadiana* le había abierto con su espólon formidable una enorme vía, por la cual precipitábase el agua al interior del buque con el fragor de una catarata, amenazando hundirlo en el abismo en pocos minutos.

La tripulación del *London* no perdió la serenidad, a pesar del inminente peligro que corría. Viendo la proa de la nave enemiga incrustada aún en el costado de su nave, se dirigió furiosamente a la *Guadiana* para abordarla.

Oficiales, marineros y soldados de in-

fantería de marina hicieron irrupción en la *Guadiana* y se precipitaron como fieras, llenando el aire con sus feroces gritos.

Pero el capitán brasileño había previsto el peligro. En tanto que la brigada de maniobras disponía las velas para alejar la *Guadiana*, él se lanzó a proa a la cabeza de sus tiradores y artilleros para cerrar el paso al enemigo y obligarle a volver al crucero que se hundía.

En aquel espacio reducido, en aquella punta extrema del negro, entablóse una lucha a muerte, mientras las gaviotas y en los penoles tronaban las carabinas y llovían las granadas.

Vasconcelos, tan valeroso soldado como hábil marino, con una pistola en la mano izquierda y el hacha de abordaje en la derecha, animaba a sus hombres con voz potente.

Las dos tripulaciones se encontraron en el castillo de proa.

Los de la *Guadiana* lanzáronse contra los primeros enemigos que les hacían frente, sin temor a las descargas cerradas que partían desde la cubierta del *London*.

La lucha fue tan corta como sangrienta, y al fin los tripulantes del crucero retrocedieron a su buque, huída que fue saludada por los negros lanzando gritos de júbilo.

De súbito la estridente voz de Hurtado gritó:

—¡Todo el mundo al puente! ¡La vena está libre!

La *Guadiana* separóse del crucero, oyéndose el chirriar del espólon al salir de la brecha, y después de oscilar violentamente de babor a estribor, se vio libre en el mar, llevando a su bordo algunos tripulantes del crucero que no habían querido abandonar la proa de la nave negra.

Una nube de metralla lanzada por los cañones del crucero cayó sobre el castillo del bergantín brasileño, hiriendo y matando a amigos y enemigos; una descarga de fusilería volvió a sembrar la muerte en el puente.

El capitán Vasconcelos, que se encontraba en medio de los combatientes, abrióse de pronto paso por entre los marineros, vacilante y pálido, descendió del puente tambaleándose, y al pie mismo de la escalerilla cayó al suelo, dejando escapar el hacha de abordaje empapada en sangre.

El doctor, que no lo perdía de vista, se lanzó hacia él gritando:

—¡Vasconcelos!
Pero el capitán negro no respondió.

Estaba desmayado y su rostro tenía la palidez de un muerto.

El doctor Esteban no perdió el valor. En tanto que los cañones tronaban y la fusilería no cesaba de disparar en las dos naves, tomó entre sus brazos a su amigo y, atravesando rápidamente el puente entre el fuego y las balas, lo trasladó al camarote, colocándolo en su litera.

—¡Vasconcelos! ¡Dios mío! ¿Estará quizá herido de muerte?

Sin cuidarse en absoluto de las balas, que amenazaban entrar en el mismo camarote, desnudó rápidamente al capitán, que no daba señales de vida.

Le revisó el pecho, hallando sólo dos ligeras heridas, sin duda originadas por dos cuchilladas dadas de refilón.

—¡Esto no es grave! —decíase a sí mismo el doctor Esteban, sorprendido—. ¿Dónde tendrá la otra herida?

Un hilo de sangre que salía de debajo y manchaba las sábanas de la litera le hizo comprender que la herida la tenía en la espalda.

Dió vuelta con todo cuidado al capitán

y vió un pequeño y sangriento agujero abierto bajo el omoplate derecho.

—¡Una bala aquí! —exclamó—. ¿Qué raro! ¡Si yo le he visto luchar siempre dando la cara al enemigo! ¿Quién pudo haberlo herido aquí?

—¡Doctor! —exclamó en aquel momento una voz suplicante.

Estaban se volvió contrariado y vió en la puerta del camarote a la joven muerta con la angustia pintada en el semblante pálido y con los ojos húmedos.

—¡Ah! ¿Eres tú, Seghira? —dijo riéndose.

—¿Está herido? —preguntó en voz baja la esclava.

—Sí.

—¿De gravedad?

—Lo temo.

—¡Ah! ¡No quiero que muera! —exclamó ella con extraña energía.

El doctor la miró con viva sorpresa, tratando de auscultar en el fondo de su alma, y expresó:

—Hay que esperar.

Sin pérdida de tiempo se dedicó a la primera cura.

La sangre brotaba en gran cantidad, la herida y el capitán podía sucumbir efecto de la hemorragia. Examinó con cuidado el pequeño orificio, como tratase de adivinar la dirección que debía traído la bala y la clase de proyectil. Después se puso a sondar la herida, viéndose para ello de los instrumentos que tenía a mano.

Operaba rápidamente y con mano firme, como hombre que sabe lo que vale el tiempo en esos casos.

—¡Aquí está! —murmuró después de un momento, respirando libremente—. Temía que hubiera lesionado el pulmón; pero no. Lo que se ha desviado hacia una costilla. ¡Bueno!; esta bala me interesa mucho.

Tomó unas pinzas de plata, las desinfectó en ácido fénico y las introdujo sumo cuidado en la herida. Buscó algunas instantes con precaución y después las retiró lentamente, procurando no desgarrar mucho el agujero de entrada, hasta que al fin la extrajo.

Las dos puntas de las pinzas sujetaban un objeto redondo cubierto de sangre.

El doctor lo dejó caer en un vaso de agua y después bañó la herida y colocó el apósito con presteza.

Apenas había concluido la operación, el capitán comenzó a dar señales de vida. Lanzó un profundo suspiro, movió débilmente los miembros y después abrió poco a poco los ojos, fijándolos en la persona que tenía ante sí.

—¡Ah! ¿Eres tú, Esteban? —murmuró con voz débil.

—Yo soy, amigo.

—Un rayo me hirieron... ¿verdad? —exclamó esforzándose por sonreír.

—Sí, te han alojado una bala en la espalda.

—¿En la espalda, dices? ¡Imposible! Te te equivocabas.

—Acabo de extraerle el proyectil.

—¿De la espalda?

—Sí, del lado derecho.

—Es que...

—Ahora no hables, Vasconcelos. Más tarde charlaremos de esto. Te conviene descansar.

—¿Y el crucero? ¿No oigo ya el cañón?

—No sé nada, pero me parece que la *Guadiana* huye rápidamente.

—¡Hoy venimos!

Un clamoreo formidable estalló en aquel momento sobre el puente, en tanto que

a lo lejos oíase como una sorda detonación seguida de gritos de dolor.

El doctor precipitó a la ventanilla del camarote y miró hacia el mar. A una milla escasa el crucero sumergiese en un espantoso hervidero y de él se alejaban a toda prisa varias lanchas cargadas de marineros.

—¿Qué ves, Esteban?— preguntó Vasconcelos, tratando de incorporarse.

—El fin del crucero— respondió el doctor.

—¿Se han salvado... los hombres... que lo tripulaban?

—Sí, divisó algunas chalupas cargadas de marineros y soldados.

—Mejor...; yo... no soy... tan feroz como... ellos.

Y cayó sobre la colchoneta lanzando un gemitido. Al cabo de un rato incorporóse nuevamente y sus asombrados ojos se fijaron en la esclava, que se mantenía medio escondida, llorando silenciosamente en un rincón de la cabina.

—Seghira... pobre muchacha— murmuró—. Me alegra mucho... verte a mi lado.

—¡Señor!— dijo ella adelantándose, mientras en sus grandes ojos velados por las lágrimas brillaba un destello de alegría y ternura.

—Ven... aquí... cerca de mí... Tú sola lloras por mí..., tú y Esteban... Los demás...

No acabó: una sonrisa amarga se dibujó en sus labios, le abandonaron repentinamente las fuerzas y cayó sin conocimiento.

—¡Muerto!— exclamó Seghira, saltando como una leona herida—. ¡Muerto!

—No— dijo Esteban después de un rápido examen—. Ha querido hablar demasiado y las fuerzas le flaquearon.

—Doctor, usted lo salvará, ¿no es cierto?

—Lo espero, Seghira.

—¡Quiero que viva!

—Es extraño! ¿Qué te importa a ti que viva o no? Los esclavos odian siempre a sus señores, y sobre todo a los negros que los arrancan de su patria. ¿Por qué no aborreces tú al capitán?

—No lo sé— murmuró la esclava—; pero yo no lo odio ni lo odiaré jamás.

—Estás pálida, Seghira. ¿Amas a Vasconcelos?

—Soy una esclava, doctor— respondió la mulata bajando la vista—. Los esclavos del África malalta no pueden amar, y yo... amaré a él, a él, que es superior a todos!

—Eres muy bella, Seghira.

—Pero no olvido de que soy una esclava, señor.

—¡Tal vez!...— dijo para sí el doctor—. Se han visto muchos casos. Otros negros...

Calló al oír pasos en el corredor. Volvióse y vio ante la puerta del camarote al segundo y al contramaestre Hurtado.

Kardek estaba más pálido que de ordinario y en sus ojos se adivinaba una viva inquietud, una agitación profunda. El contramaestre estaba emocionado, y en sus bronceadas mejillas veíanse dos lágrimas, tal vez las primeras que derramaba aquel gigantesco lobo de mar.

—¿Ha muerto?— preguntó con voz apagada el segundo.

—No, señor Kardek— contestó el doctor, mirándole con suma atención.

—¿Es grave la herida?

—Grave sí, pero no creo que sea mortal.

En los ojos del bretón brilló un relámpago y su rostro antipático tuvo un ligero temblor nervioso.

—¿Lo salvará usted, doctor?— preguntó Hurtado con voz anhelante.

—Creo que sí, Hurtado.

—¡Perros ingleses!— exclamó el contramaestre con ira—. ¡Tratar así a mi capitán! ¡Si lo llevo a saber, no queda uno vivo!

—Hubiera sido una crueldad inútil, Hurtado— le replicó el doctor.

—¿Inútil? ¿Pues no quisieron ellos matar a mi capitán?

—¿Quiénes son ellos?

—Los perros del London.

—Me parece que no fueron éstos los autores de la herida de tu capitán.

—¿Eh?— exclamó el contramaestre, abriendo enormemente los ojos—. ¿Qué dice usted, doctor?

—Que tu capitán ha sido herido, a traición y por la espalda, mientras hacía frente al enemigo.

—¡Imposible, señor!— exclamó con

asombro el contramaestre—. Es cierto que nuestra tripulación se componía de bandidos, pero no creo que ninguno sea capaz de hacerle eso al capitán.

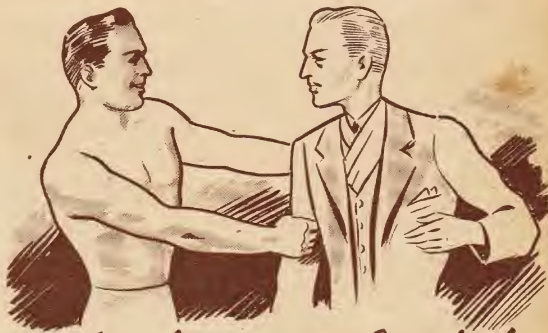
—Quizá haya alguno que esté interesado en que el capitán desaparezca.

—¿Quién es? ¡Digamelo, doctor, y ahora mismo lo arrojo al agua!

—No lo sé; pero no tardaremos en averiguarlo.

—¿Cómo?— preguntó el segundo con un tono de voz tan extraño, que el doctor se inquietó.

Hurtado estaba más pálido que un cadáver y en sus ojos se leía una ansiedad profunda. ¿Era un acceso de sorda rabia por no conocer al traidor que tan alvoscamente intentara asesinar al capitán, o era un terror profundo lo que alteraba su ánimo? ¡Quién sabe! Aquel hombre era tan incomprensible, que cabía suponerlo todo de su proceder.



Vd. debe ser fuerte!

Si su sangre empobrecida y carente de elementos lo ha vuelto a Vd. flaco, gastado, pesimista; si se siente cansado, falto de energías, malhumorado, inapetente, etc., es que Vd. necesita urgentemente el auxilio de un buen tónico.

La IPERBIOTINA MALESCI contribuye a restituir la fuerza física e irradia a todo el cuerpo el bienestar que necesita, favoreciendo la nutrición y restituyendo la vitalidad.

IPERBIOTINA
Malesci

SE VENDE EN TODAS LAS
FARMACIAS DE LA REPUBLICA

Coincidencia



—¿De manera que quiere usted casarse con mi hija? Bueno, mi respuesta depende de su situación financiera.

—¿Qué casualidad! Mi situación financiera depende de su respuesta.

—¿Me pregunta cómo? —dijo al fin el doctor—. No lo sé aún; pero quizá tenga una prueba en la bala que extraje de la herida.

—La conserva usted? —preguntó el segundo con viva ansiedad.

—Sí, señor Kardec, en ese vaso.

—Ha hecho usted muy bien.

—Hay algunos heridos que curar en el puente? El capitán no necesita más cuidados por ahora; se ha adormecido, y este reposo le sentará maravillosamente.

—Hay seis heridos, doctor —contestó Hurtado.

—¿Y muertos?

—Diez.

—Y los negros, cómo salieron?

—Con siete muertos y tres heridos.

—Vamos, pues, a curar al que le necesite, Hurtado. Tú, Shegira, velará al capitán Vasconcelos.

El doctor recogió sus instrumentos quirúrgicos y salió acompañado de Hurtado. El bretón se quedó en el camarote, apoyado en la pared, con los labios contrahídos, la frente fruncida y la mirada fija en el vaso que contenía la bala. Momentos en los que sus ojos se separaron del vaso, fijándose en la esclava, que, inclinada sobre el lecho, espiaba con viva ansiedad los más ligeros movimientos del capitán herido.

Una llama siniestra brilló en los ojos del segundo al fijarse en las insinuantes formas de aquella mulata, pareciendo como si quisiera devorar aquellas carnes suaves como el terciopelo y ligeramente bronceadas por el sol del África.

Después de algunos instantes de muda contemplación, dijo:

—¿Qué haces aquí, Shegira?

La esclava posó en el bretón sus ojos anegados en lágrimas.

—Velo a mi señor —contestó.

—Tu puesto no es éste. Está entre los esclavos del entrepuente.

—Me concedieron la libertad —contestó ella con energía.

—¿Quién te la concedió?

—Mi señor.

—¡Ah! ¿El? —murmuró el bretón con ligera ironía. Dudó un momento, y luego añadió con firmeza:

—Ten cuidado, porque te robará el corazón.

—Es mi señor —respondió la mulata.

—Y después te venderá —continuó el bretón con acento duro.

—Puede hacerlo, si quiere.

—¿Y si otro hombre te dijese: vente conmigo; te dará la libertad completa, que responderías?

La esclava lo miró como si tratase de leer en el fondo de su corazón, y haciendo después un gesto de repulsión, dijo con un acento que no admitía réplica:

—El capitán Vasconcelos es mi solo dueño.

—¡Ah! —exclamó Kardec con rabia.

Y abandonó la cabina haciendo un gesto de amenaza.

EL REY DE LOS "BACALAO"

No obstante el furioso abordaje, el continuado cañoneo, y sobre todo el efecto del terrible choque experimentado al dar el espolonazo, la Guadiana reparó pronto sus averías, quedando como antes del combate. Por lo tanto, puede afirmarse que en la terrible lucha sostenida con los cruceros el bergantín negro tuvo una fortuna extraordinaria.

Su proa, que debía de ser de una solidez a toda prueba, salió casi incólume de la inmensa brecha abierta en el buque enemigo, y bien pronto quedaron reparadas todas las averías, sustituyéndose además las velas y el cordaje que así lo requerían.

Solamente la arboladura había sufrido más considerablemente, y estos daños fueron los que no pudieron repararse por no tener la nave carpinteros hábiles.

De la tripulación habían muerto diez hombres y otros seis fueron conducidos a la enfermería en estado gravísimo.

Una granada que cayó en el entrepuente mató a siete esclavos y cuatro más sufrieron heridas de bala.

En tanto que el doctor se ocupaba en curar a todos estos desgraciados, que lanzaban angustiosos gemidos, el contramaestre Hurtado daba órdenes para la recomposición de los daños sufridos y disponía que los cadáveres fueran arrojados al mar, con gran gozo de los delfines que seguían la nave brasileña.

Cuando el segundo apareció sobre el puente, la Guadiana navegaba hacia el Oeste con una velocidad de siete nudos e impulsada por los vientos alisios, que soplaban constantemente de Oriente a Occidente.

El océano estaba algo agitado, y al Este se divisaban aún las costas de África, descubiertas ya por la distancia, que se acercaba a cada instante.

En aquella misma dirección, y perdidas como puntos diminutos en la inmensidad de las aguas, veíanse las chalupas del crucero, que iban en procura de la bahía de López.

El bretón permaneció algunos momentos inmóvil, con los ojos fijos en aquellos pequeños puntos y abstraído en profundos pensamientos, contrahidos los labios y los brazos cruzados sobre el pecho, como si quisiera contener la sorda cólera que rugía en su corazón. A poco, y como si bruscamente hubiera tomado una resolución, atravesó la toldilla y se encaminó hacia el entrepuente.

Los esclavos, tendidos en el suelo, dormían unos junto a los otros, como lo per-

mitía lo reducido del espacio. Los más vigorosos, que estaban encadenados a las argollas de las paredes, sostenían a los más débiles.

Las madres, estibadas a popa, estrechaban a sus hijos contra el pecho, como si recalesen que durante el sueño vinieran a robárselos.

Cuatro marineros con las carabinas al brazo y los látigos a la cintura vigilaban en los cuatro ángulos del entrepuente prontos a reprimir la más pequeña tentativa de insubordinación.

Kardec, el segundo, arrebató el látigo a un centinela, y sin pronunciar palabra se puso a recorrer aquella inmensa sala, cargada ya de emanaciones, como si buscase a alguien entre aquella negra masa humana.

Al cabo de un rato se paró y su látigo castigó con sordo ruido las espaldas de un negro gigantesco que dormía en un rincón.

—¡Arriba, Niombo! —exclamó el bretón con voz gangosa.

El rey africano, bruscamente despertado por aquella agresión brutal, trató de incorporarse, haciendo crujir las gruesas cadenas que lo sujetaban a la argolla empotrada en la pared.

Al ver al señor Kardec se quedó quieto, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—¿Qué deseas de mí? —le dijo con voz plética de rencor.

—¿Quién eres tú, vil esclavo, para interrogarme? ¿No sabes que en este momento soy tu amo? ¡Es inútil que me mires con odio!

El gigante negro no respondió, pero el fulgor de su mirada dió mayor brillo a sus ojos.

—¿Quiero hablarte! —dijo el bretón — ¿Conoces a Shegira?

—Sí.

—¿De dónde es originaria?

—Del alto Ogobai.

—¿Quién era su padre?

—Un gran jefe de la tribu de los Pacuinos.

—¿Y su madre?

—Una blanca: portuguesa.

—¿Y cómo se realizó esa unión de una blanca con un rey negro?

—Según referencias, la apresó una banda de cazadores de hombres, que luego le vendió al jefe de los Pacuinos en un precio elevado.

—¿Y viven sus padres?

—Los mataron los portugueses de Bango, el intimo.

—¿Y dispersaron la tribu?

—Completamente. La mataron o la hicieron esclava.

—¿No hay aquí ningún hombre de su tribu?

—No. Los vendieron a todos a un traficante que llegó antes que vosotros.

—¿Tiene parientes Shegira?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Shegira me lo dijo.

—¿Eres acaso su confidente? —preguntó irónicamente el segundo.

—Sí, yo la protegía contra las huestes de Bango.

—¿Eficaz protección la de un esclavo!

—¡Yo soy rey! —exclamó Niombo con arrogancia—. Mi tribu es aún poderosa.

Bango se cuidaba bien de no acercarse a mí, a pesar de estar encadenado.

—¿Quieres que hagamos un pacto?

—Explicite.

—¿Sabes que ella ama al capitán Vasconcelos?

—¡Al capitán! —exclamó Niombo con doloroso acento.

Después, repeniéndose, agregó:

—Shegira es libre y puede amar a quien le guste.

—¿Es que yo no deseo eso! —dijo el bretón con amenazador acento—. ¿Me comprendes? ¡No lo quiero por nada del mundo!

El negro lo miró con sorpresa. No acertaba a comprender aquellos gritos de rabia.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó. —Quiero decir que esa mulata debe ser mía —respondió Kardec.

—Acabas de decirme que ama al capitán.

—Pero yo no quiero que la ame.

—¿También los blancos se odian?

—Más que los negros.

—Entonces tú odias al capitán.

—¡Eso no te importa, esclavo! —respondió brutalmente el segundo.

—¿Y entonces qué quieres de mí... del esclavo?

—Tú eres amigo de Shegira.

—Así es.

—Pues te concederé la libertad cuando hayamos atravesado el océano y te daré los medios de volver a tu patria si aceptas el pacto que te propongo.

—¿Cuál? —preguntó Niombo, en cuyos ojos brilló un rayo de esperanza.

—Que persuadas a Seghira de que sea mía.

—¿La amas?

—Sí —dijo el bretón casi con rabia—. Esa mujer ha despertado en mi alma una

extraña pasión; su recuerdo me acompaña a todas partes; me ha vuelto loco y es necesario que sea mía. ¿Me comprendes, Niombo?

—Te comprendo, pero el capitán...

—¡Ah! El morirá pronto —dijo el bretón con voz sombría.

—¿Y tú deseas que yo te la entregue?

—Sí, Niombo, y tendrás la libertad. ¿Ac

cedes?

—No.

—¿Rehusas entonces?

—Sí.

El bretón miró al negro, como si no hubiera comprendido bien lo que decía.

—¿Rehusas? —repitió con voz amenazadora—. ¡Tú, vil carroña!

—Niombo es un rey, hijo de rey —dijo el negro con orgullo—. Yo desprecio la libertad que tú me ofreces a ese precio.

—¡Miserable! —gritó el bretón alzando el látigo.

El negro se irguió cuan alto era, distendiéndose sus enormes músculos, y miró fijamente al bretón, diciéndole con voz amenazadora:

—¡Cuidado con lo que vas a hacer!

Kardec, que parecía loco de furor ante aquella amenaza, descargó rabiosamente el látigo, pero no logró tocar la piel de Niombo.

Este, con un fugaz movimiento, se lo arrancó de las manos y lo partió en pedazos, que arrojó a la cara del segundo.

—¡Blanco —rugió Niombo —cuidado!

—¡Ah, perro —gritó Kardec—. ¡A mí, marinos! ¡Azotad a este vil esclavo!

Viendo Niombo que los cuatro marineros de guardia se lanzaban contra él, látigo en mano, tuvo un acceso de furor.

Aquel gigante, que debía de poseer una fuerza inmensa, consiguió con sobrehumano esfuerzo romper la cadena, y corrió por el entrepuente, gritando:

—¡A mí, hermanos de raza!

Aquel grito, que resonó como un trueno en la prisión de los esclavos, tuvo una constatación rápida.

Un verdadero rugido, fuerte como un huracán, salió del pecho de todos los negros, y a aquel clamor salvaje siguió un

fragor de cadenas capaz de imponer pánico en el ánimo más templado.

Los quinientos negros habíanse erguido con un solo hombre. No eran ya quinientos esclavos humildes, atemorizados y encogidos ante el restallar de los látigos: eran quinientos leones dispuestos a la lucha. Los hijos del continente negro se levantaban tremendos, dispuestos a vengar de un solo golpe sus largos padecimientos, sus humillaciones, sus seculares martirios.

Al ver libre a su rey y cruzando el entrepuente, hombres, mujeres y niños se pusieron de pie dispuestos a todo, aunque fuera a dejarse matar.

Los cuatro marineros que habían acudido en socorro del bretón fueron en un momento apesados, agarratados y reducidos a la impotencia por cincuenta brazos, que los hicieron desaparecer tras una muralla humana.

Ante aquellos potentes rugidos y ante el

estruendoso trepidar de las cadenas y las voces de socorro lanzadas por los marineros, la tripulación toda de la nave negra, con el doctor y el contramaestre a la cabeza, entraron en el entrepuente armados hasta los dientes.

—¿Qué ocurre aquí? —gritó Esteban, deteniéndose con un gesto a los marineros que trataban de lanzarse sobre los enardecidos esclavos.

—¿Que me defiendan! —dijo Niombo, que estaba de pie en medio del entrepuente, teniendo en la mano una carabina sacada a un centinela.

—¡Tú, Niombo! —exclamó el doctor.

—Yo, señor —respondió más sumiso el monarca africano.

—¿Y contra quién te defiendes?

—Contra éste, que viene a injuriarme mientras duermo. ¡Soy esclavo vuestro, sí; pero aquí aun soy rey!

Entonces fué cuando advirtió el doctor

No abuse de los purgantes!

Reeduce su intestino

Muchas personas hacen un abuso increíble de purgantes y laxantes, ignorando, posiblemente, que a cambio de un alivio momentáneo, irritan gravemente las mucosas intestinales y agravan el estreñimiento.

A estas personas conviene conocer el Peptógeno Ruxell, que favorece la digestión y asimilación, así como todo el ciclo de la función digestiva, en forma natural, es decir proveyendo al estómago

de peptonas y estimulando la acción peristáltica del intestino.

Peptógeno Ruxell
REEDUCA EL INTESTINO

Amazonas



—Dos leches maltadas, y dos botellas de árnica.

la presencia del segundo, que permanecía pegado a la pared para eludir el asalto de los negros, los cuales hacían esfuerzos sobrehumanos para romper sus cadenas y apresarlo.

—¿Qué hizo usted, señor Kardec? —le preguntó el doctor Esteban con voz grave. —¿No le basta con ejercer este inhumano tráfico, sino que también necesita provocar a estos desgraciados a latigazos?

—¿Va a enternecerse ahora con estos pieles negras, señor Esteban? —interrogó a su vez el bretón, que había recobrado su aplomo y sangre fría.

—Sabe usted muy bien que el capitán ha prohibido el látigo a bordo de su nave.

—Entonces, pretende usted que se le lleva a estos perros negros? Esta canalla se negaba a responder a mis preguntas y trataba de castigarla.

—¿Señor Kardec! —exclamó el doctor—. Aun no es el jefe usted aquí.

—En este instante, señor Esteban, mando yo en la *Guadiana*.

—¡Ah, no, eso sí que no! ¡Salga usted aquí inmediatamente! ¡El comandante vive aún, a pesar de la bala que lo hirió a traición! ¡El jefe es él, y nadie más que él!

Estas palabras produjeron una impresión profunda en el segundo, que, perdida su audacia, sólo pudo contestar:

—Está bien, señor Esteban.

Rozando las paredes salió del entrepuente y subió a cubierta, torvo, agitado, inquieto.

Tranquiliza a esta gente —dijo el doctor volviéndose hacia Niombo.

A una señal del rey todos los esclavos quedaron apaciguados. Los cuatro marineros de guardia volvieron a ocupar sus puestos respectivos.

—Vuelve a tu lugar, Niombo —añadió el doctor—. Nadie osará molestarle, y ya que has roto tu cadena de esclavitud, yo, en nombre del capitán, te concedo la libertad.

—Gracias, señor —respondió el gigante soltando el arma en tanto que los esclavos murmuraban con admiración:

—Es un gran tebib (doctor).

Instantes después, el doctor dijo, dirigiéndose a la tripulación:

—Que nadie toque a estos hombres o mujeres. Es orden del capitán y en su nombre hablo.

Salí sobre cubierta acompañado siempre del contramaestre y de la tripulación, pero apenas puse el pie en la toldilla, lanzó un grito de asombro.

A popa, apoyado con una mano en los hombros de Seghira, pálido, semidesnudo y esgrimiendo en la otra mano una pistola, se hallaba el capitán Vasconcelos. A pesar de la dolorosa y grave herida, mantenía derecho y sus ojos lanzaban relámpagos de indignación.

—¡Vasconcelos! —exclamó el doctor, lanzándose hacia él—. ¡Qué imprudencia estás cometiendo!

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el herido—. ¿Quién se atreve a provocar una rebelión en el entrepuente de mi nave?

—Todo ha terminado ya, Vasconcelos. Vuelve a tu camarote, porque te estás matando.

—Oí los gritos de los negros, ¿Quién los ha provocado? ¡Quiero saberlo inmediatamente!

—Nada. Ha sido un latigazo; nada más que eso.

—¿Y quién se atreve a manejar el látigo en la *Guadiana*? —gritó colérico.

—Kardec.

—¡El!

Viendo al bretón, que permanecía apoyado en la amura de proa, sus ojos se posaron en él, agudos como dos hojas de puñales.

—¿Señor Kardec —le dijo con sorda rabia—, el capitán de a bordo de este bergantín soy yo! En el primer puerto a que lleguemos lo desembarcare.

Luego, y como si toda su energía se hubiese agotado en aquel instante de cólera, las fuerzas le abandonaron y cayó en los brazos del doctor y de la mulata Seghira.

SOSPECHAS

El capitán Vasconcelos había perdido el conocimiento, así que inmediatamente fue llevado a su cabina, donde se hallaba ahora en grave estado. Su imprudencia al abandonar el lecho y el acceso de cólera que había sufrido produjeron gran decaimiento, y la herida nuevamente se le abrió.

Su frente estaba perlada por frías gotas de sudor; su piel habíase puesto pálida y terrosa; sin el débil movimiento de la respiración que levantaba apenas su robusto pecho, hubiérase creído que estaba muerto.

El doctor Esteban, inquieto y taciturno ante el estado del capitán, le practicó una nueva cura, para evitar mayor pérdida de sangre, y preguntó a la esclava Seghira:

—¿Qué fue lo que ha sucedido?

—Algo importante.

—Habla, Seghira.

—Se despertó bruscamente y me preguntó dónde habíais puesto la bala extraída.

—¿Y después? —interrogó el doctor frunciendo la frente.

—La sacó del vaso y la examinó con suma atención. En aquel momento vi alterarse su rostro de un modo tan terrible, que me causó terror.

—Prosigue, Seghira.

—Entonces precisamente fue cuando se oyeron los gritos de los negros. El capitán se arrojó del lecho, se apoderó de una pistola y me pidió que le condujera al puente. Estaba sumamente excitado y sus miembros denotaban gran nerviosismo.

—¿Dónde está la bala?

—La volvió a colocar en el vaso.

Esteban agarró el vaso, sacó la bala y la observó detenidamente.

—Este calibre no me es desconocido —murmuró—. ¿Sabrá Vasconcelos de qué pistola ha salido esta bala? ¡Veamos!

Tomó la pistola que momentos antes esgrimía el capitán, un arma de grueso calibre, y vio con verdadera sorpresa que el proyectil se adaptaba perfectamente. La arruga que surcaba la frente del doctor se hizo más profunda y una palidez cadavérica se posesionó de su semblante.

—¡Contramaestre Hurtado! —gritó desde la puerta del camarote.

El gigantesco marino, que se encontraba en el timón, acudió corriendo a la llamada de Esteban.

—¿Qué sucede, doctor?

—Ven —dijo Esteban, metiéndolo en el camarote—. ¿Conoces esta bala?

—¿Ya lo creo! Es una bala de las pistolas que usamos nosotros.

—¿Y hay muchas armas de éstas a bordo?

—Una docena, doctor.

—¿Quiénes son las personas que las llevan?

—El capitán y el segundo.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿Crees tú que algún tripulante del *London* pudiera llevar armas de este calibre?

—No lo creo. Nuestras pistolas son de fabricación brasileña y tienen un calibre especial.

—¿De modo que, a tu entender, esta bala no ha podido salir del *London*?

—Me parece muy difícil, porque los ingleses llevan armas fabricadas en su país.

—Y en el momento del abordaje, ¿quién de nosotros estaba armado con pistolas?

—El capitán y el señor Kardec.

—Durante la lucha, ¿sabes dónde estaba el segundo?

—En el contramaestre se quedó pensando unos instantes y después agregó:

—Si no me equivoco, me parece que se hallaba cerca de la amura, por estribor.

—¿Delante o detrás del capitán?

—Más bien un poco detrás.

—¿Tenía una pistola en la mano?

—Sí, en la izquierda; pero... ¿Por qué me hace usted estas preguntas, doctor? Despierta usted en mí una sospecha terrible.

Esteban, en vez de responder, le preguntó de pronto:

—¿Tienes confianza en Kardec? ¿Lo crees un hombre honrado?

El contramaestre le miró algo sorprendido, y luego contestó con voz firme y grave:

—En los tres años que ha vivido a bordo le he conocido como un buen marino, audaz y valiente, pero...

—No te interrumpas, Hurtado.

—He oído cosas muy extrañas sobre él. En San Pablo me dijeron que Kardec fue cazador de hombres y que ejerció la piratería en las costas de la Malasia.

—¡Ah! ¿Te dijeron eso?

—Sí, doctor, y una noche oí que decía a algunos de nuestros marineros que si la *Guadiana* fuera suya volvería al archipiélago malayo y en pocos meses nos enriqueceríamos todos.

—Entonces, ese hombre es capaz de cualquier cosa —dijo el doctor—; hasta de asesinar a Vasconcelos para apoderarse de su nave, y...

—¿Y... murmuró una voz ronca.

El doctor y el contramaestre se volvieron prestamente y lanzaron una exclamación de asombro. El capitán, pálido toda-

vía, y apoyado con ambos brazos en la cama, los miraba con ojos desorbitados.

—¡Vasconcelos! —gritó el doctor acercándose al lecho y socorriendo al herido.
—Lo oi todo —murmuró el brasileño con voz tenue—. ¡Sí, ese hombre... es capaz de todo... Esteban, esa bala... es de las nuestras. La conocerá... entre mil...

—No adelantemos juicios, Vasconcelos. ¡Sí, te repito que es capaz de todo —prosiguió el herido con energía—. La bala... es de... su pistola... ¡Sí, Esteban...; sí!

—No podemos acusarle por simples sospechas. Nadie le vió hacer fuego contra ti, y tu herida puede haber sido causada por una bala perdida.

—No, Esteban, no... Kardec me incitaba... a la piratería... en lugar de este tráfico, y proclama... apoderarse de mi navío... ¡Vigíale, vigíale sin cesar! Dichas estas palabras cayó como extenuado, y mirando durante algunos instantes a la mulata, que le acariciaba, amorosa, le sonrió dulcemente y quedóse dormido.

—Este sueño le hará mucho bien —dijo el doctor—. Dejémosle tranquilo y vayamos a visitar a los heridos, Hurtado. Tú, Seghira, vete y que nadie, con ningún pretexto, se acerque a su litera.

—¿Qué teme usted, señor Esteban? —preguntó el contramaestre Hurtado.

—Que se respira aquí un aire de traición. Que huele a villanía a bordo de la Guadiana.

Salieron del camarote y subieron a cubierta. Sus miradas se posaron en el bote: estaba sentado a proa con un cigarrillo en los labios, pensativo e inquieto.

—Vigíale, Hurtado —murmuró el doctor Esteban.

—Después, usted —respondió el contramaestre con voz amenazadora—. En cuanto se deslice lo llevo a la barra.

Mientras tanto la Guadiana enfilaba, hacia el Oeste, con una velocidad de cuatro nudos, porque los vientos ecuatoriales no son muy fuertes. La corriente del Cabo, que marcha por toda la costa africana y que a aquella altura cambia del Noroeste al Oeste, favorecía la marcha del buque negro.

Esa gran corriente es la que forma el famoso Gulf-Stream. Tiene una velocidad de una milla geográfica por hora y aumenta a medida que va aproximándose al golfo de Méjico, donde se divide en dos grandes ramificaciones: la primera, que se dirige hacia el golfo, es la principal; la segunda baja hacia la costa brasileña y desemboca en el Río de la Plata.

Sus aguas, más livianas que las del océano, se distinguen perfectamente y se ve cómo se mueven hacia el Oeste.

El hecho de ser aquella parte del Atlántico poco recorrida motivaba que el mar permaneciese desierto.

Excepto los dos cruceros, ninguna otra nave había surgido en el lejano horizonte.

En aquel dilatado espacio comprendido entre el Ecuador y el paralelo 20° sólo se encuentran algunas islas, tales como: Santa Elena, San Mateo, La Concepción y la Trinidad, todas ellas casi inhabitadas y apenas productivas.

Por la noche aumentó el viento, avivando la marcha de la Guadiana, que parecía tener prisa por abandonar aquellos peligrosos parajes, frecuentados por los cruceros que hacen escala en Santa Elena.

El oficial Lucas, que hubiera querido encontrarse ya en el Brasil, desplegó nuevas velas para aumentar la velocidad, pues sabía que los vientos frescos duran

poco y que son reemplazados por calmas chichas que duran semanas y semanas.

En aquella primera noche el capitán Vasconcelos sufrió varios accesos de delirio. A pesar de los cuidados del doctor, la fiebre se había presentado.

En aquellos accesos sólo hablaba de balas, de facciones y de pistolas, y el nombre de Hurtado era repetido a menudo, y siempre con expresión de odio.

Sin duda había anidado en su corazón la terrible sospecha de que el bretón había tratado de asesinarle para apoderarse del buque y ejercer la piratería en el archipiélago malayo.

Seghira y el doctor Esteban no lo dejaban un solo momento y velaron constantemente a la cabecera hasta que amaneció el nuevo día.

La aparición del sol parece que llevó un poco de calma al herido, porque durmió tranquilamente, y al despertar, su mente estaba perfectamente despejada.

—Habéis pasado muy mala noche por mí, amigos míos —dijo tomando las manos del doctor y las de la mulata—. He estado bastante mal, lo recuerdo; pero ahora me encuentro tranquilo y en mejor estado.

—No pienses en nosotros, Vasconcelos —dijo Esteban—. Lo urgente es que te restablezcas.

—¡Sí, sí! —exclamó Seghira.

—¿Qué buena eres! —dijo el capitán con dulzura—. Hice muy bien en traerte conmigo. ¿Dónde nos hallamos, Esteban?

—A doscientas millas de la costa de África.

—¿Sopla bastante el viento?

—Sí.

—Podremos evitar la calma y arribar pronto a la costa del Brasil. Un poco de aire de la tierra natal me hará muy bien; pero el Amazonas está aún muy lejos, y quién sabe si antes de llegar tendré vida.

—¡Bah! Tú eres muy fuerte.

—Es verdad, amigo Esteban; pero tengo muy malos presentimientos. Si logro llegar vivo al Brasil, me despediré para siempre del océano. No quiero continuar con este infame tráfico. Me retiraré a Bahía o a Río de Janeiro, adquiriré una gran posesión y me haré facendeiro.

—Y yo? —preguntó el doctor.

—Tú vendrás conmigo y...

Volvió la mirada hacia Seghira, cuyos negros ojos se fijaban en él con insistencia, como esperando una palabra, y le dijo con voz conmovida:

—Tú también vendrás, ¿verdad? Te quiero, pobre víctima de la esclavitud, y deso hacerte feliz.

—¡Ah, señor! —exclamó Seghira.

—Señor, no —dijo el capitán—. Para ti soy simplemente Vasconcelos.

—Gracias, señor; mi vida es tuya.

El negro lanzó un suspiro y después preguntó:

—¿Están tranquilos los esclavos?

—Sí —contestó Esteban.

—¿Sabes, amigo mío, que proyecto quedarme con todos? Les haré trabajar en mi hacienda y seré para ellos algo más que un amo.

—Te felicito, Vasconcelos; haces muy bien en abandonar este maldito tráfico.

—Dices bien, amigo Esteban. Ahora comprendo lo horrible de este inhumano comercio. No, no quiero vender estos pobres negros a los feroces explotadores del Amazonas. Vámonos a Bahía: ordénale a Hurtado que cambie de ruta.

—Será necesario abandonar la corriente ecuatorial.

—Por qué, Esteban?

—Porque la corriente lleva hacia el ca-

INCUBADORAS



Incubadora para 24 huevos (patentada), con regulador automático de la temperatura y

Criadora combinada, \$ 31.-

Otros modelos, desde 65 huevos hasta 36,000 huevos. Anillos para aves, instrumentos para capentar pollos, etc. Pida Catálogo indicando qué artículos le interesan, mencionando este aviso.

ESTABLECIMIENTOS LA EUGENIA

ALSINA 412

Buenos Aires

CALIDAD SUPERIOR
COLORES FIRMES

HILOS
PARA LABORES
DE SEÑORAS

D·M·C
MARCA DE FÁBRICA REGISTRADA

No crea en consejos de comedidos o curanderos; ellos redundarán en perjuicio de su vista. PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS.



**POMADA
PARA CALZADO
"COLIBRI"**

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA
LUSTRA-TINE

Producto de los
Establecimientos de Anilinas Colibrí

Cocinas modernas



—Me doy por vencida. No puedo encontrar el depósito de residuos.

bo de San Roque y nosotros tendremos que ir más al Sur. Esto nos obligará a describir una gran curva y el viaje será más largo.

—Falsa teoría, amigo doctor. No es la mayor o menor distancia la que a nosotros nos debe importar, sino que tenemos que buscar las zonas donde soplen los vientos, que interesan mucho más.

LA CORRIENTE ECUATORIAL

Cuatro días después de abandonar la *Guadiana* la bahía de López, o sea el 24 de septiembre, el viento, que hasta entonces había soplado favorablemente, fué disminuyendo poco a poco, hasta que cesó por completo.

El bergantín negro se encontraba en la zona calma y que se extiende hasta el Ecuador, entre las dos grandes corrientes de vientos alisios que soplan del Norte y del Sur, zona sumamente peligrosa, porque las semanas enteras sin que sopla la más ligera brisa y con una temperatura elevadísima, lo mismo de día como de noche, lo cual origina a menudo epidemias, especialmente en las naves que transportan gran número de personas, y sobre todo en los buques negros.

En esta zona pierden esos navíos buena parte de su carga de ébano vivo, cosa que sabían muy bien los peces-perros, que a millares siguen a estos buques, convencidos de que han de dárles abundante comida.

Esta zona, verdadera pesadilla de los navegantes, se llama también de la lluvia, porque casi a diario caen aguaceros violentos, acompañados de relámpagos, y que, cosa extraña, lejos de refrescar la atmósfera, producen sensibles elevaciones en la temperatura.

La extensión de esta zona es grande y su forma irregular: un aspecto de Y inmensa vuelta hacia el África. El vértice de este ángulo se apoya en las Guineas francesa y brasileña, un poco sobre el Ecuador, y los dos lados se abren el uno hacia la costa africana del Senegal, y el otro atraviesa el Ecuador, descendiendo hacia el Sur en dirección a la Guinea Inferior, y sin tocar la costa se pierde hacia el 7º de longitud del meridiano de Paris.

La *Guadiana*, que navegaba por la corriente ecuatorial, había de entrar precisamente en esta última punta de la zona y afrontar aquella ardorosa calma. Habiendo apenas comenzado la estación estival, el capitán estaba convencido de poder eludir aquellos sitios y de encontrar el aliso septentrional, el cual, lo mismo que el meridional, sopla sin cesar sobre una zona de 28º a 30º.

Como dejamos dicho, la *Guadiana* se hallaba a trescientas millas de la costa de África. Una calma chicha reinaba sobre el inmenso océano, que parecía un plato.

Las velas pendían inertes a lo largo de los mástiles, y el calor había subido bruscamente a 42º en el puente y a 46º en el entrepuente, que era un verdadero infierno en el que se achicharraban los desgraciados negros.

Los tripulantes del buque negro se esparcían por la cubierta, cobijándose a la sombra de las velas. Solamente se veían de vez en cuando los hombres que hacían el relevo de las guardias, no faltando algunos marineros libres de servicio que descendían hasta lo profundo de la cala en procura de frescura y humedad.

El segundo aprovechaba todas las horas que tenía libres para permanecer encerrado en su camarote, solo y sin conversar con persona alguna.

Desde lo sucedido con el capitán y con el negro Nimbo aparecía de un humor endiabladito. No dirigía a nadie la palabra, evitaba encontrarse con el doctor, y sobre todo con el contramaestre Hurtado; no se acercaba jamás a la cámara del capitán, y parecía haber abandonado sus proyectos con respecto a la joven esclava. No obstante, cuando la veía aparecer sobre cubierta acompañada del doctor para disfrutar un poco del aire de la noche, resplandecía en sus ojos sus torpes deseos y palidecía su rostro picado de viruelas.

Cuando se topaba con Nimbo, que en su cualidad de hombre libre aparecía de vez en cuando sobre la cubierta, la pildez del bretón se tornaba más cadavérica y sus ojos reflejaban un odio a muerte. Si él hubiera sido capitán de a bordo, aquel rey negro ya no existiría.

La calma retuvo a la *Guadiana* durante siete días bajo aquella lluvia de fuego; pero el 2 de octubre, después de un violento aguacero, acompañado de grandes descargas eléctricas, empezó a soplar una ligera brisa del Nordeste.

Aquel cambio de tiempo llevó un poco de alivio a los pobres negros, que se asixiaban en el entrepuente, y aun al mismo capitán, que sufría bastante por el fuerte calor, obligado como estaba a permanecer reclinado en su angosta cabina.

Por vez primera aquel día se mostró de buen humor y estuvo más locaz que de ordinario, aunque su herida, que se cicatrizaba muy despaciosamente, le hacía sufrir mucho aun.

—Me siento más tranquilo, Esteban —dijo al doctor, que estaba sentado a su cabecera, así como la esclava, que no lo abandonaba ni un solo momento—. La inmovilidad me hacía sufrir y el calor me deprimía enormemente.

—Te creo, Vasconcelos —respondió el doctor—, pero la quietud no le va a los marinos de tu temple; por más que nuestro bergantín no permanezca inmóvil, pues la corriente le ayudaba algo.

—Pero, ¿es un río esta corriente? —preguntó Seghira.

—Efectivamente; un verdadero río que corre a través del mar —dijo Esteban—. Un río que tiene por cauce y por lecho las aguas del océano Atlántico.

—Es un fenómeno extraño, doctor.

—Quizá, Seghira.

—¿Y hay muchos ríos así?

—Varios; pero de corriente tan violenta no hay más que dos: el que ahora navegamos y que forma la gran corriente del *Gulf-Stream*, y otro que cruza el océano Pacífico. Los demás se rompen o pierden luego de un corto recorrido, porque su velocidad es bastante limitada.

—¿Y crees tú, Esteban, que esta corriente ejerce alguna influencia en las perturbaciones atmosféricas? —preguntó el capitán brasileño.

—Desde luego; como también se puede afirmar que influyen en los climas de estas regiones.

—De modo que, a juicio tuyo...

—Esas corrientes son distribuidoras de calorífico. Sin el calor que espase el *Gulf-Stream*, Inglaterra sería poco menos que una tierra polar. Las mismas costas de España y de Francia deben mucho de la benignidad de su clima a las cálidas emanaciones de un derivado de la gran corriente que marcha en aquella dirección, originando las costas del occidente de Europa.

—Sin duda, así debe ser, Esteban, porque Inglaterra se encuentra en el paraíso del Labrador, zona que es hoy casi inhabitable por la crudeza de su clima.

—Si se pudiera desviar la gran corriente del golfo, gozaría el Viejo Continente de muchos beneficios y en sus costas occidentales se disfrutaría de una eterna primavera.

—¿Y de qué manera?

—Sería suficiente con construir un dique en la costa de África, con la cual la corriente no retornaría al centro del Atlántico.

—¿La corriente ecuatorial?

—No, el brazo del *Gulf-Stream* que se encamina hacia Europa. Tan magno proyecto ha sido ya estudiado por muchos científicos, y quizá llegue un día en que se realice la obra.

—Es que costaría cifras cuantiosas.

—Menos de lo que se cree. Bastaría construir un dique de seis kilómetros hacia la última isla de Cabo Verde para obligar a la corriente a pasar por las costas de Europa, en vez de alejarse de ellas como hace actualmente.

—Permíteme que dude, Esteban.

—¿Y por qué, Vasconcelos? ¿Qué es lo que genera en Europa los frios inviernos y las lluvias desastrosas? Siempre la corriente del *Gulf-Stream*.

—Pero, ¿cómo?

—Sabes muy bien que el brazo principal de la corriente, luego de atravesar el banco de Terranova y la costa de Noruega, se pierde en el océano Artico. En esas montañas, aun en movimiento, socavan las montañas de hielo; este baja hacia el Sur en grandes bloques, que se van fundiendo al llegar a las costas noruegas, inglesas, o al mar del Norte. Estas masas de hielo se apropian gran parte del calor que encuentran en la atmósfera y en el agua, que por esta causa sufren enormes descenso en su temperatura. La condensación de los vapores de agua, que de este resulta, es la razón principal de las lluvias que caen sobre el continente europeo, en cantidad mayor o menor, según la masa de hielo que la corriente desprende de los inmensos bancos polares.

—Te comprendo: bastaba impedir el desprendimiento de bloques para evitar la lluvia; pero se correría el peligro de sufrir una sequía más desastrosa todavía que las lluvias torrenciales y que el frío traído por los icebergs. Desengáñate, Es-



TRES OBRAS DE INTERES GENERAL

Ofrecemos aquí una muestra de la amplitud de nuestras ediciones, formada por tres libros que, como todos los presentados por esta editorial, se caracterizan por su interés, por la pulcritud de la impresión y por la elegancia de sus tomos. Son los siguientes: **SINONIMOS CASTELLANOS**, de Roque Barcia; **DICCIONARIO DE LA RIMA**, de Juan de Peñalver, y **GRATES**, Diccionario de Sinónimos Castellanos.

SINONIMOS CASTELLANOS, por Roque Barcia

Este interesante y útil diccionario de sinónimos, presentado en una edición económica al alcance de todos, contiene 5.000 acepciones explicadas, proporcionando un tesoro valioso de voces pintorescas, variadas y expresivas.

De verdadero interés y mérito es este trabajo que ofrecemos al público, pues, aparte de servir de magnífica orientación en esta clase de estudios por el indiscutible prestigio de su autor, facilita la forma de construir frases, suministra medios seguros para entender bien el sentido de cualquier obra de lectura y enseña las analogías y diferencias de las voces y su oportuno uso, haciendo más breve y completo el estudio de cualquier rama del saber.

En una edición económica y a un precio sensacional: \$ 4.00, el ejemplar (flete 20 centavos).

DICCIONARIO DE LA RIMA

por JUAN DE PEÑALVER

Esta famosa obra, original del notable lexicógrafo español Juan de Peñalver, acaba de ser incluida por la EDITORIAL SOPENA en su valiosa y nutrida colección de diccionarios.

No es, el *Diccionario de la Rima*, una lista de consonantes sin orden ni concierto, sino un catálogo sistemático de voces, cuyo uso conviene tanto al estudiante de literatura como al poeta y, en general, al escritor, ya que con él podrán resolver al instante cualquier duda que se les presente para la redacción de sus trabajos.

Esmeradamente corregida y lujosamente encuadernada en cartóné, esta nueva edición del *Diccionario de la Rima* se vende al extraordinario precio de \$ 2.50 el ejemplar (flete, 20 centavos).

GRATES, DICCIONARIO DE SINONIMOS CASTELLANOS

Una obra indispensable para facilitar el trabajo y enriquecer el estilo, con la cual tenemos el convencimiento pleno de llenar una necesidad largo tiempo sentida entre escritores y estudiosos. Pocas serán las personas que no hayan experimentado alguna vez la torturante angustia de no encontrar la frase adecuada, el concepto preciso, el vocablo brillante, que impidan que una idea, aun siendo original, pierda, al exteriorizarse, su ingénita belleza y aparezca deslucida y ajada por falta de feliz expresión. Sólo un buen diccionario nos hará salvar con facilidad aquel penoso escollo.

GRATES, el diccionario de sinónimos más completo que existe en lengua castellana, pues en él se han reunido *Ciento Veinte Mil Vocablos*, cuesta sólo \$ 2.50 (flete, 20 centavos).



Estas tres importantes obras han alcanzado ya un señalado éxito de venta, que da la pauta del valor singular de las mismas, por cuya razón aconsejamos adquiera a la brevedad la obra de su conveniencia, antes de que se agote.

Cualquiera de estos libros puede adquirírselos pidiéndoselos a su librero o a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.

— SIMBOLO DE BUENA EDICION —

ESMERALDA 116

Buenos Aires

U. T. 34 - 4067



Adjunto \$..... para que me remitan por certificado y a vuelta de correo: **SINONIMOS CASTELLANOS**, por Roque Barcia - **DICCIONARIO DE LA RIMA**, por Juan de Peñalver - **GRATES**, Diccionario de Sinónimos Castellanos. (Táchesse lo que no corresponda).

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L: 169

NOTA.—Agregar 20 centavos para flete por un libro y 10 centavos por cada libro más.

Perfección



—¡Alinear las narices!

teban; los hombres de ciencia son unos chiflados.

—Yo los llamo bienhechores de la humanidad. Los más grandes genios fueron siempre tildados de excéntricos.

La *Guadiana*, que navegaba con una velocidad media de cinco nudos, siendo la brisa sumamente débil, salió el 3 de octubre del Ecuador a los 20° 15' de longitud Este del meridiano de la isla de Hierro y entraba en el hemisferio septentrional para aprovechar los alisios que debían empujarla directamente hacia el Amazonas. En aquellos doce días apenas había avanzado unas cuantas millas; pero la tripulación estaba segura de arribar a la costa brasileña antes de que terminara el mes, teniendo que recorrer una distancia que ascendía a dos mil quinientas millas.

El océano seguía tranquilo, aunque de vez en cuando lo surcaban enormes olas que corrían en sentido de la corriente ecuatorial. Sus aguas conservaban una transparencia notable y a varios cientos de metros de profundidad se distinguían perfectamente los peces.

Esta curiosa transparencia del agua no se advierte tan sólo en las regiones ecuatoriales y tropicales, sino que se observa asimismo en las altas latitudes.

Alrededor del mediodía cambió bruscamente el tiempo, lo cual obligó al joven Lucas, a quien el bretón había confiado la dirección de la nave, a arriar algunas velas, a fin de disminuir la superficie del trapo.

Negros nubarrones, precursores de tempestad, alzábanse hacia el Sur y avanzaban como caballos desbocados, amenazaban de invadir todo el cielo, en tanto que la brisa aumentaba sin cesar hasta alcanzar las proporciones de un verdadero huracán. Poco después su velocidad era de veinte metros por segundo, rapidez que sólo logran los vientos de borrasca.

El mar, hasta entonces tranquilo, se agitaba con violencia, haciendo oscilar horriblemente a la *Guadiana* y lanzando en el entrepuente a los negros unos contra otros. Estos seres, que no habían pasado aún por la furia del océano, comenzaron a lanzar lamentos de terror al oír los retumbos de las olas, el crujir de las cuadernas, los ensordecedores silbidos del viento, y

sobre todo aquel horrible balanceo que los amedrentaba, haciéndoles creer que iban a hundirse en los abismos del mar. Las madres, locas de miedo, estrechaban con angustia contra su pecho a sus hijos, que lloraban desesperadamente, asustados por la tempestad creciente.

El capitán sufría también mucho con aquellos bruscos vaivenes que a cada instante amenazaban lanzarle de la litera, no obstante haber tenido el doctor la precaución de sujetar solidamente las mantas.

Seghira y el doctor, que permanecían a su lado, trataban en vano de calmarle, pues a pesar de sus heridas quería que lo transportaran al puente para dirigir él en persona las maniobras.

—Mi puesto no está aquí —decía con agitación—. La *Guadiana* me necesita para salvarse.

—Cálmate. El contramaestre Hurtado es un viejo lobo de mar que sabe su cometido. Déjales hacer a él y a Kardec, que, a pesar de todo, es un marino avezado y valiente.

—¡Kardec! —decía el capitán entre dientes—. No me fio de él en absoluto.

Toda la noche permaneció la *Guadiana* defendiéndose del temporal, llevada de un lado a otro como una débil paja y recibiendo en su tolda la enorme masa de agua que le lanzaban las olas al rebasar la obra muerta.

Por fin hacia el alba se calmó algo la furia del viento y cesó la rugiente voz del huracán, permitiendo al capitán y a los negros agrupados en el entrepuente disfrutar un poco de sueño. Gracias a esta bienhechora calma, los esclavos callaron con sus lamentos, pues durante la tormenta, y a pesar de las amenazas de los centinelas y de las palabras tranquilizadoras de Niombo, sus desgarradores gritos de angustia pusieron una nota agorera en la nave de Vasconcelos.

COLISION EN PLENO HURACAN

Pero aquella bonanza en el tiempo no había de durar mucho. Así que lo que al principio se consideró como un don del Señor para aquellos desventurados, no era más que una corta tregua.

El ciclón, que se condensaba en las profundidades del espacio celeste, no había de tardar en presentarse.

—Temo que vamos a pasar un día horrible —dijo el doctor, otando desde la claraboya del camarote del capitán el horizonte.

—Sí, señor —contestó el contramaestre Hurtado, que había bajado para saludar a Vasconcelos—. Dentro de poco la *Guadiana* empezará otra vez a danzar.

—¿Han sufrido mucho los negros?

—Pregúntele al capitán—. Los he oído quejarse toda la noche.

—Los violentos balanceos han confundido a algunos, pero de poca consideración. —¿Niombo?

—Ese negro es audaz y valiente, capitán. Estaba sereno como el marino más diestro.

—¿Seguirá en libertad?

—Sí.

—¿Y qué dice de él Kardec?

—No lo mira con buenos ojos, capitán; pero respeta la voluntad de usted. ¡Si no fuera por eso!

—No se atreverá a nada.

—¿Y que se atreva si quiere!

—No lo hará. Sabe demasiado bien que aquí el capitán soy yo. Dile a Niombo que puede venir a mi camarote. Es el amigo de Seghira, y sé que la protegerá en los momentos de peligro.

—Ya me pidió permiso para venir, ca-

pitán; pero yo esperaba sus órdenes. Desde sentir un profundo cariño por Seghira, pues a cada momento me pregunta ella y por el estado de salud del capitán. —¿No sabrá agradecerlo.

—¿Qué piensas hacer con él? —preguntó el doctor Esteban.

—Enviarle a África y darle los medios necesarios para que vuelva a su tribu. Un negro que merece ser rey. En las tallas debe de ser un verdadero león. Es innegable que la raza negra tiene buenos ejemplares.

—Toda ella goza de un extraordinario vigor.

—¿A pesar del rigor del clima en que viven?

—Quizá por eso es más robusta que la raza septentrional. Desde luego que hay de la raza a que pertenece Niombo, pero que hay otras muchas menos vigorosas.

—¿Pero no pertenecen a una sola familia los negros?

—A una misma familia sí; pero esta familia se divide en muchos grupos, uno de los cuales acusa diversas características.

—En primer término está el grupo de los quimano y bosjemán, que representa la raza más antigua y más cercana al originario. Viven estos negros en las regiones interiores de la colonia del Cabo de Buena Esperanza y se extiende hasta Zambese. Su piel no es negra del todo, no color de cacah amarillento, y a su pelo, es crespo, no forman enmarañados rulos. Son de baja estatura.

—Es verdad —dijo Vasconcelos—. Los bosquimanos están considerados como los primeros habitantes del continente.

—En segundo término están los hutus, que ocupan el África meridional. Su piel es del color del cuero viejo y su estatura superior a la de los anteriores, dando generalmente a un metro cincuenta centímetros. En tanto que los hutus son nómadas y viven de la caza, los hutus viven del pastoreo.

—El tercer grupo, que es el realment negro, tiene las piernas un poco arqueadas, los pies planos, la nariz achatada, labios prominentes y la cabellera color lanosa.

—Son los que mejor soportan las fatigas y ocupan gran parte del África, con especialidad las regiones centrales.

—¿Y los cafres? —preguntó el contramaestre Hurtado.

—Forman otro grupo, que es el tipo más perfecto. Este pueblo, que mora en la zona oriental del África meridional, es valiente y belicoso. Son de elevada talla, y ordinariamente pesan de un metro sesenta y un centímetros, y sus proporciones armónicas, así como esbeltas y elegantes sus movimientos.

—Además existe el grupo nubiano, que vive en el África septentrional y se caracteriza como un pueblo de conquistadores.

—Así que ya ves, Hurtado, que los negros no forman una sola especie.

—Una cosa hay que me preocupa y no puedo comprender, doctor —dijo el contramaestre.

—¿Cuál?

—Quisiera saber de qué raza proviene la negra. Se dice que viene de la raza de uno de los hijos de Noé, de Cam; pero me parece que nuestra raza es completamente distinta de la negra.

—Entrás en un tema que aun no he resuelto, Hurtado. Numerosos sabios han estudiado este durante siglos y siglos, todavía no se ha resuelto tan completamente.

—Así lo creo yo—dijo Vasconcelos, que daba gran atención a lo que se contaba.

—Hay dos teorías y ambas cuentan con serios partidarios. Uno afirma que las diversas razas humanas descienden de un mismo tronco, creado por una voluntad natural...

—De Adán y Eva—objetó el contramaestre.

—Eso es.

—Y cómo es que siendo Adán y Eva negros, pudieron nacer blancos, amarillos, etc.?

—Según los defensores de esta teoría, las diferencias de colores y de tipos han venido por cruzamientos, por la acción de los diversos climas, de la alimentación, de las costumbres, etc., etc. En esto se ha comprobado que personas de la misma raza, transportadas a climas distintos, se van transformando poco a poco hasta diferenciarse notablemente del originario.

—¿Eres tú adepto de esa teoría?—preguntó Vasconcelos.

—No: yo lo soy de la teoría de Lamarck, cual tiene el más formidable defensor en el ilustre Darwin.

—¿Eh?—preguntó el contramaestre.

—Sí; según esa teoría, el hombre desciende de nada menos que del mono.

—¡Vamos, doctor! Usted quiere burlarse de mí—exclamó el contramaestre lanzando una estentórea carcajada.

—No, Hurtado: hablo con toda seriedad.

—Es cierto—dijo Vasconcelos.

—Que los negros descienden del mono, pase; pero que mis antepasados hayan sido monos, eso no lo tolero, doctor.

—Con una pequeña demostración te convencerás de ello. ¿Qué diferencia notas entre el esqueleto de un mono y el del hombre?

—Poisísima, señor Esteban.

—¿Y la cabeza de un gorila no te parece idéntica a la de un individuo de la raza humana? Examina el cráneo de un chimpancé y lo encontrarás igual al de los asiáticos y europeos. De aquí hay que deducir defectivamente que la humanidad ha tenido un ascendiente común, que muy bien pudo ser el mono del continente europeo.

—Pero es que los monos no tienen voz, doctor Esteban.

—Lo sé, y además que sus miembros se diferencian de los nuestros y su cerebro es más pequeño; pero eso consiste en que nuestra es una raza de monos perfeccionados. Se ha observado que ciertas razas mejoran considerablemente al cruzarse, y que el ambiente y las necesidades de la vida desarrollan facultades de que antes carecían.

—Pues ya que sé eso, en cuanto me encuentre con un mono lo saludaré del modo siguiente: ¡Adiós, primo!

—Procura que no sea un gorila y te conteste muy efusivamente.

En aquel instante un formidable trueno estalló sobre el océano, haciendo temblar todo el buque.

—¡Oh! ¡La voz fuerte!—exclamó Hurtado—.

—Nos espera una noche brava.

—¡A cubierta, Hurtado!—dijo el capitán—.

—¡Y no poder yo acompañarte! ¡Maldita herida que me tiene aquí!

—Ten paciencia, Vasconcelos. Dentro de veinte días estarás completamente bien.

—Veinte días son una eternidad, Esteban—dijo el capitán con un suspiro—.

—Cada uno a su puesto! A mí me basta la compañía de Seghira.

Esteban y el contramaestre subieron al puente, donde ya se hallaban los marineros.

ros, dispuestos a afrontar la nueva borrasca que amenazaba tomar proporciones considerables.

Las olas habían tomado direcciones extrañas, pues en vez de venir de un mismo lado, avanzaban de todos los puntos del horizonte en forma de muralla circular, de una altura formidable y coronadas de fosforescentes espumas. Aquel círculo inmenso de revueltas aguas iba estrechándose alrededor de la nave negra produciendo ruidos ensordecedores.

Todo indicaba que en aquella parte del océano reinaba un ciclón y que la nave se hallaba en el centro de él.

Con la rapidez propia de las regiones ecuatoriales llegó la noche, obscurísima, negra como el abismo.

En vano luchaba la *Guadiana* con el oleaje que mugía a su alrededor.

El segundo, que fuera de toda duda era un valiente marino, se disponía a defender

al buque de la tempestad que amenazaba despedazarlo.

Ordenó todas las maniobras necesarias para evitar en lo posible el peligro, pero intuitivamente sentía que una gran desgracia amenazaba al bergantín brasileño.

Así fué: hacia la medianoche las ráfagas de aire se hicieron violentísimas, y las nubes que encapataban el cielo fueron aumentando hasta envolver al buque en una densa masa de vapores.

Huía la *Guadiana*, aumentando su velocidad a cada instante con la del aire que silbaba a través de la arboladura, haciendo crujir los mástiles y amenazando desgarrar las velas.

De súbito, a través de aquella inmensa oscuridad, vieron brillar un punto luminoso.

—¡Atención! Hay cerca una nave—gritó el contramaestre desde proa.

En efecto, un gran buque, seguramente



PIORRI BRISOL

Está indicado en la PIORREA ALVEOLAR, gingivitis, reblandecimiento y retroceso de las encías.

PIORRI BRISOL

En frascos de \$ 3.90, \$ 5.50 y \$ 8.-

Autorizado por el H. Depto. Nacional de Higiene N° 2956

En venta en todas las buenas farmacias del país.

De medida...



—Me siento muy solo, dentro de este traje...

un trasatlántico, había surgido de las tinieblas y avanzaba hacia la Guadiana: el choque parecía inevitable.

—¡Ah de la nave! —gritó Hurtado. Sin duda los bramidos de las olas y el viento impidieron a los dos llegar hasta el barco, porque éste continuó su ruta.

—¡Señor Kardec! —gritó el contramaestre, pálido por la emoción—. ¡Nos van a pasar de parte a parte!

En efecto, el trasatlántico se hallaba tan sólo a treinta metros de la nave negra.

Entre la tripulación de la Guadiana se levantó un grito de espanto, del cual sobresalió la voz de Kardec ordenando: —¡Orza a tovaento! ¡Vira a estribor!

Los marineros se precipitaron por las escotillas mientras el timonel viraba con toda presteza.

La Guadiana, por su propio impulso y lanzada además por una poderosa ola, embistió contra el trasatlántico con fuerza increíble, y su acerado espólon se hundió con pujanza terrible en las entrañas del buque.

NAUFRAGA LA "GUADIANA"

La colisión fué tan violenta, que los dos navios quedaron heridos de muerte. Las olas los separaron, lanzando a la Guadiana hacia el Sur y al trasatlántico hacia el Norte.

El huracanado viento llevaba y traía los gritos desesperados de las tripulaciones.

Los marineros de la Guadiana, creyendo que la proa estaba abierta y que el agua invadía ya la estiba, se habían precipitado en las chalupas y botes sin preocuparse del trasatlántico, en tanto que los quinientos negros se revolaban como fieras en el entrepuente, aterrorizados por el choque monstruo.

El bretón, que ante aquella catástrofe parecía haber perdido su sangre fría y audacia habituales, ni siquiera intentó oponerse a que los tripulantes se apoderaran de las chalupas, pero el doctor, Hurtado y Lucas hallábase ya entre los marineros tratando de calmarlos y de impedir su huida. La Guadiana aun no había empezado a hundirse: seguía a merced de las olas y corría el peligro de ceder por estribor, si no había quien se encargara del timón, que estaba sin timonel. Urgía manio-

brar en las velas, que el viento zarandeaba en todas direcciones, afectando la estabilidad del buque, más bien que buscar en los botes una salvación problemática, pues aquellas revueltas olas y aquel impetuoso viento los harían zozobrar tan pronto los lanzaran al agua.

Ni los ruegos, ni las amenazas, ni aun los argumentos del hercúleo Hurtado hicieron mella en la tripulación, enloquecida por el miedo y ajena a toda demanda de decoro cuando el mismo de parte de los pobres esclavos, que convivían con sus intermedeas súplicas, que de los tripulantes del trasatlántico, a quienes el insaciable mar iba tragándose en su sima.

Súbitamente, a poca se oyó tronar una voz:

—¿Qué pasa aquí? ¡Cada uno a su puesto: de lo contrario, hago ametrallar a todos!

Era el capitán Vasconcelos. Sobresaltado ante aquel espantoso choque ante el clamoreo de los negros y de los marineros, comprendió de inmediato que había sobreenvenido un desastre grave.

Sin atender a su propia herida ni al peligro que corría, afrontando en su estado de debilidad aquel furioso huracán, arrojó del lecho y ordenó a Niombo, que lo velaba en unión de Seghira, que lo llevase pronto al puente.

El negro cumplió la orden: lo tomó entre sus robustos brazos y, pesar de las sacudidas del buque, llevó a cubierta con igual facilidad que si se tratara de un niño.

Al capitán brasileño le bastó una sola mirada para comprender lo sucedido y lo que estaba a punto de acontecer.

La tripulación, al oír la voz de su capitán, a quien creía casi moribundo, y sabiendo por experiencia que no en vano amenazaba, abandonó sus chalupas después de brevísimos momentos de vacilación. Para aquellos hombres el negro era más terrible que la borrasca y más tremendo que el propio naufragio.

—¿Qué ocurre aquí? —repitió Vasconcelos con tono amenazador.

El doctor Esteban se dirigió hacia él seguido de Hurtado.

—Que hemos embestido a un trasatlántico, capitán —dijo el doctor.

—¿Y nos hundimos?

—Aun no —respondió el contramaestre Hurtado.

—¿Y mis marineros se disponían a huir! ¡Cobardes! ¡Abandonar al desgraciado buque que habéis echado a pique! ¿Dónde está el segundo?

—Aquí, capitán —respondió el bretón adelantándose, confuso y pálido como un cadáver.

—¿Y qué es lo que hace usted? —le preguntó con violencia Vasconcelos, que sentía un profundo odio contra aquel hombre—. ¿Se ha vuelto usted cobarde? ¡Dé órdenes para virar de bordo y para que se pongan al salvamento de esos desgraciados naufragos!

—Es que...

—¡Silencio, yo lo mando! ¡A su puesto, o le pego un tiro!

—¡Retírate, por Dios, Vasconcelos! —le dijo Esteban—. ¡Te estás matando!

—¡No me importa!

En aquel preciso instante una gigantesca ola entró por la popa de la Guadiana y batió la cubierta de extremo a extremo, aterrando a todo el mundo. Niombo, Seghira, Esteban, Vasconcelos y los marineros fueron lanzados al suelo.

No bien pasó la ola se vio al capitán apoyado contra el palo mayor, sin conocimiento.

—¡Pronto, al camarote, Niombo! —clamó el doctor.

—¿Está muerto? —preguntó ante todo Seghira.

—No —contestó Esteban—. Pero que se le haya abierto la herida, guídmelo!

Mientras bajaban al capitán a su na, la tripulación se dirigió a sus respectivos, maniobrando a fin de que la Guadiana se acercara al trasatlántico hacia desesperadas señales de socorro.

No obstante la violencia del viento las montañas de agua que por todos los rodeaban, el negro viró de rumbo y se dirigió hacia el trasatlántico.

El agudo espólon de la Guadiana, había abierto una brecha enorme, herido de muerte a la pobre nave hundiese sin remedio, mientras las invadían la bodega. En cubierta, la lación corría enloquecida, lanzando terribles y atropellados unos a otros, gritos de pánico; rezos, maldiciones, desesperados, gritos de dolor y llanto brotaban de los trémulos labios de los desgraciados. Probablemente el atlántico debía de ir cargado de muertos, pues entre las voces de los naufragos sobresalían los gritos agudos de mujeres y niños.

En torno a los botes se entablaron grietas luchas, pues todos pretendían ocuparlas. Los marineros se revolaban unos contra otros; las mujeres en su pánico por la salvación, jaban caer a sus hijos de entre los brazos, y ellas mismas caían en sus brazos, bien al mismo, empujadas por la codicia de los hombres que disputaban los botes y puñaladas el derecho a ocuparlos.

Los de la Guadiana hacían desesperados esfuerzos por acercarse; pero el buque que aumentaba por momentos, resistía al esfuerzo que querían prestar.

En aquel momento, la distancia entre los dos botes, a bastante distancia del otro barco, una ráfaga furiosa arrojó a los botes de gavia y de trinquete.

—¡Están irremisiblemente perdidos! —gritó Hurtado mesándose los cabellos—. ¡Llegaremos demasiado tarde!

Impotente el negro para afrontar la tempestad, comenzó a derivar hacia el Sur. Kardec impartió órdenes para ello, pero el buque no obedecía.

El trasatlántico, casi anegado por agua, se hundía entre las espumantes olas que parecían ansiosas de tragar la presa colosal. El agua invadía la toldilla, envolvía en un mar de muerte a hombres, mujeres y niños, chalupas cargadas de personas logradas; pero pronto el furor de una hizo presa en ellas, sumergiéndolas aquel dantesco infierno.

Los gritos fueron tan intensos en el momento, que hasta los menos sensibles marineros de la Guadiana, acostumbrados a escenas semejantes, sintieron oírlos, los escalofríos del terror.

Por último sonó una detonación espantosa, motivada por la presión del agua en el interior del trasatlántico, y éste se hundió con estrépito entre el fragoroso hondo del mar, que al fin cubrió tanta solación y tantas angustias con la blanda sábana de sus espumas. Sin embargo, se oía salir lúgubremente de entre las olas el gemido de postrera desesperación de aquellos centenares de víctimas que la agua ahogó en sus gargaras un supremo grito de auxilio.

—¡Todo ha terminado! —dijo con honda emoción el contramaestre Hurtado—. ¡Estamos malditos!

—Aun podemos salvar a algunos! — Lucas.

—desde el bergantín negro arrojan agua, maderos y salvavidas; pero nadie asiste a ellos. De los tripulantes y jefes del trasatlántico ni uno solo lo salvase; la sima gigantesca abierte las aguas al hundirse la nave los tragó todos.

—En ese momento oyóse en la *Guardiana* voz terrible, angustiosa:

—Nos vamos al fondo! ¡La proa está hundida!

—Entonces la tripulación, con Kardec a la cabeza, se precipitó al sitio indicado. Lucas, al ver y con los cabellos erizados, estaba mostrándole varias grandes vías de escape abiertas en el punto de encaje del polón.

—¡Estamos perdidos! — gritaron algunos hombres.

—¡Salvase el que pueda!

—¡A las chalupas!

—Ay de quien se acerque a ellas! — clamó el contramaestre Hurtado, todo un hecho que encontró a mano.

—¡Por Kardec!

—¿Qué desea, Hurtado?

—Vamos a la estiba. Tal vez tenga cura la avería.

—Me temo lo contrario — añadió el segundo con aire tétrico —. Para la *Guardiana* no hay salvación.

—No comparto su pesimismo. ¡A mí, carpinteros! ¡Y vosotros avisad al doctor Es-

te!

—¿Va usted a tatar la abertura con el doctor? — preguntó el bretón irónicamente.

—El señor Kardec; pero él nos traerá órdenes del capitán Vasconcelos.

—¡Y yo que papel represento aquí?

—No lo sé; pero si usted no quiere salvar a la *Guardiana* la salvaremos nosotros.

—Lucas, prepárate a disparar contra esta gente si pretenden abandonar el buque!

—¡Contramaestre Hurtado! — gritó el doctor Kardec amenazando —. ¡Soy el segundo de a bordo!

—Me da bien, y si desaparece el capitán usted me llevará a la sentina; pero ahora Vasconcelos está vivo y yo soy su contramaestre.

Y sin esperar respuesta, lanzóse a la cámara de proa, llevando consigo un farol encendido y acompañado de dos carpinteros. Llegó a la estiba y se detuvo cerca del mástil de proa, oyendo al agua precipitarse en la cala con ímpetu considerable.

—¡Temo que la avería sea muy grave — dijo, sintiendo que un frío sudor le bañaba la frente.

—Avanzó con mil precauciones y se encontró ante una ancha hendidura abierta a un lado del nacimiento del espón y larga por el fondo dos metros. Las aguas se precipitaban en gran cantidad dentro del barco.

—¿Les parece alarmante la avería? — preguntó Hurtado a los carpinteros.

—¡Sí — contestaron.

—Con esto se podrá cerrar?

—No es una tempestad será difícil.

—¡Hay que intentar, Nuño — añadió el contramaestre dirigiéndose al maestro.

—Si no se tapona esa brecha, la *Guardiana* se irá al fondo, como el trasatlántico.

—Es que el agua no nos va permitir colocar una plancha.

—Pues, de momento, tapadla de cualquier modo. Cuando amaine la tempestad se hará más sólido el arreglo.

—No perdamos tiempo — dijo el carpintero.

—Por su parte, prepare usted las bombas, contramaestre Hurtado.

—Lo haré. Y ustedes al trabajo, que es nuestra salvación.

—Cuando salió sobre cubierta encontró al doctor Esteban, que había sido advertido del peligro.

—¿Qué sucede? — preguntó saliendo al encuentro del contramaestre.

—Es cosa de importancia, doctor.

—¿Corremos peligro de hundirnos?

—Por ahora, no; pero si la tempestad no cesa, no sé lo que acontecerá. ¿Y el capitán?

—Desvanecido; pero pronto volverá en sí.

—¿Se le ha abierto la herida?

—Sí, Hurtado. Y si sigue haciendo de las suyas morirá. ¿Dónde está Kardec?

—En el puente de mando.

—Está bien. Después veremos lo que se hace. Sobre todo vela tú por el barco. Yo voy al lado de Vasconcelos.

La tormenta, en tanto, continuaba con furia creciente. La noche era horrible; los relámpagos y truenos se sucedían de continuo.

El viento silbaba en todos los tonos. Algunas veces era tan considerable la masa de agua que caía sobre cubierta, que parecía imposible que el buque pudiera soportar su peso. Los gritos de los esclavos eran desgarradores, que asustaban a los centinelas.

—Pasada la medianoche, y luego de una luchada sin tregua para lograr impedir el paso del agua por la brecha abierta, los carpinteros dieron por terminado su trabajo provisorio. Y ya se retiraban a descansar cuando una ráfaga arrancó casi toda la arboladura, quedando la *Guardiana* desprovista de velamen. Los cañones, rotos en los puntos de sujeción, rodaban por cubierta, produciendo un ensordecedor ruido, al cual dominó de pronto una voz poderosa gritando:

—¡La vía de agua se ha abierto otra vez! ¡Nos vamos a pique!

LA Balsa

—Ese grito angustioso que anunciaba el principio del fin se expandió como un reguero de pólvora por todos los rincones del bergantín de Vasconcelos. Y un clamoreo aterrador brotó de los labios de los quinientos cincuenta hombres que lo tripulaban entre negros y blancos.

Ninguna manobra, ningún esfuerzo humano podía ya salvar a la *Guardiana*; era una nave condenada a desaparecer tan trágicamente como habían desaparecido el crucero y el trasatlántico en los abismos del Atlántico.

Su proa, que había echado a pique a dos buques en pocas horas, no había podido resistir choques tan tremendos.

Ante la inminencia del peligro, Hurtado, Kardec, Lucas y los carpinteros se precipitaron en la estiba, mientras los artilleros corrían a la batería para sujetar los cañones, que amenazaban abrir nuevas brechas al barco en sus rudos choques contra la amura.

Fué suficiente una sola mirada para que Hurtado y el bretón se dieran cuenta de que la situación era gravísima: el agua entraba con furia en el barco y su nivel subía con alarmante velocidad.

—Señor Kardec — dijo Hurtado, con voz temblorosa por la emoción —, ¿qué se puede hacer?

—Yo también le pregunto lo mismo a usted — respondió el bretón con acento seco.

—¿Usted es el segundo de a bordo.

Kardec levantó los hombros con indiferencia, y volviéndose hacia los carpinteros le dijo:

—¿Es posible una nueva reparación?

—Nada puede hacerse, segundo — respondió.

—¿Ni ayudando las bombas?

APRENDA BELLEZA

Enseñanza con diploma desde \$ 30

TAMBIÉN POR CORRESPONDENCIA

FEE INSTRUCCIONES Y PROGRAMAS GRATIS A

Instituto PROF MAGDA KLEIN

Cebido 1934 - Santa Fe 1391

Nombre.....

Dirección.....

Localidad.....

—No bastarían: es mucha el agua que penetra.

—Es necesario resistir hasta que cese el huracán. Mientras tanto se construirá una balsa.

—¿Y los negros?

—¿Que se hundan! — respondió brutalmente el bretón —. ¿Dónde voy yo a meter seiscientos hombres? El mar se encargará de ellos.

—Pero las mujeres, los niños!

—No insista usted, contramaestre Hurtado. Voy a hablar con el capitán.

Subieron todos a cubierta, que presentaba un cuadro desolador.

Los tripulantes corrían desordenadamente de un lado para otro sin atender las intimitaciones de Lucas.

Algunos se habían ya provisto de salvavidas temiendo que la *Guardiana* se hundiera de un momento a otro; otros habían botado al mar la balenera, que las furiosas olas habían hecho pedazos en seguida; los cañones seguían rodando por la cubierta y con sus violentos golpes hicieron saltar en pedazos toda la obra muerta del buque.

—¡A las bombas! — gritó Hurtado, lanzándose entre los marineros.

Kardec, después de haber estado en vano de calmar a los tripulantes, se encaminó hacia popa.

A la puerta del camarote de Vasconcelos encontró al doctor.

—¿Qué ocurre? — preguntó éste.

—Una gran desgracia. ¡La *Guardiana* se hunde!

—¡Imposible! — replicó el doctor, palideciendo.

—Se volvió a abrir la brecha y entra mucha agua. Debo advertirselo al capitán.

—¡Se lo prohibí! Su estado es muy grave y aun no ha recuperado el conocimiento.

—Pues es preciso que me oiga. El peligro es grave y necesito su consejo.

—¡No le hablaré! Su estado es muy grave y esa noticia acabaría con la poca vida que le resta.

—¡Repito que debe saberlo! — insistió el bretón energicamente —; por otra parte, — añadió con ironía —, no suporto tan sensible al capitán Vasconcelos.

—¿Pues no lo verá usted!

—Vuelvo a manifestarle que la nave va a hundirse de un momento a otro.

—¿Pues cumpla usted con su deber, señor oficial, y no se ocupe de nada más!

—¡Ah! ¿Esa es su respuesta? ¡Pues tanto peor para todos! — murmuró Kardec apretando los dientes.

Saló con furia a cubierta. Parecía haber tomado una última resolución.

Viendo a los marineros que trabajaban sin descanso en las bombas, les gritó:

—¡Diez hombres aquí! ¡Hay que construir una balsa!

—Pero ¿cómo? — preguntó Hurtado —. La marejada lo impedirá.

—Se construirá sobre cubierta. Después pensaremos en botarla al agua.

Los diez hombres se abocaron de inmediato a la obra. Sabían que la *Guardiana* estaba perdida, y comprendieron que la

Historia... futbolística



—¡Los principales hombres del país? Sí, señorita, ¡De Récoring o de Boca?

única probabilidad de salvación la tenían en la balsa. Al golpe de sus hachas destruyeron todos los restos de la arboladura, la obra muerta y las cámaras.

Ya había invadido el agua el depósito de los penoles y de las velas de recambio y amenazaba inundar el almacén de viveres. Dentro de poco debía aparecer en el entrepuente. ¿Qué iba a ser de aquellos quinientos veinte negros? Esta era la pregunta que se hacían con angustia los marineros, temiendo que en un postre esfuerzo pudieran invadir el puente.

La balsa, construida con gruesos maderos, sujetos con cuerdas y tirantes de hierro, era incapaz para contener a tanta gente, y todos se preguntaban horrorizados qué ocurriría allí si los negros lograban salir del entrepuente.

Afortunadamente, el huracán iba calmándose, lo cual permitió a los tripulantes lanzar al agua el esqueleto de la balsa, sólidamente sujeto a la *Guadiana* con gruesos cables para evitar que las aguas lo arrastraran.

Entonces se hallaron los marineros en la imposibilidad de construir la plataforma por impedirlo el oleaje.

—¿Qué se hace? — preguntó Hurtado volviéndose hacia el segundo.

—Hay que trabajar en la balsa y todos debemos afrontar el peligro.

—Antes calmémos el furor de las olas — dijo el doctor Esteban, que había subido sobre cubierta para ver si se hacían los preparativos de salvamento.

—¿Y de qué modo? — preguntaron a una el contramaestre y el bretón.

—Echando aceite en el mar.

—¡Es verdad!

Pronto fueron subidos a cubierta cuatro grandes barriles de aceite de él.

—Arrojados al agua poco a poco. Es mejor el resultado que vertiéndolos de golpe — dijo el doctor.

Cuando lo dispuso el contramaestre, los marineros fueron vertiendo lentamente el aceite en el mar. Y entonces se vio un fenómeno extraño, inaudito: las aguas que se elevaban como montañas, revolviéndose con mil mugidos, se calmaron casi instantáneamente en un gran espacio, formando como un espejo tranquilo.

—¡Ahora al trabajo! — dijo el doctor,

completiendo el asombro que el experimento del aceite causara.

—¡Pero no volverán las olas a molestarlos? — preguntó receloso Hurtado.

—Mientras tengamos aceite que verter al mar, no hay miedo. ¡Y ahora a trabajar de firme, que si tardan en estar listas las balsas, nos vamos al fondo!

—Basta con una balsa — dijo Kardec.

—¿Y los negros?

—No hay tiempo para salvarlos. Ahí les queda el bergantín.

—¡Es que no se les puede abandonar! — insistió el doctor.

—¡Pues hágales usted la balsa! — añadió Kardec —. ¡Al trabajo todo el mundo! No era necesario excitar a los marineros. Unos en las bombas y otros en la balsa, todos trabajaban a porfía, no faltando varios de ellos que se ocuparan en subir a cubierta grandes provisiones de viveres y toneles de agua.

Los carpinteros, para facilitar su obra en la balsa, ocuparon la única chalupa que a bordo quedaba y desde ella cumplían su cometido.

Las tablas de la cámara sirvieron para la plataforma de la balsa, que fué además rodeada de barriles vacíos para mantenerla más a flote. En su centro izaron un penol, que debía servir de palo para la vela, y a popa un remo destinado a timón. Cuando estuvo concluida transbordaron a ella el agua y los viveres, sujetándola firmemente.

—¡Ya está todo dispuesto para el embarque! — gritaron los carpinteros.

De inmediato condujeron a la balsa velas, cuerdas, armas de todas clases, pólvora, etc., etc., todo amontonado confusamente.

—¡Ahora, a hacer la segunda balsa! — dijo Hurtado —. Hay que pensar en los pobres esclavos.

Un coro de protestas se alzó de todos lados ante esta orden.

—¡Que se ahoguen los negros!

—¡Que se los lleve el Diabolo!

—¡Que mueran!

Hurtado se puso rojo de cólera.

—¡Miserables egoístas! — exclamó —.

¡Si no construis la segunda balsa, echo ésta a pique!

—¡Eso no! — gritó un marinero americano —. Somos treinta y no queremos morir.

—Además, el agua invade ya el entrepuente y sólo hay tiempo para huir — añadió el marinero.

—Pues yo escippo que al primero que intente bajar a la balsa lo mato! — dijo el contramaestre apuntando con su pistola —. ¡Señor Kardec!

Nadie respondió. El bretón había desaparecido.

—¿Dónde está el segundo? — preguntó.

—¡Búsquelo usted! — respondieron los marineros —. ¡A la balsa! ¡A la balsa!

—A mí, Lucas! ¡A mí, portugueses!

Lucas y algunos hombres acudieron al lado del contramaestre para socorrerle; pero todos los otros, a quienes el miedo a la muerte enloquecía, siguieron gritando:

—¡A la balsa! ¡A la balsa!

Estaba ya para precipitarse contra el contramaestre y los suyos, cuando en el entrepuente se oyó un clamor salvaje, un inmenso rugido.

—¡El agua invade el entrepuente! ¡Huyamos! — gritó una voz.

El contramaestre palideció.

El doctor salió corriendo de la cámara de popa.

—¿Nos hundimos? — preguntó.

—¡No, amigos! ¡Traed al puente al capitán! — gritó Lucas saliéndole al encuentro.

En aquel momento un torrente de bres invadió la cámara común y se abrió con ímpetu irresistible por todas partes, tallando, arrojando cuanto se le ponía delante.

Un inmenso grito de angustia resonó en la *Guadiana*.

—¡Los negros! Después, entre los gritos salvajes de esclavos, locos por el terror, entre el moreo de los que corrían empavados y el fragor del huracán, una voz dijo estas palabras:

—¡Los negros!

—¡Traidores! ¡Nos han vendido!

HECATOMBE HUMANA

Los negros, que habían comprendido que la *Guadiana* se iba a pique y que la tripulación trataba de abandonarlos, vieron un instante de locura furiosa precipitarse en el puente con tal furor que arrollaron a varios tripulantes, a todo, a Lucas y al propio doctor.

Esto dio origen a una escena horrible, monstruosa, que se desarrolló entonces en el puente del barco, que empezaba a dirse.

Eran un centenar. Los otros se insurreccionaron también y hacían esfuerzos inauditos para romper las paredes de su prisión, ayudándose en esta tarea compañeros más fuertes, hasta que se vieron todos libres ante aquellos negros que tanto les habían hecho.

—¡Sólo pensamos en vengarnos de ellos! Sin fijarse en que la *Guadiana*, decía, se desmenuzaron por el barco, rándose de cuantas armas encontraron una lucha a muerte se estableció entre los negros y los marineros.

Paralizados por la sorpresa, reaccionaron bien pronto, y comprendiendo que reprimirían el asalto estaban perdidos, se pegaron hacia la popa para impedir a la balsa captar un poder de los negros. En tanto que un grupo se defendía los asaltantes, otros marineros sacaban la almería, carabinas, pistolas y bates de abordaje, que repartían entre sus más compañeros.

Los negros, como bestias feroces, les vastaban todo y hacían muchas víctimas entre la marinería.

De una parte y de otra aquellos bres, enlazados sus cuerpos en la desesperación de una lucha sin cuartel, caían, rados, al agua, y la sangre de los negros mezclada a la de los blancos, corría en el puente hasta precipitarse en el mar.

La verdadera hecatombe iba a ser pronto.

Aquellos quinientos cincuenta hombres estaban suspendidos sobre un abismo, se abría ya para sepultarlos a todos. Víctimas y verdugos iban a tener la misma sepultura.

El agua subía, subía sin cesar. Harebosa ya de la estiba, había hecho aparición en el entrepuente y pronto inundaría la toldilla. Ya la *Guadiana* se mantenía pesadamente a flote, y su cubierta estaba casi al nivel de la balsa.

Cada minuto que pasaba era mayor inminencia de una sumersión total, una catástrofe como la del crucero y del transatlántico. La tripulación, con supremo esfuerzo, había logrado lanzar a los esclavos hasta la toldilla de proa.

El doctor aprovechó aquel instante para acercarse a Lucas.

—¡Pronto, pronto! ¡Salvemos al capitán! Corrieron a la cámara, ya inundada, entraron en el camarote gritando:

—¡Vasconcelos! ¡Niñomo! ¡Seghira! No obtuvieron respuesta alguna.

Esteban se acercó al lecho y lanzó un grito de desesperación.



bre la colchoneta, tinta en sangre, el capitán brasileño, con un puñal en el pecho, los ojos desorbitados, los puños firmemente cerrados.

—Sus manos crispadas conservaba un trozo de paño arrancado sin duda de la camisa del asesino.

—Muerto! ¡Asesinado! — gritó Este-
—Ah, miserable!

—precipitó sobre el cadáver de Vas-
—los y le arrancó de las manos aquel
—ador trozo de paño.

—Era azul y parecía haber pertenecido a
—guerrera de un marino.

—Pero ¿quién lo ha asesinado? — se
—cuntó estrujándose los cabellos —. ¿Y
—dica a Niombo?

—Al oír el ruido por aquí, doctor — dijo
—señalando los portales abiertos —
—los encontraremos y...

—Ah, no, Lucas! ¡No son ellos los
—mos!

—En aquel momento se oyó a los marina-
—correr en tropel hacia la popa seguidos
—los negros, que daban aullidos de
—to.

—¡Pronto, huyamos! — gritó Lucas —
—nuestros hombres están vencidos y el
—a invade ya el camarote!

—Déjame aquí con Vasconcelos!
—¡No! ¡Es preciso vivir para vengarse!

—Se disponía ya a abandonar el camarote,
—ndo oyeron gritar por el tragaluz:

—¡Aquí estoy, capitán!

—¡Niombo! — exclamaron a la vez el
—tor y Lucas.

—El gigantesco negro penetró en el ca-
—nte chorreando agua y llevando entre
—didos una navaja.

—¿Dónde está el capitán? — preguntó.
—¡Míralo! — dijo el doctor.

—El esclavo abarcó con la mirada el le-
—mo mortuario y después fijó sus ojos con
—presión feroz en el doctor y en Lucas.

—¡Muerto! — exclamó —. ¡Lo habéis
—ado!

—No, doctor, no! ¡Ha sido un mis-
—le que debió de entrar aquí furtiva-
—mente!

—¿Quién?

—Eso te pregunto a ti, que estabas aquí
—Seghira. ¿Dónde está tu compañera
—Seghira?

—La llevé a la balsa. Me lo ordenó el
—pitán.

—¡Huyamos! — gritó Lucas —. ¡La na-
—te se hunde!

—¡Por aquí! — dijo Niombo señalando
—el tragaluz —. ¡La balsa está cerca!

—La *Guadiana*, anegada ya por completo,
—se hundía vertiginosamente.

—El doctor Lucas y Niombo se precipi-
—taron al mar, mientras en la cubierta lu-
—chaban todavía los marineros y los ne-
—gros.

—Diez o doce hombres ocupaban ya la
—balsa. Entre ellos estaba el segundo, a
—quien durante la lucha no se le había
—visto.

—Los negros, al ver que la balsa iba a
—escapárseles, trataron de invadirla; pero
—el bretón, empujando una carabina y ha-
—ciendo señal a los otros hombres para
—que también se armaran, gritó:

—¡Fuego contra esos perros!

—El doctor, Lucas y Niombo lograron su-
—bir a la balsa en el momento en que Kar-
—dec y otro marinero cortaban las cuerdas
—que la unían al buque naufrago.

—Seghira, que estaba en un ángulo, se
—lanzó hacia Niombo, preguntándole ansio-
—samente.

—¿Y el capitán?

—¡Muerto! — respondió el doctor Es-
—teban.

—¡Muerto!

—Y la infeliz mulata cayó sobre la balsa

como herida por un rayo, mientras el
—débil refugio de aquellos naufragos se al-
—zaba para siempre del bergantín negro.
—Entonces sobrevino una escena terrible.
—Los esclavos y los marineros se lanzaron
—al agua, y locos por el terror trataron de
—subir a la balsa, agarrándose a sus bordes
—con la fuerza que da la desesperación.

—Los marineros que la ocupaban respon-
—dieron a tiros a las súplicas de aquellos
—desventurados seres.

—Vanamente trató Niombo de salvar a
—algunos de los suyos amenazando a los
—que disparaban. Las detonaciones ahoga-
—ban su voz. Ciego por la ira, iba a lan-
—zarse contra los tripulantes para hacer en
—la balsa algún sitio para los suyos; pero
—Kardec, que le observaba, le apuntó al
—pecho con la carabina, diciéndole:

—¡Si te mueves, te envío al otro mun-
—do!

—La lucha iba a concluir. La balsa, em-
—pujada por el viento, estaba ya lejos de
—la *Guadiana* y huía rápidamente hacia el
—Sudeste, quitando a los negros toda espe-
—ranza de alcanzarla.

—Los más hábiles y fuertes nadadores se
—esforzaban por seguirla, pero la distancia
—que los separaba de ella aumentaba por
—momentos. De pronto estos desgraciados
—comenzaron a desaparecer, dando gritos
—de horror, y las aguas se tñieron de sangre.
—Esto sirvió de explicación.

—¡Los tiburones! — gritaron los de la
—balsa.

—¡Sean bienvenidos! — dijo Kardec
—con sánatica sonrisa —. ¡De buen banque-
—te disponen!

—Entonces, a lo lejos, retumbó una deto-
—nación espantosa y se vio a la *Guadiana*
—alzarse del agua casi hasta la quilla para
—caer en seguida en el abismo. Los esclavos
—levantaban los brazos en alto pidiendo
—a Dios una última esperanza de sal-
—varse, y el buque se hundió arrastrando
—conigo a aquellos centenares de desgra-
—ciados que la inhumanidad de un nefas-
—to tráfico arrancó de sus selvas maravi-
—llosas para que encontraran la más ter-
—rible de las muertes en el insaciable mar.

—Los tripulantes de la balsa emudece-
—ron de terror ante aquella dantesca he-
—catombe.

—Kardec fué el primero en romper aquel
—silencio impresionante.

—¡Buenas noche a todos! — dijo con
—voz irónica.

—El doctor Esteban se levantó pálido
—de ira y le dijo:

—¿Sabe usted quién se ha hundido con
—la *Guadiana*?

—Ante aquella pregunta el bretón se puso
—pálido.

—¡Lo ignoro — dijo bruscamente.

—¡El capitán!

—¡El capitán! — exclamaron los ma-
—rineros —. ¡Pero no está entre nosotros!

—No; a estas horas se halla en el fondo
—del Atlántico con un puñal en el corazón.

—¡Asesinado!

—Sí, amigos míos, asesinado por una
—mano traidora — dijo el doctor.

—¿Por quién? — gritaron todos con in-
—dignación.

—Creo que por éstos — dijo el bretón
—señalando a Niombo, el cual estaba tendi-
—do junto a Seghira, que seguía desma-
—yada.

—Los tripulantes, llenos de furor, gritaron:
—¡Ah, miserables esclavos!

—¡Linchémoslos!

—¡Quiétoos todos! — dijo el doctor —.

—¡Kardec ha mentido!

—¡Yo! — exclamó temeroso el segundo.

—¡Usted! — dijo el doctor.

—¿Y quién le autoriza para desmentir-
—me, doctor Esteban?

—Díme una prueba de que el asesino
—es Niombo

—No la tengo, pero...

—Pues yo tengo la prueba de que el ase-
—sino es uno de los nuestros.

—¡Miente usted! — gritó el segundo.

—No — dijo Lucas —. La prueba exis-
—te, señor Kardec.

—¿Y cuál es?

—Un trozo de paño que el capitán arran-
—có de las ropas de su asesino, y que aun
—tenían sus crispadas manos cuando entra-
—mos en el camarote — dijo el doctor.

—¡Muéstremelo!

—El doctor sacó de su pecho el trozo de
—paño.

—Kardec, al verlo, no pudo contener un
—sobresalto.

—Es, en realidad, un trozo de america-
—na de marino — dijo el bretón con voz
—intranquila —, y un día serviría para des-
—cubrir al miserable que lo asesinó.

—Después, y como si deseara cortar aque-
—lla escena, expresó:

—Ahora debemos ocuparnos de nuestra
—balsa, dejando en paz a los muertos. ¿Dón-
—de está el contramaestre Hurtado?

—Nadie respondió.

—¿También murió? — preguntó Kardec.

—Ha desaparecido — respondieron los
—marineros.

—Otro de los buenos que se ha ahogado
—dijo el segundo —. Lucas ocupará su
—lugar. ¡Pon la proa al Este! Tratarémos de
—alcanzar la costa de África, que es la más
—próxima.

—Al cabo de un rato, y mientras la tri-
—pulación trataba de orientar la vela, el se-
—gundo se levantó para acercarse a Seghira;
—pero el doctor lo agarró fuertemente por
—un brazo.

—Señor Kardec — le susurró al oído —,
—¿puede usted decirme por qué no trae
—puesta su guerrera?

—Para estar más listo y, sobre todo, por-
—que en el océano ecuatorial no son de tem-
—er los constipados. De todos modos, gra-
—cias por su interés, doctor.

—Después de este cambio de palabras,
—dichas en tono bajo, ambos hombres se mi-
—raron fijamente y con expresión de odio
—a muerte.

AMOR Y ODIOS

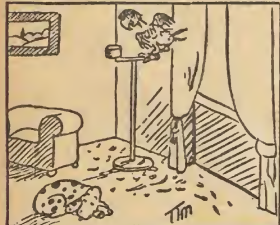
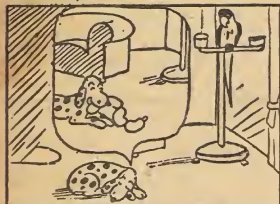
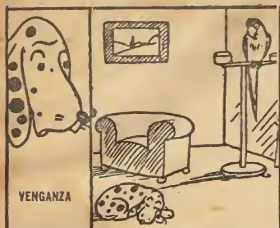
—El bergantín negro había encontrado
—su fin a unas sesientas millas de la Gui-
—neá Inferior y a cuatrocientas de la Costa
—de Oro, lo cual denotaba que los naufragos
—tenían que tardar muchas jornadas
—antes de arribar a tierra firme en su balsa.

—La situación, pues, de los sobrevivientes
—de la *Guadiana* no era nada prometedora,
—y mucho menos hallándose como se halla-
—ban en aquel océano batido por los vientos
—aliosos, que empuja las naves hacia
—Occidente, y por la corriente ecuatorial.

—Después de un ligero consejo se hizo el
—recuento de los hombres y se comprobó
—que faltaban nueve, entre ellos el contra-
—maestre Hurtado.

—Se hizo el inventario de los viveres,
—viéndose que en la confusión de los pri-
—meros momentos se habían embarcado
—muchos objetos inútiles, entre los cuales
—había siete barriles de aceite de *elais*, exce-

EL PERRO ASDRUBAL, por TIM



lente para alimentar a los negros, pero insoportable para el estómago de los blancos. Disponían para alimentar de siete cajas de galletas, de unos cuatrocientos kilogramos de peso; una de conservas, tres barriles de harina, dos de carne de cerdo salada y hasta unos trescientos sesenta litros de agua dulce contenida en tres barriles. Además contaban con un tonel de aguardiente. Los otros bultos contenían vestidos, armas, municiones y objetos de cambio, inútiles en pleno océano Atlántico.

Reduciendo las raciones a lo mínimo, se vio que podían durar dos semanas; pero ¿la provisión de agua alcanzaría para igual tiempo? Esto es lo que se preguntaban con espanto los naufragos, que sabían muy bien que bajo aquellos tórridos calores la sed es un continuo martirio.

Kardek hizo acumular todos los víveres alrededor del plano central y los mandó cubrir de lona para librarnos del sol y de las aguas. Asimismo amenazó con matarlo al que los tocara sin su orden.

El doctor consiguió hacer recobrar el conocimiento a Seghira, que al darse cuenta de la situación preguntó en seguida:

—Lo han matado, ¿verdad?

—Sí, Seghira; pero tranquilízate — le dijo el doctor.

—Estoy tranquila; mire, mis ojos están secos. ¿Conoce usted al asesino?

—Quizá, Seghira. Y ahora una sola pregunta.

—Hable, doctor.

—¿Por qué dejaste solo a Vasconcelos?

—¿Yo? Fue él quien me hizo llevar a la balsa por Niombo. Yo no quería apartarme de su lado.

—¿Crees a Niombo capaz de un asesinato?

—¡El! ¿Por qué motivo?

—Tal vez los celos...

—No; Niombo no odiaba a Vasconcelos.

—Es cierto — dijo Esteban —. Sobre todo ese trozo de paño me indica quién es el asesino.

—¿De quién habla usted, doctor? — preguntó Seghira agarrándolo por un brazo.

—La Kardek — murmuró Esteban.

—¡El!

—Sí, ¿pero tú no sospechas de él?

—Escúcheme, doctor — dijo ella con viva agitación —. Ese hombre tiene pasión por mí.

—¡Ah! — exclamó el doctor.

—Sí, ese hombre me ha declarado su amor con sus miradas, y al notar mi desvío debí de tramitar la muerte del capitán Vasconcelos.

—Ahora lo comprendo todo.

—¿Cree usted que ha sido él?

—Sí, estoy seguro.

—¡Lo mataré! — dijo Seghira con odio.

—Ni lo intentes, Seghira.

—Quiero vengar al capitán!

—¿Para que te maten sus hombres?

—¿Y qué me importa la vida? Yo le obligaré a confesar su delito.

—¿Cómo?

—Más tarde lo sabrá.

—Quiero saberlo ahora, Seghira. Puedo cometer algún desatino.

—Seré astuta y terrible a la vez. Por sus propios labios me confesará su delito. Sé que me ama, y ese amor lo perderá.

—Te comprendo, Seghira; pero calla. Kardek viene hacia aquí.

—Pues ya empiezo mi plan; me encontrará amable y cariñoso.

Kardek, antes de acercarse a Seghira, buscó a Niombo y le expresó:

—Te prohibo que te acerques a Seghira; esa mujer no es para ti.

Iba Niombo a abalanzarse contra el bretón, cuando Seghira le detuvo diciéndole:

—Déjame, Niombo, yo te lo ordeno!

El negro se retiró sin decir una palabra.

—Seghira, sonriendo, se acercó a él y le dijo con dulce voz:

—Le suplico, señor Kardek, que tranquilo a ese pobre rey. Se lo agradeceré toda mi vida; se lo prometo.

Al oír aquella voz, que tenía un acento acariciador y humilde, el bretón milojoven esclava con asombro.

—¡Tú, Seghira!

—Sea generoso, señor Kardek — añadió la esclava acercándose casi hacia él y fascinándole con sus hermosos ojos —. Yo sé que usted no es malo.

El segundo, admirado ante aquel rápido cambio y apasionado cada vez de la hermosura de la mulata, le contestó confuso:

—Lo dejaré tranquilo, si tú me lo quieres.

—Gracias, señor Kardek — contestó sin apartar los ojos de los del bretón, estrechando su mano.

El segundo retuvo con ansia entre sus labios la pequeña mano de la esclava, acercándole los labios al oído le dijo en un susurro:

—¿Quieres ser aquí la dueña?

—¿Qué debo hacer? — preguntó apretando los dientes, mientras un destello triunfal brillaba en sus ojos de esclava.

Cuando se disponía a contestar, el bretón observó un cambio en el tiempo.

—¡Atención, Lucas! ¡El viento va a cambiar!

Seghira no se movió de su sitio; pero sus ojos se dibujaba una extraña expresión, dirigiéndose al doctor, exclamó:

—¡Ese hombre es mío!

—No te precipites, muchacha. Piensa el capitán y en nuestra venganza.

EL ECUADOR

La balsa, después de haber sido llevada en todas direcciones por el empuje de las olas, quedó casi inmóvil, perdida en el inmenso océano, bajo una lluvia de rayas abrasadoras, sofocantes. El viento, tan caliente, arreciando para hundir al bote, ahora ya apenas soplaban.

Una ligera brisa se levantó de pronto con dirección a la costa de Africa.

—¿En qué piensa, doctor Esteban?

—Preguntó Lucas, que estaba apoyado en el remo que servía de timón.

—Pienso en lo grave de nuestra situación y en los sucesos que han acontecido. ¿Considera usted que estamos en peligro?

—Sí, Lucas.

La balsa es sólida.

—Pero el Africa está muy distante.

—Tal vez hallemos alguna nave.

—¡Imposible! Este no es el camino a ninguna. Además, pronto caerá sobre nosotros la calma ecuatorial y nos inmovilizaremos.

—Es que contamos con víveres para dos semanas.

—¿Y qué son dos semanas? Dos meses podemos estar sin arribar a tierra.

—Dos meses! ¿Bromea usted, doctor?

—No, Lucas; yo sé de otros naufragos ocurridos en estos sitios, y cuyos supervivientes tardaron más de cuatro meses en llegar a tierra.

—No es muy halagüeño lo que me dice, doctor. Así que es mejor hablar de otros casos.

—¿Del bretón? — preguntó Esteban con odio.

—Sí. Sólo deseo castigarlo.

—Ya hay quien se encargará de ello.

—¿Quién?

—Seghira.

—¡Ella! ¡Pues si parece que lo ama!

los negros tienen un corazón muy orli-

—Te aseguro que Seghira odia a ese
bre más que nosotros dos. Lo aborreci-
mos, pero es necesario ayudarla para
lleve a buen fin su venganza.

—Yo estoy dispuesto a todo: ¿qué debo

—Dirigir siempre la balsa hacia la Gui-

—¿Por qué?

—Porque allí es donde Niombo y Se-

herán caer al asesino.

—No lo comprendo, doctor.

—Ya lo comprenderás más tarde. Sobre
no está alerta, porque sé que Kardec
se va a llegar a la Costa de Oro, que es
más próxima.

—Pues yo, mientras me sea posible, la
giré a la Guinea.

La balsa seguía avanzando con lentitud
al Levante. De cuando en cuando un
pe de mar la levantaba de proa a popa,
grave riesgo de que zozobrarán sus
espantes.

El Atlántico seguía estando desierto. Los
barcos de guardia no descubrían un
sujeto blanco ni oscuro que indicara
presencia de una nave o de una selva.
Algunos peces seguían a la bal-
mostrando su múltiples filas de dien-
dispuestas a devorar cualquier presa
se les arrojara.

Alrededor del mediodía, el segundo lla-
a toda la tripulación, y por primera
hizo el reparto de víveres, consistente
algunos bizcochos, un trozo de carne
y algo de leche. Pero el agua era tan
ración insuficiente para aquellos
hombres robustos; pero era necesario ha-
lo así si se quería prolongar la existen-
cia de todos.

Kardec hubiera deseado doblar la ración
de agua a Seghira; pero no se atrevió a
ello, temeroso de la indignación que hu-
bera estallado entre los demás náufra-

El doctor aconsejó que para disminuir la
sed se comiera menos cantidad de carne
y agua y que se arrojara al mar el agu-
ante, licor peligroso como con aquel calor;
pero las dos proposiciones, y especial-
mente la última, fueron rechazadas.

—A los peces no les gusta el aguardien-
te — respondieron algunos —. Es mejor
que nosotros lo bebamos.

En todo el ansecurso del día no ocurrió
nada de particular a bordo.

La mayor parte de los marineros echa-
ron sus siestas a la sombra de las lonas y
otros se ocuparon de reforzar la balsa.

Kardec, que parecía ansioso de ver a
Seghira, se aproximó a la pequeña tienda
que la guarecía y ante la cual estaba ten-
dido Niombo, inclamando a los ardientes
rayos del sol ecuatorial.

Al divisar al negro desistió de su idea
y procuró acercarse al doctor; pero éste
fingió no verlo, y también tuvo que aban-
donar tal propósito.

Cuando ya caía la tarde hizo otra nue-
va distribución de víveres, consistente en
conservas alimenticias, galletas y una es-
casa cantidad de agua, que fue ávidamente
bebida, y que resultó insuficiente para cal-
mar el ardor que ya sentían todos.

Cuando se acercaba la noche se levantó
una ligera brisa que soplabla al Noroeste
y que refrescó bastante la atmósfera.

La balsa, inmóvil todo el día, se puso en
movimiento, alejándose de la Costa de
Oro y acercándose a la Guinea, con gran
contento de Lucas, que se orientaba con
una pequeña brújula.

Los marineros aspiraban con deleite
aquél aroma de frescura y fumaban el po-
co tabaco que habían podido salvar del
naufraujo.

La mulata Seghira dejó la tienda que
en el día le había servido de refugio y se
sentó al lado del doctor, abstraído en la
contemplación de la luna. Kardec se sen-
tó cerca de ellos con una caja vacía y fu-
maba en silencio; sus ojos no se apartaban
un momento de Seghira y aguzaba el oído
para sorprender su conversación pero sin
resultado, pues la joven y el doctor perman-
necian sin decir palabra.

De súbito, Seghira se levantó diciendo:

—¿Mire usted, doctor!

Esteban, arrancado bruscamente de sus
meditaciones, alzó la cabeza y miró en la
dirección señalada.

Ante la proa de la balsa, entre las aguas,
se veían correr extrañas líneas fosfores-
centes, como si del fondo del mar surgie-
ran filamentos de fuego.

—¿Eso es fuego? — preguntó Seghira.

—No; es una fosforescencia. Un fenó-
meno que se admira solamente en los ma-
res ecuatoriales.

—¿Y eso es peligroso? — exclamó la
mulata.

—No — dijo una voz detrás de ella.

Seghira, al oírlo, contrajo su semblante;
pero en seguida se volvió, diciendo con
dulce sonrisa:

—¿Estaba usted aquí, señor Kardec?

—Sí, vine a observar este fenómeno, que
es curiosoísimo. ¿No es cierto, doctor?

—Yo lo creo — respondió Esteban con
seguidad.

—Este mar es hermosísimo — añadió
Kardec —, y si tú quisieras, Seghira, yo
te haría ver un mar mucho más bello que
éste, y en el cual admirarías los más ma-
ravillosos fenómenos de la creación.

—¿Y dónde se encuentra ese mar? —
preguntó la esclava.

—Yo lo creo — dijo —, junto a una región que
se llama la India.

—Habla usted de la Malasia, ¿verdad,
señor Kardec? — dijo Esteban con pun-
zante ironía —. Allí verías, querida Seghi-
ra, incomparables maravillas y admirarías
a unos hombres terribles que se llaman
piratas. ¿No es cierto, también, señor Kar-
dec? ¿Qué lástima que la Guadiana no ha-
ya podido ir allí! ¿Qué opina usted de
esto, señor Kardec?

El bretón no respondió. Se había pue-
sto pálido y ante sus ojos se extendió un
velo de sangre. Había comprendido al
fin todas las mordaces alusiones del doc-
tor y se alejó de su lado, murmurando:

—¡Ese hombre está aquí de más! ¡Pero
el hombre se enseñoreará pronto de la
balsa!

Este nuevo incidente entre el segundo y
el doctor no hizo más que acrecentar la
aversión que entre sí se tenían.

VELA EN EL HORIZONTE

En el nuevo día siguió reinando la calma
ecuatorial, y la balsa apenas si se movía.
Esto causó gran desesperación entre
los tripulantes, temerosos, como estaban,
de concluir con las provisiones mucho an-
tes de que en el horizonte aparecieran las
lejanas costas de África. Para mayor des-
gracia, la temperatura, ya demasiado ar-
dorosa, aumentó aún más, haciendo el aire
casi irrespirable y tornando en abrasadora
la sed de aquellos desgraciados, que la
corta ración de agua no alcanzaba a cal-
mar.

Un pequeño termómetro que el doctor
tenía y que había sido colgado del palo
maior antes de mediodía, y a la sombra
de la vela, ¿50° centígrados!

Aun comprendiendo Kardec que la pro-
visión de agua disminuía rápidamente, ab-
sorbida por el calor, no obstante bañar los
bariles con gran frecuencia, tuvo que au-
mentar la ración de agua para evitar una
posible rebelión. Al distribuir los víveres

Trabaja con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina
de coser americana "La Modista", que la
venderán por sólo pesos 25.00 — y con la que
usted puede coser fácilmente hasta pesos
350.00 — mensuales. Le compramos los modelos
bajo contrato y le enseñamos a usarla.
AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO.

Vístenos a sueldo felices dueños.
THE KNITTING MACHINE CO
SALTA N° 482 Buenos Aires

descubrió que durante la noche algunos
hombres burlado la vigilancia de los ma-
rineros y substraído bizcochos y conservas.

Indignado ante tal descubrimiento, que
de no ser castigado podía tener conse-
cuencias tuestas para todos, juró ante la
tripulación que si descubría a los ladrones
los haría ahorcar en seguida, sin formación
de juicio, o los arrojaría al mar para que
fueran devorados por los escualos.

El día pasó entre las torturas de la sed:
todos se quejaban por la escasez del agua
repartida; pero el segundo se mostró in-
flexible, y para impedir graves insurrec-
ciones hizo arrojar al mar los fusiles, que-
dándose solamente con tres.

Aquel hombre, a pesar de sus defectos,
estaba dotado de una energía poco común
y sabía imponerse a aquella gente brutal
y sanguinaria.

Alrededor de la medianoche un suceso
inesperado reanimó por algunos momen-
tos el abatido espíritu de los náufra-
gos. El marinero que iba de vigia en lo alto
del palo señaló hacia el Sur varios pun-
tos luminosos que brillaban en la super-
ficie.

Al principio todos creyeron que se tra-
taba de los faros de posición de una o
más nuevas, y Kardec hizo cargar los fu-
siles para hacer señales de socorro; pero
pronto se comprobó, con el desconuelo y
terror fácil de adivinar, que aquellos fue-
gos eran los ojos de seis o siete tiburones
que habían veteado la presencia de unas
víctimas.

Muy poco tiempo después se vio a aque-
llos gigantescos peces merodear en torno
la balsa con sus inmensas fauces abier-
tas, en las cuales brillaba una fosforescen-
cia siniestra.

Un coro de maldiciones partió desde la
balsa contra aquellos enemigos, cuya ter-
rible presencia era de mal augurio.

—Estos nos esperan — dijo el doctor a
Seghira —. Su instinto los guía aquí, don-
de tienen una presa segura.

—¿Y asaltarán la balsa? — interrogó la
mulata.

—No se atreverán, aunque están dotados
de tal fuerza, que pueden saltar dos
metros sobre las aguas.

—¿Son feroces?

—En grado sumo, Seghira. Guiados por
su instinto prodigioso siguen con obstina-
ción las naves en peligro, las chalupas
cargadas de náufra-
gos, las balsas y asimis-
mo los barcos negros, esperando pacien-
temente que una tempestad, una epidemia
o cualquier otro suceso les lance al
agua comida.

—¿Son, pues, aficionados a la carne hu-
mana?

—Mucho, Seghira. Generalmente viven
de grandes moluscos, merluzas y otros pe-
ces de buen tamaño, pero sobretodo pre-
fieren al hombre, cuyo cuerpo tragan de
una o dos dentelladas, pues su boca tiene
un diámetro de más de un metro. No
obstante muestran un gusto bastante ex-
traño: aprecian más la carne del hombre
blanco que la del hombre de raza mon-
gol, la del mongol más que la del negro,
y éstos prefieren la de los malayos a
la de los africanos. Les ocurre al revés

que a los antropófagos, para quienes es más sabrosa la carne de cualquier raza humana que la de la blanca, que desechan por demasiado amarga o salada. Se asegura también que los tiburones paladean con más deleite la carne del niño que la del adulto y la de la mujer que la del hombre.

—Pues me cuidaré muy bien de caer en sus mandíbulas, doctor — dijo Seghira sonriendo—. ¿Y la carne de ellos es comestible?

—Es malísima; pero a falta de otra puede servir, y si los vivieres escasean en la balsa, los marineros tratarán de pescar alguno.

—Yo seré el encargado de ello — dijo Lucas.

—Doctor, mire, ¿qué es aquello? — preguntó Seghira, indicando a cierta distancia una gran extensión de las aguas profusamente iluminada.

—Es una migración de moluscos. Ya tienen los tiburones su aperitivo.

Seghira y doctor contemplaron aquella gran extensión iluminada que mostraba un aspecto maravilloso.

A las cuatro de la mañana el sol emergió bruscamente del horizonte, borrando las tinieblas y poniendo fin a todas aquellas fosforescencias. Los naufragos tuvieron necesidad de guarecerse bajo las velas, porque la temperatura, poco antes de 37°, subió de golpe a 40°.

El cielo se mantenía de una pureza notable, no viéndose ni una nube que atenúa el calor horrible del sol.

Al repartirse el agua, casi todos repugnaban el beberla, no obstante su abrasadora sed, porque estaba muy caliente. Entonces Kardec pudo comprobar que entre la tripulación y el calor habían consumido en los tres días más de la mitad de la provisión de que podía disponerse. ¿Qué iba a suceder si pasaban otros cuatro días sin encontrar ninguna nave? Por otra parte, era vano pensar ya en la costa de África, sumamente distante para alcanzarla en tan corto tiempo.

Dominado por mortal angustia, se aproximó al doctor.

—Señor Esteban, nuestra situación es muy grave.

El doctor levantó los hombros.

—¿Me comprendió usted?

—Sí; pero yo no puedo hacer nada — respondió Esteban con cierta sequedad.

—Dentro de tres días no habrá agua.

—Pues yo no cuento con los medios necesarios para renovarla.

—¿Si evaporáramos la del océano?

—Entonces, moriríamos — dijo Kardec—.

A menos que...

—¿Qué insinúa?

—Nada; pero... yo no quiero que Seghira muera.

El bretón había pronunciado aquellas palabras con una verdadera angustia.

Aquel hombre brutal, feroz, despiadado, debía de amar inmensamente a la esclava, cuando demostraba emocionarse tanto.

El doctor Esteban lo miró fijamente y le dijo con ironía:

—Señor Kardec, es extraño en usted tanta ternura para una mujer que tiene sangre negra en las venas!

—¡La amo! — exclamó el bretón con voz sorda.

—¿Así que lo ha vencido a usted?

—Sí — respondió casi con rabia.

—¡Extraño destino! — replicó el doctor con mayor ironía. — ¡Déjase vencer usted al verdugo de negros, por una hija de negros, por una pobre esclava!

—¡Señor Esteban!

—¡Qué diablos! — exclamó el doctor riendo sardónicamente—. Tenemos nos-

otros que hablar de otras cosas, señor Kardec, mucho más graves que ésta; el hambre no se enseñoreó aún de la balsa.

—¿Qué quiere decir?

—Nada.

—No, no es cierto, doctor! ¡Hablaban usted conmigo!

—¿Me amenaza, señor Kardec?

—De pronto oyése una voz que decía:

—¡Una vela! ¡Una vela! ¡De pie, compañeros!

Ante aquel grito, que significaba la salvación de todos, el fin de sus sufrimientos y de sus angustias, los marineros dejaron la sombra de la vela y lanzáronse a popa, donde un marinero, de pie sobre un barril, miraba fijamente hacia el Oeste.

Kardec, el doctor y Seghira se habían acercado a aquel hombre, que, temblando de emoción, seguía gritando:

—¡Una vela! ¡Una vela!

—¿Dónde? — preguntaron a la vez treinta voces.

—¡Allá! ¡Mirad, camaradas! ¡Allí!

Todos fijaron ansiosamente los ojos en el horizonte occidental, donde el mar se confundía con el cielo.

Un clamoroso júbilo brotó en la balsa.

—¡Sí, es una vela!

—¡Es un bergantín!

—¡No, es una fragata!

—¡No, es una goleta!

—¡Hágamoste señas!

—¡Lucas, los fusiles! — gritó Kardec.

El joven oficial trajo de inmediato las carabinas, que fueron cargadas en seguida.

Las tres detonaciones sonaron a la vez. Los naufragos, presa de una ansiedad indescriptible, aguardaron algunos minutos la respuesta. Un silencio profundo,

angustioso, reinaba entre aquellos hombres que tenían la vista fija en el punto blanco que divisaban en el horizonte, como si quisieran atraerle la mirada.

Aquel navío, del cual solamente se divisaba la extremidad de una vela, tan lejano estaba, permanecía inmóvil, a pesar de que soplaban una ligera brisa.

Transcurrieron dos minutos, largos como diez siglos para aquellos desgraciados, y en lo alto del palo estalló un grito de desesperación.

—¡Se aleja! — exclamó un marinero.

—¡Al remo! ¡Al remo!

Una loca esperanza había dominado a la tripulación; loca porque aquella pesada balsa no podía alcanzar en modo alguno al velero, aunque los naufragos se sirvieran de palos y de tablas como de remos para redoblar su marcha. Lucas, en tanto, seguía disparando las carabinas.

—¡Vanos esfuerzos! La lejana vela fué haciéndose cada vez más invisible, hasta que al término de media hora desapareció en el horizonte.

—¡Estamos perdidos! — exclamaron los marineros.

—¡Maldición! — rugió Kardec.

A la fugaz alegría que había despertado la aparición de la lejana nave siguió un desaliento desconcertante entre los naufragos: gritaban, maldecían, se mesaban los cabellos, se acusaban unos a otros de la pérdida de la *Guadiana*, se amenazaban, en fin, hasta que cayeron todos en una postración completa, mientras la balsa, sin rumbo fijo, navegaba con lentitud a través del océano, escoltada siempre por la formidable banda de sinistros escualos.

REBELIÓN

A la caída de la tarde, se levantó una fresca brisa, que aceleró considerablemente la marcha de la balsa hacia el Oeste, con lo cual se calmó poco a poco la desesperación y la tristeza que había invadido a los naufragos.

Parecía inminente un cambio de día y que se preparaba alguna borrasca por todos, porque vendría a acar la atmósfera, lo cual hubiera tuido un precioso don para aquellos desgraciados.

Empezó a extenderse por el cielo cuando la luz de las estrellas, un vapor de vapores, y allá, hacia el este meridional, veíase alzarse algunas nubes negras. La atmósfera se saturó de electricidad, y en la punta del palo apareció ya una llama azul, el fue San Telmo, al decir de los marineros.

El mismo océano parecía dispuesto a turbar su sueño rizando su superficie.

Impulsada por aquella brisa, que mentaba cada vez más, transformó en verdadero viento, la balsa comenzó a lerandearse.

El doctor, Seghira, Niombo y los marineros aspiraban avidamente el aire fresco y vivificante, ya húmedo.

Clamaban por la lluvia que se ciaba en la atmósfera.

Alrededor de las diez, cuando la ridad era más profunda, un gran rayo pagó iluminó las nubes y un formidable trueno retumbó en el espacio.

—¡La tempestad! — gritó Kardec.

—¡Bienvenida sea! — Marineros, reformo palo, asegurar las cajas y los barriles sobre todo evitad que algún golpe v de los olas no os lance al mar! Los hábiles a preparar la vela mayor para recoger el agua de la lluvia. Dentro poco tendremos un aluvión de agua.

Apenas así habían los tripulantes plim en los árboles, cuando el océano se embraveció, levantando verdaderas montañas de agua como si fondo del abismo hubiera ocurrido un horrible terremoto. Momentos después entre una interminable sucesión de rnos y relámpagos, comenzó a caer un luvio de agua, pero ¡qué diluvio! era verdadera tromba, una inmensa cascada.

Después que desde el cielo quisieran gar el océano salado con agua dulce.

Los tripulantes de la balsa se dejaron inundar con verdadero deleite por aquella que empapaba sus vestidos y refrecaba sus carnes tostadas por el sol.

¡Y qué placer más embriagador se la boca llena de agua pura, fresca, le esponjaba las secas bocas y que netaba en un delicioso chorro por sus gárgaras.

Era aquello, como un alivio a la agitación de Kardec, un verdadero bálsamo.

La catarrata duró media hora aproximadamente, lo cual fué bastante, pues a más de hallarse todos satisfechos, habíale llenado del precioso líquido todos los barriles y vasijas de que se disponía en balsa. Ya no se morirían de sed.

A pesar de que la lluvia había cesado y el cielo aparecía otra vez limpio, el viento seguía soplando con fuerza y balsa huía hacia el sudeste con velocidad creciente, saltando penosamente sobre las olas y cabeceando con violencia.

Los hombres que se habían dedicado a asegurar los barriles de agua para evitar que el balancé la vertiera se tendieron en la plataforma después de la operación para resistir mejor las sacudidas. Niombo y el doctor sostenían a Seghira para que no se resquebrajara con el golpe de balancé.

Lucas y Kardec, que permanecían en timón procurando mantener la balsa en la dirección del viento, habían estado tres veces a punto de caer al agua.

A eso de la medianoche parecía que el viento huracanado llegaba a su máxima intensidad, y a la una la fuerte sacudida de las olas lanzó al agua una caja que se apoyaba contra el palo mayor; fué una pérdida lamentable, porque los cincuenta

Programas de bizcocho que contenía cayenan en un momento en las voraces fauces de los tiburones. ¡Y era la última que quedaba sobre la balsa!

Poco después el barril de la carne sacada fué rodando hacia la proa. Un marinero se lanzó a sujetarlo, pero vino un golpe de mar y se llevó al barril y al hombre. Fue aquello un relámpago; una cabeza monstruosa, mostrando una cuádruple fila de dientes, salió de las aguas, y los marineros, aterrados e impotentes, vieron desaparecer a su desgraciado compañero entre ella. Un círculo de sangre manchó por un instante las aguas, y después nada.

En lo que restó de la noche siguió el huracán poniendo a dura prueba a los exhaustos marineros; pero hacia el alba el viento cesó casi repentinamente, como si quisiera dejar el campo libre al sol que se alzaba majestuoso en el cenit.

Nada había que temer ya. Dentro de poco el mar volvería a estar tan tranquilo como antes y durante largo tiempo, pues en aquellas regiones los huracanes son raros. La balsa, aunque construida precipitadamente, había resistido maravillosamente los asaltos de las furiosas olas y hasta el palo permanecía erguido a pesar de las embestidas del aire. Pero, ¡qué peligro amenazaba ahora a los naufragos! Si el agua abundaba, otro enemigo no menos terrible que la sed se preparaba a acometerlos: ¡el hambre! Los últimos golpes de mar rompieron las cajas, habían dispersado gran parte de los víveres, y Kardec comunicó a sus compañeros la triste noticia de que a bordo no quedaban más que algunas latas de conservas, varios baches, en total, alimento para tres días, y eso escatimando las raciones.

—¡Bah! —dijo un marinero—. Cuando no tengamos víveres, ahí están los tiburones. A mí por ahora me basta con el agua.

—Y además —dijo otro con feroz cinismo—, en la balsa abunda la carne. La tripulación de la Medusa enseñó a todos los naufragos lo que se debe hacer cuando el hambre aprieta.

—Y no contáis —añadió un tercero— con que aquí viene un piel negra que pesa bastante. Su carne no debe de ser mala.

—Hay otra cosa mejor —añadió otro—, la mulata, que ha de ser un manjar delicioso.

—A esa no consentiré el comandante que se la toque. Se dice que es su amante. ¿Que cómo le importe? ¡De todos modos, carne hemos de tener!

—¿Están ustedes preparando una sublevación? —preguntó Lucas, que se había acercado al grupo—. ¡Mal comienzo!

—Se hablaba de hambre —contestó uno.

—Pues eso es peor aun.

—Bueno, por ahora lo dejaremos; pero cuando los víveres falten, todos tomaremos parte en la extracción del botón.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucas, que como marinero joven ignoraba ciertos horrores de la navegación.

—Que antes de perecer de hambre, sortearnos al que debe servirnos de alimento. Y ese sorteo se efectúa con botones.

—¡Antropófago!

—La vida es muy agradable.

—No, señor Lucas. Todos entramos en el sorteo del botón negro.

—Y Seghira también? —preguntó el joven suboficial poniéndose pálido.

—Todos somos iguales —añadió un marinero llamado Ovando—, y ella afrontará el peligro de ser comida, como nosotros los afrontamos.

—¿No te causa horror? ¡Una mujer!

—¡Bah! Es una piel negra —dijeron los marineros a coro.

—¡Pues encontrará defensor!

—¿Será tal vez el comandante? —exclamó irónicamente Ovando.

—¡Yo, sí! —gritó una voz amenazadora. Kardec, más pálido que de ordinario, con los ojos llamantes y empujando en la diestra un cuchillo, había aparecido en medio del grupo. Los marineros retrocedieron al verle.

—¡Sí, yo! —repitió lanzando una feroz mirada sobre Ovando—. ¡En la balsa aun mando yo, y si tú, canalla, te atreves a levantar una mano contra Seghira, te hago ahorcar sin piedad!

—Lo veremos, señor Kardec. —respondió el marinero—. Cuando el hambre reuertza nuestros estómagos no habrá comandante a bordo, y todos seremos iguales ante el fatal botón!

—¡Antes te haré ahorcar, miserable!

—¡No se atrevera usted!

—¿Es una amenaza?

—¿Tómelo como quiera! ¡Yo le digo que aquí somos iguales todos!

—¡Ah! —dijeron los marineros.

—¿Ahí? ¿Es una rebelión? —gritó Kardec—.

—¡A mí, amigos!

Tres o cuatro marineros respondieron a la llamada; pero los otros, que poco a poco habían formado un círculo alrededor del grupo, no se movieron. Kardec comprendió que su autoridad era desconocida, pero no se dió por vencido.

Lenzóse sobre Ovando con un salto de tigre, lo apresó por el cuello y arrojó al agua.

—¡Miserable! —le gritó casi en los oídos, alzando contra él el afilado cuchillo.

Un amenazador murmullo sonó entre los tripulantes; pero ninguno acudió en socorro del marinero, que se debatía en vano bajo los potentes puños del bretón.

Ya se disponía a herirle, cuando el doctor, advertido por Lucas de lo que ocurría, salió rápidamente de la tienda de Seghira, seguido de Niombo, que llevaba en el puño una barra de hierro.

—¡Quietos, señor Kardec! —dijo el doctor aprisionándole la mano armada—. ¡Ya se ha derramado mucha sangre desde que salimos de Africa!

—¡Deje usted que lo liquide! —gritó con furia el bretón.

—Se perdería usted —le dijo Esteban al oído.

Kardec lo comprendió; la tripulación que lo rodeaba tenía un aspecto amenazador y parecía resuelta a defender a su compañero.

El bretón levantóse lentamente, y sin soltar el arma lanzó sobre los marineros una mirada de desafío y se alejó.

—¡Vosotros a vuestras puestos! —exclamó el doctor con tono que no admitía replica, y luego, dirigiéndose a Ovando, que se levantaba pálido, le gritó:

—Ya lo sabes: otra vez nadie ni nada podrá salvarte.

El marinero no contestó, pero sus ojos se fijaron en segundo con una expresión amenazadora.

—¡Vete! —le dijo Lucas, empujándole hacia la popa—. Tú quieres hacerte ahorcar demasiado pronto.

La tripulación se dispersó por la balsa; pero entre aquellos grupos se hablaba en voz baja, y no era en favor de Kardec.

—Esto no se presenta nada bien para Kardec —dijo el doctor a Lucas—. El segundo no durará mucho tiempo.

—Pues es necesario que siga mandándonos a todos. Si pierde su autoridad, va a suceder algo muy grave cuando se terminen los víveres.

—¿Qué temes?

Al pie de la letra



—¡Así me gusta, Molowsky!

—Un motín para sacrificar a Niombo o a Seghira. El hambre no razona, y estos hombres parecen decididos a renovar los horrores de la Medusa.

—¡Infames!

—Vigile usted, doctor, y no abandone la tienda de esa mulata.

—Nimbo no la dejará acercarse a nadie, y es gigante es capaz de contener él solo a diez hombres.

—No bastará, porque Kardec solamente puede contar con cinco o seis adictos, los tripulantes franceses.

—Pero es que aquí estamos nosotros.

—Sí, señor Esteban, y además las armas de fuego las tengo yo.

Aquel principio de rebelión contra la autoridad de Kardec pareció calmarse momentáneamente, pues a la hora de repartir los víveres ninguno osó protestar, aunque la razón había sido rebajada.

El bretón tuvo la prudencia de callar y tratar a Ovando igual que a los demás.

Durante todo aquel día la balsa siguió navegando hacia el Este, empujada por una fresca brisa.

Por desgracia, al caer el sol disminuyó también el viento y la embarcación quedó parada en el océano.

Cuando desapareció la luna, y la obscuridad era profunda, Niombo cuyó hacia popa un grito sofocado, y poco después salió la cabeza de un tiburón y hundirse en seguida llevando una presa.

Al ver que el doctor y Lucas dormían a poca distancia, y al oír en la tienda la leve respiración de la mulata, no se ocupó de averiguar lo que había acontecido.

A la siguiente mañana se supo que un marinero había desaparecido de la balsa, y que aquel marinero era Ovando. ¡Había caído en el mar mientras dormía, o lo habían asesinado?

Nadie lo supo, y muy pocos se ocuparon en esclarecer tan misteriosa desaparición.

Otra cosa más grave era la que ocupaba el ánimo de todos: el hambre.

En el transcurso de la noche los últimos bizcochos y las últimas cajas de conservas habían desaparecido, y en la balsa no quedaba absolutamente nada que aquellos veintiséis hombres pudieran comer.

TERRIBLE REVELACIÓN

El fantasma del hambre había hecho su aparición entre los naufragos de la Guadiana. Y con su presencia empezó a cer-

mirse sobre la balsa un hábito de tragedia.

Al tener noticia de la desaparición de los últimos comestibles, acometió a los tripulantes un ímpetu de furor y sólo se oyó una voz terrible, implacable:

—¡Ahorquemos al ladrón!

Kardek, que parecía más enfurecido que los demás, llamó a consejo a la tripulación y se decidió, a propuesta de Lucas, registrar a todo el mundo y ahorcar inmediatamente al que tuviera encima un solo bizcocho o un trozo de conserva. Se hizo el registro, y nada; se amplió a toda la balsa y aun a la reducida tienda de Seghira, y el resultado fue negativo.

—La lucha es inútil —decía Lucas a Kardek, que parecía hallarse fuera de sí—. Estaba escrito que los sobrevivientes de la *Guadiana* murieran de hambre.

El bretón no dijo nada.

—¿Y qué será de Seghira? ¡Pobre!

Al oír esto, una sonrisa sutil apareció en los labios del segundo.

—Veremos —dijo con misterioso acento. —¿Qué insinúa usted, señor Kardek.

—Yo me entiendo.

—¿Es que tiene alguna esperanza?

—Quizá. Además, la carne de los tiburones no es tan mala y desde anoche deben de haber engordado.

—No lo entiendo a usted.

—Yo sí he entendido —dijo una voz.

—¿Qué ha entendido usted, doctor Esteban? —preguntó el bretón irónicamente.

—Que anoche los tiburones devoraron una buena presa.

—¡Ah!

—Sí, señor Kardek. Ovando se había tornado peligroso.

Kardek, desentendiéndose de la indirecta, preguntó súbitamente al doctor:

—¿No tiene usted hambre?

—Por ventura, tiene usted algunas provisiones? —preguntó el doctor, admirado.

—Es posible.

—Entonces el que ha robado los víveres fue usted?

—¿Le importa eso a usted? —contestó Kardek rudemente.

—No tiene que le ahorquen?

—¿Y qué conseguiría denunciándome?

—Vengar a alguno.

—Deje en paz a los muertos, doctor. Le propongo un pacto. ¿Tiene hambre?

—¿Yo solo? ¿Y la demás?

—Para todos no hay.

—¿Y por qué me ofrece el alimento sabiendo que no soy su amigo?

—Porque así defenderá a Seghira.

El doctor le miró con viva ansiedad.

—La amenaza algún peligro?

—El más terrible de todos. Anoche decidieron los rebeldes matarla.

—¿Matarla? ¿Por qué?

—El hambre comienza a enloquecerlos, y Seghira puede calmársela.

—¿Quiénes son los rebeldes, Kardek? ¿Sus compañeros de Oyando. Yo no puedo castigarlos porque sólo me son fieles aquí cinco hombres, mis compatriotas.

—¡Infames! ¿Y por qué ha hecho usted desaparecer los víveres?

—¡No! Están escondidos en sitio seguro; servirán para alimentar a mis amigos, que me han jurado defender a Seghira. ¿Usted quiere ser también mi amigo? Tiene aún mucha influencia sobre esos rebeldes.

—Pero poniéndome de su lado, me haré cómplice de un ladrón.

—¿Déjese de sutilezas! ¿Acepta o no?

—Acepto lo de la amistad, no por usted, sino por defender a Seghira.

—Lo mismo es.

—Una palabra más —añadió el doctor.

—¿Qué?

—Hay que contar con otro amigo.

—¿Cuál?

—Lucas.

—Tendrá su parte.

Se separaron. El bretón fué a popa, donde le esperaban sus partidarios, y el doctor se encaminó a proa, a la pequeña tienda que ocupaba Seghira.

A mediodía llamó Kardek a la tripulación para racionalar de agua; pero nadie respondió. Sólo algunos exclamaron:

—¿Qué necesidad hay de distribuir el agua? El que tenga sed, que beba.

Kardek estimó prudente no replicar a aquella amenaza, así es que, desfondando con rabia el barril, se limitó a decir:

—¡Perfectamente! Y cuando la provisión se acabe beberás la del mar.

—O beberé sangre —contestó amenazador el marinero.

—¿Qué hombres! —dijo Seghira al doctor. —Son tan feroces como los cazadores de esclavos.

—O tal vez más. Cuando los enfurezcan el hambre y la sed, veremos cosas horribles.

—¿La sed! Pero bebiendo agua del mar, ¿no se logra calmarla un poco?

—No, Seghira.

—¿Ni aliviarla?

—Al contrario —dijo Lucas—: hace la sed más rabiosa.

—¿Contiene tanta sal?

—Millones de toneladas —dijo el doctor—. Se calcula que en el océano habrá cinco millones seiscientos cincuenta y un mil metros cúbicos de sodio.

La noche, pesada, calurosa, ardiente, lo ennegreció todo, y la tripulación de la balsa trató de buscar en el sueño el olvido de sus sufrimientos.

Seghira, con la frente apoyada en las manos, los cabellos sueltos sobre la espalda y los pies sumergidos casi en el agua, parecía dormitar, pero de vez en cuando alzaba la cabeza y su mirada se posaba en los tiburones.

Hacia media hora que se encontraba así, aspirando la brisa de la noche, cuando de pronto, hacia la derecha, oyó el apagado paso de alguien que se acercaba.

Creyendo que sería el doctor o Niombo, se dio vuelta, y a los pillos rayos de la luna vio ante sí al bretón. No pudo contener un estremecimiento de repulsión y de miedo, pero se reprimió de inmediato y una sonrisa floreció en sus labios.

Kardek la contempló en silencio durante algunos momentos y le dijo con emocionada voz:

—¿Qué haces aquí, Seghira?

—Nada, contempló el mar.

—¿Y en qué piensas?

—En mi Africa, en mis perfumados bosques, en mi país lejano.

Kardek permaneció silencioso, en tanto que la joven le miraba con sus negros ojos.

—¿Volverías a ver con gusto tu país? —le preguntó Kardek después de un rato.

—¡Oh, sí! —suspiró la mulata.

—¿Qué harías tú por el hombre que te llevara a tus frondosos bosques?

—¿Darle mi vida!

—¡Ah!

—¿Qué le pasa, señor Kardek?

—Pensaba en que ese hombre sería muy feliz.

—¡Sí, pero el hombre que podría haberme devuelto a mi Africa ha muerto!...

Kardek palideció de rabia al escuchar esas palabras.

—¿Y no puede hacer lo mismo otro?

—¿Quién?

—¿Yo!

—¡Usted! —exclamó Seghira, mientras una sonrisa de triunfo la alegraba—. ¿Usted, señor Kardek? ¡Creo que bromea!

—No, Seghira —añadió el bretón con

fuego. ¿Yo te amo! ¿Yo te he matado el primer instante en que te vi?

—No, no!

—¡Sí, Seghira! ¡Te amo y juré que rás mía!... ¡Mía... porque por ti

tería yo toda clase de delijos!

—De modo que cuando el capitán concelos vivía...

—Te amaba ya..., y por ti... se rumpió bruscamente, mirando con

a todos lados, y gruesas gotas de

cubrieron su frente.

Seghira permaneció callada; pero

ventanas de su nariz se dilataron como

de la pantera que olfatea la presa, y

profunda arruga surcó su frente. ¿

adivinado lo que no terminara de

el bretón.

Ambos siguieron silenciosos durante

unos minutos, contemplándose a los

lados rayos de la luna, mientras los

rosos de vez en cuando, mostraban su

nuestra fauce alrededor de la balsa.

—¿Seghira! —exclamó al fin Kar

rodeando con sus brazos a la joven

—¿Hable! ¿Lo quiero! —dijo la

con tono de mando.

—¿No crees tú que yo te amaba

Vasconcelos vivía?

—¿Y qué?...

—¡Oyeme! te amaba ya...

—¿Hable!

—Cuando se encuentra un rival

so, ¿qué se hace?

—¿Se mata!

—¡Pues bien, por tu amor asesiné yo

capitán de la *Guadiana*!

Al escuchar estas palabras, Seghira

tió como si un latigazo lacerasa su

y se separó violentamente de Kardek;

ro reaccionando a tiempo, y dando

mustras un poderoso dominio sobre sí

ma, un enorme fuerzas para sonreír.

HORRORES DEL HAMBRE

Pero el gesto de desagrado que tal

fesión causó en la mulata no pasó

advertido a Kardek, quien se puso en

palmas como un muerto, trasfigurada

mirada, contrahechas las manos. Dió

dos pasos atrás, tambaleándose como si estuvie

ra herido de muerte, y exclamó:

—¿Seghira!

—Kardek —respondió la esclava, du-

cificando su voz con un nuevo esfuerzo —

¿por qué te vas?

—¡Pero, tú!... ¡Aquel grito!... ¡Oh!

¿Tú no me amarás jamás!

—¿Por qué dices eso? ¿No sabes que el

alma es insondable? Yo amaba a Vascon-

celos; pero ahora... ¡Ha muerto y no

me podrá hacer feliz!

—Pero, ¿me odias?

—¿Yo? ¿No eres tú un hombre fuerte?

¿No eres tan valeroso como el capitán

brasileño? ¿Por qué no has de hacerme

tú feliz en lugar del otro, que duerme el

sueño eterno? ¿Le mataste? ¿En mi país

el rival mata y la mujer ama al vencedor.

La voz de la esclava tenía un acento

extraño, fascinante, y atraído por ella

Kardek iba acercándose y hasta casi

besarla. Aquel hombre feroz, que parecía

no tener corazón ni entrañas, cayó de rodillas

ante Seghira derramando copiosas

lágrimas.

—¡Te amo! —susurró en su oído.

—¿Y yo a ti! —respondió la esclava,

ocultando en lo más recóndito de su

alma el odio feroz que por él sentía.

—¿Quieres que seas mía!

—¿Lo haré!

—¿Cuándo?

—Cuando me hayas conducido a

Africa.

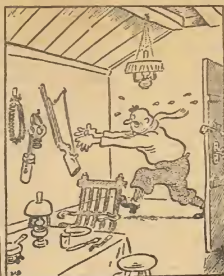
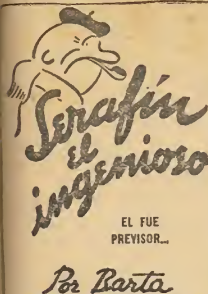
—¿Júralo!

—¡Lo juro! —dijo la esclava con

voz firme.

—¡Dame un beso! ¡Un beso!

Seghira sintió nuevamente que la



del odio invadía su ser, y por segunda vez retrocedió con repugnancia.

— ¡Un beso, Seghira! — suspiró Kardec ávido de amor.

— Pues bien... ¡Tómalo!

Y aprisionándolo con sus brazos, como si quisiera ahogarle, veló con los párpados la siniestra llama de sus ojos, acalló la protesta de su sangrante alma y la roja flor de su boca unió a los labios marchitos y secos del bretón.

Este quiso retenerla junto a su pecho; pero ella se retiró violentamente y le dijo con dureza:

— ¡Déjame!... ¡Déjame!

— Seghira!

— ¡Calla! ¡Déjame! ¡Allá, en las floridas costas del África hermosa, seré tuya!

Y saltando ágilmente entró en su tienda.

Un grito, salvaje, brotó de su pecho, y haciendo un gesto amenazador exclamó:

— ¡Ese hombre es mío! ¡El África te será fatal y sus bosques serán tu tumba, maldito!

En seguida se dirigió a la caja vacía que servía de albergue al rey negro.

— ¡Niombo! — vocó.

El gigante se levantó de inmediato.

— Has oído?

— Todo — respondió Niombo con cruel sonrisa.

— ¿Lo matarás?

— ¡Sí! ¡A él y a todos!

— ¡A todos, no!

— No hablo de los amigos.

— ¡Sigue siempre la balsa hacia el Este?

— Recta. La guía Lucas.

— ¡Aun estamos muy lejos?

— Sí, pero el viento nos ayuda.

— ¿Llegaremos?

— Sí, y volveré a ser rey.

— Y yo seré tuya — dijo ella suspirando.

— Gracias, hija del sol. Te haré dichosa.

Seghira inclinó la cabeza sobre el pecho y encamínase a su reducida tienda.

No sin sorpresa, vio allí dos cajas de conserva y algunos bizcochos. Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios.

— ¡Hasta ladrón se ha vuelto Kardec por mí!

Apartó los alimentos, se acostó sobre la vela que le servía de colchoneta, y se durmió murmurando dulcemente el nombre de Vasconcelos.

Al siguiente día la situación de los náuticos era horrible.

El hambre, ese implacable enemigo, torturaba los estómagos de aquellos desgraciados.

Sus rostros tenían una expresión bestial, y sus ojos, abrillantados por la fiebre, se fijaban ansiosos en la tienda de Seghira.

Unos maldicían a Kardec, a quien consideraban responsable de sus torturas; otros hablaban de sorteos, de botones negros... Los más débiles, tendidos en la balsa, eran presa del delirio, y en sus febriles fantasías creían cambiar trozos de madera por suculenta comida.

Kardec empezaba a mostrar viva inquietud, y temiendo a cada momento una insubordinación, vigilaba sin descanso.

Sentado a corta distancia de la tienda de Seghira, con las pistolas montadas y rodeándole sus cinco compatriotas, estaba dispuesto a cualquiera que se acercara.

El doctor, Niombo y Lucas vigilaban también para defender a la esclava.

En la tripulación, que estaba resguardada bajo la vela, al mediocidio se manifestó una viva agitación. Se oía hablar acaloradamente y discutir con amenazas.

Kardec preparó las pistolas y Lucas dispuso su carabina.

— ¿Qué van a hacer? — preguntó el bretón a éste.

— Algo muy grave. Les he oído nombrar a Seghira y a Niombo.

— ¡Ah! ¿Y quieren comerla?

— Lo temo.

— Tendrán que matarme a mí antes.

En aquel instante se adelantaron los marineros revoltosos, y uno de ellos, un inglés enorme y barbudo, exclamó:

— ¡Comandante!

— ¿Qué quieres?

— Los demás y yo tenemos hambre.

— Y yo.

— En la balsa sobra uno.

— ¿Acaso eres tú?

— Yo, aun no.

— Y bien, ¿qué ocurre?

— Que alguno debe morir. Tenemos hambre, y la carne abunda.

— Lo primero que debes hacer es ofrecer la tuya a tus compañeros.

— ¡Vamos! ¡No quiero bromas, señor Kardec! ¡Antes que matar a los blancos hay que liquidar a los negros!

— Ve a prender a Niombo si te atreves.

— Su turno le llegará más tarde. Ahora se trata de la esclava.

— ¡Apartate de aquí, miserable, o te mato! — gritó el bretón exasperado.

— ¡Le advierto que yo no me dejo asesinar como Ovando!

— ¿Que muera la esclava! — gritaron los marineros.

— ¡Tenemos hambre!

— ¡Quietos, canallas! — gritó el doctor lanzándose en medio del grupo seguido de Lucas —. ¿Queréis cometer otro asesinato? ¡Sois más feroces que los antropófagos de Nueva Zelanda!

— ¡Cállate, que también te llegará la vez!

— ¡A ése será mejor echarlo al mar! ¡Esta muy delgado!

— ¡La esclava! ¡La esclava — gritaron.

— ¡Aquí, amigos! — gritó Kardec empujando las pistolas.

Los cinco franceses, el doctor, Lucas y Niombo rodearon a Kardec, apoyándose contra la tienda, en la cual se hallaba Seghira mirando intrépidamente a los marineros y con un fusil en la mano dispuesta a defenderse.

Los rebeldes, ante aquellos tres fusiles y dos pistolas, retrocedieron.

— ¡Adelante el que se atreva! — dijo Kardec.

— ¡Muerte al capitán, camaradas!

— ¡Sí, muerte! — vociferaron todos.

Como una manada de lobos hambrientos iban a lanzarse dando gritos de fiera contra Kardec, que ya se disponía a hacer fuego, cuando Niombo, dando un salto de león, cayó entre los rebeldes.

El atlético negro, cuya estatura era muy superior a la de los demás, parecía una fiera escapada de las selvas africanas. Rugía como un león y en sus manos blandía una barra de hierro.

— ¡Quietos, o los mato a todos!

El inglés, que precedía a sus compañeros, quiso enfrentarlo; pero la barra de hierro cayó con fuerza irresistible. El miserable, con el cráneo roto, cayó ensangrentado al agua.

Los tiburones apenas si le dejaron bajar de la superficie.

— ¡Ahora otro! — gritó el rey africano.

Los amotinados, sobrecogidos con aquel acto de vigor sobrehumano, quedaron asombrados, quietos. Nadie se sentía con ánimo de afrontar a aquel gigante.

— ¡Venid por Seghira! — dijo Kardec. Nadie se movió.

— ¡El sorteo! ¡El sorteo! — gritaron varios —. ¡Tenemos hambre!

— ¡Comenos unos a otros — dijo Kardec.

— ¡No! — gritó un marinero —. ¡Aquí somos todos iguales!

— ¿Qué quieres decir?

— Que debemos correr todos el mismo peligro.

— ¡Pero sois antropófagos? — dijo el doctor.

— ¡Calla tú, matasanos!

— ¡El sorteo! ¡El sorteo! — exclamaron todos.

Un marinero abrió una de las cajas que contenían ropas y sacó un puñado de botones blancos y uno de ellos negro, iguales todos por la forma y el peso.

— ¿Cuántos somos? — interrogó.

—Trece — respondió otro, después de haber contado a los compañeros.
— ¡Dadme una bolsa.

— ¡Toma la mía!

El marinero agarró los botones, los contó uno a uno mostrándolos a sus compañeros, que se habían colocado en rueda alrededor de él, y los introdujo en la bolsa.

—Muestra las manos — dijeron varios. Así lo hizo.

— ¿Y quién será el primero que escoja? Procederemos por orden alfabético — dijo un viejo —. Cabral, a ti te toca.

El portugués que llevaba aquel nombre se adelantó. Estaba descañajado y un temblor general estremecía todo su cuerpo.

Un silencio sepulcral reinaba en la balsa. Kardec, los cinco franceses, el doctor, Lucas, Niombo y Seghira se mantenían ante la tienda, con las armas montadas y presa de un profundo horror. Los otros que estaban desafiando la muerte callaban, teniendo fijas las miradas en el portugués y los cuchillos en las manos, prontos a asesinarlo si extraña el botón fatal!

— ¡Saca! — le dijo el marinero que tenía la bolsa.

El desgraciado cerró los ojos y su temblorosa mano derecha entró en la bolsa. Un frío sudor perlaba su frente y parecía que iba a desmayarse.

— ¡Termina de una vez! — le gritaron. Cabral levantó su mano contraída y la abrió; un grito de horror salió de todos.

— ¡El botón negro!

En aquel mismo instante se oyó a Lucas gritar:

— ¡Socorro, amigos! ¡Hemos atrapado un tiburón!

FRESA COLOSAL

Ese grito de Lucas salvó la vida a aquel desgraciado, pues ya los hambrientos marineros se habían lanzado sobre él, cuchillo en mano, dispuestos a ultimarlo.

Los golpes violentos que daba a la balsa, los fuertes bufidos del animal y el agua que se alzaba por popa a gran altura indicaban que Lucas no había mentado.

La tripulación, olvidándose en aquel momento de todo y viendo emerger la cabeza del escualo muy cerca de la popa, se acercó a aquella parte gritando:

— ¡Atrapémoslo!

Nadie se ocupaba ya de Cabral, que yacía en el suelo, medio sofocado por la angustia y sin comprender a qué milagro debía encontrarse con vida.

Todo se hallaba al borde de la balsa ocupados en pescar al tiburón.

— ¡Sujetad bien la cuerda! — dijo el bretón —. Si lo atrapamos, hay carne para cuatro semanas.

— ¡Lo mataremos a tiros apenas salga del agua.

— ¡Ahí está! — gritaron varios.

— ¡Preparad las armas! — ordenó Kardec.

Agitóse el agua en un impetuoso remolino, y en seguida apareció el tiburón.

— ¡Fuego! — gritó Kardec.

Lucas y el doctor descargaron las carabinas, y el escualo se hundió, herido, en las aguas, que se tiñeron de rojo.

— ¡Es nuestro! — dijeron los marineros. Pero el monstruo defendió su vida valerosamente, y de un coleteazo formidable rompió el palo, haciendo caer la vela.

Los náufragos se agitaron haciendo fuego y aunque sus heridas aumentaban no moría.

Falto ya de sangre y acribillado a tiros, cesó de agitarse, y después de dar todavía una nueva coleteada quedó inmóvil sobre la superficie del agua.

Un clamoreo triunfal saludó su muerte, y todos, Kardec y el doctor entre ellos, se lanzaron sobre aquel cuerpo extraordina-

rio, arrancándole con sus hachas y cuchillos trozos de carne todavía palpitante, y que en seguida devoraban, a pesar de su sabor penetrante y de su dureza.

Aquel tiburón era realmente enorme, de los más grandes que habían visto alrededor de la balsa. Tenía más de once metros de largo, y el diámetro de su boca excedía de los cien centímetros.

Saciada el hambre, la tripulación se dedicó a la tarea de poner aquella carne en condiciones para que les pudiera alimentar durante cuatro semanas.

— Con estas provisiones — dijo el doctor a Seghira — podremos llegar a la costa de Africa sin nuevos martirios.

— ¡Faltan muchas jornadas?

— Si continúa esta brisa, una semana.

— Algunos no saldrán de allí.

— El bretón, me lo imagino, pero los demás...

— Son negrosos, y nuestra raza nunca perdona. Además, Niombo tiene que vengarme. Intentaré quitarme la vida.

Tres días después de la captura del tiburón, hubo una falsa alarma. Una forma oscura, que tenía la apariencia de una montaña, fué vista hacia el este, y en seguida se espació la voz de que la tierra estaba cercana: pero después se comprobó que se trataba de una nube.

Aquella desilusión no desanimó a nadie. Todos sentían la proximidad de la costa africana, y estaban convencidos de que no se equivocaban.

Niombo, más que todos, sentía cercana la tierra nativa. El instinto del hombre salvaje intuía mejor que los demás el ambiente y aquellas emanaciones provenientes de los bosques africanos.

Encaramado en lo alto del palo, miraba con profunda atención el horizonte, sintiéndose sumamente emocionado.

Al quinto día no se vió todavía la costa; pero el Africa no debía de estar muy distante, porque el tripulante vió un pájaro costero volar hacia el Norte.

Seis días después de la pesca del escualo, y reinando ya una armonía absoluta entre los náufragos, Lucas tuvo la fortuna de ser el primero que, al nacer el alba, lanzó el grito de:

— ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Alabado sea Dios!

LA COSTA AFRICANA

Aquel grito, tantos y tantos días angustiosamente esperado, fué como una clarinada de triunfo para aquellos seres, ya que sonaba en sus oídos con rumores de vida, de amistad, de familia, de patria, y todos se precipitaron en tropel hacia proa, donde Lucas, subido sobre un barril y con el brazo señalando al Este, seguía gritando:

— ¡Tierra! ¡Tierra!

Allá, donde el horizonte se confundía con el mar, una fina línea de un azul oscuro se extendía del Norte al Sur, y en las sutiles ondulaciones que esfumaba la lejanía marcaba los valles y las sierras.

— ¡Sí! ¡Tierra! ¡Tierra!

Kardec, Lucas, portugueses, franceses, ingleses y americanos aparecían transformados por la alegría, como si los rostros, las miradas duras y los quejidos de angustia hubieran quedado perdidos para siempre en las aguas de aquel inmenso océano.

Luego de aquella primera emoción de alegría, una verdadera impaciencia, rayana en frenesí, hizo presa en todos; querían llegar lo más pronto posible a aquella costa, como si temieran verla desaparecer.

Improvvisando remos con cuantos objetos a propósito hallaron a mano, empezaron a bracear con verdadero furor.

— ¡Valor, muchachos! — gritaba Kardec,

que se había apoderado de un remo, neñándose como los demás marineros.

— ¡Fuerza, amigos! — repetía Lucas. ¡Pronto pisaremos tierra!

La costa se precisaba cada vez más rápidamente, era baja, y por lo mismo no habían descubierto la noche antes.

— ¿En qué lugar de la costa africana a desembarcar aquellos náufragos?

Sólo Lucas, que había seguido con atención la ruta de la balsa, tenía algunas habilidades para saberlo; pero se cuidó mucho de no decirlo a los demás; y el doctor, Seghira y Niombo debían hallarse también en el secreto.

La orografía de la playa distaba sólo unos centenares de metros. Era una tierra deshabitada y poblada por grandes aves, les muy unidos, entre los cuales se distinguían bananos silvestres, mangos de aspecto majestuoso y gigantes palmeras.

— ¡Un último esfuerzo, muchachos! — gritó el bretón.

Quince minutos después la balsa se tenía sobre un banco de arena a sólo unos pocos metros de la costa.

Lucas y Kardec, provistos de carabinas, desembarcaron seguidos del doctor, Niombo y Seghira y de toda la tripulación, gritaba estentóreamente.

Hallábanse al borde de una gran selva desierta y silenciosa, cuyos límites se perdían de vista, lo mismo hacia el Norte que hacia el Sur.

— Por ahora acampemos aquí — dijo Kardec —. Más tarde trataremos de buscar caza y frutas, que deben de abundar en este gran bosque.

— ¡Podrá decirme dónde nos encontramos, señor Kardec? — preguntó el doctor, que se había sentado a la sombra de un árbol.

— No, señor; esta costa no la conozco. — ¡Estaremos al Sur o al Norte del Cabo López?

— ¡No sé! — respondió el doctor. — ¡Podría decirselo; pero sea al Norte o al Sur, encontraremos algún establecimiento português. Alguien, sin embargo, podrá informarnos sobre el particular.

— ¿Quién?

— Niombo.

El rey negro se había subido sobre una roca y parecía examinar con toda atención la costa.

— ¿Has descubierto algo? — le preguntó el bretón, mientras los tripulantes desembarcaban los objetos y víveres que contenía la balsa.

— Nada, señor — respondió el negro.

— ¿No te es conocida esta playa?

— No.

— ¿Ni tú, Seghira?

— No — contestó ella, cambiando una rápida mirada con el gigante negro.

— No importa — dijo Kardec —. De cualquier manera he cumplido mi palabra.

— ¿Qué quiere decir?

— Que te he conducido a Africa y que ahora vas a ser mía, Seghira.

— Y tú mío — contestó ella con extraño acento.

Kardec se le acercó y tomándole ambas manos le dijo:

— Te haré dichosa como una reina.

— Y yo a ti — contestó ella con los dientes apretados.

— Haré todo lo que me pidas, Seghira.

— Gracias, Kardec.

— Te llevaré a tu país.

— Sólo un hombre puede conducirnos a él.

— ¿Quién es ese hombre?

— Niombo.

— Pues nos conducirá.

— ¿Te fías de él?

— Me teme y, por lo tanto, obedecerá.

— Es cierto — dijo Seghira.

El coloso, que estaba a corta distancia, se hizo un rápido gesto.

—Ahora déjame y ve a disponer el campamento, Kardec — expresó la mulata—. Yo voy a interrogar a Niombo.

El marino se alejó.

Los tripulantes habían concluido de descargar la balsa.

La mulata, luego de permanecer algunos instantes inmóvil, hizo señal al doctor.

—¿Tenemos novedad, Seghira? — dijo éste acercándose.

—Sí — respondió la joven esclava en voz baja —. Niombo reconoció la costa.

—¿Y dónde nos encontramos?

—En las cercanías de Nazareth — respondió una voz.

Era Niombo, que se había aproximado sigilosamente.

—¿Estás seguro de no engañarte? — le preguntó anhelante el doctor.

—Segurísimo. Luego de dos jornadas de marcha estoy en mi reino.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Conducir a los blancos a mi país.

—¿Y qué harás con nosotros?

—Lucas y usted son mis amigos, pero los otros me pertenecen — dijo el monarca con aire sombrío.

—¿Los matarás?

—Sí Seghira me lo permitiera, ninguno de esos infames saldría vivo de mis manos; pero su castigo será aún peor.

—¿Qué quieres decir?

—Silencio, tebib; ya lo sabrás.

—Pero ¿guardas que Kardec te siga al interior?

—Me acompañará y caerá en la emboscada que le preparo. Seguidme.

Niombo se encaminó hacia el campamento seguido del doctor y de Seghira, y deteniéndose ante el bretón le comunicó:

—He reconocido esta costa.

—De verdad? — preguntó Kardec con alegría.

—Sí.

—¿Y dónde nos hallamos?

—En la región que ustedes llaman Loango.

—Lo había presumido.

Una sonrisa diabólica floreció en los labios del coloso negro.

—¿Queréis ver a los blancos?

—¿Sabes tú dónde se encuentran?

—Sí, a dos días de marcha al interior.

—¿Como lo sabes?

—Recorri esta región el año pasado.

—Entonces tu reino no está muy distante.

—Bastante; se halla muy al sur, a veinte jornadas de camino.

—¿Y podrías conducirnos a esa factoría?

—Sí están dispuestos tus marineros, desde ahora mismo.

Kardec llamó a consulta a sus hombres y les comunicó las nuevas de Niombo.

—¡Partamos! — fué la contestación.

Hicieron los preparativos de viaje a toda prisa, decidiendo abandonar allí todo su equipaje menos algunos víveres, y a las dos de la tarde Kardec dió la señal de partida.

Niombo se puso a la cabeza, armado de fusil, después lo seguían Kardec, el doctor, Lucas y Seghira, provistos de pistolas, y a continuación los marineros en fila india.

El camino era fácil, aunque el bosque se presentaba bastante espeso y sombrío.

La flora africana ofrecíase allí con todo el esplendor de su brillante colorido.

Un profundo silencio reinaba en aquella selva, que parecía ser hollada por primera vez por la planta del hombre.

El gigante negro, que abría siempre la marcha, procedía con infinitas precauciones, y antes de aventurarse entre el bosque que interceptaba la luz del sol exa-

minaba con atención las ramas y la tierra, como si temiera a cada momento algún peligro.

—Dírase que no está seguro del camino — dijo Lucas.

—Estoy convencido de lo contrario — contestó el doctor —. Los negros se orientan en la selva sin necesidad de brújula.

En aquel momento Niombo, que a cada instante mostraba mayores signos de inquietud, volvíase haciendo a todos señas de que se detuvieran.

Agachóse otra vez, escuchó con atención, y volviendo a levantarse dijo:

—¡Huyamos!

—¿Por qué? — preguntó Kardec.

—¡Las lascicuayas! — respondió Niombo.

—¿Qué fieras son?

—Hormigas — contestó el doctor —. ¡Rápido, huyamos, que peligro nuestra vida!

Kardec y los marineros prorrumpieron en una carcajada.

—Pero ¿está loco, señor Esteban? — exclamó el bretón.

—¡Huid, os digo!

—¿De las hormigas?

—¡El que se quede aquí puede considerarse perdido! — Ven, Seghira!

La mulata echó a correr detrás de Niombo, que huía desesperadamente hacia el Sur, dando muestras de pánico.

Kardec y los marineros, viéndose abandonados, comenzaron a temer un serio peligro y se lanzaron a todo correr detrás de los otros.

NIOMBO DESAPARECE

Todo aquel que conozca los bosques del Africa ecuatorial comprenderá y justificará el terror que se apoderó de aquellos hombres y la precipitada fuga que emprendieron.

Allí no hay peligro mayor que encontrarse ante una migración de hormigas *lascicuayas*. Se puede esquivar la acometida de un rinoceronte furioso; se puede defender de un león y aun librarse del asalto de una manada de búfalos; pero no hay salvación posible ante las hormigas de aquella especie, que están dotadas de tal voracidad, que en contados segundos se comen al hombre más robusto que hallen en su camino.

Marchen siempre en línea recta, a la sombra de los árboles y evitando las llanuras desnudas, pues le temen al sol. Cuando necesitan atravesar una llanura socaban una larga galería y por ella pasan de un bosque a otro.

Se arrojan con furor a los leopardos y a los leones, y estos poderosos animales, que no temen a los hombres, caen vencidos bajo las robustas pinzas de aquellos insectos.

Cuando hallan un pueblo lo invaden, rodeándolo por todas partes, y los negros sólo se salvan apelando a la fuga y refugiándose en algún río.

Niombo, Seghira y el doctor, después de un cuarto de hora de carrera, se detuvieron a la orilla de un río. Allí no tenían nada que temer, pues les bastaría con arrojarle al agua para librarse de las hormigas, las cuales huyen del agua tanto como del sol.

Momentos más tarde llegaron los otros, jadeantes, sudorosos.

Y en seguida aparecieron las primeras filas de hormigas. Al ver aquel grupo de hombres y olatar el olor de la carne, se dirigieron a todo correr hacia el río; pero los náuticos se adelantaron en el agua.

Los voraces insectos, detenidos de pronto en la orilla, cambiaron de dirección y siguieron su marcha, guiados por sus jefes y cabecillas.

El desfile de los insectos duró dos horas largas, pues aquella columna, compuesta

LOS DOS HERMANITOS

DESENMASCARADOS

por TIM



1937

TIM

—No lo sé.
 —¿Qué me aconseja que haga?
 —Nada puedo aconsejarle.
 —¿Volvemos a la costa?
 —Haga cómo le parezca.
 —Esperaremos al alba y mañana trataremos de dejar este maldito bosque.

Kardec dió cuenta a sus compañeros de sus intenciones, dispuso una guardia de cuatro centinelas con fusiles y se sentó a su torno al fuego, imitándole los demás. La noche pasó sin que sucediera nada de particular.

A los primeros albores, Kardec, que desecha dejar aquella selva y que se mostraba bastante inquieto, hizo levantar el campamento. Luego de pedir consejo a sus hombres, todos se pusieron en marcha para llegar lo más pronto posible a la playa. Durante todo el día los naufragos caminaron con rapidez, aunque no habían adelantado mucho terreno por no ser conocedores de la selva. Cuando la obscuridad se enseñoreó del bosque, los naufragos estaban exhaustos, no habiendo consumido en todo el día más que algunas frutas y bebido agua pútrida y fangosa.

Junto a un grupo de bananos se estableció el campamento, dispánciéndole la guardia de costumbre. Ya debía de estar el alba muy próxima, cuando se oyeron en la selva misteriosos rumores.

Los dos marineros que velaban junto al fuego se dirigieron, fusil en mano, hacia el sitio de donde procedía el ruido, pero retrocedieron vivamente, presas de terror. Centenares de hombres avanzaban silenciosamente rodeando el campamento. ¿De dónde salían? ¿Quiénes eran?

Súbitamente sonó en la selva un agudo silbido. Todos aquellos hombres se precipitaron en el campamento como una tromba, lanzando gritos atronadores.

Las centinelas hicieron fuego, pero toda resistencia era imposible. El asalto fue tan veloz y brutal, que en un momento todos los marineros, Kardec, el doctor, y hasta Seghira, se encontraron atados y reducidos a la impotencia.

—¡Miserables! —gritó Kardec, que se debatía furiosamente — ¿Qué queréis? ¡Somos hombres blancos!

—¡Y yo soy tu esclavo! —respondió una voz potente.

Un coloso negro, adornado de collares y brazaletes, con una corona de oro con tres plumas de águila en la cabeza, portando una carabina en la mano izquierda y en la derecha un látigo de piel de hipopótamo se le paró delante.

—¿Me reconoces? —preguntó.

—¡Niombo!

—¡Soy el rey de los Bacalaos!

—¡Traidor!

—Los insultos son propios de las mujeres —respondió el negro, despreciativo.

Después, aproximándose más a él, resalló aquel terrible látigo, y le preguntó:

—¿Recuerdas aquel día en que en el entrepunte de la Guadiana, estando yo atado, me trataste como a un perro?

—¡Mátame! —dijo Kardec con enronquecida voz.

—No, porque no me pertences. Niombo es mucho más generoso que los blancos. Y arrojó el látigo lejos de sí.

—¿Me perdonas la vida? —preguntó el bretón.

—¡No! —respondió una voz.

Kardec, al escucharla, se puso sumamente pálido y sintió que se erizaban sus cabellos. Miró con profundo terror, con expresión enloquecida, a la persona que había pronunciado aquel "¡no!" rotundo.

Seghira, libre de sus ligaduras, estaba ante él agrandada por el odio hacia aquel hombre.

—¡Tú! ¡Seghira! ¡Tú!

—¡Sí, yo, Kardec, que quiero vengar al capitán Vasconcelos!

—¡Seghira! —repitió Kardec.

—¡E aborrezo!

—¡No, no es posible, tú me amas!

—¡Te odio, asesino del capitán!

—¡Calla..., me das miedo! Yo te amo...

¡Seghira..., tú mientes..., yo no maté a nadie!

—¡Tú mataste al capitán Vasconcelos y morirás!

—¡Yo no lo maté!

—¿Qué no? —dijo Niombo adelantándose —. Sabía que mentirías, y por eso hice preparar la cambambú.

En todo el Africa central está muy en uso la prueba del juramento. Y consiste en esto: cuando un hombre es acusado de un delito y lo niega, para probar su inocencia o culpabilidad, se le obliga a ingerir el cambambú, que es una infusión compuesta de vegetales que produce vómitos de sangre. Un embudo sirve para que el acusado ingiera la infusión, que se le va obligando a tragar poco a poco, después de haberle hecho tomar una pasta.

Si el paciente ingiere toda la infusión y devuelve la pasta en sus vómitos se le declara inocente; si la retiene, se le considera culpable, porque aquella piedra es venenosa y le hace morir.

Kardec, que sabía lo que era el cambambú, se estremeció aterrorizado; pero Niombo, inexorable, practicó en él la prueba, y el cambambú hizo pronto su efecto. A poco de beber, las fuerzas del asesino le abandonaron; sus ojos se desorbitaron; sus piernas se retorcieron en calambres violentos; su cuerpo estremeciéndose en un espasmo mortal, y falleció.

Seghira se le acercó contemplando con alegría salvaje su cadáver, y se sentó ante él exclamando:

—¡Estoy vengada! ¡Ya Vasconcelos estará contento!

Luego de esto, Niombo, volviéndose a los de su tribu y señalando al doctor y a Lucas, ordenó:

—¡Librad a estos hombres. Son amigos míos.

Luego, señalando a los marineros agredidos:

—¡Apoderaos de estos blancos y conducidos ante mi aliado el rey de los Famas, a quien diréis que se los regalo como esclavos suyos y que como a tales los trate. Les concedo la vida; pero trabajarán en los campos de Africa, bajo el látigo de los negros. ¡Llévalos!

—Niombo —dijo el doctor—; a ti, que eres generoso, pido perdón para esos desgraciados!

—No, tebib —respondió el negro —. Ellos arrastran a los hijos de Africa a trabajar en sus tierras. Justo es ahora que los hombres blancos trabajen en la tierra de los negros. ¡Esa es mi venganza!

Interés... judicial



—Te felicito. Aquella chica no hace más que mirarte.

—No lo dudo. ¡Como que le debo seis meses de la pensión que le acordó el juez en nuestro divorcio!...

—¿Y qué harás de nosotros?

—El tebib es mi amigo. Habla ¿adónde deseas ir? Soy otra vez rey de la gran tribu de los Bacalaos, y puedo hacer por ti lo que desees, porque aquí todos me obedecen.

—¿Y si deseara permanecer contigo? Curaré a tu tribu y podré ser útil.

—Gracias, tebib; te acepto.

Después le miró con fijeza y agregó sonriente:

—¿Tú esperas poder librar un día a tus compañeros de la esclavitud; lo adivino en tus ojos. Si puedes, yo no me opondré.

—Y tú, Lucas, ¿adónde quieres ir? Te daré todo el oro que necesites para que puedas vivir tranquilo en tu tierra lejana.

—No quiero oro. Desc también quedarme contigo.

—Eres mi amigo y te nombro comandante de mis guerreros, pero no pienses en los otros, que fueron infames contigo: Y se alejó murmurando:

—¡Hombres generosos!

La mulata permanecía aún sentada ante el cadáver de Kardec, sin apartar la vista de aquel rostro que la muerte había descompuesto horriblemente. Niombo aproximóse a ella, la levantó suavemente y le preguntó:

—¿Estás vengada?

—Sí —respondió ella tristemente.

—¿Y serás mía ahora?

Luego de un momento de meditación, la bella mulata posó sus negros ojos en el gigante que pedía su amor, y exclamó:

—¡Sí, será tuya! ¡Eres bueno y generoso! ¡Hazme feliz!

Dichas estas palabras, se abandonó en los brazos de Niombo, que, ebrio de amor, la alzó como el más preñado trofeo.

Para matar el tiempo

Problemas de ingenio, de lógica, charadas, comprimidos, m etogramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

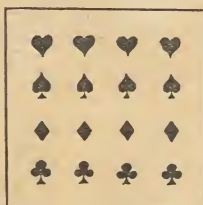
LOS TRES AMIGOS

Tres amigos: Pedro, Pablo y Juan, se han dormido profundamente. Un bromista les ha pintado el rostro de negro durante el sueño. Los tres amigos se despiertan, se miran mutuamente y se ponen a reír burlándose uno unos de los otros...

De pronto, los tres frenan su risa, y cada uno comprende que ha sido pintado de negro. ¿Por medio de qué razonamiento lo han comprendido?

(La solución en el próximo número)

FRASE INTERPRETATIVA



(La solución en el próximo número)

LOS GATOS

Seis gatos atrapan seis ratones en seis minutos. ¿Cuántos gatos serán necesarios para cazar sesenta ratones en sesenta minutos?

(La solución en el próximo número)

LA RESISTENCIA DE UN BILLETE



Sabido es que el papel posee una resistencia que muchos sospechan; claro está que todo es cuestión de disponer cosas de la manera más conveniente.

Pocos creerán que un billete de un peso es capaz por sí solo de sostener una copa, aunque ésta pese un poco más que las de cristal puro. Se trata, para realizar el sorprendente experimento, de efectuar en el billete una serie de dobles, cuantos más, mejor, y colocarlo apoyado entre dos copas; entonces puede ponerse sobre el billete, sin temor alguno, una copa o cualquier otro objeto.

Las dos fotografías que ilustran esta prueba, explican gráficamente cómo ha de efectuarse la operación.

FRASE INTERPRETATIVA



COMPRESIDO (NEGOCIO)



(Las soluciones en el próximo número)

DIALOGO CHARADA

En el chalet, estando cierta día que un banquero, en el Tigre, ha edificado así decía un joven invitado a una bella que a su lado había,

—Perdona la dos cuarta, amada mía.
—¡Tercera cuarta! que eres endiablada.
—Me prima cuarta tu mirar airado.
—¡Prima cuarta!
—¿Prima cuarta? ¡Qué tontería!
—Como cuarta segunda los vergeles el furioso huracán, y prima cuarta no queda, sin que lance al turbio lado, tu despegue me asusta. De las muelas de tus labios mi vista no se aparta.
¿Eres de mármol, di, o eres de todo?

(La solución en el próximo número)

EL ABANICO DEL MATEMATICO

Cierto profesor de matemáticas, completamente absorbido por su ciencia, no quería oír hablar más que de ecuaciones, logaritmos y raíces cuadradas. Cuando quiso hacer un regalo a su hija, no se le ocurrió otra cosa que un cierto abanico aritmético, exactamente igual al que muestra el grabado. Pero antes de entregárselo a ella, propone el siguiente problema:

Se trata de cerrar el abanico a medias, de manera que sólo se vea la mitad de la superficie, y entonces las cifras deben dar la misma suma en las series verticales y en las horizontales.

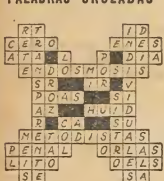
¿Cómo hay que plegar el abanico para conseguirlo?



(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DEL PROBLEMA: "PALABRAS CRUZADAS"



DEL PROBLEMA: "LOS PUNTOS"

He aquí la forma de realizar los trazos.



DEL PROBLEMA: "OTRO PROBLEMA DE PUNTOS"

Las tres rectas hay que trozarlas así.



DEL PROBLEMA: "LOS CIRCULOS"

Así hay que realizar los círculos para cumplir con el enunciado.



DE LOS

"JEROGLIFICOS COMPRESIDOS"

ENCABEZAR

SOBREVIVIENTE